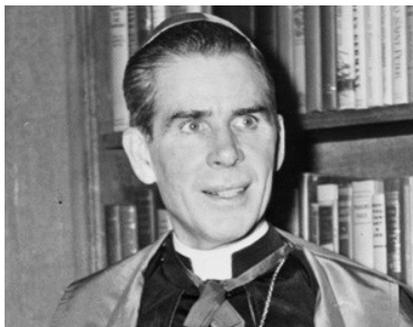


FULTON J. SHEEN

*El primer amor
del mundo*



(Contraportada)



Mons. Fulton Sheen nació en El Paso (Illinois) en 1895. Terminados sus estudios universitarios, ingresó en el seminario de St. Paul, donde recibió las sagradas órdenes en 1919. Obtuvo el doctorado en filosofía en la Universidad Católica de América (Washington), y el de teología en Roma. Se especializó en filosofía y sociología en la Universidad de Lovaina, recibiendo el premio “Cardenal Mercier”, que se otorga cada diez años al mejor trabajo filosófico. En la actualidad es obispo auxiliar de Nueva York y director en su país de la Sociedad para la Propagación de la Fe. Desde 1931 irradia “La hora católica”, televisada desde hace dos años por 17 estaciones, y que constituye el programa más popular de los Estados Unidos. Son charlas amenas sobre temas de interés general, como el placer, la guerra, el amor, bajo el título *Life is worth living* (LA VIDA MERECE VIVIRSE), considerados desde el punto de vista cristiano. Como escritor ha publicado una treintena de obras, algunas universalmente conocidas, como *Paz en el alma*, que en 1949 fue el libro de mayor venta en los EE. UU., y *Eleva tu corazón* ambos vertidos al castellano. Como director de la Propagación de la Fe es el primer misionero de su patria, habiendo obtenido millares de conversiones, algunas tan resonantes como las de Henry Ford II, Budenz, F. Kreisler, Clara Boothe Luce, etc. El principal mérito de Mons. Sheen consiste en comprender los problemas espirituales que acongojan al hombre actual y en brindarle la solución evangélica en conceptos llanos, amables, atrayentes.

EL PRIMER AMOR DEL MUNDO

se refiere a la facultad de amar, exclusiva del ser racional, tal como se ejercita en la vida presente hacia las personas y cosas que nos rodean, y cuyo exponente más puro fue la Santísima Virgen. Más que un tratado de devoción (en el sentido corriente del vocablo) es un análisis magistral de los elementos constitutivos del amor y de cómo se combinan en la experiencia, siguiendo muchas veces caminos misteriosos. El amor y el dolor, diferentes aspectos del mismo problema, se enfrentan ante dos realidades interpretadas por el mundo actual con pesimismo desesperante: el sexo y la muerte. Estos fantasmas han aniquilado lo racional del amor, sobre todo el amor de la mujer y a la mujer. Es, pues, justo que sea una mujer quien señale el camino de la recuperación, una mujer que fue prometida, esposa, madre, y aceptó la responsabilidad de amar, sin los alicientes del placer. El autor, con su habitual sagacidad penetra en los problemas del corazón que preocupan al hombre y a la mujer desde la cuna hasta el sepulcro, sin perder de vista el ideal máximo del amor: la Stma. Virgen María.

Mons. Fulton J. Sheen

*Obispo auxiliar de N. York, - Prof. de Filosofía de la Universidad
de Lovaina (Bélgica) y de la Catholic University
of America (Estados Unidos)*

EL PRIMER AMOR DEL MUNDO

BUENOS AIRES

1957

Título en inglés de la edición norteamericana:
THE WORLD'S FIRST LOVE

Traducción del
Dr. Carlos Juan Vega

DEDICADO A
LA MUJER QUE YO AMO

* * *

La Mujer Elegida en la que Dios soñara
aun antes de que la tierra fuera creada.

La Madre Amorosa que me diera a luz
sufriendo acerbamente al pie de la Cruz.

La Mujer Pre-Ungida, que sin ser sacerdote
en la cima del Calvario pudo exclamar:
“Este es MI Cuerpo y ésta es MI Sangre
animados por la vida que les quise dar”.

La Mujer Sabiente que mi pluma guía,
pluma que a veces no halla palabras
para hablar del Verbo, Fuente de Vida.

La Mujer Fuerte que en un mundo sin bonanza
se alza como firme Faro de Esperanza.

Quiera aceptar esta ofrenda de secos racimos
e infundirles la savia que los convierta en vino.
Y un nuevo Caná se realizaría
salvándose un alma,
quizás la mía...

ÍNDICE

PARTE PRIMERA.....	6
LA MUJER A LA QUE EL MUNDO AMA.....	6
Capítulo primero.....	7
<i>El amor comienza con un ensueño.....</i>	<i>7</i>
Capítulo segundo.....	15
<i>La Anunciación, o sea: cuando la libertad y el amor se unificaron.....</i>	<i>15</i>
Capítulo tercero.....	25
<i>La canción de la Mujer: la Visitación.....</i>	<i>25</i>
Capítulo cuarto.....	37
<i>¿Cuándo comenzó la creencia en el nacimiento virginal?.....</i>	<i>37</i>
Capítulo quinto.....	47
<i>Todas las madres son semejantes, excepto una.....</i>	<i>47</i>
Capítulo sexto.....	59
<i>La Virgen Madre.....</i>	<i>59</i>
Capítulo séptimo.....	67
<i>El matrimonio más feliz del mundo.....</i>	<i>67</i>
Capítulo octavo.....	74
<i>Obediencia y amor.....</i>	<i>74</i>
Capítulo noveno.....	85
<i>La fiesta de las bodas en Caná.....</i>	<i>85</i>
Capítulo decimo.....	91
<i>Amor y dolor.....</i>	<i>91</i>
Capítulo undécimo.....	99
<i>La Asunción y el mundo moderno.....</i>	<i>99</i>
PARTE SEGUNDA.....	109
EL MUNDO AL QUE LA MUJER AMA.....	109
Capítulo decimosegundo.....	109
<i>Hombre y mujer.....</i>	<i>109</i>
Capítulo decimotercero.....	119
<i>Las siete leyes del amor.....</i>	<i>119</i>
Capítulo decimocuarto.....	124
<i>Virginidad y amor.....</i>	<i>124</i>

Capítulo decimoquinto.....	130
<i>Equidad e igualdad.....</i>	<i>130</i>
Capítulo decimosexto.....	138
<i>La Señora del mundo.....</i>	<i>138</i>
Capítulo decimoséptimo.....	152
<i>María y los musulmanes.....</i>	<i>152</i>
Capítulo decimoctavo.....	156
<i>Rosas y oraciones.....</i>	<i>156</i>
Capítulo decimonoveno.....	165
<i>Los quince misterios del Rosario.....</i>	<i>165</i>
Capítulo vigésimo.....	171
<i>La miseria del alma y la Reina de la misericordia.....</i>	<i>171</i>
Capítulo vigesimoprimeró.....	183
<i>María y la espada.....</i>	<i>183</i>
Capítulo vigesimosegundo.....	207
<i>La Mujer y el átomo.....</i>	<i>207</i>

PARTE PRIMERA

LA MUJER A LA QUE EL MUNDO AMA

Capítulo primero

EL AMOR COMIENZA CON UN ENSUEÑO

Todo ser humano tiene en lo íntimo de su corazón un diseño fiel del ser al que ama. Lo que aparentemente es “amor a primera vista”, en realidad de verdad es el cumplimiento de un anhelo, es la realización de un ensueño o aspiración. Precisamente, por saber esto, afirmó el filósofo Platón que todo conocimiento no es más que un recuerdo de una existencia previa. Afirmación, que expuesta en esa forma, no es verdad, pero sí lo es si la entendemos en el sentido de que antes de amar ya tenemos en nosotros un ideal del ser amado, ideal creado por nuestros pensamientos, por nuestros hábitos, por nuestra experiencia y nuestros deseos. Si así no fuera, ¿cómo se explicaría que al ver determinadas personas o cosas, comprobamos inmediatamente que ya las amábamos? Antes de conocer a tales o cuáles seres humanos somos guiados por un módulo o diseño previo determinante del que nos agradará o nos desagradará; algunas personas concuerdan con ese diseño, otras, no.

Cuando por vez primera oímos una determinada pieza de música, nos place o no nos place. La juzgamos teniendo como norma la música que ya hemos oído en nuestros corazones. Las mentalidades inestables y movedizas, incapaces de mantenerse prolongadamente en un tema de pensamiento o en la ponderable continuidad de un mismo ideal, aman la música excitante, enloquecedora y saltarina. Por el contrario, las mentalidades ponderadas aman la música apacible; tienen ya en su corazón una melodía secreta, y un buen día, al ser pasada una determinada pieza musical, el corazón contesta: “¡Aquí está la música anhelada, mi música!”

Y otro tanto sucede en el amor. Un invisible arquitecto labora dentro del corazón humano trazando el diseño del amor ideal, en base a la gente

que conocemos, a los libros que leemos, a nuestros anhelos y ensueños, todo ello acariciando la esperanza de que algún día nuestros ojos verán y nuestras manos palparán la cristalización de la imagen así formada. La vida nos satisface desde el momento en que vemos a ese sueño caminando en la persona que se nos muestra como la encarnación de todo lo que amamos. El agrado es instantáneo porque la espera había durado muy largo tiempo. Algunos pasan por la vida sin llegar a hallar *lo que ellos denominan* su ideal. Esto sería muy decepcionante si el ideal no existiera realmente. Pero, en realidad, sí existe el ideal absoluto de todo corazón, y es Dios. Todo amor humano es una iniciación para el Eterno. Algunos hallan este Ideal en la sustancia, sin tener que recurrir a la sombra del Mismo.

También Dios tiene en Sí diseños, módulos de todo lo que hay en el universo. Así como el arquitecto tiene en su mente el plan de la casa, antes de construirla, así Dios tiene en Su Mente una idea arquetipo de toda flor, de toda ave, de todo árbol, de la primavera, de toda melodía. Jamás un pincel roza una tela, o un cincel hiere el mármol sin que haya una idea preexistente. Así también, cada átomo y cada rosa es la realización, la concretización de una idea existente en la Mente de Dios, y desde toda la eternidad. Todas las creaturas, inferiores al ser humano, corresponden al modelo que Dios tiene en Su Mente. Un árbol es verdaderamente un árbol porque responde a la idea que Dios tiene del árbol; una rosa es una rosa porque tal es la idea de Dios, realizada en compuestos químicos, en tintes y vida. *Pero, no es así con las personas.* Acerca de nosotros Dios tiene dos imágenes: la una es la que corresponde a lo que *somos*: la otra a lo que *debemos ser*; tiene el modelo y tiene la realidad; el plano y el edificio; la partitura de la música y la ejecución que hacemos de la misma. Dios tiene que tener ambas porque en todos y cada uno de nosotros hay alguna desproporción y carencia de conformidad entre el plan original y el modo cómo lo realizamos. La imagen es borrosa, la impresión desleída. Sucede que nuestra personalidad no es completa en el tiempo, necesitamos un cuerpo renovado. Además, los pecados disminuyen nuestra personalidad, los malos actos manchan la tela diseñada por la Mano del Maestro. Como huevos separados del nido, algunos seres humanos se niegan a ser calentados por el Amor Divino, necesario para la incubación que los ha de elevar a un nivel superior. Necesitamos continuamente ser reparados, nuestros actos libres no coinciden con la ley de nuestro ser, distamos mucho de lo que Dios quiere que seamos. San Pablo nos hace saber que, aun antes de que fueran echados los fundamentos del mundo, ya estábamos

predestinados a ser hijos de Dios. Pero, algunos de nosotros no cumplimos ese anhelo.

En toda la humanidad hay solamente una persona de la que Dios tiene tan sólo una imagen, y en la que resplandece una perfecta conformidad entre lo que Dios deseó que Ella fuera y lo que es: su propia Santísima Madre. En la mayoría de nosotros predomina el signo negativo, en cuanto no satisfacemos los altos anhelos que el Padre Celestial alienta por nosotros. Pero en la Virgen María se halla el signo de igualdad: el ideal que Dios formó acerca de Ella, Ella lo *es*, lo ha concretizado, y en su carne. El modelo y la copia son perfectos: es Ella lo que fue previsto, planeado y soñado. La melodía de su vida ha sido ejecutada exactamente como fue compuesta. María fue pensada, concebida y planeada como el signo de igualdad entre el ideal y la historia, el pensamiento y la realidad, la esperanza y la realización.

Es por este motivo por el que la liturgia cristiana, a través de los siglos, ha aplicado a Ella las palabras del Libro de los Proverbios. Porque es lo que Dios quiso que fuéramos todos nosotros. Ella puede hablar de sí como del modelo eterno en la Mente de Dios, el ser al que Dios amó aún antes de que fuera una creatura. Hasta se la describe como siendo con Él no sólo en la creación, sino desde antes de la creación. Existió en la Mente Divina como un Pensamiento Eterno antes de que hubiera madres. Es la Madre de madres: Es EL PRIMER AMOR DEL MUNDO.

“El Señor me tuvo al comienzo de sus caminos; antes de que nada hiciera desde el comienzo, yo era desde la eternidad, y desde antiguo, antes de que la tierra fuera hecha. Aun no existían los abismos y yo ya estaba concebida; aun no habían brotado las fuentes de las aguas ni se alzaban los montes con su enorme volumen y no había hecho la tierra, los ríos ni los ejes del orbe terráqueo, y yo veía la luz antes que las montañas. Mientras preparaba los cielos yo estaba presente, mientras limitaba a los abismos con ley y compás determinado, cuando aseguraba los etéreos en lo alto, y abría las fuentes de las aguas, cuando circundaba al mar dentro de sus límites poniendo a las aguas una ley a fin de que no salieran de sus términos, cuando balanceaba los fundamentos de la tierra, yo estaba con Él haciendo todas las cosas y me deleitaba diariamente jugando ante Él, en todo momento jugando en el orbe de las tierras, y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues hijos, oídme: ¡Bienaventurados los que guardan mis caminos! Oíd las instrucciones y sed sabios y no queráis rehusarlas. Feliz el hombre que me oye y el que vela diariamente a

mis puertas y observa junto a ellas. El que me encontrare hallará la vida y tendrá la salvación del Señor” (Prov. VIII-22-35).

Pero no sólo pensó Dios en ella desde la eternidad, la tenía en su mente desde el comienzo de los tiempos. En los albores de la historia, cuando la raza humana cayó por la debilidad de una mujer, Dios habló al Demonio y le dijo: “Pondré enemistad entre tú y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella quebrantará tu cabeza y tú tenderás acechanzas a sus pies” (Génesis, III, 15). Decía con esa frase que, si por una mujer había caído el hombre, también mediante una mujer Dios sería reivindicado. Quienquiera hubiera de ser Su Madre, ciertamente sería bendita entre las mujeres, y por ser elegida por Él, se preocuparía de que todas las generaciones la bendijeran.

Cuando Dios quiso hacerse hombre hubo de decidir el tiempo de su venida a la tierra, el país en que nacería, la ciudad en que habría de ser criado y formado, la gente, la raza, los sistemas político y económico que le rodearían, la lengua que hablaría y las aptitudes psicológicas con que estaría en contacto como Señor de la Historia y Salvador del Mundo.

Todos estos detalles dependerían enteramente de un factor: la mujer que habría de ser Su Madre. Elegir una madre es elegir una posición social, un lenguaje, una población, un ambiente, una crisis, un destino.

Su Madre no sería como la nuestra, a la que aceptamos como algo históricamente fijado y que no podemos cambiar; Él nació de una mujer a la que eligió antes de nacer. Es el único ejemplo en la historia en que ambos: el Hijo, quiso desde antes a la Madre y la Madre quiso al Hijo. A ello alude el Credo al decir: “nació de Santa María Virgen”. Fue llamada por Dios lo mismo que Aarón, y Nuestro Señor nació no sólo de su carne, sino por su consentimiento.

Antes de tomar para Sí la naturaleza humana consultó con *la Mujer*, para preguntarle si estaba dispuesta a dar a Él, a Dios, *un hombre*. El hombre que fue Jesús no fue robado a la humanidad, como Prometeo robó fuego del cielo; fue dado como un regalo.

El primer hombre, Adán, fue hecho del limo de la tierra. La primera mujer fue hecha de un hombre en éxtasis. Cristo, el nuevo Adán, procede de la nueva Eva: María, en un éxtasis de oración y amor a Dios y en la plenitud de la libertad.

No nos debe sorprender que se hable de Ella como un pensamiento de Dios antes que el mundo fuera hecho. Cuando Whistler hizo el retrato de su madre, ¿acaso no tenía la imagen de ella en su mente antes de reunir los

colores en su paleta? Si usted hubiera podido preexistir a su madre (no *artísticamente*, sino *realmente*), ¿no hubiera hecho de ella la mujer más perfecta que jamás haya existido, tan hermosa que hubiera sido la dulce envidia de todas las mujeres, tan gentil y misericordiosa que las demás madres se hubieran esforzado en imitar sus virtudes? ¿Por qué, entonces, hemos de pensar que Dios procederá de otra forma? Cuando Whistler fue felicitado por el cuadro de su madre, respondió: “Ustedes saben cómo sucede en esto, uno procura hacer a su madrecita lo más hermosa que puede”. Cuando Dios se hizo Hombre, creo que también Él procuraría hacer a su Madre lo más hermosa que le fuera posible... y que la haría una Madre Perfecta.

Dios jamás hace algo sin extremada preparación. Sus dos grandes obras maestras son la Creación del ser humano y la Re-creación o Redención del mismo. La Creación fue hecha para seres humanos no caídos; su Cuerpo Místico para seres humanos caídos. Antes de crear al hombre hizo un jardín de delicias, hermoso como solamente Dios es capaz de hacerlo. En aquel Paraíso de la Creación se celebraron las primeras nupcias del hombre y la mujer. Pero el hombre no quiso recibir favores sino aquéllos que concordaban con su naturaleza inferior. Y no sólo perdió su felicidad sino que, además, hirió su propia mente y su voluntad. Entonces planeó Dios el renacimiento o redención del hombre, pero antes de realizarlo haría otro Jardín. Este nuevo no sería de tierra sino de carne; sería un jardín encima de cuyos portales jamás se escribiría la palabra pecado; un Jardín en el que no crecerían las malas hierbas de la rebelión que impiden el crecimiento de las flores de la gracia; un Jardín del que dimanarían cuatro ríos de redención hacia los cuatro ángulos de la tierra; un Jardín tan puro que el Padre Celestial no hallaría desmedro en enviar a Él a Su Propio Hijo, y ese “Paraíso ceñido de carne para ser cultivado por el Nuevo Adán”, fue Nuestra Santísima Madre. Así como el Edén fue el Paraíso de la Creación, María es el Paraíso de la Encarnación, y en Ella, así como en el anterior, fueron celebradas las primeras nupcias de Dios y el hombre. Cuanto mayor es la proximidad al fuego, mayor es el calor que se experimenta; cuanto más cerca se está de Dios, mayor es la pureza del que se acerca. Y, como ningún ser pudo jamás estar más cerca de Dios que la Mujer de cuya envoltura humana se sirvió para ingresar en la tierra, luego, nadie ni nada pudo ser más puro que Ella.

*Un Huerto Cerrado en flores florecido
creció a la espera de la Mano Divina.*

Un Huerto jamás tocado por mano humana

*utilizó Dios para su venida.
El primer ramillete fue rojo encarnado:
sus labios de Ella al dar la bienvenida.
El segundo era suavemente azulado:
sus ojos brillantes al paso del Señor.
El tercero fue blando, de albor immaculado
su alma, siempre pura a la vista de Dios.
fueron tres ramilletes de amor amante
dadores de Cristo al mundo expectante.*

LAURENCE HOUSMAN.

Nosotros denominamos a esa pureza exclusiva la Inmaculada Concepción. No es la Natividad de la Virgen. La palabra “inmaculada” procede etimológicamente de dos palabras latinas que significan “sin mácula”, “no manchada”. “Concepción” significa que desde el primer momento de su concepción en el seno de su madre: Santa Ana, y en virtud de los anticipados méritos de la Redención de su Hijo, estuvo preservada, fue libre de las manchas del pecado original.

Nunca pude comprender por qué, en nuestra edad y en nuestros días, hay personas que hacen dificultad a la Inmaculada Concepción; todos los modernos paganos creen que han sido concebidos immaculadamente. Si no hay pecado original, entonces, *todos y cada uno* han sido immaculadamente concebidos. ¿Por qué, entonces, quieren negar a María lo que se atribuyen a sí mismos? La doctrina del Pecado Original y de la Inmaculada Concepción, son mutuamente excluyentes. Si solamente María es La Inmaculada Concepción, entonces el resto de nosotros debe tener el Pecado Original.

La Inmaculada Concepción no implica que María no necesitó la Redención. La necesitó tanto como usted y como yo. Ella fue redimida anticipadamente, por vía de prevención, en cuerpo y alma desde el instante de la concepción. *Nosotros* recibimos los frutos de la Redención al momento del Bautismo, en nuestra alma. Toda la raza humana necesita la Redención, pero María fue separada de la humanidad cargada de pecado como resultado de los méritos de Nuestro Señor en la Cruz, al ser ofrecidos a Ella en el momento de su concepción. Si la eximiéramos de la necesidad de redención, tendríamos que eximirla de ser miembro de la humanidad. Por lo tanto, la Inmaculada Concepción no implica en modo alguno que no precisara redención. ¡La necesitó! María fue el primer efecto de la redención, en el sentido de que le fue aplicada en el momento

de su concepción; a nosotros, en cambio, nos ha sido aplicada de un modo diverso y en menor grado, después de haber nacido.

Tuvo ese privilegio no por causa de *Ella*, sino por *Él*. Es por esto por lo que, quienes no creen en la Divinidad de Cristo, no ven razón para el privilegio especial acordado a María. Si yo no creyera en la Divinidad de Nuestro Señor — ¡lo que Dios no permita!— no vería más que despropósitos en tributar reverencia especial a María, por encima de las demás mujeres. Pero, si ella es la Madre de Dios hecho hombre, entonces es única, y sobresale entre todas como la nueva Eva de la humanidad, y *Él* es el nuevo Adán.

Fue preciso que hubiera una criatura como María, de lo contrario Dios, no hubiera hallado ningún ser en el que pudiera, debidamente, ubicar su origen humano. Todo político honesto que procura hacer reformas cívicas, busca a su alrededor a fin de hallar colaboradores también honestos. El Hijo de Dios, al comenzar una nueva creación, buscó algún ser dotado de la Bondad que existía antes de que el pecado invadiera todo. Si Dios no hubiera demostrado un favor especial para con la Mujer que había de ser Su Madre, en muchas mentes se hubieran suscitado dudas acerca del Poder de ese Dios. Ciertamente, lo que concedió a Eva jamás lo negaría a Su Propia Madre.

Supongamos que Dios al rehabilitar al hombre no hubiera rehabilitado también a la mujer en una nueva Eva. ¡Qué coro de protestas se habría suscitado! El Cristianismo hubiera sido denunciado como todas las religiones exclusivamente masculinas. Entonces, las mujeres hubieran ido en busca de una religión femenina. Se hubiera argüido que la mujer era siempre la esclava del hombre y que hasta Dios quería que fuese tal, puesto que se negaba a hacer una nueva Eva así como había hecho a un nuevo Adán.

Si no hubiera habido la Inmaculada Concepción, entonces se hubiera podido decir de Cristo que era menos hermoso y perfecto, pues hubiera tomado Su Cuerpo de un ser que no habría sido humanamente perfecto. Es necesario que exista una separación infinita entre Dios y el pecado, pero no la hubiera habido en caso de no existir una Mujer que quebrantara la cabeza de la serpiente.

Si usted fuera artista, ¿permitiría que otra persona preparara su tela llenándola de manchas? Entonces, ¿por qué se ha de esperar de Dios que actúe diversamente cuando se prepara para unir a Su Mismo Ser con una naturaleza humana igual a la nuestra en todo menos en el pecado?

Pero, una vez elevada una mujer preservándola del pecado, y una vez que Ella misma ratificó libremente esa gracia en el momento de la Anunciación, entonces Dios hizo brillar la esperanza a nuestra perturbada, neurótica, débil y descarriada humanidad. Sin duda, Él es nuestro Modelo, pero es también la Persona de Dios. Debía existir, en el nivel humano Alguien que nos ofreciera esperanzas humanas, Alguien que pudiera conducirnos a Cristo; *Alguien que mediara entre nosotros y Cristo así como Él media entre nosotros y el Padre*. Ahora, una mirada a Ella y sabemos que un ser humano que no sea bueno puede hacerse mejor; una oración a Ella y sabemos que, por estar Ella sin pecado, nosotros podemos llegar a ser menos pecadores.

Y esto nos trae nuevamente al comienzo. Dijimos que cada uno lleva dentro de su corazón un modelo de su amor ideal. Los mejores entre todos los amores humanos, por más consagrados que sean, deben concluir, tener un fin, y nada que tiene fin es perfecto. Si de un amor se puede decir: “Este es el último abrazo”, entonces no es amor perfecto. De ahí que algunos, ignorando la Divinidad, se esfuercen procurando que la multiplicidad de amores compense el amor ideal; pero esto equivale a procurar que una obra musical llegue a ser una obra maestra haciéndola ejecutar en una docena de violines diversos.

Todo hombre que corteja a una joven; toda joven que anhela ser cortejada, todo lazo de amistad existente en el universo, procuran un amor que no es *su* amor de ella o *su* amor de él, sino algo que supera a él y a ella y que es llamado “nuestro amor”. Todos y cada uno estamos enamorados de un amor ideal, un amor mucho más perfecto de lo que amamos. Cuando ese exceso desaparece, entonces el amor cesa. Como lo dijo un poeta: “No podría amarte a ti, querida, tanto, que no amara más al honor”. A ese amor ideal lo vemos más allá de todo amor a las creaturas: a ese amor nos volvemos instintivamente cuando fracasa el amor carnal. Es el mismo ideal que Dios tuvo en su Corazón desde toda la eternidad; la Señora, la Mujer a la que Él llama “Madre”, es la misma a la que todo ser ama cuando ama a una mujer, lo sepa o no lo sepa. Es Ella a la que todo hombre desposa en ideal cuando toma esposa; está oculta como un ideal en el descontento de toda mujer ante la agresividad carnal del hombre; es el secreto deseo que toda mujer tiene por ser honrada y cultivada; es el modo como toda mujer desea imponer respeto y amor a causa de la belleza de su bondad de cuerpo y alma. Y este amor-modelo, al que Dios amó antes que el mundo fuera creado; esta Mujer-Sueño existente antes de que existieran

las mujeres, es la misma a la que todo corazón puede decir en su profundidad más intensa: “¡Ella es la Mujer a la que yo amo!”

Capítulo segundo

LA ANUNCIACIÓN, O SEA: CUANDO LA LIBERTAD Y EL AMOR SE UNIFICARON

La edad moderna, que otorga la primacía al sexo, justifica la promiscuidad y el divorcio basándose en que el amor, por su naturaleza, es libre, lo que en realidad es. Todo amor es libre en un cierto sentido. Carecer de amor es la esencia del infierno. La Escritura nos lo dice: “Donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad” (II Cor., III, 17). La vida ideal es satisfecha —sin sujeción a una ley absoluta—, sólo en la correspondencia discriminada de un afecto educado.

La fórmula de que el amor es libre, es acertada. Pero, su interpretación puede ser, frecuentemente, errónea. Aquellos maridos que abandonan a su esposa por otra, pueden justificar su infidelidad basándose en que “se debe ser libre para vivir la propia vida”. *Nadie* es jamás egoísta o voluptuoso sin cubrir sus actitudes con un desfile similar de ideales. Detrás de muchas afirmaciones contemporáneas sobre la libertad del amor, hay falsos raciocinios, pues, aunque el amor implica libertad, no toda libertad implica amor. No puedo amar a menos que sea libre, pero, porque soy libre, puedo no amar como me plazca. Un hombre puede tener libertad sin amor, por ejemplo: el que viola a otra persona es libre en su acción cuando no hay cerca nadie que lo contenga; pero, ciertamente, no tiene amor. Un ladrón puede saquear una casa cuando los propietarios de la misma están ausentes, pero es absurdo afirmar que ama a los propietarios, porque es libre para robar. La libertad más pura es aquella que es dada, no la que es tomada.

Lo que muchos modernos entienden por libertad en el amor, es la libertad *de* algo, sin ser libre *para* algo. El verdadero amor quiere ser libre

de algo para algo. Un joven quiere ser libre del yugo de sus progenitores a fin de poder amar a alguien además de ellos y prolongar de este modo su vida. Por lo tanto, la libertad del amor es inseparable del servicio, del altruismo y de la bondad. La prensa quiere la libertad de cortapisas e imposiciones a fin de ser libre para expresar la verdad; un hombre quiere estar libre de la tiranía política a fin de elaborar su propia prosperidad, aquí abajo para sí, y para su destino en la vida ulterior. El amor exige libertad de una cosa a fin de hallarse libre para servir a otra. Cuando un ser humano se enamora, busca la dulce esclavitud del afecto y la consagración a otro. Cuando un hombre se enamora de Dios va inmediatamente en busca del prójimo. Para estar completamente libre de toda limitación, sería necesario que cada ser humano estuviera completamente solo, pero entonces, no tendría a nadie a quien amar. Éste es precisamente el ideal de Sartre, quien afirma: “Los demás son el infierno”. La base de su filosofía es que toda limitación del ego es nada. Pero acontece que todo otro ser humano y toda otra cosa, restringe al ego... por lo tanto, son nada. Muy verdadero, en realidad: si un hombre se dedica a ser libre en ese sentido de vivir la vida sólo dentro de sus propios términos, entonces se halla en el nihilismo del infierno. Sartre olvida que enamorarse significa creer en algo, y ese algo es responsabilidad. De este modo, el mismo amor que exige libertad para ejercerse, busca también los frenos que lo limitan o retienen. Por lo tanto, la libertad del amor no es licencia. La libertad implica no sólo una mera elección, sino también responsabilidad para la elección.

Hay tres definiciones de libertad, dos de ellas son falsas y una es verdadera. La primera definición falsa, es: “Libertad es el derecho a hacer cualquier cosa *que me agrada*”. Esta es la doctrina liberal de la libertad, que la reduce a un poder físico más que moral. Por supuesto, somos libres para hacer cualquier cosa que nos dé la gana, por ejemplo: descargar una ametralladora sobre las gallinas del vecino, conducir un automóvil sobre la vereda, llenar el colchón del vecino con hojas de afeitar usadas y clavos, pero *¿debemos* hacer estas cosas? Esta clase de libertad, por la que cada cual tiene el derecho de procurar su propio beneficio y gusto, produce confusión y males. No hay liberalismo de esta clase especial sin un mundo de egotismos en conflicto, en el que nadie quiere rebajarse por el bien común. A fin de superar esta confusión en la que cada uno haría lo que le apeteciese, surgió la segunda falsa definición de libertad: “Libertad es el derecho de hacer *lo que tenemos que hacer*”. Esta es libertad totalitaria, así expuesta y desarrollada para destruir la libertad individual en beneficio de la sociedad. Engels, quien junto con Marx escribió la *Filosofía del*

Comunismo, dijo así: “Una piedra es libre para caer porque tiene que obedecer a la ley de la gravedad”. Así, el hombre es libre en la sociedad comunista porque debo obedecer a la ley del dictador.

El verdadero concepto de libertad, es: “Libertad es el derecho de hacer lo que *debemos* hacer”, y ese *debemos* implica objetivo, finalidad, moralidad y ley de Dios. La verdadera libertad está dentro de la ley, no fuera de ella. Yo soy libre para diseñar un triángulo si le doy a esa figura tres lados, pero no, si procediendo *con amplitud de miras* le doy cincuenta y siete lados. Yo soy libre para volar con la condición de que obedezca a las leyes de la aeronáutica. Y en el reino espiritual, tengo la mayor libertad posible cuando obedezco a la ley de Dios.

Para eludir las implicaciones de la libertad (explícitamente: la responsabilidad que trae consigo), no faltan quienes nieguen la libertad individual ya sea comunamente (como los comunistas), ya biológicamente (como lo hacen algunos freudianos). Cualquier civilización que niegue la voluntad libre, es, generalmente, una civilización que ya se halla disgustada con las elecciones de su libertad porque ha acarreado la infelicidad sobre sí misma. Los que afirman la negación teórica de la libre voluntad son aquéllos que, en la práctica, confunden a la libertad identificándola con la licencia. Nunca se hallará un profesor que niegue la libertad de la voluntad y que no tenga en su vida algo por lo que desee liberarse de responsabilidad. Se libera del mal liberándose de aquello que hace posible al mal, o sea: la libre voluntad, el libre albedrío. En el desarrollo de las partidas o de los cursos de “golf”, esos negadores de libertad acusan y echan la culpa a los “clubs de golf”, pero nunca a sí mismos. Igual que la excusa perenne del niño que rompió un vaso: “Alguien me empujó...”, es decir: que fue forzado. Cuando ese niño crezca y llegue a ser profesor, en lugar de decir: “Alguien me empujó”, dirá: “La concatenación de los factores sociales, económicos y ambientales, gravitaron tanto con la herencia colectiva psíquica de nuestro origen animal y evolutivo, que produjeron en mí lo que los psicólogos han denominado un *Id* compulsivo”. Estos mismos profesores que niegan la libertad de la voluntad, son los que suscriben las peticiones a los comunistas libres en nombre de la libertad, después que los mismos han abusado del privilegio de la libertad norteamericana.

La belleza de este universo es que prácticamente todos los dones están condicionados por la libertad. No hay ley ninguna por la que un joven tenga que hacer el presente de un anillo a la joven con la que se compromete. Una expresión de nuestro lenguaje que prueba la estrecha

conexión existente entre los regalos y la libertad, es “Muchas gracias”. Como lo ha dicho Chesterton: “Si el hombre no fuera libre, jamás podría decir: ¡Gracias por la mostaza!”

La libertad es que entreguemos algo o nos entreguemos a causa de algo que amamos. Todo el que es libre en el mundo quiere la libertad ante todo como un medio; la quiere para entregarla. En realidad, casi todos la tienen y la entregan. Algunos entregan su libertad de pensamiento a la opinión pública, a las modas, a las novedades, al anonimato de los “se dice”, y de este modo se convierten en esclavos voluntarios de la hora que pasa. Otros entregan su libertad al alcohol y al sexo, y experimentan en sus vidas las palabras de la Escritura: “El que comete el pecado es esclavo del pecado”. Otros, enamorados, dan su libertad a otra persona. Esta es la más elevada forma de entrega e involucra la dulce esclavitud del amor, de la que habló Nuestro Salvador: “Mi yugo es dulce y mi carga ligera”. El joven que corteja a una joven le está diciendo prácticamente: “Quiero ser tu esclavo todos los días de mi vida, y ésa será mi más alta y grandiosa libertad”. La joven cortejada podría decirle: “Tú me dices que me amas, pero ¿cómo puedo saberlo? ¿Has cortejado ya a las otras 458.623 jóvenes elegibles que hay en esta ciudad?”. Si el joven conociera bien la metafísica y la filosofía, podría responderle: “En cierto sentido, sí, porque por el mero hecho de que te amo, ya las rechazo a las otras. Él mismo amor que me hace elegirte a ti hace que descarte a las demás, y esto será por toda la vida”.

Por consiguiente, el amor es no sólo una afirmación, es también un rechazo. El mero hecho de que Juan ame a María con todo su corazón, significa que no ama a Ruth con parte alguna de ese corazón. Toda protesta de amor es una limitación de una especie desacertada de amor libre. Aquí el amor es el freno de la libertad entendida como licencia y, sin embargo, es goce de la perfecta libertad, porque todo lo que se desea en la vida es amar a esa persona. El verdadero amor impone siempre restricciones sobre sí, por causa de otros, ya sea el santo que se separa del mundo a fin de adherir más prestamente a Cristo, o el esposo que se aleja de anteriores relaciones a fin de pertenecer y atender más eficazmente a la esposa de su elección. El verdadero amor, por su misma naturaleza, no admite compromisos; es liberar al yo del egoísmo y del egotismo. El amor real utiliza la libertad para adherirse inquebrantablemente a otro ser. San Agustín escribió esta frase: “Ama a Dios, ¡y haz lo que quieras!”, queriendo decir que, si se ama a Dios no se hará nada que le hiera o que contradiga sus disposiciones. Del mismo modo, en el amor matrimonial

hay perfecta libertad, aun cuando hay *una* limitación que preserva a ese amor: el rechazo de todo lo que hiera al ser amado. No hay en libertad momento más sagrado que aquél en que la capacidad de amar a otros es suspendida y detenida por el interés que se tiene por el ser amado; surge entonces un momento en que se abandona el éxtasis y la captación por el placer de contemplarlo, y en que la necesidad de poseer y devorar desaparece en el goce de ver viviendo al otro ser.

Y he aquí una interesante visión de lo íntimo del amor: hasta el grado en que rechazamos amor, perdemos nuestros dones. Ningún refugiado de Rusia envía un presente al Dictador; también los dones de Dios dependen de nuestro amor. Adán y Eva pudieron haber pasado a la posteridad con extraordinarios dones de cuerpo y alma; no se les requirió decir “Yo amo” porque las palabras pueden ser huera; simplemente, se les pidió hacer un acto de elección entre lo que es de Dios y lo que no es de Dios; entre las elecciones simbolizadas en las alternativas del paraíso y el árbol. Si ellos no hubieran tenido libertad, se hubieran vuelto a Dios como el heliotropo se vuelve hacia el sol. Pero, siendo libres, pudieron rechazar el todo por la parte, el paraíso por el árbol, el goce futuro por el placer inmediato. El resultado fue que la humanidad perdió aquellos dones que Dios le hubiera pasado si hubieran sido fieles en el amor.

Lo que concierne ahora a nosotros es restaurar dichos dones mediante otro acto de libertad. Dios pudo haber restaurado al hombre, nuevamente, con sólo perdonarle su pecado, pero entonces ello hubiera sido misericordia sin justicia. El problema que confrontaba el hombre era algo similar al que enfrenta un director de orquesta. La partitura está escrita y confiada a un excelente director. Los músicos, competentes y adiestrados en su arte, son libres para seguir al director o para rebelarse contra él. Supongamos que uno de ellos decide tocar una nota desacertada; el director puede hacer dos cosas: ignorar el error o golpear con su batuta y ordenar que el compás sea tocado nuevamente. Poca sería la diferencia, pues la nota ya ha comenzado a vibrar en el espacio, y como el tiempo no puede ser retrotraído, la discordancia continuará por el universo hasta el fin del tiempo. ¿Hay algún posible medio con el cual pueda ser detenida esa voluntaria desarmonía? Ciertamente, no es posible hacerlo en el tiempo. Podría ser corregida con la condición de que alguien pudiera alcanzarla desde la eternidad, tomarla en el tiempo y detenerla en su alocado vuelo. Pero ¿no sería aún una discordancia? No: ¡podría ser hecha la primera nota de una nueva sinfonía, y de ese modo hacerse consonante y armoniosa!

Cuando nuestros primeros padres fueron creados, Dios les dio una conciencia, una ley moral y una justicia original. No fueron compelidos a seguir a El como director de la sinfonía de la creación, pero ellos eligieron rebelarse, y esa agria nota de revolución original pasó a la humanidad. ¿Cómo podía ser detenido ese desorden original? Del mismo modo que la nota antes referida, haciendo que la eternidad llegara al tiempo y tomara un hombre por la fuerza, haciéndole ingresar en un nuevo orden en que los dones originales fueran restaurados y la armonía fuera la ley. Empero, no sería ése el temperamento de Dios, pues implicaría la destrucción de la libertad humana. Dios podría tomar y detener una nota, pero no apoderarse de un hombre por la fuerza sin abusar del don máximo que dio al ser humano: la libertad, el único que hace posible el amor.

Llegamos ahora al más grandioso acto de libertad que el mundo ha conocido: la reversión de aquel acto libre que la cabeza de la humanidad realizó en el Paraíso cuando eligió a “no Dios” en lugar de Dios. Fue el momento en que aquella infortunada elección fue revertida, cuando Dios, en su misericordia, quiso rehacer al hombre y brindarle un nuevo comienzo en un *nuevo* nacimiento de libertad bajo Dios. *Pudo* Dios haber hecho un hombre perfecto haciendo surgir la humanidad desde el polvo como lo había hecho en un principio; pudo hacer que el nuevo hombre iniciara la nueva humanidad desde la nada, como lo había hecho en la creación del mundo, y todo esto sin consultar a esa humanidad, pero ello mismo habría implicado la invasión del privilegio humano. No tomaría un hombre del mundo de la libertad sin un libre acto de un ser libre. El proceder de Dios para con el hombre no es la dictadura, sino la cooperación. Si había de redimir a la humanidad, lo haría *con* el consentimiento humano y no *contra él*. Dios podría destruir el mal, pero sólo a costa de la libertad humana, y sería éste un precio demasiado elevado a pagar por la destrucción de la dictadura sobre la tierra: tener un dictador en el Cielo. Antes de rehacer a la humanidad Dios quiso consultar a ésta, de modo que no hubiera destrucción de la dignidad humana. La persona determinada a la que consultó, fue una Mujer. En un principio fue el hombre el requerido a ratificar el don, esta vez fue una Mujer. El misterio de la Encarnación es, muy simplemente, el pedido de Dios a una mujer de que le dé, libremente, a Él, una naturaleza humana. En otras tantas palabras le dijo por medio del Angel: “¿Harás que Yo sea un hombre?” Así como del primer Adán procedió la primera Eva, así ahora, en el re-nacimiento de la dignidad del hombre, el nuevo Adán procedería de la

nueva Eva. Y en el libre consentimiento de María tenemos a la única naturaleza humana que jamás nació en perfecta libertad.

El relato de este re-nacimiento de libertad está hecho en el Evangelio de San Lucas (I, 26-36):

“Cuando llegó el sexto mes (de haber concebido Isabel) fue enviado por Dios el Angel Gabriel a una ciudad de Galilea de nombre Nazaret, a una virgen prometida a un hombre llamado José, de la casa de David, y el nombre de la virgen, María. Y llegado el Angel a su presencia, dijo así: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres». Como oyera estas cosas se turbó y pensó qué sería esa salutación. Y el Angel le dijo: «No temas, María, hallaste gracia ante Dios: he aquí que concebirás y darás a luz un hijo y le darás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará Dios el Señor el trono de David su padre, y reinará en la Casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Pero María dijo al Angel: «¿Cómo se hará esto, puesto que no conozco varón?» Y respondiéndole el Angel, le dijo: «El Espíritu Santo vendrá a ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por lo tanto, lo que nacerá de ti santo, será llamado Hijo de Dios».

El Angel Gabriel, como vocero de Dios, le pregunta si libremente dará al Hijo de Dios una naturaleza humana, para poder ser también El Hijo del Hombre. Una creatura era consultada por el Creador si cooperaría libremente con el plan de Dios para sacar a la humanidad del fango, y elevarla y enamorarla totalmente por Dios. Al principio María se siente turbada no sabiendo cómo puede dar humanidad a Dios, siendo virgen. El Angel le expone la solución diciéndole que Dios Mismo, mediante Su Espíritu, obrará en Ella ese milagro.

Pero, desde nuestro punto de vista parece haber otra dificultad. María fue elegida por Dios para ser Su Madre, y fue preparada para ese honor siendo preservada libre del primer pecado que alcanzó a toda la humanidad. Estando Ella así preparada, ¿estaba libre para aceptar o rechazar, y sería su respuesta el fruto pleno de su voluntad libre? La respuesta es que su redención ya estaba completa, pero que aun no la había aceptado o ratificado. Era ello, en un sentido, algo como nuestro dilema: nosotros somos bautizados desde niñitos y nuestros cuerpos se convierten en templos de Dios cuando nuestras almas son llenadas con las virtudes infusas. Nos convertimos, no sólo en creaturas de Dios, sino en participantes de la naturaleza Divina. Todo esto sucede en el Bautismo

antes de que florezca nuestra libertad, siendo la Iglesia responsable de nuestro nacimiento espiritual así como nuestros padres nos dieron nacimiento físico. Más adelante, sin embargo, nosotros ratificamos esa dote original con los actos libres de nuestra vida moral: mediante la recepción de los Sacramentos, las oraciones y los sacrificios. Así también, la redención de María fue completada —como lo fue nuestro Bautismo—, pero todavía no había aceptado, ratificado o confirmado esa redención, antes de dar su consentimiento al Angel. Se le había destinado un papel en el drama de la redención por Dios, así como un niño dotado es destinado a la carrera musical por sus padres físicos, pero ese papel no fue perfeccionado sino en ese momento, el de la aceptación. La Santísima Trinidad nunca toma posesión de una criatura sin el consentimiento de su voluntad. Cuando María oyó cómo habría de suceder su participación, dijo palabras que son la máxima prenda y la más elevada carta de privilegio, de libertad, que el mundo jamás ha oído: “Hágase en Mí según tu palabra”. Así como en el Edén se realizaron los primeros esponsales del hombre y la mujer, así, en Ella, se realizaron también los primeros desposorios de Dios y el hombre, de la eternidad y el tiempo, de la omnipotencia y la limitación. En respuesta al pedido: “¿Harás que Yo sea un Hombre?”, la ceremonia del desposorio de amor es engrandecida con nuevas profundidades de libertad: “Lo haré”, y el Verbo fue concebido en Ella.

Aquí hay también *libertad de religión*: Dios respeta la libertad humana negándose a invadir la humanidad y a establecer una cabeza de puente en el tiempo sin el libre consentimiento de una de sus criaturas. También está involucrada la *libertad de conciencia*: antes de que María pudiera considerar como propios los grandes dones de Dios, tenía que ratificarlos por un acto de su voluntad en la Anunciación; y también está presente la *libertad de un total abandono a Dios*: nuestra voluntad libre es la única cosa realmente nuestra. Nuestra salud, riqueza y poder, todas estas cosas pueden sernos quitadas por Dios, pero nuestra libertad nos es dejada siempre, inclusive en el infierno. Puesto que la libertad es propia y exclusivamente nuestra, es el único presente o don perfecto que podemos hacer a Dios. Y he aquí que una criatura entrega total, y libremente, su voluntad, de modo tal que se puede decir que no se trató de la voluntad de María haciendo la voluntad de Su Hijo, sino de la voluntad de María perdiéndose, anegándose en la de Su Hijo. Más adelante, en su vida terrena, el Hijo habría de decir: “Si el Hijo del Hombre os hace libres, seréis verdaderamente libres”. Siendo esto así, entonces nadie fue nunca

más libre que esta refulgente portaestandarte de la libertad, la Mujer que entonó el *Magnificat*.

Pero, hay otra libertad revelada por medio de María. En el matrimonio humano hay algo personal y también algo impersonal o racial. Lo personal y libre es el amor, porque éste es siempre por una sola persona, de modo que los celos son guardia de la monogamia. Lo impersonal y automático es el sexo, puesto que su operar, hasta cierto grado, elude el “control” humano. El amor pertenece al hombre, el sexo a Dios, pues sus efectos están más allá de nuestra determinación. Cuando una mujer da a luz a un niño, quiso libremente el acto de amor que hizo que ella y su esposo fueran dos en una sola carne. Pero hubo también lo desconocido, el elemento libre en su amor: la decisión de si nacería un hijo de la unión, si sería un niño o una niña, hasta inclusive el momento de su concepción se pierde en una desconocida noche de amor. En esa forma somos aceptados por nuestros padres, más que queridos por ellos mismos como no sea indirectamente.

Pero en María hubo la libertad perfecta. Su Divino Hijo no fue aceptado de un modo imprevisto e impredecible. Fue *querido*, con voluntad. No hubo elementos librados a las posibilidades, nada fue impersonal, pues fue plenamente querido en la mente y en el cuerpo. ¿Cómo así? Fue querido *en la mente* porque cuando el Angel le explicó el milagro, María respondió: “Hágase en Mí según tu palabra”; luego, fue querido en el cuerpo en ese instante, no en alguna insegura noche, la concepción se realizó en el pleno fulgor del Divino Espíritu de Amor al comenzar Éste a tejer la carne del Verbo Eterno. El tiempo fue elegido deliberadamente, el consentimiento fue voluntario, la cooperación física enteramente libre. Fue el único nacimiento en el mundo verdaderamente querido y, por lo tanto, verdaderamente libre.

Todo nacimiento participa de la naturaleza del reino de las plantas, en cuanto que la flor tiene sus raíces en la tierra aunque su corola se abre hacia el cielo. En la generación el cuerpo procede de los padres que son de la tierra, y el alma viene de Dios que está en el Ciclo. En María apenas hubo algo terreno, excepto Ella Misma; todo fue de los Cielos. El otro amor que concibió en su interior fue el Espíritu Santo, la persona nacida de Ella fue el Verbo Eterno; la unión del Padre y de la humanidad se hizo mediante la misteriosa alquimia de la Trinidad. Ella sola fue de la tierra, y también Ella, sin embargo, parece más del Cielo.

Otras madres saben que nuevas vidas latén dentro de sí por las pulsaciones corpóreas. María supo que la Vida latía en su interior mediante

su alma en comunicación con un Angel. Otras madres tienen conciencia de su maternidad por medio de cambios físicos; María la tuvo por medio de un mensaje del Angel y la sombra del Espíritu Santo. Nada que procede del cuerpo es tan libre como lo que procede de la mente; hay madres que anhelan tener un hijo, pero tienen que esperar los procesos sometidos a la naturaleza. Solamente en María un Hijo esperó, no en la naturaleza, sino en su aceptación de Ella respecto de la Voluntad Divina. Todo lo que Ella hubo de decir, fue un *Fiat*, y concibió. Esto es lo que todo nacimiento hubiera sido sin el pecado; dos voluntades humanas uniéndose con la Voluntad Divina, y mediante la unión de los cuerpos participando en la creación de nueva vida a través de los procesos usuales de la generación humana. Por lo tanto, la concepción y generación de la Virgen son sinónimos con el Nacimiento de la Libertad.

¡María!, nosotros, pobres creaturas, andamos a tientas acerca de nuestras libertades, vacilando en nuestras elecciones. Millones de nosotros están procurando arrojar su libertad; algunos repudiándola a causa del peso de su culpabilidad; unos entregándola a los caprichos y modas del tiempo; otros absorbiéndola en el comunismo, donde sólo hay una voluntad, que es la del dictador, ¡y donde el único amor es el odio y la revolución!

Hoy en día hablamos mucho de libertad, María, porque la estamos perdiendo; del mismo modo que hablamos mucho de la salud cuando estamos enfermos. ¡Tú eres la Reina de la Libertad porque deshiciste la falsa libertad que hace a los hombres esclavos de sus pasiones, y lo hiciste pronunciando la palabra dicha por Dios mismo cuando creó la luz, y nuevamente cuando tu Hijo redimió al mundo: ¡*Fiat!* Pues bien: ¡Hágase en mí según la Voluntad de Dios! Así como el “no” de Eva prueba que la creatura fue hecha por amor, y por lo tanto es libre, así tu *Fiat* prueba que la Creatura fue hecha *para* amor, también. Enséñanos, pues, que no hay libertad sino en hacer, por amor, lo que Tú hiciste en la Anunciación, o sea: decir *Sí* a lo que Jesús demanda.

Capítulo tercero

LA CANCIÓN DE LA MUJER: LA VISITACIÓN

Uno de los más hermosos momentos de la historia fue aquel en que la preñez encontró a la preñez, en que las engendradoras de hijos se convirtieron en primeros heraldos del Rey de Reyes. Todas las religiones paganas comienzan con enseñanzas de adultos, mientras que el Cristianismo comienza con el nacimiento de un Niño. Desde ese día hasta el actual los cristianos han sido siempre defensores de la familia y promotores del amor a la generación. Si nosotros nos pusiéramos a escribir alguna vez lo que esperaríamos que hiciera Dios Infinito, ciertamente, lo último que se nos ocurriría sería verlo prisionero en un tabernáculo carnal por espacio de nueve meses, así como también esperar que “el más grande entre los nacidos de mujer”, estando aún en el vientre de su madre, saludara al aún prisionero Dios-Hombre. Y, precisamente, esto fue lo que sucedió en la Visitación.

En la Anunciación el Angel había dicho a María que su prima Isabel estaba a punto de ser madre de Juan el Bautista. María era entonces una jovencita, pero su prima estaba ya “avanzada en años”, o sea: había pasado enteramente la edad normal para concebir. “Y he aquí que Isabel, prima tuya, concibió un hijo en su senectud, y éste es ya el sexto mes para la que es llamada estéril, porque nada es imposible para Dios”. Y dijo María: “He aquí la esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra”. Y el Angel la dejó” (Lucas, I, 36-38).

El nacimiento de Jesús acontece prescindiendo del hombre; el nacimiento de Juan el Bautista sucede prescindiendo de la edad. “Porque nada es imposible para Dios”. Continúa el relato del Evangelio: “En aquellos días María salió de su pueblo y fue apresuradamente a la región

de las colinas a una ciudad llamada Judá, a la casa de Zacarías, y saludó a Isabel. Y sucedió que cuando Isabel oyó el saludo de María, el infante saltó jubilosamente en su seno, e Isabel fue llena del Espíritu Santo y exclamó con voz fuerte diciendo: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el Fruto de tu vientre. ¿Y de dónde a mí esto, que a mí venga la Madre de mi Señor? He aquí que, al llegar la voz de tu saludo a mis oídos, saltó jubilosamente el niño en mi seno; y bienaventurada tú que creíste porque se realizarán las cosas que te fueron dichas por el Señor” (Lucas, I, 39 - 45).

María “fue apresuradamente”, siempre va de prisa cuando se trata de hacer un bien. Con la deliberada celeridad se convierte en la primera “nurse” de la civilización cristiana. Una mujer va rápidamente para hallar a otra mujer. Sirven mejor a sus prójimos los que llevan a Cristo dentro de sus corazones y en sus almas. Portando en sí al Secreto de la Salvación, María viaja durante cinco días desde Nazaret a la ciudad de Hebrón, donde, de acuerdo a la tradición, descansaban las cenizas de los fundadores del pueblo de Dios: Abraham, Isaac y Jacob.

*Los ondulados campos de Judea
animados de césped y de arbustos
saludaron el paso de la Virgen
alabando al Augusto
Señor, Rey de la Creación,
acompañándola en su paso
y en su dulce expectación.*

(CALVIN LE COMPTE: *El Canto de la Doncella.*)

“Saludó a Isabel”, la primavera atendiendo al otoño. La que dará a luz al que diría más adelante: “Vine, no a ser servido sino a servir”, sirve ahora a su prima que lleva en su seno al que habría de ser el vocero del Salvador, la voz del que clama en el desierto. Nada excita tanto el servicio de los necesitados, como la conciencia de la propia dignidad cuando se recibe la Gracia de Dios. La sierva del Señor se convierte en sierva de Isabel.

Al oír el saludo de la visitante, el niño que Isabel tenía en sus entrañas “saltó jubilosamente en su seno”. Aquí el Antiguo Testamento se encuentra con el Nuevo; las sombras se transforman en gozo ante la substancia. Todos los anhelos y esperanzas de miles de años, por Aquél

que habría de ser el Salvador, se cumplen en el extático momento en que Juan el Bautista saluda a Cristo, Hijo de Dios Vivo.

María habría de estar presente en tres nacimientos: el de Juan el Bautista, el de su propio Divino Hijo, y el de Juan el Evangelista al pie de la Cruz, cuando el Maestro le diría indicándola: “¡He aquí a tu Madre!”. María, la Mujer, presidiría tres grandes momentos de la vida: un nacimiento en la Visitación; un matrimonio en las Bodas de Caná, y una Muerte o entrega de vida, en la Crucifixión de su Divino Hijo.

“El niño saltó jubilosamente en su seno e Isabel fue llena del Espíritu Santo”. Una Pentecostés antes de Pentecostés. El cuerpo físico de Cristo oculto en María, llena a Juan el Bautista del Espíritu de Cristo; treinta y tres años más adelante, el Cuerpo Místico de Cristo, su Iglesia, sería lleno del Espíritu Santo, como también lo sería María rodeada de los Apóstoles y recogidos todos en oración. Juan es santificado por Jesús. Así, pues, Jesús no es como Juan, únicamente hombre, sino también Dios.

Se está por dictar la segunda parte de la oración más hermosa que hay sobre la tierra, el *Ave María*; la primera parte fue dicha por un Angel: “Dios te salve (María), llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre las mujeres” (Luc. I, 28).

Ahora, Isabel añade la segunda parte, “exclamando con voz fuerte”: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el Fruto de tu vientre (Jesús)”. La ancianidad no se muestra celosa de la juventud ni del privilegio, porque Isabel hace ahí la primera declaración pública de que María es Madre de Dios. “¿Y de dónde a mí que venga la Madre de mi Señor a mí?” Lo supo menos de labios de María que del Espíritu de Dios latiendo en ella. María recibió al Espíritu de Dios por medio de un Angel; Isabel fue la primera en recibirlo por medio de María.

Prima y enfermera en un nacimiento, Madre y enfermera en una muerte. Nada tiene María que sea para Ella solamente, ni siquiera su propio Hijo. Aun antes de nacer pertenece ya a otros. Apenas tiene al Divino Huésped dentro de sí, cuando se alza del Comulgatorio de Nazaret y visita a la anciana para rejuvenecerla. Isabel no habría de vivir para ver a su hijo siendo decapitado por voluntad de la danzante hijastra de Herodes; pero María viviría y moriría al mismo tiempo viendo a su Hijo sufrir la muerte a fin de que no hubiera más muerte.

Thomas Merton ha comparado a Juan el Bautista en el seno de su madre, con los contemplativos tales como los Trapenses, porque Juan el

Bautista, como el primero de los “Anacoretas”, vive para Dios en secreto y apartamiento del mundo:

*¿Por qué te alejas de las costas galileas
de las arenas y ondulantes aguas?*

*¿Por qué abandonas tu mundo diario
Virgen de Nazaret;*

*los amarillos botes pescadores.
los campos, las huertas, los viñedos,
los graneros, los olivares, las amigas
de las tertulias junto al brocal?*

*¿Por qué te alejas de los mercados,
de los jardines suburbanos,
de los lirios celosos de tu hermosura,
dejándolos, a la sombra de los limoneros?*

*Con las nuevas fulgurando en tus ojos dulces,
no te afincas en la ciudad natal.*

*La palabra de Gabriel llegó a tu pensamiento
penetrando en abismos insondables,
y marchaste hacia los montes de Judea,
áridos, sin sombra, sin vegetación.*

*Virgen del Dios Santo, ¿por qué tus vestiduras,
se agitan cual velamen que lleva hacia la altura?*

*El día en que la Reina del Nuevo Testamento
cruzó el umbral humilde de su prima Isabel,
sus pasos se grabaron en el limpio pavimento
improntas de áurea permanencia.*

*Sus grises ojos, cual los de una paloma,
saturaron de paz aquella mansión.*

*Al conjuro de su saludo,
cantó el pétreo valle como una campana,
y el aun no nacido Juan el Bautista
saltó de gozo en el seno materno,
liberado ante la nueva de tal descubrimiento.*

¡Canta en tu celda, pequeño anacoreta!

¿Cómo lograste verla con tus ojos sin luz?

¿Cuál secreto acento

*incitó tu fe hacia la audaz verdad
de que un infante, aun no nacido*

*podiera ser bañado por el Espíritu de Dios?
¡Oh júbilo esplendente,
mares de vida vivieron al conjuro
de aquella Voz!
¿Con qué nuevo sentido
tu sabio corazón recibió el Sacramento
y supo que la Santa ocultaba al Salvador?*

*De más está la elocuencia,
para alegrarte por tu grandiosa misión;
tu éxtasis basta, y en júbilo
saltar, para “contéplata trádere”.
Tu gozo es ya la vocación
de los hijos ocultos de la Madre Iglesia,
de aquéllos que por voto se retiran a los claustros,
a la ermita, a la vida de los dados de Dios.
De los mudos Trapeases, los grisáceos Cartujos,
las santas Carmelitas, las descalzas Clarisas;
los que ocultos en la noche de la Contemplación Divina
navegan en oscuridad luminosa esperando nacer a Dios.
La noche es nuestra diócesis, el silencio nuestro ministerio,
la pobreza es nuestra caridad, el desamparo nuestro mudo
sermón.
Más allá de un objetivo visible vivimos en la quietud,
procurando el bien del mundo en experiencia impensable,
Aguardando las lejanas clarinadas de Cristo,
Rey y Conquistador del universo,
firmes como centinelas
en las fronteras del mundo.*

(THOMAS MERTON: “El Júbilo de Juan el Bautista”, tomado de la obra: *El llanto de los Leones Ciegos*.)

Describiendo Isabel cómo el Dios-Hombre oculto en María actuó en el alma de ella y en la nueva vida latente en su anciano cuerpo, exclamó: “He aquí que, al llegar la voz de tu saludo a mis oídos, saltó jubilosamente el niño en mi seno, y bienaventurada tú que creíste, porque se realizarán las cosas que te fueron dichas por el Señor” (Luc. 1,44-45). Eva había dado fe a la serpiente; ahora Isabel alaba a María porque canceló la ruina de Eva creyendo en Dios.

Pero no más pronto saltó de gozo el niño en su prisión humana, que una canción de gozo subió a los labios de María. Crear una canción de gozo es poseer la propia alma. María, hermana de Moisés, cantó después del milagroso cruce del Mar Rojo; Débora cantó después de la derrota de los Cananitas. Siempre que hay libertad hay un canto libre. El esposo de Isabel cantó el *Benedictus* para iniciar el Nuevo Orden, porque Nuestro Señor vino “no a destruir la ley sino a perfeccionarla”. Sin embargo, sólo como un Espejo en el que Isabel ve reflejado al no nacido Emmanuel, María fulge con el canto de los futuros días en que solamente Él será la luz del Mundo. María sonríe a través de lágrimas de alegría creando el arco iris de una canción. Por lo menos hasta el momento de dar a luz, la Mujer estará gozosa. Después de esos nueve meses, el que está ahora en su seno habrá de decir: “Vine, no a traer la espada, sino la paz” (Mal. X, 34).

El *Magnificat* es el himno de una Madre gestante de un Hijo que es al mismo tiempo el “Antiguo de los Días”. Como un gran artista que ha concluido una pintura al cabo de pocos meses, María pudo decir: “En tan breve tiempo, y sin embargo es mi vida”, así, el canto brotó de los labios de María como una fontana que dura unos pocos momentos, y sin embargo, se precisó toda una vida para componerlo.

Aunó en él las melodías anímicas de su pueblo: fue un canto de David, un canto superior al que Ana cantara siglos antes a las puertas del tabernáculo de Silo, cuando llevó allí a su hijito Samuel “para entregarlo al Señor todo el tiempo que viviera” (1º Sam., I, 28). Pero María hace que sus palabras y ella misma no se refieran al pasado sino al futuro, en que la Ley del Temor cederá ante la Ley de Amor, y otra vida, otro reino, surgirán en un creciente cúmulo de santidad y alabanza.

“*Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu exultó de gozo en Dios, mi Salvador.*” Los rostros de las mujeres habían estado velados por espacio de siglos, y también los rostros de los hombres, en el sentido de que los hombres se ocultaban de Dios. Pero ahora, cuando el velo del pecado es levantado, la mujer se alza y mira de frente el rostro de Dios, para alabarle. Cuando lo Divino llega a lo humano, el alma piensa menos en pedirle favores que en amarlo. El amante no busca favores del ser amado; María no hace peticiones, sólo entona alabanzas. A medida que el alma se desase de las cosas y va teniendo conciencia de sí misma y de su destino, se va conociendo a sí misma sólo en Dios. El ególatra se engrandece a sí mismo, María engrandece al Señor. El ser carnal piensa primeramente en su cuerpo y el mediocre piensa en Dios como algo secundario. En María nada tiene

precedencia sobre Aquél que es Dios Creador, el Señor de la Historia, el Salvador de la Humanidad.

Cuando nuestros amigos nos alaban por nuestras acciones, les agradecemos su bondad. Cuando Isabel pondera a María, ésta, a su vez, engrandece a Dios, recibe la alabanza como un espejo recibe la luz, no la acopia, ni siquiera la reconoce sino que la pasa de Sí misma a Dios a Quien es debida toda alabanza, todo honor y toda acción de gracias. Una abreviación de ese canto sería “Gracias a Dios”. Toda su personalidad ha de estar al servicio de Dios. Con demasiada frecuencia nosotros alabamos a Dios con nuestros labios, pero nuestros corazones están lejos de Él. “Las palabras pasan, pero los pensamientos quedan.” Pero no fueron los labios, sino el alma y el espíritu de María los que irrumpieron en palabras, porque el secreto del Amor dentro de Ella había roto ya sus cadenas.

¿Por qué engrandecer a Dios, Quien no puede ser aminorado por sustracción mediante nuestro ateísmo, ni ser magnificado por la adición de nuestras alabanzas? Es verdad, Dios no cambia su estatura a causa de nuestro reconocimiento, del mismo modo que una obra maestra de Rafael tampoco pierde nada de su belleza porque un botarate se burle de ella. Pero en nosotros mismos Dios puede aumentar o disminuir en la medida en que seamos para con Él seres amantes o pecadores. A medida que nuestro ego se desinfla, la necesidad de Dios se manifiesta como verdadera hambre.

El amor de Dios se refleja en el alma del justo así como la luz del sol es magnificada en un espejo. De este modo, el Hijo de María es el Sol, porque Ella es la Luna. Ella es el nido, y Él es el avecilla que volará hasta un árbol más elevado desde donde La llamará. Lo denomina su Señor y Salvador, aun cuando Ella misma esté preservada libre de la mancha del pecado original, porque este privilegio se debió enteramente a los méritos de la Pasión y Muerte de su Divino Hijo. En sí misma es nada y nada tiene. “¡Él es todo! Porque ha mirado graciosamente la humildad de su Doncella, porque Él, el Poderoso, cuyo Nombre es Santo, ha realizado esas maravillas en Mí”.

El orgulloso concluye en la desesperación, y el último acto de la desesperación es el suicidio o arrebató de la propia vida, no más soportable ya. Los humildes son necesariamente alegres, pues donde no hay orgullo no puede haber egocentrismo, que es lo que hace imposible la alegría.

El canto de María tiene una doble nota: su espíritu se alegra porque Dios ha observado su humildad y pequeñez. Una caja llena de arena no puede ser llenada de oro; un alma que estalla por la hinchazón de su ego

nunca podrá ser llenada de Dios. De parte de Dios no hay limitación para su posesión de un alma; es únicamente el alma la que puede limitar su bienvenida, así como las cortinas de una ventana pueden limitar la afluencia de la luz. Cuanto más vacía está el alma del ego, mayor lugar hay en ella para Dios. Cuanto mayor es el espacio libre en un nido, tanto más grande podrá ser el ave que establezca en él su morada. Hay una relación intrínseca entre la humildad de María y la Encarnación del Hijo de Dios en Ella. Ella, a Quien los cielos no podrían contener, sirve ahora de tabernáculo al Rey de los Cielos. El Altísimo ha mirado la pequeñez de su Doncella.

Pero el anonadamiento de María, por si solo, no hubiera sido suficiente si su Dios, Señor y Salvador, no se hubiera “humillado a Sí Mismo”. Aun cuando una copa esté vacía no puede contener al océano. Los seres humanos son como las esponjas: así como cada esponja puede absorber una determinada cantidad de agua, hasta su punto de saturación, así cada persona puede retener tan sólo un volumen determinado de honor. Una vez llegado al punto de saturación, en lugar de ser el hombre el que lleva la púrpura, es la púrpura la que lleva al hombre. Es siempre *después* de aceptar un honor, cuando el que lo recibe dice con falsa humildad: “Señor, yo no soy digno...” En este caso, después de recibir María el honor, en lugar de vanagloriarse en su privilegio, se convierte en sierva y comadrona de su anciana prima, y ya prestando sus servicios eleva una canción en la que se llama a sí misma la sierva de Dios; más aún: la esclava del Señor, esclava propiedad de Él y que carece de voluntad propia fuera de Su Voluntad. El desasimiento de sí aparece como el verdadero ser propio. “No había lugar en la posada” porque ésta estaba llena. Pero hubo lugar en el establo porque en éste no había ningún ego, solamente un buey y un asno.

Dios buscó en el mundo un corazón vacío, pero no un corazón solitario, un corazón vacío como un clarinete o una tuba en el que pudiera producir una melodía, no vacío. Y el corazón más dispuesto en ese sentido, fue el corazón de una Mujer. Como no había en él huellas del ego, pudo saturarlo con su propio Ser.

“He aquí que desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones.” Palabras milagrosas. ¿Cómo podremos explicarlas sino mediante la Divinidad de su Hijo? ¿Cómo podría esa niña campesina, procedente de una olvidada aldehuela, Nazaret, oculta en el anonimato de las montañas de Judea, prever en las generaciones futuras que los grandes pintores como Miguel Angel y Rafael, los poetas como Dante, Jacopone de

Todi, Wordsworth, los teólogos como Buenaventura, Tomás de Aquino, que los humildes de los villorrios y los grandes de los grandes centros se esforzarían por aclamarla y alabarla incansable e interminablemente, como el primer amor del mundo, diciendo en sus pobres rimas:

*Y alzaron sus ojos hacia la Mujer sublime
existente en la aurora del ser
cuando las estrellas eran infantes.
¿Para Quién son elevados estos cánticos
rudos como el ritmo de un mendigo
que implora caridad?*

Más adelante su Hijo promulgaría la ley que daría la razón de su inmortal recuerdo a través de los siglos: “El que se humilla será ensalzado.” La humildad ante Dios es recompensada con la gloria ante los hombres. María había hecho voto de virginidad, impidiendo de ese modo que su hermosura se transmitiera a otras generaciones.

Pero entonces, mediante el poder de Dios, se vio a Sí Misma como Madre de innumerables generaciones y sin dejar de ser virgen. Todas las generaciones que perdieran el favor de Dios comiendo el fruto prohibido, la exaltarán, porque gracias a Ella recuperaron nuevamente la posesión del Árbol de la Vida. Al cabo de tres meses María había oído las ocho Bienaventuranzas:

1. “Bienaventurada porque eres llena de gracia”, le dijo el Arcángel Gabriel.
2. “Bienaventurada tú, porque concebirás en tu seno al Hijo del Altísimo, Dios.”
3. “Bienaventurada tú, Virgen Madre, porque el Espíritu Santo vendrá a ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra.”
4. “Bienaventurada tú por hacer la Voluntad de Dios: Hágase en Mí según Tu Palabra.”
5. “Bienaventurada tú porque creíste”, dijo Isabel.
6. “Bienaventurado el fruto de tu vientre”, añadió Isabel.
7. “Bienaventurada tú entre las mujeres.”
8. “Bienaventurada tú porque se realizarán las cosas que te fueron dichas por el Señor.”

Humildad y exaltación fueron en Ella una misma cosa; la humildad porque juzgándose inmerecedora de ser la Madre de Nuestro Señor, hizo el

voto de virginidad; exaltación porque Dios, mirando la nada en que se juzgaba María, una vez más sacó un mundo de la “nada”.

Bienaventuranza es felicidad. María tuvo todo lo que puede hacer a una persona verdaderamente feliz. Para ser feliz se requieren tres cosas: tener todo lo que se anhela; tenerlo unido en la persona a la que se ama con todo el ardor del alma, y saber que todo ello es tenido sin pecado, sin culpa. María tuvo las tres cosas.

Si su Divino Hijo no hubiera deseado y pretendido que su Madre fuera venerada donde Él era adorado, nunca hubiera permitido que las proféticas palabras pronunciadas por Ella tuvieran cumplimiento; hubiera desconcertado las manos de los artistas ante las telas; hubiera detenido los labios de los poetas y helado nuestros dedos a medida que pasamos las cuentas del Rosario.

¡Cuán rápidamente son olvidados los grandes hombres y mujeres, y cuán pocos de sus nombres son por lo menos recordados! Precisamos un libro-guía para identificar a los que yacen en la Abadía de Westminster y en otros mausoleos famosos; pocos son los ciudadanos que conocen a los héroes de la Guerra Mundial cuyo nombre es proclamado por las calles de la ciudad en que viven. Pero he aquí que María es una jovencita, oscura y desconocida, que vive en un alejadísimo rincón del Imperio Romano, y esa jovencita afirma que la ley del olvido será suspendida en su favor, y lo profetiza aun antes de que se hubiera escrito un solo Evangelio, antes de que el Hijo de Dios hubiera visto la luz del día con sus ojos mortales.

“Y Su Misericordia de generación en generación para con los que Le temen. Ejerció el poder de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Depuso a los poderosos de sus sedes y exaltó a los humildes; a los necesitados saturó de bienes y a los ricos los envió con las manos vacías. Recibió a su siervo Israel, recordando Su Misericordia de acuerdo a lo que dijera a nuestros padres Abraham y su descendencia por los siglos.”

Esta parte del *Magnificat* es el documento más revolucionario que jamás se haya escrito, mil veces más revolucionario que cualquier escrito de Marx. Haciendo una confrontación, será interesante y sugestivo comparar la Revolución de María con la de Marx y el comunismo:

Filosofía Revolucionaria

MARÍA

María sitúa sus fundamentos en el alma y en Dios, diciendo: “Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu exulta de gozo en Dios, Mi Salvador.” El universo todo gira alrededor de estas dos realidades: el alma aspirando hacia un infinito de felicidad, que tan sólo Dios puede proporcionar.

MARX

Escribió al terminar su primer libro: “Odio a todos los dioses.” Para el comunismo sólo hay materia dotada de contradicciones internas que engendran movimiento. Habiendo sólo materia, no hay alma. La creencia de que todo hombre tiene un valor: “se funda en la ilusión cristiana de que todo hombre tiene un alma”. No hay Dios, porque la creencia en Él aleja al hombre de sí y lo somete a alguien externo a él. No hay Dios, sólo hombre. “La religión es el opio del pueblo.”

El futuro de la Revolución

MARÍA

“Me llamarán bienaventurada todas las generaciones.” Será una excepción a la ley del olvido, porque el Señor de la Historia quiso que fuera venerada por los siglos. La historia es determinada providencialmente. El progreso y caída de las civilizaciones se debe al ordenamiento moral de la vida humana. La paz es tranquilidad en el orden y el orden implica justicia con Dios y el prójimo. La paz fracasa cuando cada hombre procura lo suyo propio y olvida el amor de Dios y del prójimo.

MARX

La historia es determinada dialécticamente. No es Dios ni el modo de vida de los hombres lo que decide el progreso y decaimiento de la civilización, sino una ley de conflicto de clases que continuará hasta que el comunismo triunfe y no haya más clases. El futuro es determinado por la materia. La generación presente y todas las pasadas pueden avizorar un futuro remoto en que danzarán sobre la tumba de sus antepasados. Ciertas clases están destinadas a ser la pira funeraria para luz de las futuras generaciones, que alzarán sus puños cerrados sobre el cadáver de Lenin.

Temor y Revolución

MARÍA

“Y su Misericordia de generación en generación para con los que le temen.” El temor es entendido aquí como filial, o sea: la renuncia a herir al ser amado. Tal es el temor que un hijo tiene para con un abnegado padre, y el temor de Cristo propio de un buen cristiano. Este temor es relacionado al amor.

MARX

El comunismo se basa en el temor, no *filial* sino *servil*, el que tiene un esclavo respecto de un tirano: el trabajador respecto de su dictador. El temor engendrado por la revolución es una compulsión neurótica, que nace, no del amor, sino del poder. Toda revolución que destruye al temor filial de Dios, concluye en la creación del temor servil del hombre.

Técnica de la Revolución

Ambos, María y Marx, preconizan la exaltación de los pobres, el destronamiento de los soberbios, el desposeimiento de los ricos en favor de los socialmente, desheredados, pero difieren en la técnica:

MARÍA

La *violencia* es necesaria: “El Reino de los Cielos sufre violencia”, pero ésta debe ejercerse contra el ego, el egoísmo, la avaricia, la lujuria y el orgullo.

La espada que hiere debe ser vuelta hacia dentro para liberarse de todo lo que hace despreciar al prójimo.

La transferencia de bienes y riquezas, que contribuye a la prosperidad de los pobres, es inspirada por una caridad interna que ama a Dios y al prójimo.

El hombre nada tiene que perder sino las cadenas del pecado, que obnubila su entendimiento y debilita su voluntad. Liberándose del pecado mediante los méritos de Cristo, se convierte en Hijo de Dios, gozando de paz interna en esta vida, incluso en medio de sus pruebas, y de un éxtasis de amor definitivo y final en los Cielos.

MARX

La *violencia* es necesaria, pero debe ejercerse contra el prójimo, contra los que poseen, contra los que creen en Dios y en la democracia. El egotismo ha de ser disfrazado como justicia social.

La espada que hiere debe ser vuelta hacia afuera para liberar a la sociedad de todo lo que no acepte la revolución basada en el odio.

La transferencia de bienes y riquezas se realiza por “confiscación violenta”, y el paso del botín y el pillaje, del arca de un ser humano a la de otro.

El hombre nada tiene que pueda perder, con excepción de las cadenas que lo atan a Dios y a la propiedad. Así que, por lo tanto, gracias a la acción del ateísmo y del socialismo, el ser humano habrá de llegar a verse a sí mismo restaurado y rehabilitado en su verdadera dignidad como el verdadero dios.

Es digno de ser notado cómo comienza María su *Magnificat* enunciando sus experiencias personales, pasando pronto a identificarse a Sí Misma con el conjunto de la raza humana. Mira hacia el futuro y ve cuál será en el mundo el efecto del nacimiento de Su Hijo; cómo mejorará la condición total de la vida humana; cómo libertará a los oprimidos, alimentará a los hambrientos y socorrerá a los desamparados. Y mientras pronunciaba las palabras de su cántico, el Hijo aun no había nacido, aunque se pensaría, a juzgar por el júbilo del canto, que lo mecía ya en sus brazos. Canta un cántico hecho de pura fe acerca de algo que ciertamente sucederá porque *Dios* hará que suceda; no predice la mera revolución de ciegas fuerzas naturales.

Hay un antagonismo intrínseco entre su revolución y cualesquiera otra, porque la suya se basa en la existencia de una carencia inmensa, tan seria e imperativa que todo corazón sincero debe anhelar que tal vacío sea llenado. ¡Felices aquéllos que renuncian dentro de sí al orgullo y al egoísmo; aquéllos pobres de espíritu, que tienen hambre espiritual, porque han descubierto antes de que sea tarde, que son pobres; que están desnudos y ciegos, y procuran vestirse con el velo de la Gracia traído y brindado por el Hijo de María!

Capítulo cuarto

¿CUÁNDO COMENZÓ LA CREENCIA EN EL NACIMIENTO VIRGINAL?

En el estudio del derecho uno de los temas más importantes es la *evidencia*, la prueba. Una de las razones por las que tan pocos han llegado a una verdad en la que creen absolutamente, es que han olvidado la importancia de la *prueba*. Las pruebas o argumentos constituyen una de las divisiones más importantes de la Teología. Ninguna creencia puede ser aceptada sin la prueba o el “motivo de credibilidad”. Se podría decir que los cristianos son los más grandes escépticos, porque no creerán en la Resurrección mientras no vean al Hombre crucificado y muerto surgir de la tumba por obra del Poder de Dios mismo. Se podría tomar cualquier doctrina del Cristianismo como un ejemplo de prueba y evidencia; aquí elegiremos una doctrina que el mundo moderno ha rechazado durante los últimos 300 años —después de haber creído en ella por espacio de 1.600—, o sea: el nacimiento virginal de Jesús de su Madre María, Virgen.

Antes de exponer nuestra prueba, es importante puntualizar que la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, no deriva su creencia de las Escrituras *solamente*. Esto constituirá una sorpresa para aquéllos que, al oír cualquier enseñanza cristiana determinada, preguntan o exclaman: “¿Está eso en la Biblia?” La Iglesia se difundió por todo el Imperio Romano ya antes de que fuera escrito ninguno de los libros del Nuevo Testamento. Hubo en ella muchos mártires aun antes de que fueran escritos los Evangelios o las Epístolas. Un autorizado y reconocido ministro andaba haciendo la obra de Dios, por Su orden, hablando en Su Nombre como *testigo* de lo que había visto, aun antes de que ninguno de ellos se hubiera decidido a escribir una sola línea del Nuevo Testamento.

Para los primeros seguidores de Nuestro Señor, y también para nosotros, la autoridad de los Apóstoles era igual a la autoridad de Cristo, en el sentido de que la de ellos era la continuación de Su enseñanza. Nuestro Señor había dicho: “El que a vosotros oye, a Mí me oye”. Los Apóstoles, primeramente enseñaron, de un modo oral, y más adelante dos de ellos, y solamente dos, escribieron sendos Evangelios. A todos ellos había dicho Cristo: “Id, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todas las cosas que os he ordenado; y he aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo” (Mat. XVIII, 19-20). Y en otra oportunidad les dijo así: “Como el Padre me envió a Mí, así os envío a vosotros” (Juan, XX, 21). Los Apóstoles fueron el núcleo de la Iglesia, el nuevo Israel, la primera manifestación visible del Cuerpo Místico de Cristo. Por esto fue por lo que en el día de Pentecostés eligieron a uno de la comunidad de 120 discípulos para que ocupara el lugar de Judas. El sucesor tenía que ser un testigo ocular de los sucesos del Evangelio; ésta era una condición absoluta para ser Apóstol. La Iglesia era un cuerpo orgánico dotado de cohesión, teniendo su fuente de unidad y autoridad en Pedro que la presidía por haber sido Divinamente designado. Aun pasarían casi 25 años antes de que se escribiera el primero de los Evangelios; de ahí que, aquéllos que aíslan, aunque más no sea un solo texto de la Biblia de la Tradición Apostólica, o lo estudian aparte de la misma, viven y piensan en el vacío. Los Evangelios necesitan de la Tradición como los pulmones necesitan del aire, los ojos de la luz y las plantas de la tierra. El Libro Sagrado fue segundo, no primero. Finalmente, cuando los Evangelios fueron escritos, fueron tan sólo informes recordatorios y sistematizados de lo que ya era creído.

Tómese el Evangelio de S. Lucas, escrito poco antes del año 67, y se leerá en su encabezamiento: “Porque muchos han intentado ordenar la narración de las cosas que fueron hechas entre nosotros, como nos las entregaron los que desde un principio las vieron y fueron ministros de la palabra, me pareció también a mí, recopilando todo diligentemente desde el principio, escribir en orden para ti, ilustre Teófilo, para que conozcas la verdad de aquellas palabras en las que fuiste instruido” (Luc., I, 1-4). Lucas no escribía a Teófilo para decirle una primicia, una novedad absoluta acerca de Alguien que había muerto hacía más de 43 años antes. Teófilo, igual que cualquier otro miembro de la Iglesia Apostólica en el Imperio Romano, ya sabía acerca del milagro de los panes y los peces, acerca de la Resurrección, de la Natividad Virginal, etc. Podríamos hacer

un símil de nuestra época, en la siguiente forma: si tomamos un libro de historia que nos narra acerca de la Guerra Mundial del año 1914, no es el libro lo que hace nuestra creencia en dicho acontecimiento conocido anticipadamente antes de la lectura, simplemente ese libro confirma lo que ya sabíamos. De un modo semejante, los Evangelios consignaron de un modo sistematizado lo que ya era creído y conocido. Si hubiéramos vivido en los primeros 25 años de la Iglesia, ¿cómo hubiéramos respondido a esta pregunta: “¿Cómo he de saber lo que he de creer?” No podríamos replicar: “Lo leeré en la Biblia”, pues aun no estaba escrito el Nuevo Testamento. Habríamos creído lo que enseñaba la Iglesia Apostólica; además, hasta la invención de la imprenta hubiera sido difícil para cualquiera de nosotros transformarnos en los autodenominados privados intérpretes infalibles de ese libro.

Jamás encargó Nuestro Señor a esos testigos suyos que escribieran sus enseñanzas y su vida. Él mismo tan sólo escribió una vez durante su vida, y lo hizo sobre la arena. Pero sí les dijo que predicaran Su Nombre y fueran testigos de Él hasta el fin del mundo, hasta los extremos de la tierra, hasta la consumación del tiempo. De ahí que aquéllos que toman éste o aquel texto de la Biblia para probar algo, la aíslan de la atmósfera histórica en la que surgieron los hechos y enseñanzas, la aíslan de la expresión oral que manifestó la verdad de Cristo. Si en una habitación hay tres personas, hay también seis piernas y seis brazos, pero jamás crearán un problema porque están relacionados y unidos con el organismo físico; pero, si halláramos un brazo fuera de la puerta, sería un tremendo problema por estar aislado del todo. Por ejemplo: si la doctrina del arrepentimiento y la penitencia es aislada de la del pecado original, no se entendería. Tan sólo a la luz del círculo de la verdad tienen un significado los segmentos del círculo.

Finalmente, cuando los Evangelios fueron escritos, registraron una tradición ya existente, no la crearon, ya existía. Después de varios decenios los hombres decidieron consignar por escrito aquella tradición y voz vivientes, lo que explica las primeras palabras del Evangelio de Lucas: “Para que conozcas la verdad de aquellas palabras en las que fuiste instruido”. Los Evangelios no dieron comienzo a la Iglesia, la Iglesia hizo surgir a los Evangelios, surgieron de Ella.

La Iglesia precedió al Nuevo Testamento y no el Nuevo Testamento a la Iglesia. No hubo primeramente una constitución de los Estados Unidos y vinieron después los norteamericanos, los cuales, a la luz de dicha constitución decidieran formar una nación y un gobierno. Los fundadores

de la nación precedieron a la fundación misma. De un modo similar, el Cuerpo Místico de Cristo precedió a las consignaciones escritas más tarde por inspirados secretarios. E incidentalmente: ¿cómo sabemos que la Biblia es inspirada? Ella misma no lo dice... Mateo no concluye su Evangelio diciendo: “Leed con seguridad a Marcos, también él está inspirado”. Además, la Biblia no es un libro, es un conjunto de setenta y dos libros. Vale la pena abrir una Biblia para ver si los tenemos todos y no hemos sido engañados. Tales libros diversos en su tiempo y contenido no pueden testificar su propia inspiración. Es por algo externo a la Biblia por lo que sabemos que es inspirada. No trataremos ahora ese punto, pero es menester su estudio.

Cuando finalmente los Evangelios fueron escritos no probaron ellos lo que creían los cristianos; tampoco iniciaron ellos esas creencias; simplemente, consignaron de un modo sistematizado lo que ya sabían y creían desde antes los cristianos. No creyeron éstos en la Crucifixión porque los Evangelios decían que había habido una Crucifixión; meramente consignaron la historia de la Crucifixión; los cristianos ya creían en ese hecho y lo conocían. *La Iglesia no llegó a la creencia en el Nacimiento Virginal porque los Evangelios dijeron que lo había habido*, fue creído porque la palabra viva de Dios, en Su Cuerpo Místico, ya lo manifestaba y era creída desde antes; los Evangelios consignaron tal verdad por escrito.

Un segundo hecho que se ha de recordar es que este Cuerpo Místico de Cristo tiene memoria, del mismo modo que nosotros también la tenemos. Si nuestra vida física se extiende hacia el pasado hasta 45 años, podemos recordar dos Guerras Mundiales, y hablaremos acerca de ellas como testigos vivientes, no en base a libros leídos sino por haber vivido durante las mismas. Es muy posible que más tarde hayamos leído libros acerca de tales conflictos, pero esos libros no son el comienzo de nuestros conocimientos, sino una rememoración o una profundización de lo que hemos conocido desde un principio. De una manera similar, Nuestro Señor es la Cabeza de la nueva humanidad, de la nueva hermandad, del organismo espiritual al que San Pablo denomina Cuerpo Místico de Cristo. A ese Cuerpo Místico se asocia el Salvador primeramente en Sus Apóstoles y luego en todos los que creen y creerán en Él hasta el fin de los siglos. Ése Cuerpo posee también memoria que alcanza en el pasado hasta Cristo. Sabe que la Resurrección es un hecho real, porque el Cuerpo, la Iglesia, estuvo allí. Las células de nuestro cuerpo se renuevan cada siete años, pero somos siempre la misma persona. Nosotros somos las células de

ese Cuerpo Místico, nos renovamos cada sesenta o setenta años, pero es siempre el Mismo Cristo el que vive en ese Cuerpo.

La Iglesia sabe que Cristo surgió de entre los muertos y que el Espíritu descendió sobre los Apóstoles en el día de Pentecostés, porque la misma Iglesia *estuvo allí desde el comienzo*. Tiene una memoria que se extiende hacia el pasado hasta más de 1900 años, y esa memoria es denominada la Tradición. El *Credo* de los Apóstoles, fórmula aceptada en la Iglesia por el año 100, y que resume las enseñanzas de Cristo y los mismos Apóstoles, dice así:

“Creo en Dios padre, Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra, y en Jesucristo Su único Hijo, Nuestro Señor; que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado. Descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos. Subió a los Cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

“Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén.”

Nótense las palabras: “Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen.” Las verdades expresadas en el Credo fueron esenciales para el ingreso en la Iglesia. Todo el que era bautizado en el Cuerpo Místico de Cristo creía en cada una de esas verdades. El Nacimiento Virginal fue una verdad aceptada, al igual que la Resurrección, ya desde el primer siglo cristiano.

No hay en todo el Credo ni una sola cita de los Evangelios. Los primeros componentes de la Iglesia registraron en esa profesión la tradición cristiana primigenia, de la que los Evangelios fueron tan sólo una expresión literaria. Además, hay varios volúmenes que contienen escritos acerca de la vida de Nuestro Señor, ya desde los primeros cien años de la Iglesia, por ejemplo: los escritos de San Clemente, uno de los sucesores de San Pedro, quien escribió en el año 92; también los escritos de Policarpo, Obispo de Esmirna y que fue sucesor de Juan Evangelista; de Ireneo, quien nombra ya a los doce obispos de Roma; de Ignacio de Antioquía, quien dijo de sí que deseaba “ser triturado como trigo entre las fauces de los leones a fin de ser pan viviente para Su Salvador.”

Muchos de esos escritores ni siquiera citan a los Evangelios. Tenemos 1.500 líneas de Clemente y tan sólo dos textos fueron tomados por él de los Evangelios; simplemente estaba registrando por escrito las creencias aceptadas por los testigos de Cristo y de los hechos acaecidos. Policarpo cita el Evangelio tan sólo tres veces, y esto porque convivió familiarmente con muchos que habían visto a Nuestro Señor, y escribía lo que ya sabía por haberlo aprendido directamente de los Apóstoles. Ignacio de Antioquía —quien vivió dentro de los setenta años de lo que hubiera sido la vida de Nuestro Señor— escribió diciendo: “Nuestro Señor Jesucristo fue concebido por obra del Espíritu Santo... y nació verdaderamente de una Virgen.”

Hay dos pruebas y testimonios de los que podemos tomar la verdadera enseñanza cristiana: la Palabra Revelada en las Escrituras; la continuada enseñanza de la Iglesia desde el mismo comienzo, o sea: su memoria viviente. Del mismo modo que los juristas y abogados para probar un punto determinado no utilizan tan sólo la mera y desnuda determinación de la ley, sino también la jurisprudencia y fallos judiciales que han interpretado y comprendido la ley, así las Escrituras no son letra muerta, sino que viven y respiran en el hermoso contexto de una activa hermandad espiritual.

En el año 108 vivían aún muchas personas que habían sido niños o jóvenes cuando Nuestro Señor fue crucificado, que durante su juventud vieron a los Apóstoles y conversaron con ellos antes de que los martirizaran, y que en diversas partes del Imperio Romano estaban familiarizados ya con la Tradición Cristiana pasada ininterrumpidamente por la Iglesia. Algunos de los Apóstoles no fueron martirizados sino muy tarde: Juan murió en el año 100. Algunos de los primeros escritores vivieron más próximos a Juan Evangelista y a otros Apóstoles, que nosotros a la Primera Guerra Mundial. Y he aquí algo verdadero y evidente: si los Apóstoles, que vivieron con Nuestro Señor y lo oyeron predicar sobre el Reino de Dios por espacio de cuarenta días después de su Resurrección, que lo oyeron cuando instalaba su cátedra en las colinas y en el Templo, si no fueron ellos quienes enseñaron acerca del Nacimiento Virginal, *nadie más pudo haberlo enseñado*. Era una idea demasiado inusitada y singular para elaborarla y manifestarla; su aceptación hubiera sido demasiado difícil *si no hubiera procedido de Cristo Mismo*.

La persona que pudo sentirse inducida, sobre bases físicas, a dudar acerca del Nacimiento Virginal, fue el segundo Evangelista, Lucas, a causa de que era médico. Y sin embargo, es el que más nos habla acerca de ese

hecho histórico. Desde un principio tuvo Nuestro Señor muchos enemigos. Ciertos aspectos de Su Enseñanza fueron negados por herejes, pero hubo uno que ningún hereje de los primeros tiempos llegó a negar: el Nacimiento de Cristo de una Virgen. Se habría pensado que sería la primera doctrina en ser atacada, y sin embargo fue aceptada por todos los primeros seguidores de la Iglesia, tanto fieles como herejes. Hubiera sido tonto e ilógico convencer a nadie del Nacimiento Virginal si no creía ya en la Divinidad de Cristo; ésta es, probablemente, la razón por la que habría sido imprudente para María hablar acerca de ello antes de la Resurrección, aunque José, Isabel y probablemente Juan el Bautista, ya lo sabían y —no necesitamos decirlo— lo sabía el Hijo de Dios Mismo, quien hizo que todo acaeciera...

Los “citadores de un texto” dicen que la Biblia habla de que Nuestro Señor tenía hermanos, por lo tanto —concluyen—, no nació Él de una Virgen. Pero a esto se responde con toda naturalidad: cuando un predicador sube al pulpito se dirige a sus oyentes diciendo: “Mis queridos hermanos”, y ello no significa que todos cuantos están en la Iglesia sean hijos de una misma madre; segundo: la palabra “hermano” es empleada en toda la Biblia en un sentido amplio, abarcando no sólo a los familiares sino también a los amigos, y así leemos en la misma Biblia que Abraham llama a Lot su “hermano”: “Ruego que no haya querellas entre nosotros dos, entre mi rebaño y el tuyo, ¿no somos hermanos?” (Génesis, XIII, 8), y en realidad de parentesco Lot no era hermano suyo; tercero: varios de los que son mencionados como hermanos de Cristo, tales como Santiago y José, son indicados en otras partes como hijos de otra María, hermana de la Madre de Jesús y esposa de Cleofás: “Mientras tanto Su Madre, y la hermana de Su Madre, María, esposa de Cleofás, y María Magdalena, se habían colocado junto a la Cruz de Jesús⁵ (Juan, XIX, 25); cuarto: Santiago es mencionado particularmente como hermano de Jesús: “Pero no vi a ninguno de los otros Apóstoles, excepto Santiago, hermano de Jesús” (Gál., I, 19), y en la enumeración de los Apóstoles es mencionado habitualmente como hijo de otro padre: Alfeo (Mat. X, 3; Marc. III, 18; Luc. VI, 15).

Los así llamados “hermanos” de Nuestro Señor, en ningún lugar de las Escrituras son mencionados como hijos o hijas de José y María. Nuestro Señor mismo utilizó la expresión “hermanos” en un sentido amplio: “Porque uno es vuestro Señor y todos vosotros sois hermanos” (Mat. XXIII, 8); “Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: “He ahí... a mis hermanos” (Mat. XII, 49). En ningún lugar de la Biblia se dice

que José hubiera tenido hermanos o hermanas de Jesús, así como tampoco se dice que María tuviera otros hijos además de Jesucristo.

El Evangelio de San Juan da por sobreentendido el Nacimiento Virginal. Nosotros, los seres humanos, podemos nacer dos veces: una de nuestros padres y otra del Espíritu Santo, que se nos da mediante Nuestro Señor en el Bautismo. Esto era lo que significaba Jesús cuando al hablar con el anciano Nicodemo le dijo que había de nacer una vez más: el primer nacimiento era el de la carne, el segundo el del espíritu. Lo que nos hace cristianos es este segundo nacimiento mediante el Bautismo. Pero observemos cómo se relaciona con el Nacimiento Virginal de Nuestro Señor. Al comienzo de su Evangelio dice S. Juan que Dios nos dio “el poder de llegar a ser Hijos de Dios”; después nos dice que esto sucede por un nacimiento, pero inmediatamente hace una distinción, diciendo que no es igual al nacimiento humano, porque no hay ni sangre, ni sexo, ni voluntad humana, sino solamente el poder de Dios. Esta afirmación de S. Juan presupone un conocimiento común de la Natividad Virginal. Ahora bien: ¿cómo podría un cristiano cualquiera comprender tal natividad, si no hubiera sucedido ya? Ninguno de los que al final del primer siglo leyeron el comienzo del Evangelio de San Juan, se asombró de que se hablara de una nueva generación o alumbramiento sin sexo. Porque, para ese tiempo, todo el mundo cristiano sabía que en esa forma era como había llegado a existir el Cristianismo. La Natividad Virginal fue idea de Dios y no del hombre; nadie hubiera pensado en ello si no hubiera ya sucedido. Ninguna religión pagana tiene ni la más mínima idea de ella; sus mitos hablan de la unión de dioses con mujeres, que engendran y dan a luz hijos de acuerdo a la unión sexual. Todos los relatos amorosos de Zeus y otros dioses fueron de carácter antropomórfico. Nada hubiera sido más distante de la verdad que representar a esos nacimientos como virginales.

También S. Pablo supone implícitamente el Nacimiento Virginal de Cristo por el uso de una palabra diferente para “nacimiento”. Hablando del origen terrenal del Hijo de Dios, escribe: “Ese evangelio, que antes había prometido mediante sus profetas en las Santas Escrituras, acerca de Su Hijo, que *descendió* de la línea de David según la carne, que fue predestinado Hijo de Dios en virtud según el espíritu de santificación por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor Nuestro” (Rom., I, 1-4). “Pero, cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios a Su Hijo. *Tuvo nacimiento* de mujer, *tuvo nacimiento* como súbdito de la ley, para que redimiera a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción de hijos” (Gál., IV, 4-5). “Se humilló a Sí Mismo tomando la

forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres y *presentándose* a Sí Mismo como hombre” (Filip., II, 7). Siempre que San Pablo describe la encarnación terrena de Nuestro Señor, nunca utiliza la palabra habitual para expresar nacimiento, palabra que a su vez es empleada en multitud de lugares del Nuevo Testamento, y que es el verbo *gennao*. Pero en cuatro sitios en que toca el comienzo temporal del Hijo de Dios, emplea una palabra completamente diversa: *genemenos*, procedente de un verbo enteramente diverso: *ginomai*.

Ni siquiera una vez usa la palabra *gennao* acerca de Nuestro Señor y de Su Madre, significando la misma ser gestado y nacido y siendo utilizada en todo el Nuevo Testamento; mas, cuando habla de la venida de Nuestro Señor, usa una forma del verbo *ginomai* que significa: “llegar a la existencia”, “llegar a ser”. En un pasaje (Gál., IV, 23-24-29), emplea el verbo “ser engendrado”, tres veces, para referirse al nacimiento de Ismael y de Jacob, pero se niega a utilizarlo, en el mismo capítulo y en el mismo contexto, para referirse al Nacimiento de Cristo. Treinta y tres veces habla el Nuevo Testamento del nacimiento de un niño, y en cada una de ellas se usa la palabra *gennao*, pero ni siquiera una sola vez es empleada por S. Pablo para aludir al nacimiento de Cristo, evita por completo decir que Nuestro Señor vino al mundo del modo común. Nuestro Señor nació *a* la familia humana, no nació *de* la misma. Dios formó a Adán, el primer hombre, sin la simiente de los seres humanos; así pues, ¿por qué ha de asustarnos el pensamiento de que el Nuevo Adán fuera formado también sin la simiente del hombre? Así como Adán fue formado de la tierra, en la que Dios insufló un alma viviente, así el cuerpo de Cristo fue formado en la carne de María por el Espíritu Santo. Tan firmemente enraizado estaba el Nacimiento Virginal en la Tradición Cristiana, que ninguno de los primeros Apologistas tuvo que defenderlo jamás. Fue creído inclusive por los heréticos, con tanta certeza y seguridad como la Crucifixión, porque ambos estaban en un mismo pie como hechos históricos.

Hay en el Evangelio dos relatos de nacimientos: el de Jesús y el de Juan Bautista. Pero obsérvese la diversidad de tendencias en cada uno de ellos. El referente a Juan Bautista se centra en el padre, Zacarías; el de Jesús en la Madre, en María. En ambos casos hay dificultades desde el punto de vista científico: Zacarías era un anciano y su esposa había pasado, desde mucho tiempo antes, la edad de engendrar: “Y Zacarías dijo al Angel: ¿Mediante qué signo tendré certeza de esto? Yo soy anciano, y mi esposa está muy avanzada en edad” (Luc. 1,18). “Pero María dijo al Angel, ¿cómo puede ser esto, pues no conozco varón?” (Luc. 1, 18). María

era virgen que había hecho voto de virginidad. El Poder de Dios tenía que obrar en ambos casos, con Zacarías dubitativo y con María que aceptaba la Voluntad del Altísimo. Por haber dudado Zacarías debió quedar mudo durante un tiempo.

Nadie suscita cuestión contra Zacarías e Isabel que engendraron “al más grande entre los varones nacidos de mujer”, pero algunos sí las suscitan acerca del Nacimiento Virginal. Y no sucede esto a causa de las dificultades humanas, pues para Dios son superables. La razón real de la incredulidad es ésta: atacar el Nacimiento Virginal es llevar un sutil ataque contra la Divinidad de Cristo. El que crea que Nuestro Señor es verdadero Dios y verdadero Hombre, nunca se sentirá perturbado respecto del Nacimiento Virginal.

Capítulo quinto

TODAS LAS MADRES SON SEMEJANTES, EXCEPTO UNA

Ninguna madre cuyo hijo haya obtenido alguna distinción, ya sea en determinada profesión o en el campo de batalla, cree que el respeto y consideración tributados a ella por ser madre de la persona así dignificada, disminuye el honor o dignidad tributados a su hijo. Entonces, ¿por qué algunas mentalidades piensan que cualquier reverencia tributada a la Madre de Jesús es un aminoramiento del Poder y Divinidad de tan excelso Hijo? Conocemos la falsa imputación de aquéllos que afirman que los católicos “adoran” a María o hacen de Ella una “diosa”, pero tal imputación es simplemente una mentira. Como suponemos que ningún lector de estas páginas dará crédito a tal insensatez, la ignoraremos.

¿De dónde procede esa frialdad, olvido o, por lo menos, indiferencia para con la Bendita Madre? Del hecho de no considerar que su Hijo, Jesús, es el Eterno Hijo de Dios. Desde el momento en que situó a Nuestro Divino Señor en el mismo plano de Julio César o Carlos Marx, de Buda o Carlos Darwin, o sea: que es un hombre entre otros hombres, entonces, el pensamiento de reverencia especial para con Su Madre, como diversa de nuestras madres, es positivamente repelente. Todo hombre famoso ha tenido una madre; toda persona puede decir: “Yo tengo mi madre, y ella es tan buena o mejor que la vuestra.” Esta es la razón por qué se escribe poco acerca de las madres de los grandes hombres; porque cada una de ellas fue considerada como la mejor madre por su hijo. Ninguna madre de un ser mortal tiene títulos para más amor que cualquiera otra madre. Por lo tanto, de ningún hijo o hija se ha de requerir que señale a la madre de otro u otra como la madre de las madres.

Nuestro Señor describió a Juan Bautista como “El más grande entre los varones nacidos de mujer.” Supongamos que se iniciara un culto especial para honrar a su madre Isabel como superior a cualquiera otra madre, ¿quién de nosotros no se rebelaría contra ello como algo excesivo, exagerado? Cualquiera cosa que los críticos dijeran sobre tal exceso, sería bien recibida, por la simple razón de que Juan Bautista es solamente un hombre. Si Nuestro Señor fuera simplemente un hombre más o un reformador ético más, o un sociólogo, participaríamos de su resentimiento a pensar que la Madre de Jesús fuera diversa de las otras madres.

El cuarto mandamiento dice así: “Honra a tu padre y a tu madre”, pero nada dice acerca de honrar a la madre del Gandhi o al padre de Napoleón. Pero el mandamiento de honrar a nuestro padre no impide adorar al Padre de los Cielos. Si el Padre de los Cielos envía a su Divino Hijo a la tierra, entonces el mandamiento de honrar a nuestra madre terrena no impide venerar a la Madre del Hijo de Dios.

Si María fuera tan sólo Madre de un hombre «más, entonces no podría ser también madre nuestra, porque los lazos de la sangre son exclusivos. La carne da lugar tan sólo a una madre. La distancia entre madre y madrastra es muy grande, y pocos son los que la salvan. Pero el *Espíritu* autoriza a otra madre. Como María es la Madre de Dios, entonces puede ser Madre de todos los redimidos por Cristo, su Hijo.

La clave para comprender a María, es ésta: no comenzamos con María, comenzamos con Cristo, ¡Hijo de Dios Vivo! Cuanto menos pensemos en Él más pensaremos en Ella; cuanto más adoremos Su Divinidad, más veneraremos la Maternidad de Ella; cuanto menos adoremos Su Divinidad, menos motivo tendremos para reverenciar y venerar a Ella. Hasta podríamos disgustarnos al oír el nombre de Ella si hubiéramos llegado a pervertirnos hasta el punto de no creer en Cristo como Hijo de Dios. Jamás se verá que alguien que realmente ame a Nuestro Señor como el Divino Salvador, sienta disgusto por María. Los que rechazan la devoción a María son los que niegan la Divinidad de Cristo, o los que no gustan de Jesús por lo que enseñó acerca del infierno, del divorcio o del juicio.

Es en razón de Nuestro Divino Salvador que María recibe una veneración y atención especial, y no en razón de Ella misma. Dejada a Si sola, su Maternidad se disolvería en la humanidad. Pero vista a la luz de la Divinidad de su Hijo, es única. Nuestro Señor es Dios hecho Hombre. Nunca antes ni a partir de entonces la Eternidad se hizo tiempo en una

mujer, ni la Omnipotencia tomó los límites de la carne en una doncella. Es Su Hijo lo que hace singular la Maternidad de María.

Un niño católico, alumno de una escuela parroquial, hablaba a un profesor universitario, vecino de su casa, acerca de la Santísima Virgen. El profesor se burlaba del niño diciendo: “Pero... no hay diferencia entre mi madre y la Madre de Jesús...”, y el niño le respondió: “Así es como usted lo dice, pero si hay una diferencia muy grande entre los hijos de ambas...”

Esa es la respuesta. Porque Nuestro Señor es tan diverso de los demás hijos; por eso ubicamos a Su Madre aparte de las demás madres. Porque Él tuvo una Generación Eterna en el seno del Padre, como Hijo de Dios, y una generación temporal en el seno de María como Hijo del Hombre. Su venida creó una nueva línea de parentesco. No es Ella una persona *privada*, como lo son todas las demás madres. No *la hicimos* nosotros diversa, *la hallamos* ya diversa; no elegimos nosotros a María, Ella sí.

Pero, ¿por qué hubo un Nacimiento Virginal? Porque Cristo es Hijo de Dios nosotros no podemos quedarnos indiferentes respecto de las circunstancias de Su Natividad como lo estaríamos respecto del nacimiento del proveedor o del panadero. Si María, después de Pentecostés habló a los Apóstoles acerca del Nacimiento Virginal del Salvador, debe haber habido alguna diferencia; si los Apóstoles lo incluyeron en el Credo y en sus enseñanzas, debe haber habido alguna diferencia. Una vez aceptado Cristo como Hijo de Dios, hay un interés inmediato no sólo en Su prehistoria, que es descrita por Juan en el prólogo de su Evangelio, sino también en Su historia y especialmente en Su Nacimiento.

¿Es apropiada y conveniente la Natividad Virginal? El desafío a nuestra fe en ese punto no es relacionado por nadie (excepto en el Talmud judío) a la ausencia de pecado por parte de María. El desafío se refiere a la posibilidad física de un milagroso proceso de vida. Conservando a Su Madre completamente Inmaculada, sin pecado, previno Él las dudas acerca de Su Divina Paternidad, de que fuera tal que hiriera El Corazón de Ella, Su Corazón de mujer. Para nosotros es imposible imaginar o sentir, aunque más no fuera en ínfimo grado, el vastísimo océano de amor de Cristo para con Su Madre. Sin embargo, si alguna vez nos enfrentáramos con el problema de apartar los miasmas del escándalo hablado respecto de nuestras propias madres, ¿qué no haríamos entonces? Por lo tanto es difícil creer que el Omnipotente Hijo de Dios no haría cuanto estuviera en Su Poder para proteger a Su Propia Madre... Teniendo esto en vista, se deducen evidentemente muchas conclusiones.

Ningún gran triunfador hace su ingreso de retorno a la ciudad pasando por callejuelas cubiertas de tierra, cuando podría hacerlo por una grandiosa vía cubierta de flores. Si la Infinita Pureza hubiera escogido cualquier ingreso a la humanidad diverso de la pureza humana, ello crearía una tremenda dificultad, a saber: ¿cómo podría Él estar libre de pecado, si nació de un ser humano alcanzado por el pecado? Si un pincel hundido en pintura negra adquiere el color negro, y si el tejido adquiere el color de la anilina, Él, a los ojos del mundo, ¿no participaría también de la culpa participada por toda la humanidad? Si vino a esta tierra pasando por el trigal de la debilidad humana, ciertamente habría de tener alguna brizna o espiga adherida al ropaje de Su naturaleza humana.

Planteemos el problema bajo otro aspecto: ¿cómo podría Dios hacerse hombre, pero siendo un hombre sin pecado y Cabeza de la nueva humanidad? Ante todo, tenía que ser un *hombre perfecto* a fin de actuar en nuestro nombre, abogar en nuestra defensa y pagar nuestra deuda. Si soy arrestado por excesiva velocidad, *usted* no puede adelantarse en el tribunal y decir: “Señor juez, perdone todo, yo tomo sobre mí la culpa.” Si me estoy ahogando no puedo salvar a otro que también se esté ahogando. A menos que Nuestro Señor se halle fuera de la corriente pecaminosa de la humanidad, no puede ser nuestro Salvador. “Si Él había de ser el Nuevo Adán, la Nueva Cabeza de la Humanidad, el Fundador de una nueva corporación o Cuerpo Místico de la humanidad regenerada, así como Adán había sido la cabeza de la humanidad caída, entonces tenía que ser *diferente* de todos los demás hombres: absolutamente perfecto, sin pecado, el Santo de los Santos, todo lo que Dios había concebido que el hombre fuera.

Tal es el problema: ¿cómo podía Dios hacerse hombre, y ser un hombre sin pecado, sin culpa original? ¿Cómo —en el lenguaje de San Pablo— podía Él “ser igual a nosotros en todo, menos en el pecado?” ¿Cómo podía ser un *hombre*? Naciendo de una *mujer*, y podía ser un hombre *sin pecado* siendo concebido y naciendo de una *Virgen*. La primera aseveración es obvia: nació de una Mujer, participa entonces de nuestra humanidad. Pero, ¿cómo el nacer de una Virgen lo liberaría del pecado original?

Ahora bien, jamás se debe pensar que la Encarnación hubiera sido posible sin el Nacimiento Virginal. Demasiado precipitadamente procedería la mente humana dictando al Dios Omnipotente los métodos que debería emplear al venir a la tierra. Pero una vez revelado el Nacimiento Virginal, entonces bien está que inquiramos acerca de su

propiedad, como ahora lo estamos haciendo. Ese Nacimiento es importante a causa de lo que trae consigo respecto de la solidaridad de la raza humana culpable. Los seres humanos fueron incorporados al primer Adán al nacer de la carne; ahora, la incorporación al Nuevo Adán, a Cristo se hace naciendo del espíritu, mediante un Nacimiento Virginal. Gracias a ella vemos cómo Nuestro Señor ingresó a la raza pecadora *desde afuera*. Por lo tanto, no gravita sobre Él la maldición, excepto en cuanto Él libremente la soporta por aquéllos a los que redimió con Su Sangre. En ninguna parte arguyen los escritores del Nuevo Testamento del Nacimiento Virginal al Fundador Divino nacido virginalmente; más bien arguyen de ahí a Su Humanidad sin pecado.

Resumiendo: a fin de que Cristo fuera un descendiente de Adán, tenía que nacer de una hija de Adán. Pero el proceso de generación y nacimiento de todo individuo es invisible. El único modo para demostrar que en el nacimiento de Cristo este proceso fue milagroso, consistió en que sus invisibles operaciones se desarrollaron en una mujer de la que todos convinieran ser incapaz de haber experimentado el proceso: una Virgen. José, varón justo, estuvo en nombre de toda la humanidad cuando cuestionó en su corazón la fidelidad de María. Más que cualquiera otra persona sabía cuán cruel era sentar esa duda incluso frente a la evidencia más incontrovertible. Testimonió la vida inmaculada de María y su bondad aun antes de que naciera Su Hijo. Su duda fue dilucidada por el Cielo mismo. San José, más que cualquier otro ser humano, tenía derecho a saber las circunstancias que rodeaban el Nacimiento de Cristo. Y así como el marido es el primer testigo de la fidelidad de su esposa, así también José, en el caso de su desposada María, con su testimonio establece para todos los seres humanos la virginidad de Ella y la naturaleza milagrosa de la generación y nacimiento del Hijo.

Como lo hace notar el P. José Tennant, hay una similitud de este milagroso nacimiento en la historia de Abraham y Sara. Cuando viajaron a Egipto, Abraham pidió a Sara que dijera ser su hermana y no su esposa, a fin de evitar que los egipcios lo mataran. El Faraón la llevó a su casa. No se indica cuanto tiempo vivió en la residencia del rey egipcio, pero ciertamente estuvo por algún espacio de tiempo, y luego tanto el rey como los que moraban en su casa fueron castigados por esa retención con una enfermedad. Finalmente hizo que ambos, Abraham y Sara, abandonaran su palacio. En este caso no se consigna expresión alguna de la ira Divina, pero como Dios había prometido que Sara tendría un hijo cuyo padre sería Abraham, importaba que no hubiera en la mente de éste y de ninguna otra

persona, dudas acerca de la paternidad del hijo de Sara. Algún tiempo después de la promesa, estando en Gerara, hubo peligro de que el rey Abimelek la llevara a su harén. Procediendo con vergonzosa cobardía Abraham permitió que eso sucediera (Más adelante fue castigado cuando Dios le ordenó sacrificar a Isaac). Pero Dios intervino inmediatamente apareciéndose a Abimelek y amenazándole con despojarlo de todo su reino si se atrevía a tocar a Sara. “Y Abimelek se levantó en seguida en la noche..., llamó a Abraham y le dijo: “¿Qué nos has hecho?” Pero no bastaba que Dios se ocupara de proteger a Sara. Abraham tenía que saber por boca del mismo rey Abimelek que Sara no había sido tocada, del mismo modo que José en el caso de María. Y así nació Isaac, el primero de los “hijos de promisión” (Gál., IV, 28), y de la milagrosa descendencia de Abraham.

María no fue inmaculada por ser virgen, pero el mejor signo de su ausencia de pecado fue su virginidad. Así como los Evangelios prueban la humilde humanidad de Cristo nombrando entre sus antepasados a Lamec, el asesino jactancioso, a Abraham el cobarde, a Jacob el mentiroso, a Judas el adúltero, a Ruth la pagana, a David el asesino y adúltero y a muchos reyes idólatras, demostrando así que Él era igual a todos nosotros, excepto en el pecado, así también los mismos Evangelios separan a María de todo pecado a fin de mostrárnosla siendo lo más posible “a imagen y semejanza de Dios”. María fue de la casa de David, pero el parentesco en esa línea no es dado por medio de María sino de José, su padre adoptivo. Y era necesario que la Madre de Dios estuviera libre de todo pecado a fin de que comprobáramos que Ella había lanzado al mundo el máximo desafío al pecado: el voto de virginidad, cumpliéndolo y haciendo que lograra un Fruto Divino.

No creemos que Jesús es Dios porque nació de una Virgen Madre, así como los Apóstoles tampoco lo creyeron por esa razón solamente. Creemos en la Divinidad de Cristo por la prueba de la Resurrección, por el maravilloso encuadre de los Evangelios, el crecimiento de la Iglesia, los milagros y profecías de Cristo, las consonancias de Su Doctrina con las aspiraciones del corazón humano. El Nacimiento Virginal se relaciona más bien a la humanidad de Cristo, a su alejamiento del pecado, pecado que alcanza a todos los seres humanos nacidos de la unión del hombre y de la mujer. El grandioso canto del *Te Deum*, lejos de considerar el Nacimiento Virginal como la señal deslumbrante de la Divinidad, lo expone como una sublime condescendencia del Señor para con las humildes condiciones de la humanidad:

Cuando te preocupante de liberar al hombre
no temiste el Seno de una Virgen.

Fue, además, la salvaguardia de la total ausencia de pecado en la naturaleza humana asumida por Nuestro Señor. La única salvación dada a los hombres en la tierra, es en el Nombre de Aquél que, como Dios mismo, ingresó en el conjunto de los hombres pecadores. A fin de que nadie negara jamás que Él era hombre, nació como todos del seno de una mujer. Hecho éste que escandalizó tanto a Marción, que le hizo decir: “Un niño envuelto en humildes pañales, no es la clase de Dios que yo adoraré.”

En la Encarnación, Dios-Hijo inicia el proceso de la re-creación de su anterior y malgastada creación, empleando el método de utilizar en Sí mismo aquellos elementos en los que había sido desaprovechada. Por vez primera desde la caída del hombre es creada en el mundo una perfecta unidad de humanidad, y esa humanidad es asociada substancialmente a la persona del Hijo-Dios.

¿Qué es lo que demuestran las negaciones del Nacimiento Virginal? En general son prueba de un sutil intento de echar por tierra el nuevo orden de la humanidad, la nueva raza del Segundo Adán en el mundo no redimido del antiguo Adán. Si un padre humano proporcionó la naturaleza humana de Cristo, entonces Éste no es el Nuevo Adán. El Nacimiento Virginal conserva la iniciativa Divina de la Redención para Dios mismo. Si el comienzo del nuevo orden es atribuido al hombre, entonces es quitado a Dios. Sin él, Nuestro Salvador sería envuelto en la humanidad pecaminosa; con él, es encarnado en una humanidad sin pecado; desechando el Nacimiento Virginal se intenta desechar también la Iniciativa Divina en la raza del Nuevo Adán. Los primeros herejes dudaron de la humanidad de Nuestro Señor, y por lo tanto negaron también que tuviera una madre humana. Los agnósticos modernos dudan de la verdadera Divinidad, y por lo tanto añaden un padre humano a Sus progenitores.

No hay peligro ninguno de que los hombres pensarán demasiado acerca de María; el peligro consiste en que pensarán demasiado poco acerca de Cristo. La indiferencia para con María es una consecuencia de la indiferencia para con Cristo. Cualquier objeción a denominarla “Madre de Dios”, es en su base una objeción contra la Deidad de Cristo. La expresión consagrada “*Theotokos*”, Madre de Dios, desde el año 432 ha sido la piedra de toque de la fe cristiana. No sucedía que la Iglesia tuviera en ese entonces la intención de propagar la *Mariología*, sino más bien que se preocupaba de la ortodoxia *Cristológica*. Como lo dijo Juan Damasceno:

“Este nombre contiene todo el Misterio de la Encarnación.” Una vez que Cristo es disminuido, humanizado y naturalizado, no hay necesidad ninguna de la expresión “Madre de Dios”. Implica una doble generación del Verbo Divino: una eterna en el seno del Padre: otra temporal en el seno de María. Por lo tanto, María no gestó a un “mero hombre”, sino al “Verdadero Dios.” Ninguna *nueva persona* llegó al mundo por el parto carnal de Nuestra Señora, sino que el Hijo Eterno de Dios *se hizo hombre*.

Todo lo que llegó a ser, fue una *nueva naturaleza*, o una naturaleza humana para una Persona de la Santísima Trinidad que se hizo carne y habitó entre nosotros. *Theanthropos* o Dios-Hombre, y *Theotokos* o Madre de Dios, marchan juntamente y caen juntamente.

Se hallará que sedicentes cristianos que piensan que creen en la Divinidad de Cristo, pero no creen en María como Madre de Dios, caen por norma general en cuatro antiguas herejías. Son *Adopcionistas*, o sea: creen que Cristo fue solamente un hombre, pero después de nacer fue adoptado por Dios como su Hijo; o son *Nestorianos*, quienes sostienen que María dio a luz a un hombre que tan sólo tenía una estrecha unión con la Divinidad; o son *Eutiquianos*, de los que niegan la naturaleza de Cristo y de ahí hacen que María sea simplemente un instrumento en la teofanía; o son *Docetistas*, o sea: sostenedores de que la naturaleza de Cristo fue solamente una apariencia o fantasma. Los que se ofenden ante la reverencia tributada a María, si analizan sus pensamientos descubrirán que están sosteniendo un error docetista o similar, de los antiguos. Aun si profesan la Divinidad de Cristo en su existencia terrena, se alejan de la afirmación de que su Naturaleza Humana es glorificada junto con Él a la diestra del Padre donde intercede por nosotros. Así como algunos no consideran a Cristo como Dios, así otros no consideran a Cristo como Hombre Glorificado. Si no es Hombre, entonces María no es su Madre; pero si es hombre, entonces el parentesco de María para con Él se extiende más allá de Belén y del Calvario llegando hasta su Cuerpo Místico, la Iglesia. Por consiguiente, ninguno que piense lógicamente acerca de Cristo, podrá comprender preguntas y asombros tales como éste: “¿Por qué habláis con tanta frecuencia acerca de Su Madre?”

El Nacimiento Virginal fue, efectivamente, un nuevo tipo de generación. Así como nuestra mente engendra un pensamiento sin destruir en modo alguno la inteligencia, así María engendró al Verbo dentro de sí, sin afectar en modo alguno la Virginitad de Ella. Hay varios modos de generación, los tres principales son: carnal, intelectual y Divino. El carnal es sexual, ya acontezca en los seres humanos o en los animales. El

segundo es la generación de un pensamiento en la mente; tomemos la idea “fortaleza”. Este pensamiento o palabra (porque es una palabra aun antes de que yo la pronuncie) no existe en el mundo externo; no tiene peso, color ni longitud. Entonces, ¿de dónde vino? Fue engendrado por la casta generación de la mente. Esta generación intelectual es realmente una débil imagen del orden espiritual en la Generación Eterna del Hijo por el Padre. “Al principio era el Verbo (la Palabra), y el Verbo era en Dios y el Verbo era Dios.” Dios piensa un pensamiento o Palabra, pero Dios no piensa muchos pensamientos o palabras. Sólo un Verbo que alcanza a todos los abismos de todo lo que es conocido o puede ser conocido. Ese Verbo es la perfecta imagen de Sí Mismo como Pensador. Como ha sido engendrado eternamente, Dios el Pensador es llamado Padre, como el principio de la generación, y el Verbo es llamado el Hijo, como el término de la generación.

Dios quiso que hubiera otra clase de generación que no sería ni enteramente intelectual ni enteramente carnal, sino que en el orden de la carne reflejaría su Generación Eterna en el tiempo. Quiso tomar una naturaleza humana como la nuestra por medio de una Virgen, conservando simultáneamente la Virginidad de Su Madre y mostrando con precisión que es el Verbo de Dios. Así como nuestra mente no se altera ni destruye a sí misma al generar un pensamiento, así tampoco el Cuerpo Virginal de Nuestra Bendita Madre sufre alteración alguna al engendrar y generar a Él como Hijo de Dios hecho hombre. El Verbo de Dios quiso que Su generación en el orden de la carne y en el tiempo fuera elevada, con la más estrecha semejanza posible, a Su Generación Eterna.

Cristo es el Mediador entre Dios y la humanidad; María es la Mediadora entre Cristo y nosotros. Nuestro Señor es Mediador entre Dios y el Hombre. Un Mediador es como un puente que une las dos orillas opuestas de un río, teniendo presente que en este caso el puente es tendido entre el Cielo y la tierra. Así como nadie puede tocar el techo sin una escalera que actúa como mediadora, así el hombre pecador no podría en justicia alcanzar a Dios, sino mediante Un Ser que hiciera de Mediador, y fuera al mismo tiempo Dios y Hombre. Como Hombre podría actuar en nombre nuestro, tomar nuestros pecados, como uno de nosotros, redimirnos en la Cruz y darnos una nueva vida en su Resurrección. Pero como Dios, sus Palabras, milagros y muerte, tienen un valor infinito, y por lo tanto es nuestro Mediador, Salvador y Divino Señor.

A medida que estudiamos Su Vida Divina, viéndolo como el primer refugiado perseguido por un cruel gobierno, trabajando como carpintero,

enseñando y redimiendo, sabemos que todo ello comenzó cuando tomó nuestra naturaleza humana y se hizo hombre. Si nunca hubiera tomado nuestra carne humana, jamás habiéramos oído su Sermón de la Montaña, jamás lo habiéramos visto perdonar a los que traspasaban con clavos sus pies y manos en la Cruz. Pero, la Mujer dio a Nuestro Señor su naturaleza humana. Él le pidió que le diera su vida humana, que le proporcionara manos para bendecir a los niños, pies para marchar en busca de las ovejas descarriadas, ojos para llorar por los amigos muertos y un cuerpo para sufrir, de modo que pudiera proporcionarnos un nuevo nacimiento en libertad y amor.

Fue por medio de Ella que Él se convirtió en un puente tendido entre lo Divino y lo humano. Si lo comparamos a Ella, entonces o Dios no se hace hombre, o el que nace de Ella es un hombre y no es Dios. ¡Sin Ella no tendríamos a Nuestro Señor! Si tenemos un cofre en el que conservamos nuestro dinero, sabemos que hay una cosa a la que debemos prestar máxima atención: la llave; jamás pensaremos que la llave es dinero, pero bien sabemos que sin ella no dispondremos del dinero. Nuestra Bendita Madre es como la llave: sin Ella nunca podríamos llegar a Nuestro Señor, porque Él vino mediante Ella. No se la ha de comparar con Nuestro Señor, porque es Ella una creatura y Él es el Creador. Pero si la perdemos a Ella no podemos conseguirlo a Él. Estos son los motivos por los que le consagramos tanta atención: sin Ella jamás podríamos comprender cómo se tendió un puente entre el Cielo y la tierra.

Se podrá objetar: “Nuestro Señor es bastante para mí, no tengo necesidad de Ella.” Pero *Él* necesitó de Ella, precisémosla nosotros o no. Y, lo que es más importante, el Salvador nos dio a Su Madre como *Nuestra* Madre. En el Viernes que se llama Santo, cuando Él fue alzado sobre una Cruz como Estandarte de Salvación, mira a sus pies a las dos creaturas más apreciadas que tenía sobre la tierra: Su Madre y Su discípulo amado: Juan. La noche precedente, durante la Última Cena, había hecho su último testamento y voluntad dándonos lo que al morir ningún hombre será capaz de dar: a Sí Mismo en la Santa Eucaristía. De ese modo estaría con nosotros, como Él lo dijo: “Continuamente hasta la consumación del mundo.” Ahora, al adensarse las sombras en el Calvario, añade un codicilo a su testamento: allí, al pie de la Cruz, estaba de pie (y no postrada, lo hace notar explícitamente el Evangelio), su Madre. Como Hijo pensó acerca de su Madre; como Salvador, pensó acerca de nosotros, y entonces nos dio su Madre a nosotros: “He ahí a tu Madre.”

Finalmente vemos esclarecida la descripción que hace el Evangelio de Su Nacimiento: María “dio a luz a su Primogénito y lo colocó en un pesebre”. Su *primogénito*. San Pablo lo llama “El primer nacido de todas las criaturas.” ¿Significa esto que habría de tener otros hijos? ¡Ciertísimamente!, pero no *según la carne*, pues Jesús sería su único Hijo; y sí los tendría *por el espíritu*. De éstos Juan fue el primero, nacido al pie de la Cruz, quizás Pedro fue el segundo, Santiago el tercero y luego millones y millones de hijos. Dio a luz en gozo a Cristo que nos redimiría y más adelante dio a luz en dolor a todos nosotros, a quienes Cristo redimió. Pues no por mera figuración de expresión, ni por metáfora alguna, sino en virtud del Bautismo nosotros somos hechos hijos de María y hermanos de Nuestro Señor Jesucristo.

Así como no nos espanta ni aleja el pensamiento de que Dios nos dé a Su Padre, a fin de poder orar: “Padre Nuestro”, así tampoco nos rebelamos cuando Él nos da a Su Madre, de modo que podemos orar: “Madre Nuestra.” La caída del hombre es borrada mediante otro Adán: Cristo, y Eva mediante otra Eva: María.

Nacido de la Virgen María, es ésta una afirmación verdadera, no sólo respecto de Cristo, sino también de todo cristiano, aunque en un grado inferior. Todo hombre nace de mujer en la carne en cuanto miembro de la raza de Adán; nace también de una Mujer en el espíritu si es de la redimida raza de Cristo. Así como Ella formó a Jesús en Su Cuerpo, así también forma a Jesús en nuestras almas. En esta Mujer única están unidas la Virginidad y la Maternidad, como si Dios hubiera querido demostrarnos que ambas son necesarias al mundo. Cosas separadas en otras criaturas están unidas en Ella. La Madre es la protectora de la virginidad, y la Virgen es también la inspiración de la maternidad.

No es posible llegar a una estatua de una madre que tiene en sus brazos a un hijo, separar a la madre y esperar que quede el hijo. Si se la toca a ella se causa daño también al hijo. Todas las demás religiones se pierden en el mito y la leyenda, excepto el Cristianismo. Cristo es separado radicalmente de todos los dioses del paganismo porque está ligado a la Mujer y a la historia: “Nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilatos.” Coventry Patmore califica acertadamente a María: “Nuestra única salvadora de un Cristo abstracto.” Es más fácil comprender el humilde y misericordioso Corazón de Cristo, mirando a Su Madre. Ella contiene juntamente todas las grandes Verdades del Cristianismo, así como una varilla de madera sostiene a toda una cometa; los niños envuelven el cordel a medida que el barrilete sube hacia lo alto. María es ese trozo de

madera o vara; alrededor de Ella envolvemos los preciosos cordeles de las grandes Verdades de Nuestra Santa Fe, por ejemplo: la Encarnación, la Eucaristía, la Iglesia. No importa cuán lejos nos separemos ascendiendo desde la tierra, como puede hacerlo la cometa, siempre necesitaremos de María para sostener unidas las doctrinas del Credo. Si dejamos de lado la vara, no tendremos más la cometa; si nos deshacemos de María nunca tendremos a Nuestro Señor, se perdería en los Cielos, como nuestra volante cometa, y esto, en verdad, sería terrible para nosotros, aquí en la tierra.

María no nos obstaculiza que honremos a Nuestro Señor. Nada hay más cruel que afirmar que Ella aleja a las almas de Cristo. Esto implicaría que Nuestro Señor eligió a una Madre egoísta, Él que es el Amor Mismo. Si Ella nos apartara de Su Hijo, ¡nosotros renunciaríamos a Ella! Pero, ¿no es Ella, la Madre de Jesús, suficientemente buena para con nosotros, pecadores? No hubiéramos tenido a Nuestro Divino Señor si Él no la hubiera elegido a Ella.

Oramos al Padre de los Cielos diciendo: “El pan nuestro de cada día dánosle hoy.” Aun cuando pidamos a Dios el pan diario, no por ello reprobamos ni odiamos al plantador del trigo ni al panadero que lo prepara. Tampoco la madre que da el pan a su hijo prescinde del Proveedor de lo Alto. Si la única acusación que Nuestro Señor tuviese contra nosotros en el día del Juicio fuese que amamos a Su Madre, ¡cuán felices seríamos!

Así como nuestro amor no comienza con María, así tampoco concluye con María. Es Ella una ventana a través de la cual nuestra humanidad logra primeramente una visión de la Divinidad en la tierra. O tal vez, es más como un vidrio o lente de aumento, que intensifica nuestro amor para con Su Hijo, y hace que nuestras plegarias sean más intensas y ardientes.

Dios, que creó el sol, creó también la luna. Esta no se aleja de la brillantez del sol; sería ella tan sólo una inmensa ceniza vagante por la inmensidad del espacio si no fuera por el sol. Toda su luz es un reflejo de la que le proporciona el sol. La Benditísima Madre refleja a Su Divino Hijo; sin El, Ella sería nada. Con Él, es la Madre de los Hombres. Durante las noches oscuras nos sentimos agradecidos para con la luna, y al verla brillar nos damos cuenta de que hay un sol. Así también, en esta oscura noche del mundo en que los hombres vuelven las espaldas hacia Aquél que es la Luz del Mundo, volvámonos a María a fin de que guíe nuestros pasos mientras aguardamos el amanecer.

Capítulo sexto

LA VIRGEN MADRE

Una mujer puede ser virgen por una de estas tres motivaciones: primera, porque nunca tuvo oportunidad de casarse. Esta sería virginidad involuntaria (si se rebelara contra su doncelléz), o también voluntaria y meritoria (si la aceptara como Voluntad de Dios). Nadie se salva por su virginidad, solamente; de las diez vírgenes de que habla el Evangelio, cinco eran vírgenes necias. Hay vírgenes en el infierno, pero ninguna que haya sido humilde. Una mujer puede ser virgen, segundo, porque decidió no casarse. Esta decisión pudo deberse a razones sociales o económicas, y por lo tanto no habría valor religioso en su actitud, pero también puede ser meritorio si lo hizo por motivos religiosos, por ejemplo: a fin de atender y servir a una persona de la familia, enferma; o para dedicarse a servir al prójimo por amor de Dios. Tercero: una mujer puede ser virgen porque hizo voto o promesa a Dios de mantenerse íntegramente pura por Dios, aun cuando tuviera un centenar de oportunidades para casarse.

María fue Virgen por la tercera motivación. Se enamoró en tempranísima edad, y se enamoró de Dios, uno de esos hermosos enamoramientos en que el primer amor es también el último, y el último es el Amor Eterno. Debía haber sido muy prudente y sabia, tanto como puede serlo al máximo una jovencita de quince o dieciséis años, para hacer tal elección. Esto sólo ya la hizo muy diversa del resto de las demás mujeres, que estaban ansiosas por tener hijos. En aquel tiempo, cuando una mujer casada no tenía hijos, se consideraba a veces, aun cuando fuera desacertadamente, que Dios estaba disgustado con ella.

Cuando Nuestra Señora hizo el voto de virginidad, para algunas personas pasó como “rara”, porque siempre habrá gente de mentalidad

materialista incapaz de comprender por qué algunas almas aman realmente a Dios. La Santísima Virgen tenía una mejor probabilidad que la mayoría de las demás mujeres, de llegar a ser la Madre de Dios, porque la Biblia había consignado que Nuestro Señor nacería en la casa de David, el gran rey que viviera mil años antes, y María pertenecía a esa familia real. Sin duda, conocía la profecía de Isaías olvidada por algunos: que el Mesías habría de nacer de una virgen. Pero más verosímil es, juzgando por lo que Ella misma dijo más adelante, que se consideraba demasiado inferior para tal dignidad, e hizo el voto con la esperanza de lograr, mediante su sacrificio y sus plegarias, que la venida del Mesías fuera apresurada.

¿Cómo sabemos que María hizo el voto? Por la respuesta que dio al Angel Gabriel. En medio de su trono de luz llegó el Angel a la presencia de aquella joven arrodillada en oración. La visita del Angel a María se denomina la Anunciación porque anunció a la tierra la primera noticia realmente buena que se había oído desde siglos. El acontecimiento de antes había sido la caída de un hombre por una mujer; la de hoy era la regeneración del hombre por una Mujer.

¡Un Angel saludando y honrando a una mujer! Esto sería un desconcierto en el orden del Cielo, peor que si los hombres tributaran reverencia a los animales, a menos que la mujer saludada estuviera destinada por Dios a ser superior a los ángeles, más aun, ¡su verdadera Reina! Y así sucede que el Angel, acostumbrado a ser honrado él por los seres humanos, saluda y honra ahora a la Mujer.

Este embajador de Dios no imparte órdenes, sino que la saluda: “¡Salve, llena de gracia!” “Salve” es nuestra expresión castellana de la griega *Chaire*, y probablemente ésta es el equivalente de la antigua fórmula aramaica *Shalom*, que significa: “Alégrate”, o “La paz sea contigo”. “Llena de gracia” expresión rara en el griego de los Evangelios, significa “llena de virtud” o “agraciadísima”. Equivalía casi a un nombre propio con que el Enviado de Dios le aseguraba que era objeto de la Divina Complacencia.

Menos que la inesperada visita del Mensajero Celestial turbó a la humilde Doncella el asombroso saludo y el expresivo tono de la Divina alabanza. Poco tiempo después, cuando visitara a su prima Isabel, se le preguntaría: “¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme?” Pero ahora corresponde a María preguntar: “¿Por qué el Angel de mi Dios llega a mí?” El Mensajero se apresura a darle razón de la visita: ha de cumplir en Sí Misma lo que el profeta Isaías había anunciado siete siglos antes: “He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y su

nombre será Emanuel (Dios con nosotros)”. (Isaías, VII, 14). Haciendo una clara alusión a dicha profecía, añade el Angel: “He aquí que concebirás y darás a luz a un hijo y le darás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará Dios el Señor el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin” (Luc. I, 30-31).

Dios la elegía, no solamente por ser una virgen, sino también a causa de su humildad. Más adelante María misma declaró esto como razón: “Porque miró la humildad de su sierva.” (Luc. I, 48). María se sintió confusa; nada turba tanto a un alma humilde como la alabanza, y en este caso la alabanza procedía de un Angel de Dios.

Ese gran honor le creó un problema, pues había hecho voto de consagrar su cuerpo y su alma a Dios. Por lo tanto, nunca podría ser madre. Y lo manifestó: “No conozco varón, he hecho voto de no conocer varón”.

La Biblia nunca habla acerca del matrimonio usando términos de sexo, sino como “conocimiento”. Por ejemplo: “José no conoció a María” (Mat. I, 19); “Adán conoció a Eva y ella concibió” (Gen. IV, 1). La razón de tal expresión es para demostrar cuán unidos deben estar el esposo y la esposa; en la intención de Dios han de estar próximos entre sí como la mente y la cosa conocida. Por ejemplo: todo ser normal sabe que dos más dos son cuatro y nadie puede imaginar algo que se interponga entre la mente y ese conocimiento. Mi mano derecha no está tan unida a mi cuerpo como lo está a mi mente cualquier cosa que yo sepa.

María respondió preguntando: “¿Cómo sucederá esto puesto que no conozco varón?”, y no dijo: “Nunca me casaré, por lo tanto, no puedo llegar a ser la Madre de Jesús”, esto hubiera implicado desobediencia para con el Angel que le pedía que quisiera ser la Madre del Mesías; ni tampoco dijo: “No quiero un marido, pero que se haga la Voluntad de Dios”, pues ello hubiera implicado inconsistencia para consigo misma y para con el voto hecho. Simplemente, pidió ser iluminada respecto de su deber. El problema no era su virginidad, conocía suficientemente la profecía de Isaías para saber que Dios nacería de una Virgen. Su única preocupación era: puesto que hasta ese entonces, en la historia la maternidad y la virginidad eran irreconciliables, ¿cómo dispondría Dios las cosas? Su objeción a la Generación Virginal se basaba en motivos científicos. La solución, ciertamente, no podía ser natural, por lo tanto, tenía que ser sobrenatural. Dios podía hacerlo, pero ¿cómo? Mucho antes de que la biología moderna pusiera reparos a la generación virginal, María

preguntaba el científico “¿Cómo?” El Angel le explicó que en Su caso, la generación sobrevendría sin amor humano, pero no sin Amor Divino, porque la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, que es el Amor de Dios, descendería a Ella, y el que nacería de la voluntad de Ella sería “El Hijo de Dios”.

María comprendió en seguida que ese proceder le permitiría conservar su voto. De cualquier modo, lo que deseaba era amar a Dios. En aquel momento, cuando el Espíritu de Amor extasió su alma, de modo que concibiera en Sí a Cristo, debió cumplirse en ella el éxtasis pleno que las creaturas buscan en la carne, pero que nunca logran plenamente. La carne, en sus elevaciones de amor, cuando es unida a otra carne vuelve con hastío otra vez a sí, pero aquí, en la unión del amor humano con el Divino, no hay retorno a sí, sino únicamente el puro deleite del éxtasis del espíritu. En el amor carnal el éxtasis sucede primeramente en el cuerpo y luego indirectamente en el alma. En ese amor espíritu, el alma de María fue extasiada, y no por amor humano sino por Amor Divino. El amor de Dios inflamó de tal modo su alma, cuerpo y corazón, que cuando nació Jesús el mundo pudo decir en verdad acerca del recién nacido: “Este es un Hijo Fruto de Amor.”

Sabiendo ya cómo el Amor Divino suplantaría al amor humano, y cómo sería Madre permaneciendo Virgen en el gran misterio de la generación, María da su consentimiento: “Hágase en Mí según tu palabra”; o sea: como Dios lo quiere en Su Sabiduría, así lo quiero yo. Y en aquel momento el Verbo fue concebido en Ella: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. Antes de la Caída, fue la mujer la que procedió del hombre en el éxtasis del sueño de éste. Ahora es el hombre el que procede de una Mujer en el éxtasis del Espíritu.

Una de las más hermosas lecciones del mundo surge de la Anunciación, o sea: la vocación de la mujer a los valores religiosos supremos. María retoma la vocación de la mujer desde un comienzo, es decir: a ser para la humanidad portadora de lo Divino. Toda madre es esto cuando da nacimiento a un hijo, porque el alma de cada niño es infundida por Dios. De este modo es cooperadora con la Divinidad, lleva en su ser lo que solamente Dios puede dar. Como en el orden de la Redención, el sacerdote, al momento de Consagrar trae al Crucificado al Altar, así la madre, en el orden de la Creación, trae al espíritu que procede de la Mano de Dios a la cuna terrena. Con estos pensamientos en su mente, León Bloy dijo en una oportunidad: “Cuanto más santa es una mujer, tanto más se hace mujer.”

¿Por qué? No porque las mujeres sean naturalmente más religiosas que los hombres. Esta afirmación es simplemente una racionalización hecha por hombres que han renunciado a sus ideales. Tanto el hombre como la mujer tienen una misión específica, dispuesta por Dios, para complementarse mutuamente. Cada uno, también, tiene su símbolo en el orden inferior: el hombre puede ser parangonado al animal en su iniciativa, movilidad y facultad adquisitiva; la mujer puede serlo con la flor, ubicada entre el cielo y la tierra, es como la tierra en su gestación y transmisión de vida, es como el cielo en sus aspiraciones por florecer hacia arriba, hacia lo Divino. La señal distintiva del hombre es la iniciativa, pero la de la mujer es la cooperación. El hombre habla sobre libertad, la mujer sobre simpatía, amor, sacrificio; el hombre coopera con la naturaleza, la mujer coopera con Dios; el hombre ha sido llamado a arar la tierra, a “gobernar sobre la tierra”, la mujer a ser gestadora y portadora de una vida que procede de Dios. El deseo oculto de toda mujer en la historia, el anhelo secreto de todo corazón femenino, es satisfecho en el instante en que María dice: “*Fiat*”, “Hágase en Mí, según tu palabra.”

He ahí la cooperación en su máxima expresión. He ahí la esencia de ser mujer: *aceptación, resignación, sumisión*. “Hágase en Mí”. Ya sea la mujer soltera que cuida a su madre con su *Fiat* de entrega al servicio, o la esposa que acepta al marido en la unidad de la carne, la santa que acepta pequeñas cruces brindadas por su Salvador, o sea esta Mujer Unica cuya alma se somete al Divino Misterio de ser Madre de Dios hecho Hombre, siempre está presente, en diversos grados, en el hermoso cuadro de la Mujer en su vocación más sublime: hacer la Donación Total, aceptar una asignación Divina sometiéndose a las santas finalidades determinadas por el Cielo. María se denomina a Sí misma *ancilla Domini*, sierva del Señor. El ser esto no disminuye en mujer ninguna su dignidad. Los momentos más desventurados de toda mujer son aquéllos en que es incapaz de dar; sus momentos más infernales son aquéllos en que se rehúsa a dar. Las tragedias se presentan cuando la mujer, por circunstancias sociales o económicas, se ocupa en cosas materiales que obstaculizan o impiden el germen y desarrollo de la específica cualidad de entrega para los Fines Divinos que hacen de ella una mujer. Negada la salida a la intensa y creciente necesidad de dar, experimenta una profunda sensación de vacío, más profunda que el hombre, precisamente por ser más hondos los abismos donde surge su fuente de amor.

Para una mujer, el ser Colaboradora con la Divinidad, ya sea ayudando a las misiones, visitando a los enfermos después de sus horas de

oficina, brindando gratuitamente su ayuda en los hospitales o atendiendo maternalmente a sus propios hijos, todo ello implica gozar del equilibrio de espíritu que es la esencia de su vigor, de su bienestar. La Liturgia habla de la mujer cumpliendo un *mysterium caritatis*, el misterio del amor. Y amor no significa tener, poseer, ser dueño; significa ser poseído, ser tenido, estar a servicio. Es darse a sí misma a otro. Una mujer puede amar a Dios, mediatamente, a través de las creaturas, y también puede amarlo inmediatamente, como lo hizo María, pero para ser feliz *debe* llevar lo Divino a lo humano. La apasionada sublevación de la mujer contra sus pretendidas desigualdades con el hombre, es en lo profundo una protesta contra las restricciones de una civilización burguesa sin fe, que ha encadenado los talentos que Dios le dio.

Lo que toda mujer desea en el “misterio del amor” no es la voluptuosidad animal, sino el gozo del alma. El hombre es guiado por el amor del placer, la mujer lo es por el placer del amor, por su significado y por el enriquecimiento del alma que proporciona. En este hermoso momento de la Anunciación, la Mujer alcanza su más sublime plenitud por causa de Dios. Así como la tierra se somete a la exigencia de la simiente por causa de la cosecha, como la enfermera se somete a las exigencias de los heridos por causa de la curación, como la esposa se somete a las exigencias de la carne por causa del hijo, así María se somete a las demandas de la Voluntad Divina por causa de la Redención del Mundo.

Y estrechamente aliado a esa sumisión está el sacrificio. Porque la sumisión no es pasividad, sino acción, la acción del desasimiento y olvido de sí. La mujer es capaz de sacrificios mayores de los que es capaz el hombre, en parte porque el amor de ella es menos intermitente, y también porque no se siente feliz sin una total y completa dedicación y entrega. La mujer está hecha para la consagración, la dedicación. Es un instrumento del cielo en la tierra. María es el prototipo, la Mujer modelo que cumple cabalmente en Sí las más profundas aspiraciones del corazón de toda hija de Eva.

La virginidad y la maternidad no son tan irreconciliables como podría parecer. Toda virgen aspira en su interior a ser madre, ya sea física o espiritualmente, pues a menos que cree la vida, la fomente, la cuide como madre o como solícita enfermera, su corazón se sentirá intranquilo y a disgusto, como un navío gigante en aguas poco profundas que le impiden navegar. Tiene la vocación de engendrar la vida, ya sea en la carne o en el espíritu por medio de la conversión. Nada hay en la vida profesional que endurezca necesariamente a una mujer. Si una mujer profesional se

endurece, ello se debe a que carece de aquellas funciones específicamente creadoras, a semejanza de Dios, sin las cuales no puede ser feliz.

Por otra parte, toda esposa y madre anhela la virginidad espiritual en cuanto que le agradaría recuperar lo que ha dado a fin de poder ofrecerlo todo nuevamente, pero esta vez más profundamente, más devotamente, más divinamente. Hay algo incompleto en la virginidad, algo sin dar, sin entregar, retenido; hay algo perdido en toda maternidad; algo dado y algo quitado... y algo irrecuperable.

Pero en la Mujer fue realizado física y espiritualmente lo que toda mujer desea físicamente. En María nada hubo sin entrega, nada perdido; hubo cosecha sin la pérdida del capullo; un otoño en primavera otoñal; sumisión sin expoliación. ¡Virgen y Madre! La única melodía brotada de la concertación de la Creación Divina sin que se rompiera cuerda ninguna en los instrumentos.

La mujer tiene una misión: dar vida. La vida que ha de proceder de María surge sin la chispa del amor de un esposo humano, pero con la Llama del Amor del Espíritu Santo. No puede haber nacimiento sin amor, pero la esencia del Nacimiento Virginal es el Amor Divino actuando sin el beneficio de la carne. Como resultado, Ella contiene en Sí a Aquél a Quien los Cielos son incapaces de contener. Ese fue el comienzo de la Propagación de la Fe en Jesucristo Nuestro Señor, porque en el Cuerpo Virginal de Ella, como en un nuevo Edén, se celebraron las nupcias de Dios y el ser humano.

Porque en esa Mujer Unica se unieron la Virginidad y la Maternidad, necesariamente ha de ser que Dios quiso demostrar que ambas son necesarias al mundo. Estando separadas en otras creaturas, en Ella están unidas. La Madre es la protectora de la Virgen, y la Virgen es la inspiradora de la maternidad. Sin madres, no habría vírgenes en la generación subsiguiente; sin las vírgenes, las madres olvidarían el sublime ideal que se sitúa más allá de la carne. Ambas se complementan mutuamente, como el sol y la lluvia. Sin el sol no habría nubes y sin éstas no habría lluvia. Las nubes, como las madres, entregan algo al fecundar la tierra, pero el sol, como las vírgenes, recoge y recobra lo perdido haciendo que las livianas gotas suban nuevamente hacia el cielo. ¡Cuán grandioso es pensar que el Engendrado sin Madre en los Cielos nace ahora sin padre en la tierra! ¿Podemos imaginar a una avecilla haciendo el nido en el que ha de ser incubada? Evidentemente, es imposible, porque habría de existir antes de hacer ese nido. Pero eso es lo que sucedió, en cierto sentido, con Dios, cuando eligió a María como Madre Suya: pensó acerca de Ella desde

toda la eternidad, formó a Su Madre como el nido en el que habría de nacer.

Frecuentemente oímos a amigos y parientes decir acerca de un infante: “Es la imagen de su padre”, “Es muy, muy parecido a su madre”, o también: “Tiene los ojos azules de su madre”, “Ha heredado las actitudes del padre”. Bien, Nuestro Señor no tuvo rama paterna; ¿de dónde le provinieron su hermoso rostro, su fuerte cuerpo, su limpia sangre, su sensible expresión, sus delicados dedos? De su línea materna. ¿De dónde recibió su Divinidad, su Mente Divina que conoce todas las cosas, hasta nuestros más secretos pensamientos, su Divina Potestad sobre la vida y la muerte? De su Línea Paterna Celestial. Para los hombres es cosa terrible no conocer a su Padre, pero aun es más terrible no conocer a su Madre del Cielo. Y el máximo halago que se puede hacer a un verdadero cristiano es: “En la gracia tiene usted la herencia de su Línea Paterna pero en su humanidad se parece a su Madre.”

Capítulo séptimo

EL MATRIMONIO MÁS FELIZ DEL MUNDO

Para las mentes no espirituales es muy difícil pensar en un áureo término medio entre el matrimonio y el estar solo. Piensan que una persona, o está ligada a alguien en vida matrimonial, o que vive en soledad. No son extremos excluyentes, porque *hay* una combinación de matrimonio y soledad, y es la virginidad absoluta en la vida matrimonial, en la que hay unión del alma de uno con la del otro, y, sin embargo, hay también absoluta separación de cuerpos. Solamente se participan los goces del espíritu, nunca los placeres de la carne.

Hoy en día el voto de virginidad es profesado únicamente fuera de los esponsales o matrimonio humanos, pero entre algunos judíos y para algunos grandes santos cristianos, el voto de virginidad fue profesado, algunas veces, junto con los esponsales. En esos casos el matrimonio fue el marco en que se ubicó el cuadro de la virginidad; fue como un mar por el que nunca navegó la barca de la unión carnal, pero que proporcionó el sustento para la vida con la riqueza de sus profundidades.

Hay algunos matrimonios en los que no se da la unidad de la carne porque ésta ya está saturada y adormecida. Algunos cónyuges abandonan la pasión porque ésta ya los ha abandonado a ellos. Pero hay también matrimonios en los que, después de la unión de la carne, las parejas, procediendo mutuamente, han ofrendado a Dios el sacrificio de la emoción de la unidad carnal por causa de los más elevados éxtasis del espíritu. Más allá de éstos se da un verdadero matrimonio en el que el ejercicio del derecho al cuerpo del cónyuge, mutuamente, es anulado, e incluso el deseo de ello; tal es el matrimonio de dos personas con voto de virginidad. Una cosa es dejar los placeres de la vida matrimonial porque ya se está cansado

de los mismos, y otra completamente diversa abandonarlos aun antes de haberlos experimentado. Aquí el matrimonio es del corazón y no de la carne; es un matrimonio similar al de las estrellas cuyas luces se unen en el firmamento aun cuando las estrellas mismas no se unan; como las flores en los jardines durante la primavera, que ofrendan y mezclan sus perfumes aunque no se toquen entre sí, como el conjunto de una orquestación por la que se forma y eleva una grandiosa melodía común sin que los instrumentos mantengan contacto entre sí. Tal fue el matrimonio de la Santísima Virgen y San José; el derecho mutuo de ambos fue sometido y anulado voluntariamente por una finalidad superior, más elevada. El lazo matrimonial no implica necesariamente la unión carnal. Como lo dice San Agustín: “La base y fundamento del amor matrimonial es la atracción y unión de los corazones.”

Así, pues, primeramente estudiaremos por qué hubo matrimonio, puesto que ambos, María y José, habían hecho voto de virginidad, y luego procuraremos estudiar la personalidad de José. La razón primera de los desposorios fue que éstos protegían a la Santísima Madre y cuidaban su honor hasta que llegara el tiempo de revelar la Concepción y Nacimiento Virginales. No sabemos con exactitud cuándo reveló Ella ese hecho, pero es verosímil que lo hizo poco después de la Resurrección. No había motivo ninguno para hablar acerca de ello antes de que Nuestro Señor diera la prueba final de Su Divinidad. De cualquier modo, había unos pocos que lo conocían realmente: la Madre misma, San José, Isabel, la prima de Ella y, por supuesto, Nuestro Divino Salvador. En cuanto a las apariencias externas para la gente, se pensaba que Nuestro Salvador era hijo de José, de este modo estaba a cubierto el buen nombre de Nuestra Madre; si hubiera aparecido como una Madre sin esposo habría expuesto al ridículo el misterio del Nacimiento de Cristo, siendo un escándalo, además, para los débiles.

Una segunda razón para el matrimonio fue que San José pudiera ser testigo de la pureza de María. Esto implicó para ambos el mayor pesar, excepción hecha del Calvario. Todo privilegio de la gracia ha de ser pagado, y María y José tuvieron que hacerlo por éste. María no dijo a José que había concebido por el Espíritu del Amor, porque el Ángel no le indicó que lo dijera. Reveló Ella a una Santa: “Fuera del Gólgota, nunca sufrí tan intensa agonía como en aquellos días en que, a pesar mío, causé preocupación a José, varón tan justo.” El dolor de José procedía de lo inexplicable. Por una parte sabía que María había profesado el voto de virginidad, lo mismo que él. Era imposible pensar en su culpabilidad a

causa de su bondad. Pero por otro lado y en vista de su condición, ¿qué pensar? Padebió entonces San José lo que los místicos denominan “la noche oscura del alma”. María hubo de pagar por su honor principalmente al final de su vida, y José por el de él desde un principio. Como José había observado su voto, naturalmente se sorprendió al saber que María tendría un Hijo. Su asombro fue similar al de María en la Anunciación: “¿Cómo se hará esto, puesto que no conozco varón?” Entonces quiso Ella saber cómo podría ser virgen y madre; José quiso saber cómo podría ser él virgen y padre. Fue necesaria la intervención de un Mensajero del Altísimo para hacerles saber que Dios tenía un medio posible. Ningún conocimiento humano de las ciencias puede explicar tal suceso. Solamente los que oyen las voces de Dios, pueden penetrar este misterio. Como José tenía la intención de abandonar secretamente a María, el Evangelio nos dice cómo fue levantado el velo del misterio para él: “Pensando él esto (abandonarla secretamente), he aquí que un Angel del Señor se le apareció en el sueño diciéndole: José, hijo de David, no temas recibir a María, Esposa tuya, pues lo que en Ella nació es del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo y le darás por Nombre Jesús, Él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mat. I, 20-21).

Las preocupaciones de José fueron superadas por la revelación de la dignidad del Nacimiento Virginal de Cristo y de la naturaleza de Su misión, o sea: salvarnos de nuestros pecados. Las mismas palabras del Angel: “No temas recibir a María, Esposa tuya” apoyan el punto de vista de que José ya creía que en su Esposa había acontecido un milagro, y que esta era la razón por la que “temía” llevarla a su propia casa. No es verosímil que un hombre, advertido de una Concepción Virginal, dé crédito a la misma si no existiera ya en su corazón la creencia en el Mesías, en Cristo, en el que habría de venir. José sabía que el Mesías procedería de la Casa de David, familia de la que él mismo era descendiente. También le eran familiares las profecías referentes al mismo Mesías, incluso la de Isaías que declaraba explícitamente que el Enviado nacería de una Virgen. Si no hubiera sido descrito ya como un varón justo, el mensaje del Angel y el honor que recaería en María hubieran sido suficientes para inspirar en Él una gran pureza. Porque si un padre de ahora fuera advertido de que más adelante su hijo sería Presidente de la Nación, esto le inspiraría una nueva actitud respecto de su esposa, madre de tal hijo. A raíz de ese conocimiento toda ansiedad y angustia desaparecieron en José, y su alma se sintió llena de reverencia, respeto y amor por el secreto de María.

Esto nos lleva a una segunda e interesante cuestión referente a José: ¿era joven o anciano? La mayoría de las imágenes y cuadros que tenemos, lo representan como un anciano de barba gris, que tomó a María profesa de voto, bajo su protección, con actitud similar a la de un doctor que tomara bajo su cuidado a una niña en un sanatorio o guardería infantil. Ciertamente, no tenemos datos históricos que dieran explícitamente la edad de José. Algunos relatos apócrifos lo describen como un anciano; los Padres de la Iglesia, después del cuarto siglo siguieron con rigidez esa opinión; el pintor Guido Reni siguió las mismas líneas al pintar a José como un anciano provisto de cabello blanco.

Pero si investigamos las razones por las cuales el arte cristiano tiene esa opinión, hallaremos que lo hizo a fin de salvaguardar mejor la virginidad de María. De un modo o de otro se consideró que la senilidad protegía a la virginidad mejor que la juventud o la madurez. De ese modo, inconscientemente, el arte hizo de José un esposo casto y duro a causa de la edad más bien que por virtud. Pero esto equivale a sostener que el mejor modo de demostrar que jamás alguien ha robado, consiste en retratarlo sin manos; también olvida ese temperamento que un anciano puede tener deseos indebidos, lo mismo que los jóvenes. Fueron ancianos los que tentaron en el jardín a Susana. Pero más que todo esto, el describir a José como un anciano sin fuerzas, nos presenta a un hombre con poca o ninguna energía vital, mas que a un padre que ofrendaba sus energías para destinarlas al servicio de Dios y a Sus Sacrosantos Fines. Hacerlo aparecer puro sólo a causa de que su carne se había desvigorizado por los años, es como glorificar a un torrente de montaña que se ha secado. La Iglesia no hará sacerdote suyo a quienes carezcan de potencialidades vitales; quiere hombres que tengan algo que dominar, y no a los que son sumisos porque carecen de energías para sentir impulsos e iniciativas. Y así también sucede respecto de los designios de Dios.

Además, es razonable creer que Nuestro Señor preferiría, como padre adoptivo, a alguien que hiciera un sacrificio para serlo, y no a quien se viera forzado a ello. También está el hecho histórico de que los judíos desaprobaban el matrimonio entre seres que implicaban, como lo dice Shakespeare, “la edad del retroceso y la juventud”; el Talmud admite un matrimonio desproporcionado solamente para viudos y viudas. Finalmente, difícil es creer que Dios uniera a una joven Madre, probablemente de dieciséis o diecisiete años, con un anciano. Si no halló dificultad en dar a Su Madre a un joven, Juan, al pie de la Cruz, entonces, ¿por qué habría de entregarla a un anciano cuando Él nacía en un pesebre?

El amor de una mujer determina siempre el modo del amor del hombre: es ella la silenciosa formadora y educadora de sus potencialidades varoniles. Puesto que María es lo que podríamos denominar la “virginizadora” tanto de los jóvenes como de las jóvenes, y es también la máxima inspiración de la pureza cristiana, ¿no es entonces lógico que comenzara inspirando y virginizando al primer joven al que trató, a José, el Justo? Hizo su primera conquista, no disminuyendo la potencialidad de amar de su conquistado, sino elevándola, sublimándola; su esposo tenía que ser un *hombre*, y no un senil observador y cuidador.

José fue, verosímilmente, un joven, fuerte, viril, atlético, de buena presencia, casto y disciplinado; la clase de hombre que a veces se halla entre los pastores de ovejas, junto a un banco de carpintería o conduciendo un aeroplano. En lugar de ser un anciano incapaz de amar, fue un hombre ardiente en amor. Así como daríamos poco crédito a la Santísima Virgen si hubiera profesado su voto de virginidad siendo una mujer soltera de cincuenta o más años, tampoco daríamos mucho crédito y reverencia a un José que hubo de ser su esposo por estar muy entrado en años. En aquel tiempo las jóvenes como María hacían voto de amar únicamente a Dios, y así también los jóvenes, entre los cuales José era tan prominente como para ser llamado “el Justo”. Así, pues, en lugar de ser un fruto desecado presentado en la mesa del Rey, era, por el contrario, una flor apenas florecida saturada de promesa y de poder. No estaba en el crepúsculo de la vida, sino en su amanecer, irradiando energía, vigor y disciplinada pasión.

María y José aportaron a sus desposorios no sólo sus votos de virginidad, sino también dos corazones colmados de amor, como nunca hubiese habido en corazones humanos. Jamás esposo y esposa se habían amado mutuamente como José y María. Su matrimonio no era como los demás, a causa del derecho mutuo a sus cuerpos; en los matrimonios habituales la unidad de la carne es el símbolo de la consumación, y el éxtasis que acompaña a esa consumación es tan sólo una pregustación del placer que sobreviene al alma cuando alcanza la unión con Dios mediante la Gracia. Si hay saciedad y saturación en el matrimonio, se debe a la ausencia de lo que el mismo ha de revelar, o porque no se alcanza a ver el interno Divino Misterio en el acto. Pero en el caso de María y José no hubo necesidad del símbolo involucrado en la unión de la carne, puesto que ya poseían la Divinidad. ¿Por qué ir en busca de la sombra cuando ya tenían la substancia misma? María y José no precisaron la consumación carnal porque, como dice León XIII con hermoso lenguaje: “La consumación de su amor estaba en Jesús”. ¿Para qué preocuparse de los

centelleantes centelleos de la carne, cuando la Luz del Mundo era su amor? Verdaderamente era su Hijo: “*Jesu, voluptas cordium*”; cuando es Él la dulce voluptuosidad de los corazones, ni siquiera se piensa en la carne. Un esposo y su mujer, cuando están ante la cuna de la nueva vida recién surgida, olvidan por el momento la necesidad mutua de sí mismos. Así María y José, teniendo en su familia la posesión de Dios, apenas tenían conciencia de que tenían cuerpos. Habitualmente el amor hace que el esposo y la esposa sean unos; en el caso de María y José no eran sus amores combinados, sino Jesús, quien los unificaba. Ningún amor más profundo latió bajo el cielo desde el principio, ni jamás lo habrá en el futuro, hasta la consumación de los tiempos. No fueron a Dios mediante el amor mutuo, sino porque primeramente fueron ellos a Dios, por lo cual se profesaban un puro y profundo amor. Para los que ridiculizan esa santidad del amor, escribió Chesterton:

*Brotando Cristo de tan creadora pureza
apareció para escarnio de estériles apetitos.
En su Casa la Vida brotó sin lujuria
para que en tu casa la lujuria sin Vida, feneciera.*

En el matrimonio carnal primeramente el cuerpo es conductor del alma; más adelante, en un estado más reposado, el alma es la que conduce al cuerpo. En este estadio ambos cónyuges van a Dios. Pero en el matrimonio espiritual, es Dios quien posee tanto al cuerpo como al alma desde un principio. Ninguno de los cónyuges tiene derecho al cuerpo del otro, porque todo pertenece al Creador a causa del voto profesado. María y José combinaron así la soledad y los desposorios mediante la magia espiritual de la virginidad junto con la mutua compañía. José renunció a la paternidad carnal y sin embargo la halló en el espíritu, siendo el padre cuidador y alimentador de Nuestro Señor; María renunció a la maternidad con su voto, y sin embargo la halló en su virginidad, como el huerto cerrado a través del cual nada pasará excepto la Luz del Mundo que nada dañará con Su venida, del mismo modo que un rayo de luz penetra en una habitación a través de los cristales, sin romperlos ni mancharlos.

¡Cuánto más hermosos se presentan María y José cuando vemos en su vida lo que podríamos llamar el primer Romance Divino! Si un corazón joven se conmueve al ver el amor que se guardan dos esposos ancianos, ¿quién no se conmoverá ante el amor que se tiene dos jóvenes esposos, cuando su lazo de unión no es otro que el Dios eterno? En los dos había juventud, belleza y fidelidad. Dios ama las cataratas torrentosas y las

cascadas bravías y fragorosas, pero las ama aun más, no cuando se desbordan y ahogan las flores, sino cuando se mueven armoniosamente para apagar la sed de los niños y para dar luz a las ciudades. En José y María no hallamos una cascada desbocada o un lago disecado, sino más bien dos juventudes que, antes de conocer la belleza de la una y el bien plantado vigor del otro, quisieron someter y ofrendar esas cualidades a y por Jesús.

Inclinados sobre la humilde cuna del Niño, no están, pues, la ancianidad y la juventud, sino la juventud y la juventud, la consagración de la belleza en una doncella y el dominio del pleno vigor en un hombre. Si el Antiguo de los Días revertió la eternidad y se hizo nuevamente joven; si la condición para entrar al Cielo es renacer y ser niño otra vez, entonces, diremos a todos los jóvenes recién casados: he aquí vuestro modelo, vuestro prototipo, vuestra Imagen Divina. Aprended de estos esposos, que se amaron como pareja ninguna se amó en la tierra, aprended que se precisan no dos, sino tres para amar: tú, tú y Jesús. ¿Acaso no habláis de “nuestro amor”, como de algo distinto del amor de cada uno de vosotros? Ese amor, fuera de ambos de vosotros y que es más que la suma de vuestros amores, es el amor de Dios.

Las parejas de casados deberían rezar juntamente el Rosario todas las noches, puesto que su oración en común es más valiosa que las oraciones separadas de cada uno. Cuando llegue el hijo, deberán rezarlo junto a la cuna, como José y María oraron junto al pesebre-cuna de su Divino Hijo. En esta terrena Trinidad de Hijo, Madre y padre adoptivo, no había dos corazones con un solo pensamiento, sino un solo y grande Corazón dentro del Cual los otros dos se volcaban como ríos confluentes. Como usufructuarios de riqueza carnal, el esposo y la esposa verán y comprenderán que las llamas del amor les han sido dadas, no ya para quemar y abrasar esa carne, sino para soldar la vida. Y los hijos se preguntarán: si Aquél que es el Hijo de Dios, se hizo súbdito a sus padres para reparar por los pecados del orgullo, ¿cómo eludiremos la dulce serenidad de obedecer a nuestros padres que ocupan el lugar de Dios? La democracia ubica a un hombre sobre un pedestal; el feminismo ubica a una mujer sobre un pedestal, pero ni la democracia ni el feminismo podrían vivir enteramente una generación a menos que un Hijo hubiera sido ubicado sobre un pedestal. Este es el significado del matrimonio de José y María.

Capítulo octavo

OBEDIENCIA Y AMOR

El día 11 de febrero de 1895, siendo el 45º aniversario de la Aparición de Nuestra Señora en Lourdes, el señor Jaurés habló de esta manera en la Cámara de Diputados de Francia: “El bien más inapreciable conquistado por el hombre, a través de todos sus sufrimientos y luchas y a pesar de todos sus prejuicios, es la idea de que no hay verdad sagrada, de que toda verdad que no proceda de nosotros es una mentira... Si Dios mismo se apareciera ante los hombres, el primer deber del hombre sería *rehusar obediencia* y considerarlo a Él como un igual a nosotros, no como Señor al que debemos someternos”.

Esta afirmación del hombre contra Dios, no es nueva, excepto en su determinada expresión verbal. Ya desde un comienzo el hombre fue rebelde contra su destino Divino; recordemos al mayordomo que pretendió ser amo de la viña y mató a los mensajeros del Señor; al hijo pródigo que exigió su parte de la herencia y luego la dilapidó. El hombre ha actuado en esa forma ya en el pasado, y ahora la revolución está nuevamente en pleno desarrollo y actividad. Un escritor moderno, al explicar por qué llegó a ser comunista, dijo que se ha de retrotraer al Paraíso del Edén para comprender la verdadera razón. Allí Satanás tentó al ser humano prometiéndole que “sería como Dios”. Este deseo de los hombres por negar su dependencia de su Creador y establecerse como absolutos, es la causa básica de que los mismos lleguen a ser comunistas. Fundamentalmente están ya en revuelta contra Dios, y el comunismo les brinda el molde o estructura social para esa rebelión. La copia o el papel carbón procura ser el original, pero nunca podría esforzarse por ser el original a menos que tuviera conciencia de que es una copia. El hombre es la sombra que querría ser la substancia; es el péndulo que querría oscilar

sin estar suspendido en el reloj; es la pintura que querría negar que la mano de un artista la ha tocado y formado. El más audaz de todos los pecados es la autodeificación, y éste es posible sólo por una Creación Divina, pues, ¿quién podría querer ser Dios a menos que haya procedido de las manos de Dios? El ser humano “Yo” no fue hecho por el “Yo” solamente, sino para servicio de Dios. Por lo tanto, el hombre que se niega a procurar el perfeccionamiento de su personalidad, o sea, Dios, debe hacer una de estas dos cosas: o inflarse y agrandarse a sí mismo hasta el infinito, e identificarse en un fantástico crecimiento con las dimensiones de Dios, o si no, debe sufrir un terrible vacío y carencia dentro de su yo, lo que es el comienzo de la desesperación. De este modo está el orgullo en un extremo del místico ego y la desesperanza en el otro. La voluntad que se arranca y aleja de Dios siempre se convierte en una voluntad asertiva que intentará cualquier cosa, incansablemente, de cualquier modo. Todo lo que una voluntad, separada de Dios, procura constantemente es el poder. La “voluntad por el poder” de Nietzsche, es sinónimo de ateísmo, no el ateísmo mental del científico erudito que atisba un esbozo de ciencia y comparativamente algo de religión, sino un ateísmo de la voluntad, que se yergue a sí misma como Dios. A través de todas las edades y hasta la consumación del tiempo, habrá quienes griten ante los Pilatos de este mundo: “¡No queremos que este Hombre gobierne sobre nosotros!”

Detrás de esta rebelión o desobediencia a Dios hay dos supuestos o aserciones básicas: que la inteligencia *inventa* u *origina* la verdad, y que no la descubre o halla. Durante el siglo XIX fue muy común que los materialistas creyeran que ellos *originaban* las leyes de la naturaleza porque las descubrían. Olvidaban que en verdad el científico es un lector de pruebas del libro de la naturaleza, y no su autor. El segundo supuesto o aserción es que la subordinación a otro ser implica sometimiento, sujeción. Esto involucra una denegación de todos los grados y jerarquías en la naturaleza y en la creación, la reducción de la humanidad a un igualitarismo en que cada hombre es un dios.

Esta filosofía del orgullo supone que la independencia debe significar la ausencia de toda forma de dependencia. Pero, la independencia es condicionada por la dependencia. Nuestra Declaración de la Independencia afirma ciertas libertades básicas, tales como el derecho a la vida, a la libertad y a la procuración de la felicidad y bienestar. Pero en una frase previa atribuye la misma independencia al hecho de que todo procede de Dios, del Creador, fuente de todo derecho. Porque el hombre depende de Dios, no depende del Estado; pero una vez desaparecida la dependencia de

Dios, entonces el Estado torna en sí los atributos de la Divinidad, y siendo material en su estructura, deshace hasta los últimos vestigios del espíritu humano. Para corregir esta falsa deificación del hombre, es importante estudiar una vez más el significado de la obediencia.

La obediencia no significa la ejecución de órdenes dadas por un imperativo y seco sargento. Más bien procede del amor al orden y del amor a Aquél que lo dio. El mérito de la obediencia se halla menos en el acto que en el amor; la sumisión, la devoción y el servicio que la obediencia implica, no nacen de una actitud servil, sino más bien son efectos que proceden del amor, y están unidos por el amor. La obediencia es servilismo sólo para aquéllos que no han comprendido la espontaneidad del amor.

Para comprender la obediencia se la debe estudiar entre dos grandes momentos. El primero, aquél en que una Mujer hizo un acto de obediencia a la Voluntad de Dios: “Hágase en Mí según Tu Palabra”. El otro, aquél en que una Mujer pidió a un hombre que obedeciera a Dios: “Todo lo que Él os diga, hacedlo”. Entre estos dos hechos históricos se halla el relato expuesto por Lucas: “Y después que habían realizado todas las cosas conforme a la orden del Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Y el Niño crecía lleno de sabiduría y la Gracia de Dios estaba en Él... y fue con ellos a Nazaret y estuvo sujeto a ellos, y su Madre conservaba todas estas palabras en su corazón. Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia ante Dios y los hombres” (Luc. II, 30-40-51-52).

A fin de reparar por el orgullo de los hombres Nuestro Salvador se sometió en obediencia a sus padres: “Y estaba sujeto a ellos”. Dios sumiso ante los hombres; Dios, a quien obedecen los Principados y las Potestades, se sometió, no sólo a María, sino también a José a causa de María. Nuestro Señor Mismo dijo que había venido a la tierra: “No a ser servido, sino a servir”. Ahora se hace servidor no sólo de sus padres, sino inclusive de la comunidad, porque más adelante la gente del pueblo hablará de Él como del Hijo del carpintero. Esta humildad, abstracción hecha de la Divinidad, era exactamente lo contrario a lo que se esperaría de mi hombre destinado a ser el reformador de la raza humana. Y, sin embargo, ¿qué hizo ese carpintero durante los treinta años de su vida oculta? Construyó un ataúd para el mundo pagano, preparó un yugo para el mundo moderno y diseñó una Cruz desde la que sería adorado. Ofreció la lección suprema de aquella virtud que es el fundamento y base de todo el cristianismo: humildad, sumisión, una vida oculta como preparación para el cumplimiento del deber.

Nuestro Señor consagró tres horas para redimir, tres años para enseñar y treinta años para obedecer, a fin de que un mundo rebelde, orgulloso y diabólicamente independiente aprendiera a valorizar la obediencia. La vida del hogar es el campo de adiestramiento del carácter humano, designado por Dios, puesto que de la vida hogareña del niño surge la madurez del hombre, ya sea para el bien o para el mal. Los únicos actos registrados referentes a la vida infantil y juvenil de Nuestro Señor son actos de obediencia a Dios, su Padre Celestial, y también a María y a José. De ese modo enseña el deber especial de la infancia y la juventud: obedecer a los padres como vice-regentes de Dios Él, el Dios de Grandeza a Quien los Cielos y la tierra no podían contener, se somete a sus padres. Si era enviado con un recado a casa de algún vecino, era el que años más tarde enviaría a los los Apóstoles, el que cumplía tan humilde recado; si José le hacía hurgar en busca de algún instrumento o herramienta perdidos, era la Sabiduría de Dios y el Buen Pastor de almas el que hacía la búsqueda. Si José le enseñaba el oficio de carpintero, el Discípulo era el Creador del Universo, el que un día sería muerto en cruz por hombres de su misma profesión; si hacía un yugo para los bueyes de algún vecino, era el que habría de llamarse a Sí mismo yugo para los seres humanos, pero su carga sería ligera y fácil de llevar; si le pedían que removiera la tierra de un trozo de huerta, que orientara las guías de las enredaderas o regara las flores, lo hacía humildemente el que habría de ser el grandioso Viñador de la Viña de la Iglesia. Todos los hombres pueden aprender aquí, en la enseñanza de este Niño sumiso a sus padres, que ninguna vocación del cielo merece ser reconocida como tal, si obliga a descuidar los deberes evidentes y pequeños que nos corresponden obviamente.

Hay un proverbio oriental que dice así: “Las primeras deidades que el niño ha de conocer son sus padres”; y otro: “Los niños obedientes son como la ambrosía para los dioses”. El padre es para el niño el representante de Dios, y a fin de que los mismos progenitores no tengan una responsabilidad que les resulte demasiado pesada, Dios da a cada niño un alma, como arcilla maleable con la que sus manos puedan moldear una realidad de verdad y amor. Cada vez que un hijo es dado a sus padres, en los Cielos se hace una corona para él, y ¡qué gran responsabilidad la de los padres si el hijo no es criado y formado con un sentido de responsabilidad apto para merecer y lograr esa corona!

Aunque las palabras “Y estaba sujeto a ellos” se aplican especialmente al período de su vida comprendido entre su hallazgo en el Templo y Las Bodas de Caná, sin embargo, son también una fiel des-

cripción de su curso de vida en los años siguientes. Toda su existencia terrena fue de sumisión y sujeción. Dijo que había venido a hacer la Voluntad de u Padre, y estaba obedeciéndola, porque era la Voluntad de su Padre que tuviera a María como Madre y a José como padre adoptivo. Más adelante se sometió a recibir el Bautismo de Juan, aun cuando no lo precisaba. También se sometió a pagar la tasa demandada para el sostenimiento del Templo, aunque Él, como el Unigénito del Padre, estaba legalmente eximido de tal pago. Aconsejó a los judíos que obedecieran a los romanos, sus conquistadores, y que dieran al César lo que era del César. Indujo a sus discípulos a observar y cumplir lo sugerido por los Escribas y Fariseos, porque ocupaban la cátedra de Moisés y tenían una función de autoridad: finalmente, fue obediente hasta a la sentencia a muerte, bebiendo con máxima sumisión, hasta las heces, el cáliz de sufrimientos que su Padre le había señalado.

Lo que da una primacía grandísima a su obediencia es que Nuestro Salvador se sometía a padres de tal modo inferiores a Él, tanto como la creatura puede serlo del Creador. En otra oportunidad, obedeciendo la voz de un hombre, el sol se detuvo en su curso. Así, obediente a la voz de María, la Luz del Cielo se sometió por espacio de treinta años, casi podríamos decir que se detuvo en pleno mediodía para iluminar, abrazar y enriquecer al mundo por toda la eternidad.

Los Apóstoles dispusieron de tres años de enseñanzas para prepararse a fin de fundar y establecer Su Reino, pero la Bienaventurada Virgen María tuvo treinta años a Cristo consigo. Si nos esforzamos por imaginar cuántas inspiraciones y clarividencia se obtendría si pudiésemos por un momento contemplar la Sabiduría Encarnada, no podemos menos que asombrarnos al pensar cuánta sabiduría e inspiraciones habrá recibido María durante tantos años que pasó en contacto con su Divino Hijo. Debió haber sido instruida acerca de la Paternidad de Dios, aprendiendo cómo la Persona del Padre no podía nacer ni proceder de otros, sino que era más bien el origen de todos los demás. También debió haber comprendido la Generación Eterna del Hijo por el Padre, siendo Éste no inferior sino igual en Divinidad y Eternidad; también, cómo el Espíritu Santo, la Tercera Persona, procedía del Padre y del Hijo como de un principio, por un acto de Voluntad, siendo igual a las otras Personas en la Naturaleza Divina. Si Nuestro Bendito Salvador, después de su Resurrección pudo inspirar de tal modo a los discípulos de Emaús en la interpretación de las Escrituras, entonces, ¿qué debe haber sido durante los treinta años de enseñanza de las Escrituras a su Santísima Madre, cuando le explicaba cómo Ella habría de

ser la Nueva Eva, cómo habría de participar en Su Obra de Redención comenzando en Caná y concluyendo en la Cruz! Los que opinan que la Iglesia presta demasiada atención y reverencia a María, ¡piensen en el hecho de que Nuestro Señor le consagró diez veces el tiempo de su Vida que destinó a los Apóstoles!

Si el simple contacto con la orla de su túnica bastó para curar a una mujer que sufría flujo de sangre, entonces la mente humana apenas puede imaginar lo que treinta años de vida familiar con el Eterno logos de Dios debe haber enriquecido a una mente humana. Después de dos o tres años de estar en compañía de Felipe, Nuestro Salvador le dijo, con algo de impaciencia, durante la Ultima Cena: “He estado con vosotros durante todo este tiempo, ¿y aun no comprendéis?” Por lo tanto, ¡cuánta mayor comprensión de Sus Misterios debió esperar de Su Madre, que sufrió con Él durante toda su vida oculta!

Volviendo a la idea de su obediencia, diremos que el Evangelio señala inmediatamente tres efectos de esa sumisión, o sea: crecimiento en edad, en gracia y en sabiduría. El primer efecto de la obediencia es la edad o perfeccionamiento corporal. El inverso a esta verdad es que la desobediencia a la naturaleza destruye la salud corporal; la desobediencia a la ley de Dios perjudica la salud espiritual. Sometiéndose Él a las leyes del desarrollo humano, consentía a un desarrollo que, en la infancia debe exhibir a un niño perfecto; en la juventud a un joven perfecto y en la madurez a un hombre perfecto. Era el desarrollo de un pimpollo perfecto en una también flor perfecta. Cualquiera edad, sea aquélla en que el cuerpo alcanzara su natural perfección, es un hecho que dura tan sólo un breve tiempo; después comienza a decaer. Así como la luna comienza a decrecer y a aminorarse en cuanto alcanza su plenitud, así el cuerpo humano crece hasta su máximo de desarrollo y luego comienza su edad inversa. Si los treinta y tres años es la etapa aceptada como la de pleno desarrollo y crecimiento corporal, parecería que el ardiente amor de Nuestro Señor para con la humanidad esperó hasta esa etapa, cuando hubiera alcanzado su perfecto desarrollo y vigor, a fin de ofrecer su Vida en sacrificio cuando estaba en su máxima plenitud. Así como el Acto de su Voluntad era total y completo, así su Naturaleza Humana, a la que sacrificaría en la Cruz, no carecería de nada de lo necesario para una oblación perfecta. La obediencia a la ley de la naturaleza produce la madurez física; la obediencia a la ley de los padres produce madurez mental; la obediencia a la voluntad del Padre Celestial produce madurez espiritual. Por lo tanto, Nuestro Divino Señor, el Cordero de Dios, se sometió a la tutela pastoral

de su Madre, a fin de llegar a ser físicamente perfecto y sin deficiencia ninguna para el gran día de su Sacrificio, en el que sería ofrecido en oblación sin abrir sus labios en señal de queja.

La planta que es colocada en su debido lugar, apto para que pueda absorber de la tierra y de la atmósfera las fuerzas nutritivas que necesita, crecerá. No hila ni elabora, y, sin embargo, su invisible mecanismo capta los rayos del sol y los convierte en flores y frutos que sirven para el bienestar del ser humano. De modo similar, los niños ubicados en el ambiente debido crecen en edad. Colóquese una rueda de palas en una corriente de agua, y girará; colóquesela entre rocas y permanecerá inmóvil. Mientras estamos en un lugar indebido, no apto para nosotros, no podremos crecer. El secreto del crecimiento de Nuestro Señor es que se inició y comenzó en el sitio debido, apto. Se sintió bañado en el calor, la luz y las atenciones de un hogar consagrado a Dios. No se puede poner a un niño bajo la acción de un motor y hacer de él un hombre. Cada ser tiene su ley de crecimiento, con tal de que sus raíces estén apropiadamente fijadas, todo crecimiento es silencioso, y no surge una sola palabra del hogar de Nazaret durante los dieciocho largos años transcurridos entre el Hallazgo en el Templo y las Bodas de Caná. De este modo, cuando la naturaleza es bautizada en la plenitud de las potencialidades de la primavera, apenas hay un murmullo o susurro. Todo el movimiento se realiza secreta y silenciosamente, porque el nuevo mundo no sobreviene como el sonido de una trompeta. Las más grandes estructuras morales crecen de un día para otro sin ruido ninguno. Los Reinos de Dios llegan sin ser observados. De modo que Nuestro Señor permaneció en su lugar, hizo su trabajo de carpintero, fue obediente para con sus padres, aceptó las restricciones inherentes a su posición social, enfrentó sus preocupaciones y cuidados con superación trascendente, bebió en la Fuente de Luz de la Fe de su Padre, poseyó su Alma en perfecta paciencia y tranquilidad, aunque urgido por una profunda compasión y un ardiente deseo de salvar al hombre. No hubo apresuramiento, impaciencia, apresurada maduración de potencialidad ni malgaste de fuerzas por la prisa. Cuando Perseo le dijo a Palas Atenea que estaba listo para marchar, a pesar de su juventud, contra el fabuloso monstruo Medusa, la extraña mujer sonrió y dijo: “Todavía no, eres demasiado joven y sin experiencia; porque se trata de la Medusa, la madre de una progenie de monstruos. Regresa a tu casa y realiza la labor que allí te aguarda. Debes ser hombre en eso antes de que te juzgue digno de ir en busca de la Medusa”. Si la prisa es lo que nos debilita, la callada obediencia a la Ley de Dios sirve para fortalecernos.

Además del crecimiento en edad, fruto de la obediencia, el Evangelio nos indica que había también crecimiento en gracia y sabiduría. Ambas son propiedades del alma. A medida que su cuerpo humano crecía en estatura llegando a proporciones hermosas y debidas, así también su inteligencia humana y su conocimiento experimental se desarrollaba gradualmente hasta la plenitud. El crecimiento en sabiduría y gracia o fervor para con Dios, involucra que la persona que hace tales progresos, en una más avanzada edad será más sabia que cuando era joven; que conocerá y comprenderá algo que antes no conocía ni comprendía. ¿Cómo podía ser esto en *su* caso, puesto que era el Hijo de Dios? ¿Acaso no era Dios ya desde niño? ¿Y cómo puede ignorar Dios cosa alguna, dejar de comprender algo? ¿Cómo puede acrecentarse su sabiduría? Nuestro Divino Salvador, inclusive cuando era niño, era ya el Dios Sempiterno, pero también es cierto que era “manifestado en carne”. Por causa nuestra, por nosotros, se hizo real y verdaderamente un infante, un niño y un hombre. Y no tan sólo *pareció* un ser humano, realmente fue un ser humano. A fin de poder ser real y verdaderamente un hombre, consintió, en su maravillosa condescendencia, no ejercitar las potencialidades que tenía como Dios. No es para nosotros demasiado difícil comprender cómo una persona, poseedora de extraordinarias fuerzas, se contenga y no las utilice. Por ejemplo: un padre vigoroso puede tomar y acariciar suavemente a su hijito, o un gigante puede pasar delicadamente las hojas de un libro. De un modo similar, un hombre puede tener una gran visión, una vista de águila, pero utilizarla solamente en lo que le plazca, y puede cerrar por completo sus ojos y entonces no verá nada, o abrirlos medianamente y entonces verá de un modo escaso y confuso, o vivir en una cueva donde sólo unos perdidos rayos de luz atraviesan las tinieblas.

Y así sucedió en lo referente a ese tema acerca de Nuestro Señor. Tenía en su Naturaleza Divina toda la sabiduría y todo el poder, pero al aparecer entre nosotros como hombre creció en el conocimiento experimental que sobreviene por el hecho de vivir y hacer determinadas acciones. Se llegó hasta nuestra oscura naturaleza así como un hombre libre podría dejar la luz del día entrando en una cavidad oscura y consintiendo en ser encerrado en ella. Porque un hombre en prisión podrá tener capacidad para caminar muchas leguas, pero el recinto en que se halla tan sólo le permitirá recorrer unos pocos pasos. Podrá tener la posibilidad de ver a larga distancia, pero su visión será limitada por los muros de su encierro. Nuestro Señor tomó una naturaleza igual en todo a la nuestra menos en el pecado, y se amoldó a las debilidades y limitaciones

de tal naturaleza; se limitó a Sí Mismo, si podemos usar esta expresión, circunscribiéndose en sus límites. Por esta razón jamás hizo un milagro en su propio beneficio. Al tomar sobre Sí la naturaleza humana, se sometió a sus limitaciones. Pero lo más interesante es que la sujeción a su Bendita Madre está asociada con el crecimiento en sabiduría que a su vez está correlacionada con la obediencia. Nuestro Salvador nos brinda un perfectísimo ejemplo de obediencia.

Esto nos conduce a un aspecto olvidado de la obediencia a la ley, o sea: que la *inteligencia está relacionada con la obediencia*. Sólo mediante la obediencia creceremos en sabiduría. Un científico que ansia conocer las leyes de la naturaleza debe ubicarse pasivamente ante ella. No puede dictar leyes a esa naturaleza, antes por el contrario, cuanto más pasivo esté ante ella más le revelará sus secretos; el que anhele jugar bien al “golf” deberá aprender cómo sostener y tomar debidamente los palos, porque también en esto la sabiduría está correlacionada con la obediencia. Cuanto más obedecemos a las leyes inherentes a cualquier cosa, más esa cosa se nos revela. Obedecer las Leyes de Dios porque son el ordenamiento de un Dios Omnisciente y Omniamante, es el mejor medio para descubrir la sabiduría y la belleza de la vida. El Salmo de las Escrituras, el 118º, está dedicado íntegramente a la idea de que en la obediencia a las ordenanzas de Dios creceremos en inteligencia. Nuestro Salvador, desarrollando esta idea, años más adelante, habría de decir: “Si alguno hace la Voluntad de mi Padre, conocerá por la doctrina si es de Dios o si hablo de Mí mismo”. Porque la obediencia es el secreto de la perfección y de la sabiduría —que Nuestro Señor reveló estando sujeto a sus padres— insistió en su gran cambio de valores: “Si no os convirtiereis e hicieréis como uno de estos pequeñuelos, no entraréis en el Reino de los Cielos”. (Mat., XVIII, 3). Las grandes puertas del Reino, que resistirán a los ímpetus y ataques de los poderosos, se abrirán sin dificultad al simple toque de un niño. Los maduros ancianos no entrarán en el Reino de los Cielos, ciertamente no aquéllos que han llegado a esa etapa firmes en su vanidad y presunción. La infancia, con su acompañamiento de obediencia, es una calificación indispensable para ser miembro de esa comunidad. El cristianismo comenzó con la adoración de un Infante, y solamente con el reconocimiento continuado de la infancia serán reconocidos los hombres como hijos de Dios. Pero infancia no es infantilismo. Éste implica retener en la madurez lo que debió ser dejado de lado en los umbrales de la madurez. La infancia, por el contrario, involucra que con la amplitud mental, el vigor práctico y la sabiduría de la madurez, está asociada la humildad, la confianza, la espontaneidad y la obediencia

de los niños. Son los orgullosos, los petulantes y los atrevidos los que hacen dificultosa la vida social: la gente que ansia los primeros lugares, que insiste siempre en sus derechos, que se niega a servir a menos de ser los dirigentes, los que doquiera arremeten con todo su peso, ya sea con medios debidos o indebidos. Contra todos ellos se alza Nuestro Señor con su ejemplo: primeramente haciéndose obediente a sus padres, y luego, al fin de su vida, tomando una toalla y un palangana para lavar los pies a sus discípulos. “Como el Hijo del Hombre no vino a ser servido sino a servir, y a dar su vida para redención de muchos”. (Mat., XX. 28).

Lo que hace más impresionante la obediencia de este Niño es que Él Mismo es el Hijo de Dios. Quien es el Conductor General de la humanidad se convierte en un soldado de filas; el Rey desciende de su trono y se hace súbdito; el que es Hijo de Dios se somete a su Madre y a su padre adoptivo para reparar los pecados del orgullo, entonces, ¿cómo eludirán los niños la dulce necesidad de obedecer a los que son sus legítimos superiores? El Cuarto Mandamiento: “Honrarás a tu padre y a tu madre”, fue violado por todas las generaciones desde la alborada del género humano. En Nazaret se enseñó a los hijos la obediencia por obra de Aquél que es el Mandamiento mismo. En su caso particular, siendo el Hijo Divino, se pensaría que por lo menos se reservaba el derecho de “autoexpresión”. Parecería que con gran propiedad, María y José pudieron haber abierto la primera “escuela progresiva” de toda la humanidad, en la que el Hijo pudo haber hecho todo cuanto le agradara, pues jamás hubiera ocasionado un disgusto. Y, sin embargo. Nuestro Señor dijo así: “Y el que me envió está conmigo y no me dejó solo, porque siempre hago las cosas que son de su agrado”. (Juan, VIII, 29).

Pero no hay prueba de que Jesús limitara a María y a José el mero nominal derecho de ordenar. El Evangelio dice: “Vivía sujeto a ellos”. En esto hay involucrados dos grandes milagros de humildad y exaltación; Dios obedeciendo a una Mujer y Ésta dando órdenes a su Dios. El mismo hecho de que Él se someta le atribuye y da a Ella autoridad y poder. Con esta amplia extensión de obediencia voluntaria reveló que el Cuarto Mandamiento es la piedra angular de la vida familiar. Pues, considerándolo todo de un modo general, ¿cómo hubiera podido ser deshecho el primer pecado de desobediencia contra Dios, sino mediante la obediencia encarnada en el mismo Dios que había sido desafiado? La primera sublevación acaecida en el universo de paz de Dios, fue el grito de Lucifer: “¡No obedeceré!” El Edén captó su eco y a lo largo de las edades se

prolongó esa infracción, adentrándose por todos los resquicios hasta llegar a todas las familias donde estaban reunidos un padre, una madre y un hijo.

Sometiéndose a María y a José, el Divino Niño proclamó que la autoridad en el hogar y en la vida pública es un poder dado por Dios mismo. De ello se sigue el deber de la obediencia a causa de Dios y de la propia conciencia. Así como más adelante, diría a Pilatos que las autoridades civiles no ejercen más poder que les ha sido dado desde lo Alto, así ahora, mediante su obediencia testimonia la solemne verdad de que los padres ejercen su autoridad en Nombre de Dios. Por tanto, los padres tienen un sacratísimo derecho sobre sus hijos, a causa de que su primera responsabilidad es ante Dios. “Toda alma está sometida a potestades más elevadas, pues no hay potestad sino de Dios, pero las cosas que son de Dios, están ordenadas”. (Rom., XIII, 1).

Si los padres dejan su legítima autoridad y primaria responsabilidad respecto de los hijos, el Estado se hace cargo. Cuando desaparece la obediencia por conciencia en el hogar, es suplantada por la obediencia, por la fuerza del Estado. La glorificación del ego, que infesta al siglo XX, es una enorme insensatez social. La gloria divina del Estado que está ocupando ahora el lugar del ego, es una calamidad social. Los que tienen fe en la autonomía egocéntrica del hombre o en la sociedad colectivista, pueden considerar a la humildad y obediencia como cosas viciosas, pero es la materia con que se hacen los hogares. Cuando en la Unica Familia del mundo en la que se hubiera podido excusar legítimamente a la “adoración del hijo”, porque el Hijo era realmente Dios, se halla por el contrario la “obediencia del Hijo”, entonces, que nadie niegue que la obediencia es la piedra fundamental y de toque del hogar. La obediencia en el hogar es el fundamento de la obediencia en la comunidad, porque en cada caso la conciencia induce a someterse a un delegado de la Autoridad de Dios. Si es verdad que el mundo ha perdido su respeto por la autoridad, ello se debe únicamente a que primeramente se perdió ese respeto a la autoridad en el hogar. Por una peculiar paradoja, a medida que el hogar pierde en autoridad, la del Estado se vuelve más y más tiránica. Algunos modernos hincharían su ego hasta el infinito, pero en Nazaret el Infinito se limita a la tierra practicando la obediencia de un Infante, de un Niño.

Capítulo noveno

LA FIESTA DE LAS BODAS EN CANÁ

Todos tienen interés ante un anunciado matrimonio. Si el corazón humano no tiene amor suficiente en sí, busca en el exterior a aquéllos que están enamorados. El matrimonio, el casamiento más famoso de la historia fue el de Caná, porque Nuestro Señor estuvo presente en él.

En el Oriente un casamiento fue siempre motivo de gran regocijo. El novio fue siempre al hogar de la novia, y en aquellos días nunca era la novia la que hacía aguardar al novio, sino más bien éste, como en la parábola. La novia estaba velada desde la cabeza a los pies, para simbolizar su sumisión como esposa. Ambos contrayentes ayunaban durante todo el día antes del casamiento y confesaban sus pecados como en el Día de la Reparación, del Perdón. Las ceremonias comenzaban con el crepúsculo, porque en Palestina, no menos que en Grecia, era costumbre:

*A la novia de su hogar hacer salir
cuando en el horizonte
las luces comenzaban a desteñir.*

La fiesta de las bodas en Caná es la única oportunidad en que, en las Sagradas Escrituras, María, Madre de Jesús, es mencionada antes que Él. Es muy verosímil que alguno de los parientes de Ella fuera el o la que se casaba, y probablemente llegó al lugar de la fiesta antes que Jesús. Es muy hermoso y alentador que Nuestro Bendito Salvador, llegado a este mundo para enseñar a sacrificarse y a invitarnos a tomar cada día nuestra cruz, comenzara su vida pública asistiendo a una fiesta de bodas.

A veces esos desposorios orientales duraban unos siete días, pero cuando se trataba de gente pobre tan sólo se duraban dos. Cualquiera que

fuera el caso, en Caná en un momento dado de la fiesta el vino se acabó. Era ésta una situación muy embarazosa, por el apasionado empeño que tienen los pueblos orientales por la hospitalidad, y también por la humillación que ello suponía para los novios, los causantes del casamiento y la fiesta. No es posible conjeturar por qué escaseó el vino. La fiesta se hacía en una región de vides, de modo que los huéspedes contaban con un aprovisionamiento suficiente, pero tal vez llegó a faltar porque Nuestro Señor no vino solo, sino acompañado por sus discípulos, y esto ocasionó una merma grande a las reservas que tenían previstas. Tanto Jesús como sus discípulos habían caminado tres días para poder llegar, unas noventa millas. Los discípulos estarían hambrientos y sedientos, y no sería de extrañar que también escaseasen los alimentos, al igual que el vino. Como el vino era un símbolo de alegría y salud para toda la gente, importaba mucho que la carencia fuera subsanada, pues, como lo dice un proverbio hebreo: “Donde el vino brilla por su ausencia, los médicos hacen acto de presencia”.

Uno de los detalles más sorprendentes de esta fiesta de bodas fue que quien advirtió la escasez de vino no fue el encargado del mismo, sino la Santísima Virgen María (Se da cuenta de nuestras necesidades aun antes de que lo notemos nosotros mismos). Presentó una súplica muy simple a su Divino Hijo, diciéndole: “No tienen vino”. Oculta en tan sencilla frase iba no sólo la convicción del poder de su Divino Hijo, sino también la expresión del deseo de Ella de que remediara tan desagradable situación. Quizás, Ella ya había visto a Nuestro Señor hacer muchos milagros secretamente, aun cuando ninguno lo hubiera realizado en público. Pues, si Ella no hubiera tenido ya conciencia de la verdad de que era el Hijo de Dios Omnipotente, no le habría pedido un milagro. Algunos de los más grandes milagros del mundo han sido hechos por influencia de la madre. “La mano que mece la cuna es la que gobierna al mundo”.

La respuesta de Nuestro Señor, fue: “Mujer, ¿qué importa esto a ti y a mi? Todavía no ha llegado mi hora”.

Nótese que dijo: “Todavía no ha llegado mi hora.” Siempre que empleó la expresión “hora”, lo hizo con relación a su Pasión y Muerte; por ejemplo, la noche en que Judas cruzó el torrente Cedrón para profanar sus labios con un beso traidor, Jesús dijo: “Esta es vuestra hora y de los poderes de las tinieblas.” Pocas horas antes, estando a la mesa para la Última Cena y anticipando su Muerte, dijo así: “Padre, la hora ha llegado. Glorifica a tu Hijo con la gloria que tuvo contigo antes de que fueran echados los fundamentos del mundo.” Tiempo antes, cuando una turba

intentara lapidarlo, las Escrituras dejaron consignado: “Aun no había llegado su hora.” Evidentemente, en el hecho de Caná, aludía al momento en que se revelaría, que aun no había sobrevenido conforme al designio de su Padre. Sin embargo, en la aserción de María estaba implícita la súplica de qué comenzara en ese momento. Los Evangelios nos dicen: “Este fue el comienzo de los milagros de Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria y creyeron en Él sus discípulos” (Juan, II, 11). En nuestro lenguaje común, Jesús decía a su Bendita Madre: “Mi querida Madre, ¿no comprendes que me estás pidiendo que proclame mi Divinidad, que aparezca ante el mundo como el Hijo de Dios y que pruebe mi Divinidad con mis obras y milagros? En el momento en que haga esto, comienzo a recorrer el camino real hacia la Cruz. Cuando no sea ya conocido entre los hombres como el hijo del carpintero, sino como el Hijo de Dios, ése será mi primer paso hacia el Calvario. Mi hora no ha llegado todavía, pero ¿quieres que me anticipe? ¿Es tu voluntad que me encamine hacia la Cruz? Si hago esto cambia mi relación contigo. Eres ahora mi Madre, eres conocida por doquiera en nuestra aldea como la “Madre de Jesús”, pero si aparezco ahora como el Salvador de los hombres, y comienzo la obra de la Redención, *tu* misión cambiará también. Una vez que emprenda la salvación de la humanidad, serás no solamente mi Madre, sino también la Madre de todos aquéllos a los que redima. Soy la Cabeza de la humanidad, tan pronto como salve al cuerpo de la humanidad, Tú, que eres la Madre de esa Cabeza, te convertirás también en Madre del cuerpo; entonces serás la Madre Universal, la Nueva Eva así como Yo soy el Nuevo Adán. Para indicar la misión que desempeñarás en la Redención, te doy ahora ese título de maternidad universal, te llamo: *Mujer*. Era a Ti a quien me refería cuando dije a Satanás que pondría enemistad entre él y la Mujer, entre su descendencia del mal y tu Descendencia, que soy Yo. Te honro con ese gran título de Mujer, y te honraré nuevamente con él cuando llegue mi hora y sea levantado en la Cruz, con los brazos extendidos como un águila herida. Estamos juntos, asociados, en esta obra de la Redención. Lo que es tuyo es también mío. Desde este momento en adelante somos, no tan sólo María y Jesús, somos el Nuevo Adán y la Nueva Eva, comenzando una nueva humanidad, cambiando el agua del pecado en el vino de la vida. Conociendo todo esto, mi querida Madre, ¿es tu voluntad que anticipe la Cruz y comience el camino al Calvario?”

Nuestro Salvador planteaba a María no solamente la elección de pedir un milagro o no; más bien le preguntaba si estaba dispuesta a enviarlo a su Muerte. Había hecho ver claramente que el mundo no

toleraría Su Divinidad, que si Él transformaba el agua en vino, algún día ese vino sería transformado en sangre. La respuesta de María fue una total colaboración en la Redención de Nuestro Salvador, cuando habló por vez última en las Sagradas Escrituras: volviéndose al mayordomo y servidores, les dijo: “Haced cualquier cosa que os diga” (Juan, II, 5). ¡Qué magnífica expresión de confianza, de valor! Así como Jesús había dicho haber venido a la tierra para hacer la Voluntad de su Padre, así María nos incita a hacer la Voluntad de su Divino Hijo: “Haced cualquier cosa que os diga.” Las tinajas fueron llenadas de agua, traídas ante Nuestro Señor, y entonces, siguiendo las magníficas expresiones del poeta Ricardo Crashaw: “El agua inconsciente vio a su Dios, y se sonrojó.”

La primera lección de Caná, es ésta: “Ayúdate a ti mismo y Dios te ayudará.” Nuestro Señor pudo haber producido vino de la nada, pero quiso que los servidores escanciadores trajeran sus tinajas y las llenaran con agua. No debemos esperar que Dios nos transforme sin que nosotros presentemos algo para ser transformado. Vanamente procedemos con sólo clamar: “¡Señor!, que venza mis malos hábitos, que sea sobrio, puro y honesto”. ¿Qué validez tendrán esas súplicas si no aportamos por lo menos nuestros esfuerzos? Verdaderamente, Dios nos dará la paz y la felicidad, pero sólo con la condición de que traigamos el agua de nuestros débiles esfuerzos. No hemos de permanecer pasivos aguardando la manifestación del Poder de Dios, debe haber una indispensable actitud de nuestra propia libertad, ¡aun cuando ello sólo aporte a Dios algo tan soso como las rutinarias aguas de nuestra insípida vida! La colaboración con Dios es esencial si hemos de llegar a ser hijos de Dios.

La segunda lección de Caná es que María intercede para obtenernos lo que necesitamos, aun sin que nosotros mismos sepamos qué es lo que necesitamos. Ni el mayordomo ni los huéspedes sabían que escaseaba el vino, por lo tanto, mal podían pedir ayuda. De una manera similar, si ni sabemos qué es lo que precisa nuestra alma, ¿cómo podremos plantear esas necesidades en nuestras oraciones? Con mucha frecuencia, no sabemos qué es lo vital en nuestra existencia; Santiago nos advierte que no pedimos con rectitud, sino procurando satisfacer nuestros deseos carnales y egoístas.

Seguramente, podríamos acudir a Nuestro Señor, así como pudo acudir el mayordomo y pudieron hacerlos los comensales. Pero no acudieron, y algunos de nosotros nunca lo haríamos, y en caso de hacerlo no solicitaríamos lo debido. ¡Son tan pocos los que conocen la verdadera razón y los verdaderos motivos de su desventura! Oramos pidiendo

riquezas, pidiendo acertar a los juegos de azar, o pedimos pacificación mental y luego nos lanzamos a las divagaciones psicoanalíticas, cuando al pedir la paz del alma deberíamos caer de rodillas ante Dios arrepintiéndonos de nuestros pecados y suplicando el perdón. Pocos saben que necesitan a Dios. Estamos al extremo de nuestras fuerzas e incluso de nuestras esperanzas, e ignoramos que debemos pedir la Fortaleza y el Amor Divino.

Es aquí donde interviene la devoción a María. Los comensales no sabían qué les era necesario para mantener la alegría en aquellas fiestas nupciales, aun cuando el Señor estaba con ellos. Muchos de nosotros no acudiremos a Nuestro Señor a no ser que contemos con algún otro que conozca nuestras necesidades mejor de lo que las conocemos nosotros mismos, y que pida al Señor por nosotros. La misión de María hace que sea aceptable para todos. Los asistentes a los festejos no precisaron saber que era la Madre del Hijo de Dios para recibir los beneficios de su Divino Hijo. Pero una cosa es cierta: nadie acudirá jamás a Ella sin ser oído, sin ser conducido finalmente hasta su Hijo Jesucristo, única razón de la existencia de Ella, por Quien fue hecha Pura y Santa, por Quien Ella misma fue dada a nosotros.

El milagro de Caná también nos revela cómo María se preocupa por suplir a nuestras débiles y abúlicas voluntades, cómo se substituye por nosotros. Es muy difícil que recibamos un favor Divino a menos que lo deseemos. Mientras no amemos y sirvamos a Dios, estaremos inertes, muertos. Para la mayoría de nosotros es imposible pedir la curación del alma, pues pocos sabemos que estamos enfermos o heridos. María acude en esas crisis de la vida para sustituirnos, del mismo modo que una madre substituye la voluntad de un hijo enfermo. Este no puede decirle cuál es su necesidad, su mal, puede sentir hambre, estar molesto, hallarse enfermo; el niño podrá llorar, pero es una queja vaga, como lo son los llantos de nuestros adultos cuando están temerosos, hastiados, frustrados, o cuando sienten que carecen de felicidad; no expresan el motivo, la causa del mal. En tales circunstancias, la madre lleva a su hijo al médico, se ubica ella en el estado del hijo que no tiene el conocimiento necesario para saber qué será lo mejor, o no quiere hacer nada para ayudarse. Ella se duplica, “se dobla”, como diríamos modernamente, por la liberación del hijo. Así dispone al niño para recibir lo que más le conviene. Y así como esa madre conoce las necesidades del pequeño mejor que éste mismo, así María Santísima comprende nuestras cuitas y nuestros llantos, sabe su significado mejor que nosotros mismos. Como el bebé necesita del médico, la Bendita

Madre sabe que precisamos de su Divino Hijo. Así como Nuestro Señor sirve de mediador entre nosotros y el Padre de los Cielos, así la Santísima Virgen sirve de Mediadora entre nosotros y Nuestro Divino Salvador. Ella llena nuestras ánforas vacías, proporciona el elixir de vida, toma provisiones a fin de que no se diluyan los goces de nuestra alma y las suavidades de la vida. María no es nuestra salvación, no seamos extremados hasta afirmar ese absurdo; tampoco la madre es el doctor ni María es el Salvador, pero ¡María nos conduce hasta el Salvador, hasta el Médico Divino!

Transcurrieron tres años, y todo cuando dijera Jesús a su Madre en las bodas de Caná, todo se cumple: ha llegado la hora, el vino se ha convertido en sangre, realizó sus milagros y su obra de Redención, los hombres lo han crucificado. A ambos costados, como para incluirle en su clase, están dos ladrones. El mundo deja vivir tan sólo a los mediocres. Odia a los malvados, como los ladrones, porque perturban sus pertenencias y su seguridad; odia también al Divinamente Bueno, odia a Nuestro Salvador, porque inquieta su conciencia, su corazón, y provoca intranquilidad para sus perversos deseos.

Desde lo alto de su Cruz mira Nuestro Señor a las creaturas más amadas que le quedan en la tierra: a Juan y a su Bendita Madre. Retoma la conversación de Caná y se dirige a María Santísima dándole el mismo título que le diera en aquella oportunidad: “Mujer”. Es la segunda Anunciación; con un débil movimiento de su Cabeza, coronada ya de espinas, y de sus ojos obnubilados por la sangre y el polvo, mira amorosamente hacia Ella, que con todo amor y voluntad lo enviara a la Cruz, a la que está ahora a su lado para ser Cooperadora en la obra de la Redención, y le dice: “He ahí a tu hijo”; y volviéndose luego a Juan no lo llama por su nombre, esto hubiera sido como el hijo de Zebedeo, lo cual no correspondía en tales circunstancias porque el discípulo amado nos representaba a todos, de un modo anónimo, y le dice el Divino Redentor: “Hijo, he ahí a tu Madre.” He ahí, al cabo de años, la respuesta dada a las misteriosas palabras del Evangelio de la Encarnación, determinantes de que Nuestra Bendita Madre diera vida a su “primogénito” en un pesebre. ¿Significaba esto que habría de tener otros hijos? Ciertamente, pero no según la carne. Nuestro Divino Señor y Salvador Jesucristo, es el Único Hijo de la Santísima Virgen según la carne. Pero Ella habría de tener otros hijos, ¡no según la carne, sino según el Espíritu!

Capítulo decimo

AMOR Y DOLOR

El placer es el cebo utilizado por Dios para hacer que sus creaturas acepten y conozcan su destino, ya sea el placer de comer a fin de atender a la salud del individuo, o el placer de la unión marital atendiendo a la conservación de la sociedad. Pero también puso un límite al placer; en el primero de los casos es la “saciedad”, que procede de la naturaleza misma; en el otro es la mujer, más razonable cuando el hombre es más irracional. En este tema de la carne el hombre representa la libertad, y la mujer la ley.

Por lo tanto, si la mujer no es enseñada en el placer carnal por el hombre, se seguirán dos efectos: su constreñida potencialidad creará continencia y pureza. Puesto que el placer es salida, desgaste, se convertirá en una persona con más vida interior y dominio de sí misma, como si atesorara un gran secreto en su corazón. El deseo es anticipación; el placer es participación, pero la pureza es emancipación. El segundo efecto consiste precisamente en lo opuesto: el dolor, la aflicción. La que vive sin placer no sólo prescinde de algo, también recibe algo: puede ser el odio de los que ven en ella al enemigo de la carne, ya sean hombres o mujeres. Tal es la historia de vírgenes como Agata, Cecilia, Susana y, en nuestros días María Goretti. Así como el sol endurece al lodo, así la pureza, a aquéllos que ya están hundidos en el pecado, los incita a la dureza de corazón, a la persecución y a la violencia contra los puros.

El día en que María declaró: “No conozco varón”, no sólo afirmó que desconocía a los placeres, sino que orientó su alma hacia una interioridad tan centrada por Dios, que llegó a ser Virgen, no sólo mediante la ausencia del hombre, sino también por la presencia de Dios. ¡El secreto que custodiaba no era otro que el Logos! Carente de los placeres del cuerpo

pero no de todos los goces, pudo cantar ante su prima Isabel: “¡Mi alma se regocija en el Señor!”

Por otra parte, María fue también una Mujer de Dolores. Amar a Dios única e inmediatamente, hace a una mujer odiada. El día en que llevó a su Hijo, a su Divino Amor, a la presentación en el Templo, el anciano sacerdote Simeón le dijo que una espada atravesaría su Alma. En el momento en que el oficial romano hundió su lanza en el Corazón de Cristo, dos Corazones fueron atravesados con un solo golpe: el Corazón del Dios-Hombre por el que María renunció al conocimiento del placer, y el Corazón de María, que consagró su belleza a Dios y no al hombre.

Ningún ser humano llevará a Dios en su corazón sin experimentar gozo interno y sin sentir sufrimiento exterior; sin entonar un *Magnificat* ante los que participan de su secreto y sin sentir el filo de una espada o lanza de aquéllos que anhelan la libertad de la carne no limitada por la ley. Frecuentísimamente el amor y el dolor marchan juntos. En el amor carnal el cuerpo anega al alma; en el amor espiritual el alma envuelve al cuerpo. La aflicción del amor carnal nunca será apagada, satisfecha; el que anhela beber el océano del amor se siente infeliz si se ve restringido a beber una escasa copa. La aflicción del segundo amor consiste en no ser capaz de hacer los favores máximos en beneficio del ser amado.

En el amor humano del matrimonio los goces del amor son un pago anticipado por sus deberes, responsabilidades y, a veces, por sus sufrimientos. Como las cruces se hallan más adelante en ese amor, siempre está la Transfiguración en el principio, cuando el rostro del amor parece resplandecer como un sol y sus vestiduras son tan blancas como la nieve. No faltan quienes, como Pedro, quisieran capitalizar las alegrías y levantar un permanente tabernáculo de amor en las montañas del éxtasis. Pero siempre está el Señor hablando a través de la conciencia y diciendo que para capturar al amor en una forma permanente *se debe* pasar por el Calvario. Los primeros transportes del amor son un anticipo, un avance de los transportes reales que sobrevendrán cuando se haya ascendido a un más elevado grado de amor, mediante la portación de una Cruz.

Lo que más olvida el amor humano es que el amor implica responsabilidad; no es posible llamarse a engaño con las válvulas de escape del corazón en la vana esperanza de eludir los deberes, la fidelidad y el sacrificio para con el amado. El llamado “control de nacimientos”, que no favorece ni el control ni los nacimientos, se basa en la filosofía de que el amor no tiene obligaciones. El problema real consiste en hacer que los seres humanos comprendan y capten lo sagrado del amor, en inducir a las

madres a ver una misión mesiánica en la generación de los hijos. El mejor modo para lograr esto será, sin duda alguna, exponer el ejemplo de una mujer QUE ACEPTA LAS RESPONSABILIDADES DEL AMOR SIN EL PAGO ANTICIPADO DEL PLACER, de una mujer que dijera: “¡Yo lo haré todo por nada!, y aceptaré la gestación del hijo, la responsabilidad de su educación, la participación en su misión mundial sin pedir ni siquiera los éxtasis de la carne.” Tal fue el comportamiento y disposición de la Bendita Virgen María. Aceptó el matrimonio, el nacimiento, la participación en la Agonía del Hijo, todo por el amor de Dios, sin pedir los goces iniciales para prepararse a esas pruebas y terribles aflicciones. El mejor modo para convencer a la humanidad de que debe tomar la medicina que cura, es tomarla uno mismo sin la capa de azúcar y sin hacer gesto alguno al sentir el sabor amargo. Las Hermanas de la Caridad que laboran en los barrios pobres de nuestras ciudades, los misioneros que ofrendan su vida cuidando y sanando a las víctimas de la lepra, éstos son los seres que dan verdadera inspiración a todos los trabajadores sociales. Hacen su sacrificada labor a cambio de nada, excepto el amor de Dios, y en esta forma ostentan al mundo el ideal de un afecto desinteresado en pro de los enfermos y hambrientos.

En la Anunciación Dios dijo a María por medio del Angel que habría de concebir sin el pago del afecto y de los goces humanos, es decir: sin remuneración del placer para Ella misma. De modo que la Elegida de Dios disoció los goces carnales de las responsabilidades sociales. Su sacrificio fue un reproche para los que falsean la música destrozando el laúd; para los que se apoderan de los instrumentos de la vida sin hacerles jamás proferir una melodía, para los que aplican el cincel al mármol sin elaborar jamás estatua alguna. Pero también infundió ánimo a aquéllos cuyas cargas son más pesadas que sus placeres y goces, a los que tienen hijos destinados a la muerte cuando apenas han iniciado su viaje por el mar de la vida, a aquéllos cuya entrega de amor es traicionada y aún despreciada. Si Nuestro Señor permitió que María sufriera las pruebas que no podría soportar hasta la madre más angustiada; que su Hijo fuera perseguido por despóticos tiranos y soldados a la temprana edad de dos años; que se convirtiera en un refugiado en país extraño; que se dedicara por designio del Padre a una misión que lo llevaría a la muerte; que fuera traidora y falsamente arrestado; que fuera condenado por su propio pueblo a sufrir la pena máxima estando en los primeros vigos de su madurez, todo ello fue para convencer a las madres que sufren, que las pruebas sin placeres pueden ser superadas, y que las resultantes finales de la vida no son solventadas aquí

en la tierra. Si el Padre dio a su Hijo una Cruz, y a la Madre una espada, entonces es muy cierto que los sufrimientos forman parte del Divino Plan de la vida. Si la Divina Inocencia y su Madre, creatura sin pecado ninguno, ambos hubieron de soportar agonías, no puede ser que la vida sea una burla o una intrascendencia, todo ello ha demostrado que el amor y el dolor frecuentísimamente marchan juntos en esta vida, y que sólo en la Vida Futura el dolor será dejado de lado.

Los cristianos forman el único pueblo de la historia que sabe que el desenvolvimiento del universo tendrá un final feliz. Los Apóstoles no conocieron esto, sino después de la Resurrección, y entonces recorrieron el mundo antiguo proclamando y pregonando la dicha de las buenas nuevas. María lo sabía desde mucho tiempo antes y lo cantó en el *Magnificat* aun antes de que naciera Nuestro Señor.

Grande es la aflicción de una mujer cuando su marido abandona su responsabilidad para con ella y va en busca de lo que él llama “la libertad” respecto de lo que es su propia carne y sangre. Lo que la mujer siente en medio de ese abandono tiene similitud próxima a lo que experimenta la Iglesia con las herejías. Siempre que en el decurso de la historia, los que son miembros de su Cuerpo Místico se han aislado de su carne y sangre, no sólo sufren ellos su aislamiento, sino también la Iglesia y aun más que ellos. La irresponsabilidad en el amor es la fuente de las más grandes tragedias de la vida, y así como la Iglesia sufre más que los herejes que se apartan de Ella, así la mujer también sufrirá más que el hombre que la abandona. Permanece como la “otra mitad” de aquel hombre, una constante rememoración, para él y la sociedad, de lo que Dios había unido y que por una voluntad perversa ha sido dissociado. El marido puede haber dejado a su esposa para hacer hallar el placer a otra mujer, pero la esposa permanece como una sinfonía inconclusa, clamando por espiritual comprensión. Una civilización que ya no está ante Dios con reverencia y responsabilidad, ha renunciado y denunciado la dignidad de la mujer, y la mujer que se somete y participa en tal divorcio de la responsabilidad con el amor, se alza en tal civilización como un espejismo o como una columna de sal.

El mundo no se asombra al ver al amor y al dolor unidos codo con codo cuando el amor no es perfecto, pero se halla menos preparado al ver al amor immaculado y al dolor en la misma compañía. Los verdaderos cristianos no deben escandalizarse ante esto, puesto que Nuestro Señor es descrito como Hombre de Dolores. Él, que vino a la tierra para llevar su Cruz, consecuentemente la hizo sentir en el Corazón de su Madre. Las

Escrituras sugieren que instruyó y adiestró a María en el dolor. Hay hoy en día una expresión utilizada siempre en mal sentido, pero que si se emplea debidamente puede aplicarse al intercambio entre Nuestro Señor y su Bendita Madre, y es: “alineación de afectos”. Comienza separándose de María, aparentemente alineando su afecto con creciente despreocupación, pero sólo para revelar en el fin extremo que lo que Él hacía era llevarla, a través del sufrimiento, a una nueva y más profunda dimensión de amor.

Pueden establecerse dos grandes períodos en las relaciones entre Jesús y su Bendita Madre. El primero se extiende desde la Cuna de Belén hasta Caná, y el segundo desde Caná hasta la Cruz. Durante el primero es la Madre de Jesús; durante el segundo comienza a ser la Madre de todos aquéllos a los que Jesús habría de redimir, en otras palabras: comienza a ser la Madre de los seres humanos.

Desde Belén a Caná, María tiene a Jesús como una Madre tiene a su hijo; hasta se dirige a Él familiarmente, a la edad de doce años, llamándole “Hijo”, como si fuera el modo habitual de interpelarlo. Él permanece con Ella durante esos treinta años; huye en sus brazos a Egipto, vive bajo su cuidado en Nazaret, sometido a Ella. Es de Ella y Ella es de Él, y hasta en el momento en que ambos acuden a la fiesta de bodas de Caná, la Madre es mencionada en primer término: “María, la Madre de Jesús, estaba allí”.

Pero, a partir de Caná, hay una separación creciente que María ayuda a realizar. Ella induce a su Hijo a realizar el primer milagro ante el mundo y Él cambia la interpelación de Madre a Mujer, cambio cuyo significado profundo no se aclarará completamente sino en el Calvario. Los lectores del Génesis saben cómo Dios prometió que Satán sería abatido y perdería su dominio por el poder de una Mujer. Cuando Nuestro Señor dice a María que ambos están implicados en la manifestación de su Divinidad, Ella prácticamente lo envía a la Cruz al pedirle que realice el primero de los milagros y, por ende, que marche a la Muerte. Aproximadamente un año más tarde, como Madre dedicada y afectuosa, lo sigue en su predicación. Se hace saber a Cristo que su Madre lo está buscando, y El, con evidente despreocupación, se vuelve a la multitud y pregunta: “¿Quién es mi Madre?” (Mat., XII, 48). Luego, revelando el gran misterio cristiano de que el parentesco no depende de la carne y la sangre, sino de la unión con la Naturaleza Divina mediante la gracia, añade: “Porque cualquiera que hiciere, la Voluntad de mi Padre que está en los Cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre” (Mat., XII, 50).

Los lazos que nos unen a unos con otros son menos de raza que de obediencia a la Voluntad de Dios. En ese texto se originaron los títulos de

“Padre”, “Madre”, “Hermano” y “Hermana”, tal como han sido utilizados por la Iglesia para hacer comprender que nuestras relaciones se hallan en Cristo más bien que en la generación humana. Él, que llamó a su Madre “Mujer”, nos dice a nosotros y a Ella que podemos ingresar en una nueva familia con Ella, así como antes nos había enseñado a entrar en nuevos lazos de relación con su Padre Celestial. Si podemos llamar a Dios “Padre Nuestro”, entonces podemos llamarla a Ella “Madre Nuestra”, si hacemos la Voluntad del Padre.

El misterio llega a su resolución final en el Calvario, cuando ya en la Cruz, Cristo vuelve a la denominación empleada en Caná y utiliza nuevamente la palabra “Mujer”, título de maternidad universal. Hablando a Ella acerca de todos nosotros que seríamos redimidos por su Preciosa Sangre, dice: “He ahí a tu hijo”, y finalmente a Juan, que sin ser nominado explícitamente nos representaba a todos: “He ahí a tu Madre.” María se convierte en Madre Nuestra desde el momento en que pierde a su Divino Hijo. El misterio está ya resuelto. Lo que parecía una “alienación de efectos” era en realidad una profundización de afectos. Jamás amor alguno se elevó a una cumbre mayor sin muerte para un inferior. María muere al amor de Jesús en Caná, y recupera nuevamente al mismo Jesús con su Cuerpo Místico al que Él redimía. Era, por el momento, un pobre intercambio: dejar a su Divino Hijo para recibirnos a nosotros, pero en realidad no nos recibió aparte de Él. En aquel día en que se llegó a Él cuando estaba predicando, comenzó Cristo a fundir la Maternidad Divina en la nueva maternidad de todos los seres humanos; en el Calvario hizo que Ella amara a los hombres como Él los amaba.

Era un amor nuevo, o quizás el mismo amor, pero expandido sobre la más amplia área de toda la humanidad. Pero tampoco carecía de su dolor y aflicción. Costó mucho a María tenernos como hijos. Pudo dar a luz a Jesús, en un establo, en medio de gozo y alegría, pero a nosotros sólo nos pudo tener en el Calvario, en medio de sufrimientos tan intensos como para hacerle merecer el título de “Reina de los Mártires”. El *Fiat* que pronunció cuando se convirtió en la Madre de Dios, ahora se transformó en otro *Fiat*, como en la Creación, para la inmensidad de la misión que se le encomendaba. Era, además, un *Fiat* que ampliaba sus afectos al mismo tiempo que engrandecía sus sufrimientos. La amargura de la maldición recaída sobre Eva de que daría con dolor la vida a sus hijos, se cumplía también entonces, y no por el dolor corporal común, sino al sentir atravesado su Corazón, como Simeón se lo anunciara años antes. Era el máximo de los honores el ser la Madre de Jesús, pero era también un gran

honor ser Madre de los Cristianos. En el primer Nacimiento no hubo lugar para ellos en que hospedarse, pero en el segundo tuvo para Sí al mundo todo.

He aquí, finalmente, la respuesta para aquella pregunta: “¿Tuvo María otros hijos además de Jesús?” Sí, los tuvo, ¡millones y millones de hijos!, pero no según la carne. Cristo fue el Único nacido de su carne, el resto de nosotros nacimos de su espíritu. Así como la Anunciación la ligó con la Divinidad antes de la venida de su Divino Hijo, así ahora esas palabras que descendían de la Cruz la ligaron con la humanidad toda hasta la Segunda Venida de Él. Era Hija de la selecta porción de la humanidad llamada “descendencia de Abraham”, vástago de la prolongada línea de reyes conductores que hacían llegar hasta su Divino Hijo el “Trono de su Padre David”. Pero, como la Nueva Eva, alcanza a su Hijo la herencia de toda la raza humana desde los días de Adán hasta ahora, y mediante el mismo Hijo deshace los límites que reducían la bendición a la descendencia de Abraham haciendo que alcance a toda nación, raza y pueblo. Su momento en la historia fue “la plenitud de los tiempos”, significando esta expresión que finalmente la raza humana había producido un representante digno de llegar a ser el tabernáculo elegido por el Hijo de Dios. “Durante el tiempo en que el heredero es menor, nada difiere del siervo aunque sea señor de todo” (Gál., IV, 1).

Nuestro Señor no está circunscrito en la historia, pero María sí lo está: Él viene a la tierra desde fuera del tiempo, Ella en cambio, está en el tiempo; Él es suprahistórico, Ella es la historia; Él es el Eterno en el tiempo; Ella es la Casa del Eterno en el tiempo. Ella es el lugar del encuentro final de toda la humanidad y la historia, o, como lo dice Coventry Patmore:

*Es el nudo de la cuerda
que une a todos y las cosas todas
bajo la égida de su Señor.*

Al final de toda historia de amor y dolor, vemos que el amor necesita una constante purificación, y esto se realiza solamente mediante el dolor. El amor que no es alimentado en el sacrificio, se hace trivial, común, banal, supone garantizada a la otra parte, no hace más demostraciones de amor porque no ha explorado ni alcanzado nuevas profundidades. Nuestro Señor no quiso dejar que el amor de su Madre se mantuviera en un mismo plano de éxtasis aquí en la tierra; lo universalizó, lo expandió lo hizo *católico*. Mas, para esto, tenía que enviar sus siete espadas de dolor que

ampliarían ese amor de Ella desde el Hijo del Hombre hasta alcanzar a todos los hijos de los hombres.

Si el amor no se profundiza cae en uno de estos dos peligros: *menosprecio* o *compasión*. Menosprecio porque la otra parte no complace más que a su ego; compasión porque la otra parte es digna de alguna consideración sin amor. Si Nuestro Señor no hubiera llamado a María a la compañía de los sufrimientos de Él, si hubiera sido dispensada del Calvario a causa de Su Majestad como Madre de Él, entonces Ella hubiera sentido *menosprecio* hacia aquéllos que quitaban la vida a su Unico Hijo, y tan sólo *compasión* por nosotros, que no disfrutaríamos de las bendiciones conseguidas por Ella. Pero como Él primeramente se identificó con nuestra naturaleza humana en Belén, más adelante con nuestros afanes diarios estando en Nazaret y con nuestras incomprendimientos en Galilea y Jerusalén, y finalmente con nuestras lágrimas y sangre y agonías en el Calvario, por todo ello nos dio a su Madre, impartiéndonos a todos la lección de que el amor debe alcanzar a la humanidad o ser sofocado en la estrechez del ego. Llamada por Él a participar en su Cruz de todos los días, el amor de Ella se expandió y amplió con el de Él, y alcanzó tal excelsitud de identificación universal que la Ascensión de Él tuvo paralelo en la Asunción de Ella. Cristo, que la inspiró a *estar de pie* ante la Cruz, como activa participante en la obra de la Redención, no fue remiso en coronar tal amor con la unión a Él donde el amor careciera de padecimientos, o donde el padecimiento fuera ahogado en el gozo.

El amor nunca llega a ser un culto sin una muerte. ¡Cuántas veces el amor humano llega a tener plena conciencia de sus quilates y profundidad, en cuanto fallece el ser amado! La historia se convierte en adoración. Ya no se tiene memoria de las faltas del desaparecido, o de lo que ha dejado sin hacer; todo lo suyo está rodeado de una aureola de ponderación y alabanzas. El hastío de antes desaparece, las divergencias y discusiones, antes tan hirientes, se evaporan, o lo que es más, hasta se transforman en remembranzas de afecto. Los muertos siempre son más hermosos que los vivientes.

En el caso de María no tenemos ni podemos tener memoria de que sus imperfecciones se desvanecieran, porque Ella fue siempre “Bendita entre las mujeres”, pero sí tenemos una tal profundización de amor que llega a producir un culto. Él, que se sacrificó por nosotros, pensó tanto en su Muerte que dejó un Memorial de la misma y dispuso su renovación constante en el acto conocido con el nombre de Santa Misa. Su amor, que murió, llegó a ser adoración en la Eucaristía. ¿Por qué, entonces, Ella, que

le dio aquel Cuerpo con el cual pudo Él morir, y aquella Sangre con la Él pudo lavar nuestros pecados, por qué no habría de ser recordada, no ya en adoración sino en veneración, durante todo el tiempo que el tiempo dure? Pero si junto al Dios que es el Hombre de Dolores y que entró en Su Gloria, hay una creatura que es una Mujer de Dolores y que lo acompañó a esa Gloria, entonces nosotros todos somos alentados e invitados a amar *mediante* una Cruz y *con* ella, de modo que finalmente podamos también reinar con Cristo.

Capítulo undécimo

LA ASUNCIÓN Y EL MUNDO MODERNO

La definición de la Inmaculada Concepción fue hecha cuando nació el Mundo Moderno. Dentro de los cinco años de esa fecha y de los seis meses de la aparición de Lourdes, en que María manifestó: “Yo soy la Inmaculada Concepción”, Charles Darwin escribió su obra “Origen de las especies”. Karl Marx completó su “Introducción a la Crítica de la Filosofía de Hegel” (“La Religión es el Opio del Pueblo”), y John Stuart Mill publicó su “Ensayo sobre la Libertad”. En ese momento el espíritu del mundo estaba elaborando una filosofía que daría por resultado dos Guerras Mundiales en veintiún años y además la amenaza de una tercera, y entonces mismo la Iglesia se presentó desafiando y proclamando la falsedad de la misma nueva filosofía. Darwin apartaba la mente del hombre de su Origen Divino, y la ataba a un futuro ilimitado en el que llegaría a ser una especie de Dios. Marx estaba tan impresionado con esta idea del inevitable progreso, que pidió a Darwin quisiera aceptar la dedicatoria de uno de sus libros. Después, siguiendo a Feuerbach, Marx afirmó no ya un burgués ateísmo del entendimiento, sino un ateísmo de la voluntad, por el que el hombre odia a Dios porque el mismo hombre es Dios. Mill redujo la libertad del nuevo hombre a la licencia y al derecho a hacer todo lo que le agradara, preparando así un caos de egotismos en conflicto mutuo, que el mundo pretendería solucionar mediante el Totalitarismo.

Si estos filósofos estaban en lo cierto, y si el hombre es naturalmente bueno y capaz de deificarse mediante sus propios esfuerzos, entonces se sigue que todos y cada uno son concebidos sin mácula.

La Iglesia se irguió, protestó, y afirmó que solamente una persona humana en todo el mundo ha sido concebida inmaculadamente, que el ser humano es propenso a pecar, y que la libertad es mejor preservada cuando, a ejemplo de María, la creatura responde con un *Fiat* de obediencia y asentimiento a la Voluntad Divina.

El dogma de la Inmaculada Concepción anonadó y destruyó el falso optimismo acerca del inevitable y necesario progreso del hombre sin Dios. Humillado en su orgullo Darwi-Marxi-Sluartmilliano, el hombre moderno vio cómo se evaporaba su doctrina del progreso. El intervalo entre las guerras Napoleónicas y Franco-Prusiana fue de cincuenta años; de cuarenta y tres el que medió entre las Franco-Prusiana y la Mundial Primera; de veintiuno entre ésta y la Mundial Segunda, y cinco años después de esta última estalló la Coreana; esto apenas es progreso, o es negación de progreso. Finalmente el hombre comprobó que no era naturalmente bueno. Una vez que se había jactado de proceder de los animales, se vio actuando en la realidad como las bestias.

Sobrevino entonces la reacción. El Hombre Optimista que se había jactado de una concepción inmaculada, se convirtió en el Hombre Pesimista que nada podía ver en sí sino un haz de tendencias libidinosas, oscuras, cavernosas.

Así como en la definición de la Inmaculada Concepción la Iglesia recordó al mundo que la perfección no es biológicamente inevitable, así ahora en la definición de la Asunción revivió las esperanzas de creaturas sumergidas en la desesperación. La desesperación moderna es el efecto de un hedonismo decepcionado, y se centra principalmente alrededor del sexo y la muerte. La Asunción está indirectamente relacionada con estas dos ideas que preocupan a la mente moderna.

La primacía del sexo es debida en muy avanzado grado a Sigmund Freud, cuyo principio básico, según sus propias palabras, es: “Las acciones y los hábitos humanos se derivan de impulsos sexuales, y fundamentalmente, los deseos humanos son deseos sexuales no satisfechos... Consciente o inconscientemente, nosotros todos deseamos unirnos con nuestras madres y matar a nuestros padres, como lo hizo Edipo, a menos que seamos hembras, caso en el cual deseamos unirnos con nuestros padres y asesinar a nuestras madres.” La otra preocupación mayor del pensamiento moderno es la muerte. La hermosa filosofía del ser es reducida al *Dasein*, que es solamente *in-der-Weltsein* (estar en el mundo). No hay libertad, no hay espíritu, no hay personalidad. La libertad es para la muerte. La libertad es contingencia amenazada por destrucción

total. El futuro es nada, tan sólo una proyección de muerte. La finalidad de la existencia es mirar a la muerte en los ojos.

Joan Paul Sartre pasa de una fenomenología de sexualismo a lo que él llama “náusea”, o desvergonzada confrontación de la nada, hacia la que siendo la existencia. Nada precede al hombre, y nada le sigue.

Todo lo que es opuesto a él es una negación de su ego, y por lo tanto es nada. Dios creó al mundo de la nada; Sartre crea a la nada del mundo y del desesperanzado corazón humano. “El hombre es una pasión inútil.”

Agnosticismo y Orgullo fueron los dos errores gemelos que la Iglesia hubo de afrontar en la Inmaculada Concepción; ahora es la desesperación resultante del sexo y la muerte lo que debe debatir y vencer. Cuando los agnósticos del último siglo se pusieron en contacto con el mundo y sus tres libidos, se convirtieron en libertinos. Pero cuando el placer disminuyó e hizo hambrientos en lo que más satisfacía, los agnósticos, que llegaron a libertinos adhiriéndose al mundo, comenzaron con disgusto a apartarse del mundo y a transformarse en filósofos del existencialismo. Filósofos como Sartre, Heidegger y otros, han surgido de una separación del mundo, como la Ascética Cristiana, puesto que ésta ama a Dios, sólo porque ellos están ya disgustados del mundo. Sé convierten en contemplativos, no para gozar de Dios, sino para revolcarse en su desesperación, para hacer una filosofía de ello, para comportarse desvergonzadamente acerca de su hastío y hacer de la muerte el centro de su destino. Los nuevos contemplativos están en los monasterios del cansancio, levantados, no junto a las aguas de Siloé, sino a lo largo de las oscuras riberas de la Estigia.

Estas dos ideas básicas del pegamiento moderno —sexo y muerte—, no carecen de relación entre sí. El mismo Freud aludió a la unión de Eros y Tánatos. El sexo trae muerte, ante todo porque en el sexo la otra persona es poseída, o aniquilada, o ignorada por causa del placer. Pero este sometimiento implica una comprensión y una destrucción de la vida por causa de Eros. En segundo lugar, la muerte es una sombra tendida sobre el sexo. El sexo busca placer, pero como asume que esta vida es todo, cada placer es sazonado no sólo con una recompensa en disminución, sino también con el pensamiento de que la muerte concluirá por siempre con el placer. Eros es Tánatos, sexo es muerte.

Desde un punto de vista filosófico la Doctrina de la Asunción se enfrenta de lleno a la filosofía del Eros-Tánatos, elevando a la humanidad de las oscuridades del sexo y la muerte a la luz del Amor y la Vida. Estos

son los dos pilares filosóficos en los que se funda la creencia en la Asunción.

1. — *Amor*. La Asunción afirma no al sexo sino al amor. Santo Tomás, en su disquisición acerca de los efectos del amor, menciona como uno de ellos el éxtasis. En el éxtasis la persona es “levantada de su cuerpo”, experiencia que poetas, escritores y oradores han sentido de una forma mitigada cuando en el lenguaje común “fueron arrastrados por su tema”. En un nivel más elevado, el fenómeno espiritual de la levitación es debido a un tan intenso amor de Dios, que los santos son literalmente levantados sobre la tierra. El amor, como el fuego, quema hacia arriba, puesto que básicamente es deseo. Procura llegar a estar más y más unido con el objeto o ser amado. Nuestras experiencias sensoriales están familiarizadas con la ley terrena de la gravedad, que arrastra los cuerpos materiales hacia la tierra. Pero además de la gravedad terrestre hay una ley de gravedad espiritual por la que se aumenta esa atracción a medida que más cerca se está de Dios. Este “tiraje” sobre nuestros corazones por el Espíritu de Dios, siempre está presente, y tan sólo la renuncia o repulsa de nuestras voluntades y la debilidad de nuestros cuerpos como resultado del pecado, es lo que nos mantiene atados a la tierra. Algunas almas se tornan impacientes a causa del cuerpo que las retiene; San Pablo suplicó ser librado de su prisión corporal.

Si Dios ejerce una atracción de gravedad en todas las almas, dado el intenso amor de Nuestro Señor para con su Bendita Madre, que desciende, y el intenso amor de María con su Señor, que asciende, es verosímil que el amor en ese estadio, será tan grande que “impulse al cuerpo consigo”. Dada, además, la inmunidad de pecado original, no había en el Cuerpo de Nuestra Señora la dicotomía, la tensión y oposición que existe en nosotros entre el cuerpo y el alma. Si la luna lejana tiene poder para mover las crecientes mareas de la tierra, el amor de María hacia Jesús bien pudo resultar en un éxtasis tal que “La levantara de este mundo”.

El amor, en su naturaleza, es una Ascensión en Cristo y una Asunción en María. Tan estrechamente relacionados están la Asunción y el Amor, que pocos años hace, instruyendo el que esto escribe a una señora china, comprobó que entre las verdades del Cristianismo la más fácil para ser aceptada por dicha dama era la Asunción. Ella conocía personalmente a un alma santa que vivía en una estera, entre los árboles, y a quien miles de personas acostumbraban a visitar para recibir su bendición. En una oportunidad, de acuerdo a lo afirmado por todos los que conocían a dicha santa, ella fue “asunta”, elevada hacia el cielo. La explicación que daba de

ello la conversa del Confucionismo, fue la siguiente: “Su amor era tan intenso que su cuerpo siguió al alma.” Una cosa es cierta: la Asunción es de fácil comprensión si se ama profundamente a Dios, pero difícil si no se le ama.

Reflejando Platón en su *Symposium* el punto de vista griego de la elevación del amor, dice que el amor de la carne debe conducir al amor del espíritu. El verdadero significado y sustancia del amor es conducir a Dios. Una vez que el amor terreno ha llenado su misión, desaparece, así como el símbolo cede ante la realidad. La Asunción no es la muerte del Eros, sino su transfiguración por medio del Agape. Ello no implica que el amor en el cuerpo sea erróneo, sino que puede ser tan recto, cuando es orientado a Dios, que la belleza del cuerpo mismo sea promovida y perfeccionada.

Nuestra Edad de Carnalidad, que ama el Cuerpo Hermoso, es salvada de su desesperación, debida a los incestos de Electra y Edipo, siendo elevada a un Cuerpo que es Hermoso porque es el Templo de Dios, el Portal por el que el Verbo de Dios pasó a la tierra, la Torre de Marfil por la cual el Amor Divino ascendió para besar en los labios de Su Madre a una Mística Roca. Con un trazo de su infalible escritura dogmática, la Iglesia eleva lo sacrosanto del amor, haciéndole ascender de lo sexual pero sin negar la misión del cuerpo en el amor. He aquí un Cuerpo que refleja en sus incontables matices y encantos el amor creador de Dios. Ante un mundo que idolatra al cuerpo, dice la Iglesia: “Hay en los Cielos dos Cuerpos, uno es la Naturaleza Humana Glorificada de Jesús, el otro la Naturaleza Humana Asunta de María. El amor es el secreto de la Ascensión del Uno y de la Asunción de la Otra, porque el amor anhela la unidad con el Amado. El Hijo vuelve al Padre en la unidad de la Naturaleza Divina, y María regresa a Jesús en la unidad de la naturaleza humana. Su vuelo nupcial es el acontecimiento hacia el que se mueve toda nuestra generación.”

2. — *Vida*. La vida es el segundo pilar filosófico en el que se basa la Asunción. La vida es unitiva; la muerte es disgregadora. La bondad es el alimento de la vida, el mal es el alimento de la muerte. Los impulsos erróneos del sexo son el símbolo de la división del cuerpo, respecto de Dios, como resultado del pecado original. La muerte es el último golpe de esa división. Dondequiera que hay pecado hay multiplicidad; dice el demonio: “Mi nombre es Legión, somos muchos” (Marc., V, 9). Pero la vida es actividad inmanente. Cuanto más elevada es la vida más inmanente es la actividad, dice Santo Tomás. La planta deja caer su fruto desde una rama; el animal hace aparecer a otro de su especie para que tenga una

existencia separada, pero la mente espiritual del hombre engendra el fruto de un pensamiento que permanece unido a la mente, aun cuando sea distinto de ella. De aquí que la inteligencia y la vida estén íntimamente relacionadas. *Da mihi intellectum et vivam*, dame inteligencia y viviré. Dios es Vida Perfecta a causa de una perfecta actividad intelectual interna. No hay exterioridad, no hay dependencia, no hay salida necesaria de parte de Dios.

Puesto que la imperfección de la vida procede de la lejanía a la fuente de vida y a causa del pecado, se sigue que la creatura que es preservada del pecado original se halla inmune de esa división psicológica que engendra el pecado. La inmaculada Concepción garantiza una vida altamente integrada y unificada. La pureza de tal vida es triple: pureza física que es integridad de cuerpo; pureza mental sin ningún deseo de división de amor que implicaría el amor de las creaturas aparte de Dios, y finalmente, pureza psicológica que es inmunidad del surgimiento de la concupiscencia, señal y símbolo de nuestra debilidad y divisibilidad. Esta triple pureza es la esencia de la creatura más altamente unificada que jamás haya conocido el mundo.

Agregada a esta intensa vida en María, libre de la división causada por el pecado, hay aún un grado de vida más elevado a causa de su Divina Maternidad. Por medio de Ella la Eternidad se hizo infante y apareció como un recién nacido; por medio de Ella, como un nuevo Moisés, no ya las tablas de la Ley, sino el Logos fue dado y escrito en su Corazón; por medio de Ella desciende, no ya el maná que los hombres comen y mueren, sino la Eucaristía, que si es comida por el hombre, no morirá jamás. Pero si los que se comunican con el Pan de Vida nunca mueren, ¿qué diremos de la que fue el primer Ciborio Viviente de esa Eucaristía, y que en el día de Navidad ofrendó esa Eucaristía en el comulgatorio de Belén, para decir a los Magos y a los pastores: “He aquí el Cordero de Dios, he aquí al que quita los pecados del mundo”?

Aquí hay no simplemente una vida libre de la división que trae consigo a la muerte, sino una vida unida con la Vida Eterna. ¿Será Ella, siendo el Jardín en que creció el Lirio de la Divina ausencia de pecado y la rosa encarnada de la pasión redentora, entregada a las malezas y olvidada por el Divino jardinero? ¿Una comunión conservada en gracia por toda la vida no asegurará la inmortalidad en el cielo? Ella, en cuyo Seno se celebraron las nupcias de la Eternidad y el tiempo, ¿no será más de la Eternidad que del tiempo? Cuando lo tuvo en su Seno por espacio de

nueve meses, se cumplió de otra manera la ley de la vida: serán dos en una sola carne”.

Ningún adulto, hombre o mujer, gustará ver el hogar en el que hubieren sido criados, objeto de la destrucción violenta de una bomba, aun cuando no vivan ya en ese hogar. Tampoco la Omnipotencia, que halló su tabernáculo en María, consentiría en ver su Hogar de Carne sometido a la disolución de la tumba. Si los adultos gustan volver a sus hogares paternos cuando llegan a la plenitud de la vida, y adquieren entonces mayor conciencia y convicción de la deuda que tienen para con su madre, entonces, la Vida Divina, ¿no volverá en busca de su Cuna Viviente y llevará a esa “Carne hecha Paraíso” a los Cielos consigo, para que sea “cuidada por el Nuevo Adán”?

En esta doctrina de la Asunción la Iglesia actúa frente a la desesperación del mundo, también de otro modo. Afirma la belleza de la vida contra la muerte. Cuando las guerras, el sexo y el pecado multiplican las discordias de los hombres, y la muerte amenaza por todas partes, la Iglesia nos invita a elevar nuestros corazones a la vida que tiene la inmortalidad de la Vida que le alimentó. Feuerbach dijo que un hombre es lo que come. Estaba más acertado de lo que él mismo conocía. Se comen los frutos de la tierra, y se muere; se come la Eucaristía y se vive eternamente. Ella, siendo la Madre de la Eucaristía, elude la descomposición de la muerte.

La Asunción desafía a la nada de los filósofos de la muerte también de otra manera. La misión máxima de los conductores espirituales es hoy en día salvar a la humanidad de la desesperación, a la que la han lanzado el sexo y el temor a la muerte. El mundo que hasta hace poco acostumbraba a decir: “¿Para qué preocuparse acerca del mundo futuro, cuando estamos viviendo en éste?”, finalmente aprendió en medio de la dureza, que si no se piensa en la vida futura no es posible disfrutar de ésta. Cuando el optimismo se derrumba por completo y se transforma en pesimismo, la Iglesia mantiene en alto la promesa de la esperanza. Amenazados como estamos por doquiera a causa de las guerras, de que la muerte llueva desde el firmamento lanzada por fuegos Prometeicos, en tales circunstancias la Iglesia hace definición de una Verdad que tiene como centro a la Vida. A modo de una madre amorosa, cuyos hijos están partiendo a la guerra, Ella acaricia nuestros cabellos y nos dice: “Regresaréis con vida, así como María regresó después de haber descendido hasta el valle de la muerte”. Cuando el mundo teme ser derrotado por la muerte, la Iglesia canta la derrota de la muerte. ¿No es esto el preuncio de un mundo mejor, como lo

proclama la contención de la vida entre los clamores de los filósofos de la muerte?

Cuando el comunismo enseña que el hombre tiene solamente un cuerpo, pero no un alma, la Iglesia responde: “Entonces, comencemos con un Cuerpo.” Cuando el cuerpo místico del Anti-Cristo se reúne alrededor del tabernáculo donde se guarda el cadáver de Lenin, saturado periódicamente con cera y compuestos químicos a fin de proporcionar la ilusión de la inmortalidad a los que niegan la inmortalidad, el Cuerpo Místico de Cristo invita a los desesperados del mundo a mirar y considerar las dos heridas más serias que jamás haya sufrido la tierra: el Sepulcro Vacío de Cristo y la Tumba también vacía de María. En el año 1854 la Iglesia habló del Alma en la Inmaculada Concepción. En el año 1950, en cambio, su lenguaje se refirió al Cuerpo: el Cuerpo Místico, la Eucaristía y la Asunción. Con firmes trazos dogmáticos está repitiendo la verdad proclamada por Pablo a otra edad pagana: “Vuestros cuerpos son para el Señor.” Nada hay en el cuerpo que engendre desesperación. El hombre está relacionado a la Nada, como lo enseñan los filósofos del Decadentismo, pero tan sólo en su origen, no en su destino. Ellos establecen la Nada como fin; la Iglesia la ubica en el comienzo, porque el hombre fue creado *ex nihilo*. El hombre moderno vuelve a la nada a través de la desesperación; el cristiano conoce a la nada sólo a través de la autonegación que es humildad. Cuanto más se “anonada” el pagano, más se acerca al infierno de la desesperación y al suicidio. Cuanto más el cristiano se “anonada” a sí mismo, más se aproxima a Dios. María profundizó tanto en la nada, que fue exaltada. *Respexit humilitatem ancillae suae*, miró la humildad de su Sierva, y su exaltación fue también su Asunción.

Volviendo a lo expuesto al principio... a Eros y Tánatos, decía Freud que el sexo y la muerte están relacionados. Y lo están en este sentido: Eros, como amor egoístico, conduce a la muerte del alma: pero, el mundo no necesita vivir bajo esa maldición. La Asunción da a Eros un nuevo significado. El amor conduce a la muerte: donde hay amor, hay olvido de sí mismo, y el máximo de ese olvido es la entrega de la vida. “Que nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Juan, XV, 13). El Amor de Nuestro Señor lo llevó a su Muerte; el Amor de María la llevó a ser traspasada su alma con siete espadas; jamás mujer alguna tuvo amor superior a éste, estando de pie ante la Cruz de su Hijo, para participar dolorosísimamente en su Obra de Redención del mundo.

Al cabo de tres décadas, la definición de la Asunción sanará al mundo moderno del pesimismo y desesperación que se han apoderado de él. Freud, que tanto contribuyó a desarrollar ese pesimismo, adoptó como divisa: “Si no puedo mover a los Dioses en lo alto, haré que el infierno se excite y se conmueva.” Esa conmoción por él creada será aquietada por una Mujer tan poderosa como “Un ejército en orden de batalla.” La edad de “la hermosura del cuerpo” se convertirá en la edad de la Asunción.

En María hay una triple transición. En la Anunciación pasamos de la santidad del Antiguo Testamento a la santidad de Cristo. En Pentecostés pasamos de la santidad del Cristo Histórico a la santidad del Cristo Místico, o de Su Cuerpo, que es la Iglesia. Aquí María recibe el Espíritu por segunda vez. La primera sombra recibida fue para generar y dar natividad a la Cabeza de la Iglesia; esta segunda recepción de sombra es para dar natividad a Su Cuerpo, cuando se halla en medio de los Apóstoles sumida en oración. La tercera transición es la Asunción: cuando se convierte en la primera persona humana que comprueba el destino histórico de los fieles como miembros del Cuerpo Místico de Cristo, más allá del tiempo, más allá de la muerte y más allá del juicio.

María está siempre a la vanguardia de la humanidad. Es comparada a la Sabiduría-, presidiendo en la Creación; es anunciada como la Mujer que vencerá a Satanás, como la Virgen que ha de concebir. Se convierte en la primera persona que desde la Caída del Ser Humano, tendrá una única e irrepetible unión con Dios; actúa como verdadera Madre de Cristo en Belén, como verdadera Madre del Cristo Místico en Jerusalén, y ahora, mediante su Asunción, parte a la cabeza de la humanidad para preparar, lo mismo que su Hijo, un lugar en la vida futura para todos nosotros. Participa en la Gloria de su Hijo, reina con Él, preside a su lado los destinos de la Iglesia en el tiempo e intercede en nuestro favor ante Él, así como Él, a su vez, intercede ante el Padre Celestial.

Cronológicamente, Adán vino antes que Eva; el Nuevo Adán, Cristo, vino después de la Nueva Eva, María, cronológicamente, sí, aunque existencialmente Él la precedió como el Creador precede a la creatura. Haciendo hincapié, por ahora, sólo en el elemento tiempo, María aparece siempre como el Adviento de lo que se reserva para el ser humano. Anticipa a Cristo por espacio de nueve meses cuando gesta al Cielo en su Seno; anticipa su Pasión en Caná y su Iglesia en Pentecostés. Ahora, en la recién última y grandiosa doctrina de la Asunción, anticipa la gloria celestial, y la definición de tal Verdad llega en el momento en que los hombres piensan menos acerca de esa gloria.

Es dado preguntarse si ésa no será la última de las grandes verdades acerca de María, que han o habían de ser definidas por la Iglesia. Cualquier otra parecería ser un anticlímax una vez definido que Ella está en la Gloria, en Cuerpo y Alma. Pero, en realidad, hay otra verdad aun por definir: que es la Mediadora ante su Hijo de todas las gracias. Así como San Pablo habla de la Ascensión de Nuestro Señor como preludio de su Intercesión en favor nuestro, así nosotros, muy apropiadamente, podemos hablar de la Asunción de Nuestra Señora como preludio de su Intercesión por nosotros. Primeramente el lugar: los cielos; luego la misión: interceder. La naturaleza de su labor no es llamar la atención de su Hijo hacia alguna necesidad en tal o cual emergencia no notada por Éste; no es “conseguir” un consentimiento dificultoso. Más bien es unir a Sí Misma con la Compasiva Misericordia de Él y dar voz humana al Infinito Amor de Cristo. El principal ministerio de María consiste en inducir los corazones de los seres humanos a obedecer la Voluntad de su Divino Hijo. Las últimas palabras de Ella consignadas en Caná, son aun palabras de la Asunción: “Haced todo cuanto Él os diga.” Se añade a ellas la cristiana oración escrita por Francis Thompson a la Hija de la antigua Eva:

*Actúa la Celestial Traidora
y entrega a la Bendición Divina
a la humanidad toda,
con maternales zalamerías,
y mostrándonos estrellado asilo
nos induce hacia el Paraíso.*

PARTE SEGUNDA

EL MUNDO AL QUE LA MUJER AMA

Capítulo decimosegundo

HOMBRE Y MUJER

En el amor humano hay dos polos: hombre y mujer. En el Amor Divino hay dos polos: Dios y hombre. De esta diferencia, finita en el primer caso e infinita en el segundo, surgen las máximas tensiones de la vida. En la relación Dios-hombre, la diferencia entre las religiones orientales y el cristianismo consiste en que en las primeras el hombre se mueve hacia Dios; en el cristianismo, en cambio, Dios se mueve primeramente hacia el hombre. El temperamento oriental fracasa porque el hombre no puede elevarse suficientemente por sus propias fuerzas, a causa de su incapacidad y obstáculos. La hierba no puede convertirse en un plátano mediante sus propios esfuerzos. Si el carbón y los fosfatos han de vivir en el hombre, éste debe *descender* a ellos y elevarlos luego hasta sí. De modo similar; si el hombre ha de participar de la Naturaleza Divina, Dios debe descender al hombre. Esto es la Encarnación.

La primera diferencia en la relación hombre-mujer puede ser comprendida en términos de una distinción filosófica entre *inteligencia* y *razón*, hecha ya por Santo Tomás de Aquino, y que salvó a sus seguidores de caer en errores como los de Henri Bergson. La inteligencia es superior a la razón. Los Angeles tienen inteligencia, pero carecen de razón. *Inteligencia* es comprensión inmediata, y en el dominio del conocimiento es mejor expuesta con la palabra “ver”. Cuando una mente dice: “Veo”, significa que capta y comprende. *Razón*, en cambio, indica más lentitud, es mediata más bien que inmediata. No procede de un salto sino por sus pasos uno a uno. Estos pasos, en el proceso de razonamiento, son triples: mayor y menor, conclusión.

Aplicando la distinción al hombre y la mujer, generalmente es cierto que la naturaleza del hombre es más racional, y la de la mujer más intelectual. Esto último es lo que habitualmente se entiende al decir ‘intuición’. La mujer es más lenta para amar, porque para ella el amor debe estar rodeado por una totalidad de sentimientos, afectos y garantías. El hombre es más impulsivo, anhela placeres y satisfacciones, a veces hasta fuera de la debida relación. Para la mujer debe haber un lazo vital entre ella y el ser que ama. El hombre está más en la periferia, en los bordes, y no ve toda la personalidad de ella envuelta en sus placeres. La mujer anhela unidad; el hombre anhela placer.

En la consideración más racional, frecuentemente el hombre se ve completamente desconcertado ante las “razones de la mujer”. Para él son difíciles de seguir, porque no son susceptibles de ser derribadas, analizadas, descartadas. Sobrevienen como “un conjunto, un todo”; sus conclusiones obstaculizan sin ninguna base aparente. Los argumentos parecen dejarla a ella completamente fría. Esto no involucra decidir quién tiene razón, porque cualquiera de los dos temperamentos puede estar en lo cierto bajo circunstancias diferentes. Claudia, estaba en lo cierto, y estaba equivocado su práctico esposo, Poncio Pilatos. Como político, éste se centró, como piedra básica, en la opinión pública; ella, en cambio, hizo hincapié en la justicia, porque ante sus ojos el Divino Prisionero era “un hombre justo”. Esta “inmediatez” de conclusión frecuentemente puede hacer que una mujer esté equivocada, no tenga razón, como sucedió en el caso de la esposa de Zebedeo, cuando urgió a Nuestro Señor a fin de disponer que sus hijos estuvieran uno a su diestra y otro a su siniestra cuando Él llegara a su Reino. Poco o nada vio ella que antes habría de ser apurado un cáliz de amargos sufrimientos, porque la Ley y la Razón Divinas han dictaminado que “nadie será coronado con el premio a menos que antes haya luchado”.

Hay una segunda diferencia entre reinar y gobernar. El hombre gobierna el hogar, pero es la mujer la que reina en él. El gobierno se relaciona con la justicia; el reinado se relaciona con el amor. En lugar de ser el hombre y la mujer opuestos, en el sentido de contrarios, se complementan más propiamente uno a otro, como lo entendió su Creador cuando dijo: “No es bueno para el hombre que esté solo”. En la antigua leyenda griega narrada por Platón, se dice que el primer ser humano fue un compuesto de hombre y mujer, y que por algún gran delito cometido contra Dios esa criatura fue dividida, siguiendo cada uno un camino

diverso, y destinados a no ser felices sino cuando se reunieran nuevamente en los Campos Elíseos.

El libro del Génesis revela que el pecado original creó una tensión entre el hombre y la mujer, tensión que es solucionada en principio cuando ambos, en el Nuevo Testamento, llegan a ser “una carne” y un símbolo, de la unidad de Cristo y su Iglesia. Así pues, esa armonía existirá entre el hombre y la mujer, cuando cada uno complete, en el haber del otro, la medida de que carece, en quietud y movimiento.

Normalmente el hombre es más sereno que la mujer, más resistente a los choques diarios de la vida, menos perturbable por cosas sin importancia). Mas, por otra parte, en las grandes crisis de la vida es la mujer la que, a causa de su suave y gentil potencialidad para reinar, puede aportar gran consuelo al hombre en sus perturbaciones y dificultades. Cuando él se siente triste, inquieto, agitado por los remordimientos o rencores, ella aporta seguridad, ánimo y consuelo. Así como la superficie del océano es agitada y removida, pero las grandes profundidades permanecen en calma, así en las grandes catástrofes que afectan al alma la mujer es la profundidad y el hombre la superficie.

La tercera diferencia consiste en que la mujer halla menos reposo en la mediocridad que el hombre. Cuanto más una persona se apega a lo práctico, lo concreto, lo monetario y material, más se torna indiferente su alma respecto de los grandes valores, y en particular respecto del Sumo Amante. Nada embota tanto al alma como la contabilidad, y sólo lo material puede ser contabilizado. La mujer es más idealista, se satisface menos por un largo período de tiempo con lo material, se desilusiona más prestamente con lo carnal. Es ella más *anfibia* que el hombre en el sentido de que se mueve con gran facilidad en ambas zonas: la materia y el espíritu. La tan repetida aseveración de que la mujer es más religiosa que el hombre, tiene algún fundamento en la verdad, pero sólo en cuanto que la naturaleza de ella es más dispuesta a lo ideal. La mujer tiene una medida mayor de Eternal y el hombre de Temporal, de tiempo, pero ambos son esenciales para un universo encarnado, en el que la Eternidad abrazó al Tiempo en un establo de Belén. Cuando hay descenso a un grado igual de vicio, siempre es mayor el escándalo causado por la mujer que por el hombre. Nada exhibe una mayor profanación de algo sagrado que una mujer borracha. La llamada “doble norma moral” que no existe y que carece de base ética, realmente se basa en el inconsciente impulso del hombre a considerar a la mujer como defensora y conservadora de los ideales, aun cuando él mismo fracase en vivir de acuerdo a ellos.

Nunca podrá haber un donante sin un don. Esto sugiere la cuarta diferencia. El hombre es generalmente el donante; la mujer el don. El hombre *tiene*; la mujer *es*. El hombre tiene sentimiento; la mujer es sentimiento. El hombre teme morir; la mujer está temerosa de no vivir. Ella no es feliz a menos que efectúe la doble donación: primero de ella misma al hombre, luego de ella misma a la posteridad en forma de hijos. Esta cualidad de inmolación, a causa de que involucra la totalidad del propio ser, hace que una mujer aparezca menos heroica que el hombre. Este concentra sus pasiones de amor en dos grandes puntos focales. Cuando hay un súbito estallido de amor, lo mismo que en una batalla, es coronado héroe; inmediatamente la mujer, sin embargo, identifica al amor con la existencia y distribuye la ofrenda de sí misma mediante la vida. A causa de la multiplicación de sus sacrificios parece ella tener menos de héroe, su distribución diaria de energías vitales al servicio de los demás, hace que ninguno de sus actos resalte extraordinariamente. Puede ser que la mujer sea capaz de mayores sacrificios que el hombre, no sólo porque ella misma es don, o lo mismo que entrega, sino también porque el ver los objetivos más bien que los medios, y los destinos a venir más bien que el presente, avizora la perla de gran valor en cuyas aras está bien sacrificar intereses menores.

Estas diferencias no son opuestos irreconciliables, más bien son cualidades complementarias. Adán necesitó acompañante y Eva fue creada: “Carne de su carne y hueso de sus huesos.” Las diferencias funcionales correspondieron con ciertas diferencias psíquicas y de carácter, que hicieron el cuerpo del uno en relación al otro como el violín y el arco, y el espíritu del uno al otro como el poema y el metro.

No existe problema tal como “¿cuál de los dos tiene mayor valor?”, porque en la Escritura el esposo y la esposa están relacionados, uno a otro, como Cristo y su Iglesia. La Encarnación significó que Cristo tomara para Sí una naturaleza humana como esposa, sufriendo Él y sacrificándose por ella, a fin de que fuera santa y sin mancha; así, el marido y la mujer están ligados en una unión indisoluble excepto por la muerte. Pero hay un problema puramente relativo, a saber: *¿Quién se mantiene mejor en una crisis, el hombre o la mujer?* Se puede discutir esto en una serie de crisis históricas, pero sin llegar a una decisión. El mejor modo para arribar a una conclusión es ir a la máxima crisis que jamás haya enfrentado el mundo, o sea: la Crucifixión de Nuestro Divino Salvador. Cuando llegamos a este grandioso drama del Calvario, hay en él un hecho que resalta muy claramente: *los hombres fracasaron*, fallaron. Judas, que había comido en

la mesa del Salvador, levantó su mano contra Él, lo vendió por treinta monedas de plata y luego manchó sus Divinos Labios con un beso traidor, sugiriendo así que todas las traiciones contra la Divinidad son tan terribles que deben ser precedidas por alguna señal de estima y afecto; Pilatos, el típico político subordinado a su tiempo, temeroso de incurrir en el odio contra su gobierno si liberaba a un hombre del cual ya había admitido que era inocente, lo sentenció a muerte; Anás y Caifás recurrieron a ilegales juzgamientos nocturnos y a falsos testigos, y rasgaron sus vestiduras como si se escandalizaran ante su Divinidad; los tres Apóstoles elegidos, que habían sido testigos de la Transfiguración y que, por tanto, deberían estar suficientemente robustecidos como para soportar el escándalo de ver herido al Pastor, durmieron en el momento de mayor tensión y necesidad de su vigilia, porque estaban despreocupados y tranquilos; durante el camino hacia el Calvario, un extraño, interesado solamente por el drama de un hombre que marchaba a la ejecución, fue obligado y forzado a ayudarlo a llevar la Cruz. Y una vez en el Calvario mismo tan sólo está presente uno de los Apóstoles, Juan y aun es dado preguntar si hubiera permanecido a no ser por la presencia de la Madre de Jesús.

Por el otro extremo, no se da un solo caso de que una mujer lo abandonara. Durante el juicio, la única voz que se alza en su defensa es la voz de una mujer. Desafiando la ira de los funcionarios de la corte llega al lugar del juicio y aboga ante su esposo, Poncio Pilatos, para que no condene al “hombre justo”; durante el camino al Calvario, aunque es un hombre el forzado a prestarle ayuda al Condenado, son las piadosas mujeres de Jerusalén las que, sin hacer caso de las burlas de los soldados y curiosos, consuelan al Mártir con palabras de compasión; una de ellas limpia su Faz con un velo, y desde entonces lleva el nombre de Verónica, que significa “fiel imagen”, porque la faz del Salvador quedó impresa en su velo; una vez en el Calvario están presentes tres mujeres, y el nombre de las tres es María: María de Magdalena, siempre a sus Pies y que estará otra vez en la mañana de Pascua; María Cleofás, la madre de Santiago y de Juan, y María, la Madre de Jesús, los tres tipos del alma que se hallarán siempre junto a la Cruz de Cristo; penitencia, maternidad y virginidad.

Esa fue la máxima crisis que jamás haya presenciado la tierra, y las mujeres no desfallecieron ni fallaron. ¿No será ésta la clave para la crisis de nuestra hora? Hasta el momento son los hombres quienes han estado gobernando el mundo, y el mundo pasa de un colapso a otro; las mismas cualidades en las que aparentemente el hombre más se destaca, son las que ahora se están evaporando. La primera de estas peculiares potencias, la

razón, está siendo gradualmente abdicada, a medida que la filosofía rechaza los principios primeros, a medida que la ley ignora a la Razón Eterna como respaldo de todas las ordenanzas y legislaciones, y que la psicología sustituye por la razón a los sombríos y cavernosos instintos de la *libido* subterránea. La segunda de esas potencias, el *gobierno*, se desvanece gradualmente, a medida que la democracia se convierte en *aritmocracia* por cuanto los números y votos deciden qué es justo y qué es injusto, qué está bien y qué está mal, y a medida que el *pueblo*, la gente, degenera en *masas* dejando de ser personas autodeterminadas, se despojan de personalidad, no siendo más que grupos o montones movidos por fuerzas de propaganda extrañas y ajenas. La tercera/ de sus potencialidades: *la dedicación a lo temporal y a lo material*, ha llegado a pervertirse tanto, que lo material, en forma de un átomo, es utilizado para aniquilar al ser humano, e inclusive para reducir al mundo a un extremo en que el tiempo mismo pueda cesar en la disolución del mundo como “se desvanece un fuego sin consistencia”. Su cuarto atributo, el de ser el *dador*, se ha convertido en ser el *recibidor* o tomador a causa de su olvido de Dios; partiendo de que este mundo es todo, llega, a la conclusión de que debe usufructuarlo al máximo antes de morir como un animal.

Esto no significa que la mujer haya conservado sus cualidades de alma sin mancha ni sombra alguna; ella será la primera en admitir que también ha fallado en vivir de acuerdo a sus ideales. Cuando el arco está roto el violín no puede irradiar sus armonías ni hacer vibrar sus cuerdas. La mujer ha estado insistiendo en la “igualdad” con el hombre, no ya en el sentido espiritual sino en cuanto al derecho a ser *competidora* con él en el campo económico. Admitiendo entonces sólo una diferencia, o sea: la procreación de la especie, que a menudo es ahogada por razones económicas o de otra índole, ya no recibe ni menor ni mayor respeto y consideración de su “igual”, el hombre. Este ya no le cede un asiento en el sobrecargado tranvía; puesto que es su igual para realizar los trabajos del hombre, no hay razón por la que no pueda convertirse en amazona y luchar como el hombre en las guerras y ser bombardeada con él en Nagasaki. La guerra totalitaria, que no hace distinción entre combatiente y civil, entre soldado y madre, es una consecuencia directa de una filosofía en la que la mujer abdicó de su específica superioridad e incluso del derecho de protestar contra la desmoralización. No es esto condenar el lugar de la mujer en la vida económica, pero sí condenar el fracaso de vivir a la altura de aquellas funciones *creativas e inspiradoras* que son específicamente femeninas.

En estos tiempos de perturbación debe recurrirse a prestar oídos a una Mujer. En la crisis de la caída del hombre fue a una Mujer y a su descendencia a la que Dios prometió la salvación de la catástrofe, en la crisis de un mundo en que muchos, favorecidos con la Revelación, olvidaron a la misma, y los Gentiles abandonaron a la Razón, fue a una Mujer a quien se envió un Angel a ofrecerle el cumplimiento de la promesa de que la simiente sería el Verbo hecho Carne: Nuestro Divino Señor y Salvador Jesucristo. Es un hecho histórico, que, todas cuantas veces el mundo se ha hallado en situación de colapso, ha habido un énfasis, una mayor acentuación de la devoción a la Mujer, la que no es la salvación, pero sí la que la procura llevando a sus hijos nuevamente a Cristo.

Lo que es todavía más importante, el mundo necesita antes que nada la restauración de la *imagen del hombre*. La política moderna, desde el Capitalismo Monopolista, pasando por el Socialismo hasta el Comunismo, es la destrucción de la imagen del hombre. El Capitalismo hizo del hombre una “mano”, cuya misión era producir riqueza para el empleador; el Comunismo hizo del hombre un “instrumento”, carente de alma, carente de libertad, sin derechos, cuya misión era la de hacer dinero para el Estado. Desde el punto de vista económico, el Comunismo es Capitalismo corrompido, putrefacto. El Freudismo redujo la Divina imagen del hombre a un órgano sexual, lo que explica sus procesos mentales, sus “tabús”, su religión, su Dios y su Super-ego. La educación moderna negó, primeramente, que tuviera un alma, luego que tuviera una mente y por fin que tuviera conciencia.

El máximo problema del mundo es la restauración de la *imagen del hombre*. Cada vez que viene un niño al mundo hay una restauración de la *imagen humana*, pero sólo desde el punto de vista *físico*. La cesación de la tragedia puede proceder tan sólo de la restauración de la imagen *espiritual* del hombre, como creatura hecha a imagen y semejanza de Dios y destinada un día a ser, mediante la voluntad humana cooperando con la gracia de Dios, hijo de Dios y heredero del Reino de los Cielos. La imagen del hombre que fue primeramente arruinada en la rebelión contra Dios en el Edén, fue restaurada cuando la Mujer dio a luz a un Hombre, hombre perfecto sin pecado, pero hombre personalmente, unido a Dios. Fue el modelo de la nueva raza de hombres que se llamarían Cristianos. Si la imagen del hombre fue restaurada por medio de una Mujer al comienzo, entonces, ¿no se llamará nuevamente a la Mujer, por obra de la Misericordia de Dios, a fin de que volvamos otra vez al modelo original?

Esta podría ser la razón de las frecuentes revelaciones de la Santísima Madre en los tiempos modernos: Lourdes, Fátima. La Salette. La misma actividad moderna de la mujer en la vida política, económica y social, que se observa en todo el mundo, sugiere que ese mismo mundo necesita una continuidad que solamente ella puede brindar, pues, aun cuando el hombre está relacionado más próximamente a las cosas, ella es la protectora y defensora de la vida. No puede la mujer ver un perro que camina herido, una flor que muere en un vaso, sin que su corazón, su mente y su alma se conmuevan y busque el remedio, como si testimoniara así que fue designada por Dios para ser guardiana y custodia de la vida. Aunque la literatura contemporánea la asocie con la frivolidad y la seducción, sus instintos hallan tranquilidad tan sólo en la preservación de la vitalidad. Su mismo cuerpo la dedica al drama de la existencia, y la liga en cierto modo con el ritmo del cosmos. En sus brazos la vida ejerce el primer aliento y también en sus brazos es donde la vida espera morir. La palabra más frecuentemente proferida por los soldados cuando agonizan en los campos de batalla, es: “Madre”. La mujer con sus hijos implica “estar en el hogar”, y el hombre está “en el hogar” cuando se encuentra con ella.

La mujer restaura la imagen *física*, pero es la imagen *espiritual* la que debe ser restaurada, tanto en el hombre como en la mujer. Esto puede ser hecho por la *Eternal Femenina*, la mujer que es bonita por entre todas las mujeres. A través de los siglos ha estado diciendo la mujer: “Mi hora no ha llegado aun”, pero ahora: “La hora ha llegado.” La humanidad hallará su camino de retorno a Dios por medio de la Mujer que recogerá y restaurará los rotos fragmentos de la imagen. Y esto lo hará de tres modos.

Restaurando la constancia en el amor. Hoy en día el amor es inconstante, mudable, aun cuando se entiende que ha de ser permanente. El amor tiene únicamente dos palabras en su vocabulario: “Tú” y “Siempre”. La palabra “Tú” porque el amor es único; la palabra “Siempre” porque el amor es duradero, perseverante. Nunca dice el amor: “Te amaré por espacio de dos años y seis días.” El divorcio es inconstancia, infidelidad, temporalidad, la fragmentación del corazón. Pero, ¿cómo retomará la constancia sino por medio de la mujer? El amor de la mujer es menos egoísta, menos efímero que el del hombre. Este tiene que luchar para ser monógamo; la mujer, en cambio, considera la monogamia como sobreentendida. Porque toda mujer promete sólo aquello que Dios puede dar; el hombre está dispuesto a buscar lo Infinito en una multiplicación de lo finito. La mujer, por el contrario, es más delicada y más fiel a aquél al que ama en términos humanos. Pero muy frecuentemente la mujer

moderna falla en dar ejemplo de esa constancia, ya sea dejando que su amor degenera en una posesión celosa o aprendiendo la infidelidad de las cortes judiciales o de los psiquiatras. Es necesario el recuerdo de *La Mujer* cuyo amor fue constante, cuyo *Fiat* para la unión física con el amor en la Anunciación se convirtió en celestial unión con él en la Asunción. La Mujer que conduce a las almas todas a Cristo, y que atrae tan sólo para “traicionar” dichas almas entregándolas a su Divino Hijo, Ella enseñará a los amadores, que: “Lo que Dios ha juntado, no lo separe el hombre.”

Restaurando el respeto por la personalidad. El hombre habla generalmente de cosas; la mujer habla generalmente de personas. Puesto que el primero está hecho para “controlar” la naturaleza y gobernar en ella, su principal preocupación versa acerca de *algo*. La mujer está más próxima a la vida y a su prolongación; su vida se centra más en la personalidad. Inclusive cuando desciende de las elevaciones femeninas más notables, sus comentarios y críticas versan acerca de personas. Puesto que el conjunto del mundo presente, político y económico, está orientado hacia la destrucción de la personalidad, Dios en su Misericordia está induciendo una vez más a *La Mujer* a “hacer un hombre”, a rehacer la personalidad. El resurgimiento de la devoción a María en este siglo XX, es el medio de Dios para apartar al mundo de la primacía de lo económico hacia la primacía de lo humano; de las cosas a la vida y de las máquinas a los seres humanos. La alabanza de aquella humilde mujer que estaba entre la multitud oyendo a Nuestro Señor cuando predicaba: “¡Bendito el vientre que te llevó y los senos que te amamantaron!” (Luc., XI, 27), fue típicamente femenina; y la respuesta de Nuestro Señor fue igualmente significativa: “Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica” (Id., XI, 28). Así pues, esto es lo que hace la devoción a María en tan turbados tiempos; restaura la personalidad inspirando a poner en práctica la Palabra de Dios.

Infundiendo la virtud de la Pureza en las almas. El hombre enseña a la mujer el placer, la mujer enseña al hombre la conciencia. El hombre es el torrente impetuoso que tiende a producir la cascada; la mujer es el señuelo que lo contiene dentro de los debidos límites. El placer es el cebo empleado por Dios para inducir a las creaturas a cumplir sus instintos infundidos desde lo alto, placer en la comida, por causa de la conservación del individuo, placer en la unión de ambos con la finalidad de la conservación de la especie. Pero Dios puso un límite a cada uno para prevenir una desordenada irrupción. En el primer caso es la saciedad, que procede de la naturaleza misma y limita el placer de comer; en el segundo

es la mujer, que raramente confunde el placer de la unión con la santidad del matrimonio. Durante la debilidad de la naturaleza humana la libertad del hombre puede degenerar en licencia, infidelidad y promiscuidad, así como el amor de la mujer puede decaer en tiranía, posesión y celos insanos.

Desde el abandono del concepto cristiano del matrimonio, tanto el hombre como la mujer han olvidado su misión. La pureza ha llegado a ser identificada con la represión, en lugar de ser vista tal cual es en la realidad: la reverencia por preservar un misterio de creatividad hasta que Dios sancione el uso de ese poder. Mientras el hombre sale de sí en su placer, la pureza femenina se conserva interiormente, canalizada e incluso autoposecionada, como si un gran secreto hubiera de ser atesorado y oculto en el corazón. No existe conflicto entre pureza y placer carnal en las uniones bendecidas, porque el deseo, el placer y la pureza; cada uno tiene su lugar.

Puesto que hoy en día la mujer ha fracasado en contener al hombre, hemos de recurrir a La Mujer para que restaure la pureza. La Iglesia ha proclamado dos dogmas de pureza en La Mujer. Uno, la pureza de alma en la Inmaculada Concepción; otro la pureza de cuerpo en la Asunción. La pureza no es glorificada como ignorancia, pues cuando fue anunciada a María la Concepción Virginal, ella dijo: “No conozco varón.” Esto significaba no sólo que Elia no estaba adoctrinada en los placeres, implicaba también que de tal modo había adentrado en su corazón que era virgen, mediante la *ausencia de varón* y mediante la *Presencia de Dios*. El mundo jamás ha conocido inspiración mayor a la pureza que *La Mujer*, cuya vida fue tan pura que Dios la eligió como Madre. Pero Ella comprende también la fragilidad humana, y está dispuesta a levantar a las almas del fango llevándolas a la paz, del mismo modo que en la Cruz eligió como compañera a la pecadora convertida, Magdalena. A través de los siglos todos María enseña a los que se casan para ser amados que deben casarse para amar; a los no casados les incita a mantener el secreto de la pureza hasta su anunciación, cuando Dios les envíe un compañero; a los que en el amor carnal permiten que el cuerpo anegue al alma, les incita a que sea el alma la que envuelva al cuerpo. Y en este siglo XX, con su Freud y su sexo, incita al hombre a hacerse nuevamente a imagen y semejanza de Dios mediante Ella misma como La Mujer, mientras Ella, a su vez, con “traidora fidelidad y leales engaños” nos entrega a Cristo, Quien a su vez nos presenta al Padre para que Dios sea todo en todos.

Capítulo decimotercero

LAS SIETE LEYES DEL AMOR

En la Sagrada Escritura la Santísima Virgen aparece hablando tan solo siete veces. Esas siete expresiones pueden ser utilizadas para explicar las siete leyes del amor.

1. — *El amor es una Elección.* Todo acto de amor es una afirmación, una preferencia, una decisión. Pero es también una negación. “Yo *te* amo” significa que yo no amo a *otra*, a una tercera. Porque el amor es una elección que implica desasimiento de una modalidad anterior de vida, una ruptura con viejos lazos. De ahí lo dispuesto en el Antiguo Testamento: “Por lo tanto, el hombre dejará a su padre, a su madre, y se unirá a su esposa (Gen., II, 24). Juntamente con esos desprendimientos hay también un profundo sentido de apego al ser amado. El deseo en uno es correspondido con la disposición de la otra parte. El amor del noviazgo nunca pregunta por qué se ama. La única cuestión que se plantea, es: “¿Cómo?”; el amor nunca está libre de dificultades: “¿Cómo viviremos? ¿Cómo podremos sostenemos?”

Dios ama al hombre inclusive en su pecado, pero no se entrometerá en la naturaleza humana con Su Amor. Así, cortejó a Una de las creaturas para que se apartara, mediante un acto de su voluntad, de la humanidad pecadora, y se uniera a Él tan íntimamente que llegara a proporcionarle una naturaleza humana con la que pudiera comenzar la nueva humanidad. La primera mujer hizo una elección que trajo la ruina; la Nueva Mujer es requerida a hacer una elección por la restauración del hombre. Pero en ese derrotero se alzaba una dificultad: “¿Cómo será esto, pues no conozco varón?” Mas, puesto que es el Amor Divino el que solicita, el mismo Amor

Divino ofrendará los medios para adquirir cuerpo humano: El que nacerá de Ella será concebido por el Amor del Espíritu de Dios.

2. — *La elección concluye en la identificación con el amado.* Todo amor ansia unidad, el aprovisionamiento de la carencia propia en el haber del ser amado. Una vez que la voluntad hace la elección, se sigue la entrega, porque la libertad es nuestra solamente para darla. “Mi voluntad es mía para hacerla tuya”, es una frase que se halla en los labios de todo enamorado. La libertad existe para la dulce esclavitud del amor. Todo amor es paso de la potencia al acto, de la elección a la posesión, del deseo a la unidad, del noviazgo al matrimonio. Desde un comienzo el amor fue hablado como haciendo del hombre y la mujer “dos en una sola carne”. Un alma pasa a la otra alma, y el cuerpo sigue al alma en esa unidad en cuanto puede realizarlo. La diferencia entre la prostitución y el amor es que en la primera se realiza el ofrecimiento del cuerpo sin el alma. El amor verdadero exige que la voluntad de amar preceda al acto de la posesión.

Después que Dios cortejó el alma de una Creatura y le pidió que le proporcionara una naturaleza humana, y después que todas las dificultades de cómo su virginidad podía ser preservada, fueron solucionadas, llegó el gran acto de la entrega. *Fiat*, “Hágase en Mí...”, entrega, sometimiento, y la celebración de las Nupcias Divinas. En otro sentido diverso, hubo dos en una sola carne: las naturalezas Divina y Humana de la Persona de Cristo vivieron en el Seno de María. Dios y el hombre hechos Uno. En ninguna persona de este mundo hubo jamás tal unidad de Dios y el hombre como lo experimentó María dentro de sí durante los nueve meses en que llevó a Aquél a quien los Cielos no pueden contener. Ella, que ya era uno con Él en la mente, lo fue entonces también en Cuerpo, cuando el Amor logró su excelsitud al ser Madre del Verbo.

3. — *El amor requiere una constante desegotización.* Para el amor es fácil considerar al ser amado como garantizado y asumir como base que, libremente ofrecido por toda la vida no necesita ser reembolsado. Pero el amor puede ser tratado, ya como una cosa antigua que no necesita cuidado, o como una flor que precisa riego y atención. Puede llegar a ser tan posesivo que difícilmente llegue a tener conciencia de los derechos de los demás; a menos que degenera en un mutuo intercambio de egotismos, debe haber una constante salida a los demás, una exteriorización, una creciente búsqueda en pro de la formación de un “nosotros”. El amor de Dios es inseparable del amor del prójimo. Las palabras de amor deben ser traducidas en la acción, y deben ir más allá de los simples límites del hogar. La necesidad del prójimo puede llegar a ser tan imperativa que hasta puede

ser preciso sacrificar el propio bienestar por los demás. El amor que no se expande al prójimo *muere de su propio exceso*.

María obedece esta tercera ley del amor, inclusive durante su preñez, visitando a una vecina, a una anciana que también tiene un hijo en su seno, desde hace seis meses. A partir de ese día nadie que se jacte de su amor a Dios puede reclamar exención de la ley de amor al prójimo. María se apresura —*María festinans*— a cruzar las montañas para visitar a su prima Isabel. Durante esa Visitación está presente en un nacimiento, así como más adelante asistirá a una boda en Caná y a una muerte en el Calvario, los tres momentos máximos en la vida del prójimo. Ahora bien: apenas la visita un Angel cuando ya hace una visita a una mujer que la necesita. Una mujer es ayudada mejor por otra mujer, y la Mujer que lleva al Amor Divino dentro de sí difunde tal encanto sobre la otra ya embarazada, que Juan el Bautista salta de gozo en el vientre de la madre. El portar a Cristo es inseparable del servicio de Cristo. Dios Hijo ha venido a María no sólo por causa de Ella, sino por todo el mundo. El amor es social o deja de ser amor.

4. — *El amor es inseparable del gozo*. La alegría máxima de una mujer es cuando trae un hijo al mundo. La alegría del padre es cambiar una mujer en madre. El amor no puede durar sin alegrías, aun cuando éstas son dadas, a veces, como pagos anticipados de futuras responsabilidades. El gozo del amor se dirige en dos direcciones: una horizontal, mediante la ampliación del amor en la familia; la otra vertical, una ascensión a Dios con acción de gracias porque Él es la fuente de todo amor. El mísero es devorado por su oro; el santo por su Dios.

En los momentos de éxtasis los amantes se preguntan dónde concluirá su amor. ¿Correrá como pequeñas gotas de lluvia sobre las arenas del desierto, sin gozo alguno, o fluirá como río hacia el mar volviendo nuevamente a Dios? El amor debe buscar una explicación para sus éxtasis y alegrías, y pregunta: “Si la chispa de amor es tan grande, ¿cómo será la llama?”

Cuando el éxtasis del amor procede de Dios, es completamente natural que sus goces se manifiesten en un canto, como sucede en el *Magnificat* de María. De un modo o de otro sabe Ella que su Amor tendría una feliz conclusión aun cuando deba haber revoluciones que destronarían a los poderosos y harán caer a los orgullosos. Esta Reina del Canto entona ahora una canción diversa de todas las canciones de las demás madres. Estas cantan sin excepción a sus bebés, pero he aquí una Madre que canta antes de que su Hijo haya nacido. Dice solamente un *Fiat* al Angel, nada

dice a José, pero entona un verso tras otro, una canción entera a Dios, Quien se dignó mirar la humildad de su Sierva. Así como el niño saltó en el seno de Isabel, así la canción saltó a los labios de María, porque si un corazón humano puede estremecerse tanto hasta el éxtasis, ¡qué gozo experimentaría Ella, estando enamorada del Grandioso Corazón de Dios!

5. — *El amor es inseparable del sufrimiento.* Puesto que el amor, que exige lo eternal para satisfacerse, es condicionado por el tiempo, siempre conocerá algún descontento e inadecuación. Pruebas, desconciertos, y hasta los cambios y variedad de ritmos del amor, exigen esfuerzos hasta del más consagrado y devoto amante. Incluso cuando el amor es más intenso, frecuentemente hace que el amante se repliegue en sí mismo y tenga conciencia de que a pesar de su deseo de ser uno con el ser amado, aun es distinto de él y está separado. En esta vida hay un límite a la posesión total del otro ser. Todo matrimonio promete lo que sólo Dios puede dar. Los santos experimentan la Noche Oscura del alma, pero todos los amantes sienten la Noche Oscura del cuerpo.

Si María ha de sentir el sufrimiento del amor, debe padecer la separación del Ser Amado que sobreviene durante los tres días en que estuvo extraviado, lejos de Ella y de José. A pesar de su voluntad y anhelo de ser un solo ser con el amor de Cristo, se produce una separación, un extrañamiento, hasta un cambio de conducta cuando pregunta: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?”, “¿No sabías que te hemos buscado con dolor?” El curso del verdadero amor nunca fluye suavemente. Ni siquiera el amor más espiritual se ve libre de que se ha perdido la Presencia Divina. En los seres humanos, la sobreabundancia de amor a veces destruye al amor, de modo tal que después de un tiempo el amor se convierte en un deber. En el Amor Divino, la riqueza de la Divinidad y su sobreabundancia crean una necesidad, de modo tal que la ausencia de Dios, aunque no sea más que por tres días, causa al alma la máxima agonía que pueda soportar en este valle de lágrimas.

6. — *Todo amor, antes de ascender a un nivel superior, debe, morir a un nivel inferior.* No hay llanuras ni permanencias estables en el reino del amor; se está ascendiendo o descendiendo. No hay tampoco certeza de éxtasis creciente. Si no se produce purificación, el fuego de la pasión se convierte en titilar de sentimiento, y finalmente en las cenizas, tan sólo, del hábito o costumbre. Nadie puede estar sediento al borde de una fuente. No hay tal cosa como amar demasiado; o se ama locamente o demasiado poco. Algunos, en su saciedad, se preguntan si el amor mismo es una burla y una decepción. La verdad es que la ley del amor debe obrar siempre: el amor

que no crece, perece. Los goces y los éxtasis, a menos que sean renovados por el sacrificio, se convierten en simples amistades. La mediocridad es el castigo de todos aquéllos que se niegan a adicionar sacrificio a su amor, preparándolo así para horizontes más amplios y para cumbres más elevadas.

En las Bodas de Caná, María tuvo la oportunidad de guardar el amor de su Hijo solamente para sí. Tenía a su arbitrio la elección de continuar siendo tan sólo la Madre de Jesús. Pero, sabía que era su deber no conservar aquel amor únicamente para sí, bajo pena de no disfrutar de él en su máxima plenitud. Sí ahorraba a Jesús para los demás, lo perdería. De modo que le requirió que obrara su primer milagro, comenzando su Vida Pública y anticipando la HORA... y esto significaba la Pasión y la Muerte. En aquel momento, cuando pidió que cambiara el agua en vino, murió al amor de Jesús como su Hijo, y comenzó a ascender al más elevado amor por todos aquéllos a los que Jesús redimiría cuando muriera en la Cruz. Caná fue la muerte de la relación Madre Hijo, y comienzo del más elevado amor involucrado en la relación Madre-humanidad redimida por Cristo. Y al dar a su Hijo para el mundo, eventualmente lo recuperó, incluso en la Asunción y en la Coronación.

7. — *La finalidad de todo amor humano es hacer la Voluntad de Dios.* Hasta el más frívolo habla del amor con expresiones de eternidad. El amor es sin tiempo. A medida que se desarrolla el amor verdadero, hay al comienzo dos amores que se miran uno a otro, buscando poseerse uno a otro. A medida que progresan, los dos, en lugar de buscarse mutuamente, buscan un objetivo externo a ambos. Los dos desarrollan una pasión por la unidad fuera de ellos mismos, es decir: en Dios. Esta es la razón por la que, cuando madura el puro amor cristiano, el marido y la esposa se vuelven más y más religiosos pasando el tiempo. Al principio la felicidad consistía en hacer la voluntad del otro; luego en hacer la Voluntad de Dios. El verdadero amor es un acto religioso. Si yo te amo como Dios quiere que te ame, estamos en la más elevada expresión de amor.

Las últimas palabras de María que aparecen consignadas en las Sagradas Escrituras, fueron de total abandono a la Voluntad de Dios: “Cualquiera cosa que os diga, hacedla. Como lo dijera Dante: “En Su Voluntad se halla nuestra paz.” El amor no tiene otro destino que obedecer a Cristo. Nuestras voluntades son nuestras sólo para ser dadas. El corazón humano se ve estrujado entre una sensación de vacío y una necesidad de ser saturado, como las vasijas de Caná. El vacío procede de que somos seres humanos. El poder de saturación pertenece solamente a Aquél que

ordenó que se llenaran las vasijas. Para que un corazón no deje de ser colmado, está la disposición de María: “Cualquiera cosa que os diga, hacedla.” El corazón tiene necesidad de vacío y necesidad de ser llenado. El poder de hacer vacío es humano —vacío en el amor de los demás—, el poder de saturación pertenece solamente a Dios. De ahí que todo amor perfecto debe concluir en esta frase: “No se haga mi voluntad, ¡oh Señor, sino la tuya!”

Capítulo decimocuarto

VIRGINIDAD Y AMOR

Cuando el mundo se entera de una joven que ingresa en una orden o congregación religiosa, inmediatamente pregunta: “¿Se vio decepcionada en algún amor?” Así se preguntan los que viven de acuerdo a lo que Nuestro Señor llamó “espíritu del mundo.” La mejor respuesta para tan hueca suposición es: “¡Sí!, pero no fue el amor de un hombre lo que la decepcionó, sino el amor del mundo.” En realidad, esa joven ingresa en la vida religiosa porque se ha enamorado, se ha enamorado del Amor mismo que es Dios. Esa joven ingresa en la vida religiosa de acuerdo al espíritu de Cristo, Quien dijo: “Como no sois del mundo, sino que os entresaque Yo del mundo, por eso el mundo os aborrece” (Juan, XV, 19). El mundo comprende que se pueda amar las chispas, pero no comprende por qué se ha de amar a la Llama. Es comprensible para ese mundo que se ame a la carne que decae y muere, pero le resulta incomprensible que se ame “con pasión desapasionada y con ardorosa tranquilidad” al Amor que es Eterno.

Nadie que conozca la verdadera filosofía del amor, se sentirá confundido ante tan noble enamoramiento. Hay tres estadios de amor, y pocos son los que llegan al tercero. El primero es amor *digestivo*, el segundo *democrático* y el tercero el *sacrificial*. El amor *digestivo* se centra en la persona a la que se ama; asimila a las personas como el estómago asimila el alimento, utilizándolas como medios, ya para su placer o para su utilidad. El amor meramente físico o sexual, es digestivo; adula a la otra persona teniendo por mira su posesión, así como el campesino engorda a sus animales con vistas a venderlos en el mercado. Los regalos y dones que adelanta son tan sólo “cebos”, empleados como caballos de Troya para conquistar a la otra persona hasta que llegue el momento de devorarla. Los matrimonios que duran solamente unos pocos años, concluyendo en

divorcios y nuevos matrimonios, se han basado en un amor puramente orgánico y glandular. Ese amor es un Molok que devora a sus víctimas. Si los participantes sobreviven a la digestión, se da de baja a los restos con las melancólicas palabras: “Ya no estamos enamorados, pero aun somos buenos amigos.”

Más elevado que el digestivo es el amor *democrático*, en el que hay devoción recíproca basada en el honor natural, en la justicia, en los gustos comunes y en un sentimiento de decencia. La otra persona es tratada con adecuado respeto y dignidad. Este estadio merece el nombre de amor, sustantivo que no corresponde al anterior.

Superándolos y por encima de ambos está el amor que podríamos llamar sacro o *sacrificial*, en el cual el que ama se sacrifica a sí mismo por el ser amado, se considera libre al máximo cuando es “esclavo” del ser objeto de su amor, y hasta desea inmolar su propio ser a fin de que el otro sea glorificado. Gustavo Thibon describe hermosamente estos tres amores. Los denomina Indiferencia, Desapego, Apego.

Indiferencia: En cuanto a mí se refiere, tú no existes.

Desapego: Tú existes, pero esa existencia se basa en nuestras relaciones recíprocas. Existes en la medida en que te posea; en el momento en que disponga de ti, ya no existirás más.

Apego: Existes para mí y absolutamente independiente por completo de mis relaciones personales contigo y más allá de cualquiera cosa que pudieras hacer por mí. Te adoro como un reflejo de la Divinidad que nunca puede ser quitada de mí. No tengo necesidad de poseerte a fin de que tengas existencia para mí.

La virginidad consagrada por voto es la forma más elevada del amor *sacro o sacrificial*; nada busca por sí mismo, sino solamente la voluntad del ser amado. Los paganos reverenciaban a la virginidad, pero la consideraban como posibilidad casi exclusivamente de la mujer, porque la pureza era vista tan solo en sus efectos mecánicos y físicos. El cristianismo por el contrario, mira a la virginidad como un sometimiento del sexo y del amor humano por Dios.

El mundo comete el error de dar por firme que la virginidad es opuesta al amor, así como la pobreza es opuesta a la riqueza. Más bien, la virginidad se relaciona al amor como la instrucción universitaria a la primaria. La virginidad es la cumbre excelsa del amor, el pico más elevado, siendo el matrimonio una mediana colina de él. A causa de que la virginidad se asocia frecuentemente con el ascetismo y la penitencia, se

piensa que sólo implica *renunciar* a algo. La verdad es que el ascetismo es tan sólo el cerco que rodea al jardín de la virginidad. Siempre debe haber *una guardia* custodiando las joyas de la Corona de Inglaterra, no porque Inglaterra guste que haya soldados allí sino porque son necesarios para la protección de las joyas. Así cuanto más precioso es el amor, mayores deben ser las precauciones para conservarlo. Puesto que ningún amor es más precioso que el del alma enamorada de Dios, esa alma debe estar siempre en guardia contra las fieras que asaltarían sus verdes praderas. Las rejas que rodean al Monasterio Carmelitano no han sido puestas para retener a las hermanas, sino para mantener alejado al mundo.

También el amor matrimonial tiene sus momentos de renunciamiento, ya sean dictados por la naturaleza o por la ausencia del ser amado. Si la naturaleza impone sacrificios y ascetismo en el amor matrimonial, y forzadamente, ¿por qué no podría la gracia sugerir libremente un amor virginal? Lo que se hace por las exigencias del tiempo en el primero de los casos, en el segundo se hace por las exigencias de la eternidad. Todo acto de amor es un compromiso para el futuro, pero el voto de ser virgen se centra más en la eternidad que en el tiempo.

Así como la virginidad no es lo opuesto al amor, tampoco es lo opuesto a la generación. La bendición cristiana dada a la virginidad no abroga la orden del Génesis: “creced y multiplicaos”, porque también la virginidad tiene su generación. La consagración de la virginidad de María fue única en cuanto resultó en una generación física: el Verbo hecho Carne, pero, además, brindó la norma y ejemplo de la generación espiritual, porque engendró la Vida de Cristo. De un modo similar, el amor virginal no debe ser cerrado, sino que, como Pablo, debe decir: “Os he engendrado como hijos queridísimos en Cristo”. Cuando la mujer que se hallaba entre la multitud alabó a la Madre de Nuestro Señor, Este contestó alabando la maternidad espiritual, y dijo que quien hiciera la Voluntad de su Padre, era la madre de El; la relación fue elevada del nivel de la carne al espíritu. Engendrar un cuerpo es algo bendito; salvar un alma es aún más bendito y sagrado, porque tal es la Voluntad del Padre. De este modo una idea puede transformar una función vital, no ya condenándola a la esterilidad, sino elevándola a una nueva fecundidad del espíritu. Por lo tanto, parecería estar implicada en toda virginidad la necesidad del apostolado y de engendrar almas para Cristo. Dios, que condenó al hombre que ocultó su talento hundiéndolo en la tierra, ciertamente tendrá en menos a los que profesan estar en amor con El y sin embargo no demuestran nueva vida, no se esfuerzan por obtener conversiones o salvar almas mediante la actividad

o la contemplación. El “control de nacimientos”, ya sea puesto en práctica por esposos o por un ser virgen consagrado a Cristo, es reprobable. En el Día del Juicio Dios hará a los esposos y a los vírgenes la misma pregunta: “¿Dónde están tus hijos?”, “¿Dónde están los frutos de vuestro amor, las antorchas que debieron ser encendidas por los fuegos de vuestra pasión?” La virginidad está destinada a la generación tanto como lo está el amor matrimonial; de lo contrario, la Virgen Modelo no hubiera sido la madre de Cristo, dando ejemplo a los demás para ser madres y padres de cristianos. Tan sólo el amor puede lograr victoria sobre el amor; solamente el alma enamorada de Dios puede superar el cuerpo-alma enamorado de otro cuerpo-alma.

Hay una relación intrínseca entre virginidad e inteligencia. No hay duda de que, como dice San Pablo. “la carne milita contra el espíritu”. El individuo loco por el sexo siempre se halla bajo la necesidad psicológica de “racionalizar” su conducta que es tan obviamente contraria a los dictados de la conciencia. Pero esta tendencia psíquica a “justificarse a sí mismo” haciendo un credo que convenga y se adapte al propio conductismo inmoral, destruye necesariamente la razón. Además, la pasión perjudica a la razón, aun cuando no cite a Freud para justificar el adulterio. La concentración de energías vitales en el centrismo de la carne implica necesariamente, por su misma naturaleza, una disminución de aquellas energías en los campos más elevados del espíritu. En un plano más positivo podemos decir que cuanto más puro es el amor, menores son las perturbaciones de la mente. Pero como no puede haber mayor amor que el del alma en unión con el Infinito, se sigue que la mente libre de ansiedades y temores, tendrá la máxima claridad de visión intelectual. La concentración en la fecundidad *espiritual*, por su misma naturaleza producirá un más alto grado de fecundidad intelectual. No hablamos aquí de conocimiento *de cosas*, pues éste depende del esfuerzo, sino de juicio, consejo y decisión, que son las características de la inteligencia penetrante y clara. Hay un ejemplo de esto con María, cuya Virginidad está asociada a la sabiduría en su grado máximo, no sólo porque la poseyó en su nuevo derecho, sino también porque engendró en su carne a la Inteligencia Misma.

Si Dios, en su Sabiduría, eligió unir en una Mujer la Virginidad y la Maternidad, debió ser porque la una está destinada a iluminar a la otra. La virginidad ilumina los hogares de los casados, así como el matrimonio satisface su deuda ofrendando vírgenes. Y también: si el matrimonio ha de cristalizar alguna vez sus sueños, debe proceder del impulso del instinto

hacia los elevados ideales de amor que sostiene la virginidad. El amor matrimonial que comienza con la carne guiando al espíritu, bajo la inspiración de la virginidad, es «levado a un punto en que el espíritu guía al cuerpo. El amor carnal, que por su naturaleza no implica purificación interna, nunca se elevaría sobre el disgusto y el agotamiento si no fuera por la oblación sacrificial que las vírgenes conservan lozana en el mundo. E incluso la gente que no vive de acuerdo a esos ideales, les gusta saber que no faltan seres que sí los vivan. Aun cuando muchas personas casadas rompan las imágenes y modelos de lo que debe ser el amor matrimonial, es un consuelo saber que los y las vírgenes sacrificiales conservan las placas originales y los modelos genuinos de esa conducta.

Puesto que el amor sexual se centra en el ego, hay esperanza de felicidad, mientras las vírgenes centren su amor en Dios. Mientras los desatinados aman lo que es tan sólo una imagen de su propio deseo, los redentores de la humanidad aman a Aquél de Quien todo amor debe ser una imagen. Cuando el saciado alcanza la profundidad máxima y cree que en el mundo no hay nada más digno de ser amado y procurado, es animador saber que el amor de María puede señalarles y decirles: “Tan sólo habéis llegado a la profundidad máxima de vuestro egotismo, pero no a la profundidad del verdadero amor”.

El amor de María a la Cristiandad enseña a los amadores desilusionados, que, en lugar de esforzarse por hacer el infinito con una sucesión de amores limitados o finitos, deben tomar el amor limitado que ya poseen, y mediante la caridad y el desapego de sí, alcanzar el Infinito oculto en su interior. La promiscuidad debe ser considerada como una búsqueda errónea del Infinito, que es Dios. Así como el alma avara anhela “más y más”, creyendo que mediante la adición de ceros puede hacer el Infinito, así el ser carnal quiere otra esposa u otro esposo, creyendo vanamente que lo que falta en el ser que ya tiene será suplido por el otro. En vano se cambian los violines para probar la melodía; en vano se piensa que el infinito del deseo con que comienza todo amor, es algo que no sea Dios, con cuyo Amor el virgen comienza y concluye.

Ningún ser humano puede vivir sin sueños. El que sueña solamente en lo humano y carnal debe estar preparado para ver algún día que, o su sueño muere, o muere él al sueño. Nada hay más digno de compasión que ver a un triple divorciado leyendo novelas románticas, con la esperanza de descubrir en una página impresa lo que sabe que nunca halló en la vida misma. El ser virgen muere a todos los sueños menos a uno, y a medida que pasa el tiempo su sueño se vuelve más y más real y verdadero, hasta

que finalmente despierta para hallarse en los brazos del Ser Amado. Se ha dicho de María que soñó con Cristo antes de concebirlo en su Cuerpo. Cuando el Cristianismo lo denominó: “El Verbo hecho Carne”, significó que era el Sueño convertido en Realidad, el Amor llegando a ser el Ser Amado. En un noble amor matrimonial se debe amar al cónyuge como mensajero de un amor trascendental, o sea: como un ensueño y un ideal. El niño que procede de ese amor ha de ser considerado como el mensajero del otro mundo. Pero todo esto es un reflejo de aquel amor-virginal, cuyo modelo es María, que somete todos los amores terrenos hasta que el Mensajero es el Ser enviado por el Padre, el Señor cuyo Nombre es Cristo. Esto no es encierro y esterilidad, sino fecundidad; no es la ausencia de amor, sino su dulce éxtasis. Y desde aquella hora, cuando una Virgen tuvo en sus brazos al Amor Mismo, todos los seres que aman deben avizorar desde las puertas del establo para lograr una visión de lo que todos los seres vírgenes deben envidiar más que nada: enamorarse del Primer Amor, del que es el Alfa y Omega, de Cristo, Hijo de Dios Vivo.

Así como la respiración requiere atmósfera, así el amor requiere una atmósfera de Cristo y de María. Ese amor ideal que vemos más allá de todo amor de criaturas, y al que nos volvemos instintivamente cuando falla el amor carnal, es el mismo ideal que Dios tuvo en su Corazón desde toda la eternidad: la Mujer a la que llamaría Nuestra Bendita “Madre”. Es el Ser al que todo hombre ama cuando ama a una mujer, ya lo sepa o lo ignore. Es Ella lo que toda mujer anhela ser cuanto mira a sí misma. Es la Mujer a la que todo hombre desposa en su ideal; está oculta como un Ideal en el descontento de toda mujer ante la agresividad carnal del hombre; es Ella el secreto deseo que toda mujer tiene de ser honrada, halagada y animada. Para conocer a una mujer en la hora de la posesión, el hombre debe, primeramente, haberla amado en la hora exquisita del ensueño. Para ser amada por el hombre en la hora de la posesión, primeramente la mujer debe anhelar ser amada, halagada y honrada como un ideal. Más allá de todo amor humano hay otro amor; ese “otro amor” es la imagen de lo posible. Es aquel “posible” que aman todo hombre y toda mujer cuando se aman mutuamente. Este “posible” se convierte en real en el Amor Modelo de Aquél a Quien Dios amó antes de que el mundo fuera hecho, y en aquel otro amor que todos amamos porque nos dio a Cristo y a nosotros nos lleva a Cristo: María, la Virgen Inmaculada, la Madre de Dios.

Capítulo decimoquinto

EQUIDAD E IGUALDAD

Los dos errores básicos tanto del Comunismo como del Liberalismo Histórico respecto de la mujer, son: 1º) que las mujeres nunca estuvieron emancipadas, sino en los tiempos modernos, porque la religión, especialmente, las mantuvo en la virtud; 2º) que igualdad significa el derecho de la mujer a hacer el trabajo del hombre.

No es verdad que las mujeres comenzaron a emanciparse en los tiempos modernos y en proporción al declinar de la religión. La *sujeción* de la mujer comenzó en el siglo XVII con la ruptura de la Cristiandad, y adquirió una forma positiva en tiempos de la Revolución Industrial. Bajo la civilización cristiana las mujeres disfrutaron de derechos, privilegios, honores y dignidades que desde entonces fueron ahogados por la edad del maquinismo. Nadie ha disipado mejor esa falsa idea que Mary Beard con su obra de investigación: “La Mujer como Fuerza en la Historia”. Hace notar que de las ochenta y cinco corporaciones que había en Inglaterra durante la Edad Media, setenta y dos tenían asociadas mujeres en base igual con los hombres, incluso en profesiones tales como marineros y barberos. Podían hablar y opinar igual que los hombres, pues una de las disposiciones incluidas en dichas corporaciones dice que “las hermanas tanto como los hermanos” deben abstenerse de desórdenes y de debates contumaces. En París había quince corporaciones reservadas exclusivamente para las mujeres, y al mismo tiempo ochenta más eran mixtas. Nada hay históricamente más erróneo que la creencia según la cual fue nuestra Edad Moderna la que reconoció a las mujeres en las profesiones. Los registros históricos de aquellos tiempos cristianos proporcionan los nombres de miles y miles de mujeres que tuvieron influencia en la sociedad y cuyos nombres se hallan ahora en los catálogos

de los santos: solamente Catalina de Sena dejó once gruesos volúmenes con sus escritos. En Inglaterra, hasta el siglo XVII las mujeres participaban en los negocios, y quizás aun más que hoy en día; de hecho, fueron tantas las esposas que trabajaban en los negocios, que una ley estableció que los esposos no serían responsables por las deudas de aquéllas. Entre los años 1553 y 1640 el diez por ciento de los escritos que aparecían en Inglaterra, eran de mujeres. A causa de que los hogares tenían su propia tejeduría, cocina y lavado de ropa, se ha calculado que las mujeres, en aquellos tiempos preindustriales, producían la mitad de los productos necesarios en la sociedad. Durante la Edad Media las mujeres tenían tanta instrucción como los hombres, y recién en el siglo XVII fueron apartadas de las actividades científicas. Cuando sobrevino la Revolución Industrial todas las actividades y la libertad de las mujeres fueron recortadas, a medida que la máquina se ocupó de los trabajos de producción y los hombres comenzaron a acudir a las fábricas. Entonces sobrevino una pérdida de los derechos legales por parte de las mujeres, que alcanzó su plenitud en Blackstone, al pronunciar éste la “muerte civil” de la mujer en la ley.

A medida que continuaron creciendo esas incapacidades, la mujer sintió la pérdida de su libertad, y con toda razón, porque comprobó que había sido herida por el hombre y robada en sus derechos legales; y entonces cayó en el error de creer que debía proclamarse igual al hombre, olvidando que ya era suya una cierta superioridad a causa de su diferencia funcional respecto del hombre. Entonces, y negativamente, la igualdad vino a significar la destrucción de todos los privilegios disfrutados por personas o clases específicas, y positivamente la absoluta e incondicional igualdad sexual con el hombre. Estas ideas fueron incorporadas en la primera resolución sobre igualdad de sexos, dada en Seneca Falls, Nueva York, en el año 1848: “Resolver que la mujer es igual al hombre, que esto fue entendido así por el Creador, y que el mayor bien de la raza demanda que ella sea reconocida como tal”.

Esto nos lleva al segundo error en la burgués-capitalística teoría acerca de las mujeres, o sea: el fracaso en hacer una distinción entre igualdad matemática y proporcional. La igualdad matemática implica exactitud de remuneración, por ejemplo: que dos hombres que trabajan en la misma profesión en una misma fábrica, deben recibir igual salario. La igualdad proporcional significa que cada uno debe recibir su paga de acuerdo a su función. En una familia, por ejemplo: todos los hijos deben ser cuidados por sus padres, pero esto no significa que, porque Sofía, de diecisiete años de edad, recibe un vestido de fiesta con adornos de organdí,

el mismo presente ha de recibir Juana que cuenta veinte años de edad. Las mujeres, al procurar reconquistar algunos de los derechos y privilegios que tenían en la Civilización Cristiana, pensaron en la igualdad en términos matemáticos o en términos de sexo. Sintiendo superadas por un monstruo llamado “hombre”, identificaron la libertad y la igualdad con el derecho a hacer el trabajo del hombre. Todas las ventajas psicológicas, sociales y de otras clases que eran peculiares a las mujeres, fueron ignoradas hasta que las insensateces del mundo burgués alcanzaron su clímax en el Comunismo, bajo el cual la mujer es emancipada en el momento en que va a trabajar en una mina. El resultado ha sido que la imitación del hombre por parte de la mujer, y su fuga de la maternidad, ha desarrollado neurosis y psicosis que alcanzan proporciones alarmantes. La Civilización Cristiana jamás sugirió ni fomentó igualdad en el sentido matemático, sino sólo en el sentido proporcional, porque la igualdad es un desacierto cuando reduce a la mujer a una triste imitación del hombre. Una vez que la mujer llega a ser una igualdad matemática con el hombre, éste ya no le cede su asiento en el ómnibus ni se quita su sombrero ante ella estando en el ascensor. (Recientemente, en un tren subterráneo de Nueva York, un hombre ofreció su asiento a una mujer y ésta se desmayó; cuando volvió en sí agradeció al hombre su atención, y *éste* se desmayó a su vez).

La mujer moderna ha sido igualada al hombre, pero esto no la ha hecho más feliz. Ha sido “emancipada” como un péndulo separado del reloj y que ahora carece de libertad para oscilar, o como una flor que ha sido emancipada de sus raíces. En su pretensión por la igualdad matemática ha sido estafada de dos maneras: convirtiéndose en una víctima del hombre y en una víctima de la máquina. Una víctima respecto del hombre por convertirse tan sólo en el instrumento de sus placeres y servirle en sus necesidades en base a un estéril intercambio de egotismos. Una víctima respecto de la máquina al subordinar el principio creador de vida a la producción de cosas inanimadas, lo que es la esencia del Comunismo.

No es esto una condena de la mujer profesional, porque la cuestión que importa no es si una mujer halla favor a los ojos de un hombre, sino si puede satisfacer los instintos básicos de la femineidad, de ser mujer. El problema de una mujer es si ciertas cualidades dadas por Dios, que son específicamente de ella, reciben una adecuada y plena expresión. Estas cualidades son principalmente sacrificio, devoción y amor. No precisan ser expresadas necesariamente en una familia, ni siquiera en un convento. Pueden hallar una salida en el mundo social, en el cuidado de los

enfermos, de los pobres, de los ignorantes, en las siete obras de misericordia corporales. A veces se dice que la mujer profesional es dura. Esto puede ser cierto en unos pocos casos, pero si lo es, no se debe a que se halle en una profesión, sino a que ha orientado su profesión de modo tal que pueda satisfacer los anhelos más profundos de su corazón. Muy bien puede ser que la revuelta contra la moralidad y la exaltación del placer sensual como objetivo de la vida, sean debidos a la pérdida de la satisfacción y cumplimiento espiritual de la existencia. Habiendo sido frustradas y desilusionadas, esas almas primeramente se sienten hastiadas y fatigadas, luego se vuelven cínicas y finalmente suicidas.

La solución se halla en el retorno al concepto cristiano, en el cual se hace hincapié no en la *igualdad* sino en la *equidad*. Igualdad es ley. Es matemática, abstracta, universal, indiferente para con las condiciones, circunstancias y diferencias. La equidad es amor, compasión, comprensión, simpatía; permite la consideración de los detalles, reclamos, e incluso de los alejamientos de normas fijas, que la ley aun no ha abrazado. En particular, es la aplicación de la ley a una persona individual. La equidad basa su confianza en principios morales y es guiada por la comprensión de los motivos de familia individuales, que caen fuera del objetivo de los rigores de la ley. En la antigua ley inglesa de los tiempos cristianos, los súbditos, al solicitar ante las Cortes privilegios extraordinarios, lo hacían “por el amor de Dios y a modo de caridad”. Por esa razón, los jefes de las Cortes de equidad eran clérigos, que tomaban sus decisiones del Derecho Canónico, y en vano los juristas civiles, con sus exigentes prescripciones, argüían contra las opiniones de aquéllos. El cerco metálico que rodeaba las puertas de la Catedral, al ser aferrado por un delincuente perseguido le proporcionaba lo que es conocido como “derecho de asilo en el Santuario”, y al mismo tiempo que le brindaba inmunidad respecto de las prescripciones de la ley civil, lo sometía a la ley más misericordiosa de la Iglesia.

Aplicando esta distinción a las mujeres, se ve con claridad que la *equidad* y no la *igualdad* debe ser la base de todas las reivindicaciones y reclamos femeninos. La equidad va más allá de la igualdad al exigir superioridad en ciertos aspectos de la vida. La equidad es la perfección de la igualdad, no su sustituto. Tiene las ventajas de reconocer diferencias específicas entre el hombre y la mujer, cosa que no hace la igualdad. Es simplemente un hecho que el hombre y la mujer no son iguales en sexo, son enteramente desiguales y precisamente por ser desiguales se complementan mutuamente. Cada uno tiene una superioridad de función.

El hombre y la mujer son iguales en cuanto tienen los mismos derechos y libertades, el mismo objetivo final de la vida y la misma redención por obra de Nuestro Divino Salvador, pero son diferentes en función, como la cerradura y la llave.

Uno de los más grandes relatos del Antiguo Testamento revela esta diferencia. Cuando los judíos estaban bajo la cautividad de los persas, el primer ministro del rey Asuero pidió a su señor que matara a los judíos porque obedecían a la Ley de Dios antes que a la de los persas. Cuando se dio la orden de que fueran masacrados, se pidió a Ester que se llegara hasta el malvado monarca e implorara por su pueblo. Pero existía una ley según la cual nadie podía llegar a la presencia del rey bajo pena de muerte, salvo que el mismo rey extendiera su cetro otorgando así el permiso para acercarse al trono. Tal era *la ley*, pero Ester dijo así: “Iré hasta el rey, contra la ley, sin ser llamada, y me expondré a la muerte y al peligro” (Ester, IV, 1). Ayunó, oró y luego se llegó hasta el trono. ¿Sería extendido el cetro? El rey mantuvo en alto el cetro, pero Ester se aproximó más y besó el extremo del mismo cetro, y el monarca le habló: “¿Qué quieres tú, Reina Ester? ¿Cuál es tu pedido?” (Ester, V, 3).

A través de las edades cristianas este relato ha sido interpretado como significando que Dios reserva para Sí el reinado de la justicia y la ley, pero será confiado a María, Su Madre, el reino de la misericordia. A través de los mismos siglos la Bendita Madre tuvo un título que ha sido olvidado: Nuestra Señora de la Equidad. Henry Adams describe a la Señora de la Equidad en la Catedral de Chartres. En la nave de dicha Iglesia se extienden dos series de inapreciables vitrales, donado uno por Blanca de Castilla y otro por su enemigo Pierre de Dreux. Ambos parecen “hacer guerra en el mismo corazón de la Catedral”. Sin embargo, sobre el altar mayor está sentada la Virgen María, la Señora de la Equidad, con el Divino Infante en sus rodillas, presidiendo a las Cortes, escuchando serenamente las súplicas de misericordia en favor de los pecadores. Como lo dijo hermosamente Mary Beard: “La Virgen significaba para la gente poder moral, humano o divino, contra los severos mandatos de la ley de Dios”. Y podríamos añadir que ésa es la gloria singular de la mujer: misericordia, compasión, comprensión e intuición de las necesidades humanas. Cuando las mujeres descienden de su misión de Señora de la Equidad y de su prototipo, Ester, e insisten tan sólo en la igualdad, pierden su máxima oportunidad para cambiar al mundo. La ley ha caído hoy en día. Los juristas no creen ya en un Juez Divino respaldando a la ley. Las obligaciones ya no son sagradas, hasta la paz se basa en la potencialidad de

las grandes naciones más bien que en la justicia de Dios. En nuestro tiempo, ante el colapso de la justicia, la elección para la mujer consiste o en igualarse con el hombre con rígida exactitud, o ponerse de parte de la equidad, con la misericordia y el amor, brindando a un mundo cruel y sin ley algo que la igualdad jamás podrá brindarle.

Si las mujeres, en la plena conciencia de su creatividad, dijeran al mundo: “Precisamos veinte años para hacer un hombre, y nos rebelamos contra toda generación que lance esa humanidad a la guerra”, tal actitud haría más en favor de la paz del mundo que todos los congresos y pactos. Donde hay igualdad hay justicia, pero no hay amor. Si el hombre es igual a la mujer, entonces ella tiene derechos, pero jamás corazón alguno vivió de derechos. Todo amor demanda desigualdad o superioridad. El amante está siempre de rodillas, el ser amado debe estar siempre sobre un pedestal. Ya sea hombre o mujer, el uno debe siempre considerarse a sí mismo o a sí misma como no merecedor del otro. Hasta Dios, en su amor, se humilló a Sí Mismo para ganar al ser humano, diciendo “que no vino a ser servido sino a servir”. Y el ser humano, a su vez, se acerca en la Comunión al Amantísimo Salvador con estas palabras: “Señor, no soy digno”.

Como ya lo dijimos, las carreras profesionales no desfeminizan, de por sí, a la mujer, de lo contrario la Iglesia no habría elevado al honor de los altares a mujeres políticas, como en los casos de Santa Isabel y Santa Clotilde. El hecho inalterable es que ninguna mujer es feliz a menos que tenga alguien por quien pueda sacrificarse a sí misma, no ya de un modo servil, sino de un modo ambientado y determinado por el amor. Añadido a su consagración y devoción está su amor de creatividad. El hombre teme morir, pero la mujer teme no vivir. Para un hombre la vida es personal; para una mujer es otros seres fuera de ella. La mujer piensa menos en términos de perpetuación de sí misma y más de perpetuación de otros, tanto es así, que en su abnegación y devoción está anhelando sacrificarse por otros. En la medida en que una carrera no le brinda oportunidad para esas cosas, se desfeminiza. Si esas cualidades no hallan salida en un hogar y en una familia, deben hallar substitutos en obras de caridad, en la defensa de la vida virtuosa, en la defensa de lo justo y recto, en esclarecer, como nuevas Claudias, a sus esposos actuantes en política. Entonces, la labor de la mujer como persona que gana dinero se convierte simplemente en un preludeo y una condición para la actuación y desarrollo de la equidad, que es su máxima gloria.

El nivel de toda civilización se puede medir en el nivel de su elemento femenino, de sus mujeres. Esto acontece porque hay una

diferencia básica entre conocer y amar. Al conocer algo, lo traemos al nivel de nuestra comprensión. Un principio abstracto de la física puede ser comprendido por una mente ordinaria sólo mediante ejemplos. Pero al amar, siempre vamos, ascendemos para satisfacer la demanda del ser amado. Si amamos la música nos sometemos a sus leyes y disciplinas. Cuando un hombre ama a una mujer, se sigue que cuanto más noble la mujer, más noble será el amor; cuanto más elevadas las demandas hechas por la mujer, más digno debe ser el hombre. Esta es la razón por qué la Mujer es la medida del nivel de nuestra civilización. Corresponde a nuestra edad decidir si la mujer reclamará igualdad en el sexo y el derecho a trabajar en el mismo torno con el hombre, o si reclamará equidad y dará al mundo lo que el hombre no puede darle. En estos días paganos, cuando las mujeres sólo anhelan ser iguales a los hombres, han perdido respeto. En los días cristianos, cuando los hombres eran los más fuertes, la mujer era más respetada. Como lo dice el autor de *El Monte San Miguel y Chartres*: “Los siglos XII y XIII fueron un período en el que los hombres estuvieron en su máximo vigor; nunca hasta entonces y desde entonces demostraron energía igual en tal variedad de orientaciones, o tal inteligencia en la dirección de su energía; sin embargo, esos portentos de la historia, esos Plantagenetas, esos arquitectos de Reims y Amiens, esos filósofos escolásticos, esos Inocencios y Robin Hoods, esos Marco Polos, esos Cruzados que fundaron sus imponentes fortalezas en todo el Levante, esos monjes que hicieron fructificar enormes extensiones de campos yermos todos, sin excepción, se inclinaron ante la mujer. ¡Explíquelo quien pueda hacerlo! Sin María, el hombre no tiene esperanza, sino en el ateísmo, y para el ateísmo el mundo no estaba preparado. Acorralados hacia ese lado, los hombres corrieron para eludir la carnicería y fueron conducidos a María, sintiéndose sumamente felices en hallar protección y esperanza en un Ser que podía comprender el lenguaje que ellos hablaban y que aceptaría las excusas que le presentaran. De este modo la sociedad confió a su cuidado casi todo su entero capital: espiritual, artístico, intelectual y económico, hasta el conjunto de sus bienes reales y personales. Como lo dijo de Ella Abelardo: “Después de la Trinidad vos sois nuestra única esperanza... estáis colocada allí como nuestra abogada; todos los que tememos la ira del Juez, corremos hacia la Madre del Juez que lógicamente se ve apremiada a interceder por nosotros, y que se mantiene de pie como madre de los culpables”.

El Cristianismo no pide a la mujer moderna que sea exclusivamente una Marta o una María, la elección no versa únicamente entre una carrera

profesional y la contemplación, porque la Iglesia expone el Evangelio de Marta y María respecto de Nuestra Señora para simbolizar que Ella combina ambas cosas: lo especulativo y lo práctico; el servicio del Señor y el estar a sus Pies. Si la mujer quiere ser una revolucionaria, entonces *La Mujer* es su guía, porque entonó el canto más revolucionario que jamás se haya compuesto, el *Magnificat*, en el que se proclamó la abolición de los principados y poderes y la exaltación de los humildes. Rompió las cadenas del aislamiento de la mujer respecto del mundo y la ubicó nuevamente en el vasto océano de la humanidad. Ella, la Mujer Cosmopolita, nos da al Hombre Cosmopolita, don por el cual todas las generaciones la llamarán Bienaventurada y Bendita.

Fue la inspiración de la mujer, no porque reclamara igualdad en sexo (cosa peculiar, fue la única igualdad que ignoró), sino a causa de una trascendencia en función que la hizo superior a un hombre, en cuanto pudo marchar de consuno con ese hombre, como lo profetizara Isaías. Precisamos grandes hombres, como Pablo, con una espada de dos filos para cortar las ligaduras que atan las energías del mundo; hombres como Pedro, que hagan resonar la maza de su desafío sobre el escudo de la hipocresía del mundo; grandes hombres como Juan, que con fuertes voces despierten al mundo del deprimente sueño de un reposo sin heroísmo. Pero más aún necesitamos mujeres, mujeres como María Cleofás, que tengan hijos para levantar legiones hacia el Padre Celestial; mujeres como Magdalena, que recojan los restos de una aparentemente arruinada vida y tejan con ellos el hermoso tapiz de la santidad y la claridad; y mujeres, sobre todo, como María, la Señora de la Equidad, que dejen los resplandores y “glamours” del mundo por las sombras y matices dolorosos del Calvario, donde se hacen los santos. Cuando las mujeres de esta clase vuelvan para salvar al mundo con la equidad, entonces las saludaremos, brindaremos por ellas no como “la mujer moderna, antes superior nuestro y ahora nuestro igual”, sino como la mujer cristiana, la que estuvo más cerca de la Cruz en el Viernes Santo, y que estuvo la primera junto a la Tumba de Cristo en el día de la Pascua de Resurrección.

Capítulo decimosexto

LA SEÑORA DEL MUNDO

He aquí un relato procedente del Africa, de las tribus bantú establecidas en el Congo. Una madre bantú creía que los malos espíritus estaban causando daño a su hijo, aunque éste en realidad sólo tenía tosferina. Jamás se le ocurrió a la mujer pedir ayuda en Nombre de Dios, aun cuando los bantús tienen un nombre para designar a Dios: *Nzakomiba*. Dios era completamente extraño para esa gente, y se suponía que se desinteresaba completamente de las cuitas humanas. Su máximo problema y preocupación era evitar los malos espíritus. Tal es la característica básica de las tierras de misiones: los pueblos paganos se preocupan más de pacificar a los demonios que de amar a Dios.

La Hermana Misionera, médica, que trató y curó al niño, se esforzó en vano por convencer a la mujer de que Dios es amor; su respuesta fue una palabra enteramente diversa: *Eefee*. Entonces le dijo la Hermana: “Pero el amor de Dios es así: *Nzakomb’ Acok’Eefee*. Dios tiene para con nosotros el mismo sentimiento de amor que una madre tiene para con sus hijos”. En otras palabras: el amor de madre es la clave para el amor de Dios. San Agustín, tan devoto de su madre Santa Mónica, debe haber tenido ideas similares cuando dijo: “Dadme un hombre que ame y yo le diré que es Dios”.

Esto suscita la cuestión: ¿Puede obrar la religión sin la maternidad? Ciertamente, no puede sin la paternidad, porque una de las más precisas descripciones de Dios, es que Él es el Dador y Proveedor de todo lo bueno. Pero como la maternidad es tan necesaria como la paternidad en el orden natural —quizá hasta más—, entonces, el corazón delicadamente religioso, ¿ha de estar sin una mujer a la que amar? En el reino animal, las mujeres

son las cuidadoras y luchadoras por sus retoños, a los que la paternidad frecuentemente abandona. En el nivel humano, la vida sería verdaderamente opaca si a través de cada latido de la existencia no fuera posible mirar atrás, con gratitud, hacia una madre que dio vida a la vida, y luego la mantuvo con grande e insustituible amor por cada hijo del universo.

Una esposa es esencialmente una creatura del tiempo, porque, incluso mientras vive, puede llegar a ser viuda; pero una madre está fuera del tiempo. Muere, pero es aún una madre. Es la imagen de lo eterno en el tiempo, la sombra de lo infinito en lo finito. Siglos y civilizaciones se desvanecen, pero la madre es la dadora de vida. El hombre trabaja en esta generación, la madre en la próxima. El hombre *usa* su vida, la madre la *renueva*.

Además, la madre es la preservadora de la equidad en el mundo, así como el hombre es el guardián de la justicia. Pero la justicia degeneraría en crueldad si no fuera temperada por aquella misericordiosa apelación a circunstancias excusadoras, que sólo una madre puede hacer aparecer y plantear. Así como el hombre preserva la ley, la mujer preserva la equidad o espíritu de afabilidad, bondad y simpatía, que tempera los rigores de la justicia. Virgilio inició su grandioso poema diciendo: “*Arma virumque cano*”: canto a las armas y al varón, no cantando a la mujer. El día en que las mujeres sean reducidas a llevar armas, perderán su cualidad específica de femineidad; entonces la equidad y la misericordia desaparecerán de la tierra.

La cultura procede de la mujer, porque si no enseñara ella a sus hijos a hablar, los grandes valores espirituales del mundo no pasarían de una generación a otra. Después de alimentar la substancia del cuerpo, al que dio nacimiento, alimenta al niño con la substancia de su mente. Como custodia de los valores del espíritu, como protectora de la moralidad de los menores, ella preserva la cultura que versa sobre objetivos y finalidades, mientras que el hombre sostiene la civilización, que se ocupa solamente de medios.

Es inconcebible que tal amor haya de estar sin una Madre prototipo. Cuando se ven decenas de miles de reproducciones de la “Inmaculada Concepción” de Murillo, cualquiera se da cuenta de que hubo un cuadro modelo del que se tomaron las reproducciones. Si la paternidad tiene su prototipo en el Padre Celestial, Dador de todos los dones, entonces una institución tan hermosa como la maternidad no debe carecer de una Madre, de un original cuyos rasgos de hermosura sean copiados por toda madre en

grados diversos. El respeto tributado a la mujer mira a un ideal que está más allá de cada mujer. Como lo dice una antigua leyenda china: “Si hablas a una mujer, hazlo con pureza de corazón. Di a ti mismo: “Situado en este mundo de pecado, sea yo puro como el lirio sin mancha, que no es mancillado por el lodo en el que crece. ¿Es ella anciana? Mírala entonces como si fuera tu madre; ¿es ella honorable? Considérala como tu hermana; ¿vale ella poco? Entonces, como tu hermana menor. ¿Es una niña? Entonces, trátala con reverencia y gentileza”.

¿Por qué fue que todos los pueblos precristianos esculpieron, pintaron, cantaron líricamente y soñaron en una mujer ideal, si no fue porque pensaron que tal mujer *debía* ser o llegar a ser? Haciéndola lírica y legendaria la envolvieron en un misterio que la arrebató al reino del tiempo y la convirtieron en un ser más celestial que terreno. En todos los pueblos existe un anhelo del corazón hacia algo maternal y divino, un ideal del que desciende toda maternidad como los rayos descienden del sol.

La esperanza plena de Israel se realizó con la venida del Mesías, pero la de los Gentiles no ha sido aún completada. La profecía de Daniel según la cual Cristo sería la *Expectatio Gentium* hasta ahora se ha realizado sólo en parte. Como Jerusalén tuvo la hora de su visitación y no la conoció, así todo pueblo, raza y nación tiene señalada su hora de gracia. Del mismo modo que Dios, en su Providencia, ocultó el Continente Americano al Mundo Antiguo por espacio de casi mil quinientos años después de su Nacimiento, y entonces permitió que el velo de su ocultamiento fuera atravesado por los navíos de Colón, así ha mantenido un velo sobre muchas naciones del Este, de modo que en esta hora sus navíos de gracia atravesaran finalmente ese velo y revelaran, en esta postrera hora, la inmarcesible fuerza de la Encarnación del Hijo de Dios. La crisis presente del mundo es el ingreso del Oriente a la potencia del Evangelio de Cristo. El práctico Occidente, habiendo perdido la fe en la Encarnación, ha comenzado a creer que es el hombre el que lo hace todo, y que Dios no hace nada; el contemplativo y poco práctico Oriente, que creyó que Dios lo hace todo y el hombre nada, pronto tendrá su día en el que descubra que el hombre puede hacer todo en el Dios que le da vigor y fuerzas.

Pero es imposible concebir que el Oriente haya de tener su propio y especial Advenimiento o venida de Cristo sin que preceda la misma preparación que Israel tuvo en María. Así como no hubiera habido Advenimiento de Cristo en la carne, en su primera venida, sin la Santísima Virgen, así ahora tampoco puede darse Advenimiento de Cristo en espíritu, entre los Gentiles, sin que María prepare otra vez el camino. Del mismo

mudo que fue el instrumento para que se cumpliera la esperanza de Israel, así ahora también lo es para el cumplimiento de las esperanzas de los paganos. *Su misión es preparar las venidas de Cristo.* Esto lo hizo *físicamente* dándole a Cristo un Cuerpo con el que pudiera bendecir a los niños, y Pies con los que pudiera ir en busca de las ovejas descarriadas. Pero así como entonces preparó su Cuerpo, así ahora prepara a las almas a fin de que Lo reciban. Del mismo modo que en aquel entonces estuvo en Israel antes de que Cristo naciera, así ahora está en la China, en el Japón y en Oceanía antes de que Cristo nazca en tales regiones. Ella *precede* a Jesús no otológicamente, sino físicamente, en Israel, como Madre del Mismo, y espiritualmente lo precede entre los Gentiles, preparando su tabernáculo entre los hombres. No hay muchos que puedan decir “Padre Nuestro” en el sentido estricto de la expresión, pues ello implica que somos partícipes en la Naturaleza Divina y hermanos de Cristo.

Dios no es Nuestro Padre por el mero hecho de que seamos creaturas; por esto es tan sólo nuestro Creador. La paternidad procede únicamente por la participación de su Naturaleza mediante la Gracia Santificante. Tenemos una manifestación litúrgica de esta gran verdad en el modo cómo se reza el Padre Nuestro en la mayoría de las ceremonias de la Iglesia: en voz alta durante la Misa, porque en esa oportunidad se da por sentado que todos los presentes ya han sido hechos Hijos de Dios mediante el Sacramento del Bautismo; pero, cuando la ceremonia es de aquellas en las que se supone que los presentes no pueden tener la Gracia Santificante, entonces el Padre Nuestro es rezado silenciosamente.

Los paganos que aún no han recibido el Santo Bautismo, ya sea por la ablución de agua o por deseo, no pueden rezar el Padre Nuestro, pero *sí pueden* rezar el *Ave María*. Así como hay una gracia que prepara para la Gracia, así en todas las tierras paganas del mundo actúa el influjo de María, preparando el Advenimiento de Cristo a las mismas. Es Ella el espiritual “Caballo de Troya” que prepara el asalto de amor que conducirá a Cristo, su Divino Hijo; es ella la “Quinta Columna” que trabaja en medio de los Gentiles, atacando sus ciudades desde el interior de las mismas, aun cuando no lo sepan sus peritos, y enseña a lenguas entorpecidas a cantar su *Magnificat* aun antes de que hayan conocido a su Divino Hijo.

El David de antaño habló de Ella como preparando para Israel el primer Advenimiento de Cristo:

“La reina se halla a tu derecha, vestida de oro, rodeada de adornos variados.

Oye, ¡oh Hija!, y mira, e inclina tu oído: y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre.

Y el Rey deseará grandemente tu belleza, porque Él es el Señor tu Dios, y a Él adorarán.

Y las hijas de Tiro, con dones, y todos los ricos entre el pueblo desearán ver tu rostro.

Toda la gloria de la Hija del Rey es de adentro, con bordes de oro, vestida con adornos variados.

Siguiéndola a Ella serán traídas las vírgenes al Rey: sus próximos serán traídos a ti.

Vendrán con alegría y regocijo, serán traídos al templo del Rey”.

De una procedencia inesperada nos llega un tributo igualmente poético a “La Velada Gloria de este Universo sin Luz”, en las palabras de Percy Bysshe Shelley:

*“¡Serafin del Cielo!, demasiado suave para ser humano,
oculta bajo radiante forma de Mujer.
Todo lo que parece imposible en Ti se halla:
Luz, Amor, Inmortalidad.
Bendición suavísima sobre la Maldición eterna.
Velada Gloria de este universo sin luz,
Luna que fulge rompiendo entre las nubes.
Forma llena de vida en el reino de la muerte,
Astro que vence las tormentas.
Eres maravilla, belleza, y también eres terror.
Eres armonía del arte de la naturaleza, el Espejo
en el que se reflejan los esplendores del Sol.
Irradian luz y gloria las cosas que Tú miras
incluso las palabras que ponderarte anhelan
y sólo te obnubilan, resplandecen cual relámpagos
con brillo inusitado.
Te ruego que en mis pobres y mustias expresiones
anules cuanto haya de mortal y de error,
con esas gotas límpidas que surgen de luces gemelas
cual sagrado rocío, ¡llanto sacrosanto! y al caer
en las almas transforman el dolor en éxtasis;
sonríe sobre estas líneas, que entonces a la muerte
al tiempo, vencerán”.*

Hay una hermosa leyenda referente a Kwan-yin, la Diosa de la Misericordia para los chinos, hacia la que han elevado tantas súplicas labios orientales. De acuerdo a esa leyenda, la princesa vivió en China centenares de años antes de Cristo. Su padre, el rey de la nación, deseaba que ella se casara, pero la princesa, resuelta a conservar su virginidad, buscó refugio en un convento; airado el padre monarca hizo prender fuego al convento y la obligó a que retornara al palacio ofreciéndole la alternativa de casamiento o muerte. Insistió ella en su voto de virginidad y el padre la estranguló. Su cuerpo fue entregado a un tigre que lo llevó al infierno, y ahí fue donde conquistó el título de “Diosa de la Misericordia”, pues su intercesión en favor de piedad y misericordia fue tan grande e intensa que logró ablandar los rudos corazones que allí moraban, hasta el punto de que los demonios le ordenaron salir de allí temiendo que vaciara su reino. Retomó entonces a la Isla de Plutón, frente a la costa de Chekiang, adonde, incluso en nuestros días, acuden los peregrinos para elevar sus ruegos ante su altar. Los chinos acostumbran representarla a veces llevando en su rostro la imagen de Dios, a cuyo Cielo conduce ella a los fieles, aun cuando ella misma se niegue a ir mientras haya una sola alma excluida de esa dicha.

También la civilización occidental ha tenido ideales semejantes. Homero, ya mil años antes de Cristo, lanzó al río de la historia el misterio de una mujer que permanecía fiel en medio del sufrimiento y la soledad. Mientras su esposo Ulises realizaba sus viajes, Penélope era cortejada y requerida por muchos pretendientes; a todos contestaba que se desposaría con uno de ellos cuando concluyera de tejer una pieza de ropa. Pero cada noche deshilaba los puntos que había tejido durante el día, y de este modo permaneció fiel hasta el regreso de su marido. Ninguno de los que entonaban el poema homérico podía comprender por qué glorificaba el rapsoda a esta madre sufriente, así como tampoco por qué, en otro poema, glorificaba a un héroe derrotado. Y no fue ello comprendido por espacio de mil años, hasta el día de un Héroe derrotado en una Cruz teniendo a su lado a una Madre Dolorosa; entonces el mundo comprendió los misterios de Homero.

Aun en los tiempos modernos es digno de notar el instinto de todos los seres humanos, entre los pueblos no cristianos, que buscan en su religión una madre. Nuestros misioneros informan de la extraordinaria reacción habida en esas gentes al paso de la estatua viajera de Nuestra Señora de Fátima, por el Oriente. En las fronteras de Nepal se vio que los trescientos católicos allí existentes eran acompañados por tres mil hindúes

y musulmanes, mientras cuatro elefantes llevaban la pequeña estatua hacia la iglesia para ser celebrada la fiesta consistente en el Rosario y la Bendición. En Rajkot, donde hay poquísimos católicos, incrédulos ministros estatales y funcionarios gubernativos de alta jerarquía llegaron para rendir veneración a la Virgen. El intendente de Nadiad leyó un discurso de bienvenida y manifestó que se sentía muy orgulloso por ser la persona indicada para recibir a la estatua. Por espacio de doce horas, multitudes compuestas casi exclusivamente por no cristianos desfilaron por la iglesia celebrándose las Santas Misas desde las dos de la mañana hasta las nueve y media. Como lo manifestó un anciano hindú: “Ella nos ha demostrado que vuestra religión es sincera, no es como la nuestra: la vuestra es una religión de amor, la nuestra es de temor”.

En Patna, el gobernador hindú de la provincia, de religión Brahamánica, visitó la iglesia y oró ante la estatua de Nuestra Señora. En un pequeño villorrio de Kesra Mee, se reunieron más de 24.000 personas llegadas allí para venerar la imagen; el Rajah envió doscientas cincuenta rupias y su esposa presentó una solicitud de oraciones. En Hy Derabid Sind, los discursos de salutación fueron hechos en seis idiomas. En Karachi los musulmanes hicieron una excepción de sus costumbres en homenaje a la Virgen: dondequiera que los cristianos realicen una procesión, están obligados a interrumpir sus oraciones cuando pasan frente a una mezquita, pero en dicha oportunidad los mismos musulmanes dispusieron que continuaran las plegarias ante cualquiera de las mezquitas que se hallaran en el camino.

En África, la madre desempeña un papel muy importante en la justicia de las tribus. En Uganda Nord-Occidental, donde los Padres Blancos trabajan con celo y éxito asombrosos, cualquier decisión importante, hasta la celebración de la coronación del rey, debe ser sometida a la reina madre. Cualquier cosa que ella desaprobe es dejada de lado, su juicio es definitivo, hace cosa juzgada. Esto se basa en el postulado de que ella conoce a su hijo, y por lo tanto todo cuanto le agradará o desagradará. Cuando la reina madre llega al palacio de su hijo, el rey, es ella la que gobierna en su lugar. Una de las razones por las que no fue mayor el número de los mártires entre los famosos de Uganda, fue que la reina madre, pagana, intercedió en favor de ellos. Cuando el hijo llega a ser rey, debe sentarse en el regazo de la madre antes de salir para la ceremonia, hecho con el que testimonia que es su hijo. La reina madre de la población Batusti, en Ruanda, tiene tanta influencia sobre su pueblo, que

el gobierno colonial se esfuerza por mantenerla alejada de su hijo, el Rey Mutari II; ambos son convertidos al Catolicismo.

También la India ha tenido su historia en la que la mujer desempeñó papel importantísimo. Sus pueblos descienden de los Dravidianos, tribus bárbaras muy antiguas que se mezclaron con los invasores Arios alrededor de 1.500 años antes de Cristo. En los himnos Dravídicos se venera a vírgenes, como Durgas y Kali. El Hinduismo llegó a ser politeísta, y adoró a multitud de dioses; entre los hindúes las vírgenes fueron tenidas, simultáneamente, como símbolos de la dulzura y del terror, combinación cuya comprensión no resulta muy difícil: hay dulzura donde hay amor; también hay terror y temor, porque el amor se dirige solamente hacia lo más elevado, y es intolerante para con todo lo que se somete a algo inferior a la divinidad.

A causa de la ausencia de autoridad, y también a causa del tolerante panteísmo religioso de la India, el principio femenino degeneró en algo que pareció estúpido a la mentalidad occidental, o sea: la veneración a la Vaca Sagrada. Inclusive en este decaimiento del principio femenino se debe descubrir un grano de verdad. Para los hindúes, la vaca desempeña muchas funciones: religiosamente es el símbolo del mejor presente que se puede hacer a los brahmanes; matar una vaca es para los hindúes uno de los pecados máximos, y rarísimas veces puede ser expiado mediante la penitencia y la purificación. Tanto para los príncipes como para los plebeyos la vaca es considerada como madre santa; hasta querrían tenerla a su lado en la agonía teniendo su cola entre las manos al exhalar el postrer aliento. Mirando retrospectivamente su vida, le deben la leche y la manteca, le deben su calor puesto que el fuego fue alimentado con su detritus, así como también, con ese mismo elemento han revestido las paredes de sus chozas; también le deben los demás alimentos, puesto que también es la vaca la que arrastra sus arados y sus carros de trabajo.

Como lo manifestó en la Asamblea Legislativa uno de los hindúes ilustrados: “Llámesse prejuicio, llámesse pasión, llámesse gravitación de lo religioso, es éste un hecho indudable: que en la mente hindú nada está tan profundamente enraizado como la santidad de la vaca”. Aun cuando el mundo occidental se ría de este símbolo religioso de ese pueblo, a pesar de todo es una glorificación de la maternidad y de la femineidad en la religión. Cuando los hindúes llegan a saber cuánto obra el principio femenino en la preparación del Cristianismo, entonces recuerdan su singular creencia como un símbolo de lo femenino, así como los judíos emplean el lirio, la paloma y el rayo de luz. En uno de los hermosos

cuadros de Navidad, hechos por Alfredo Thomás, de Madrás, India, una Madonna está ataviada con su safron sari, sentada en cuclillas sobre la tierra; sobre su cabeza hay un techo de paja sostenido por el tronco de un árbol al que está atada una vaca. Otras religiones de la tierra han utilizado al león y al águila como símbolos de sus ideales; el pueblo hindú ha tomado a la vaca como el de su religión, no comprendiendo plenamente su significado sino cuando el Cristianismo le brinda el verdadero principio femenino: la Madre de Dios. Si un cordero puede ser empleado por el Espíritu Santo para simbolizar a Cristo, que se sacrificó por el mundo, entonces es un error considerar desdeñosamente a los hindúes por tomar como símbolo de su fe a un animal que les brinda todo cuanto necesitan para su vida.

También el Japón tiene su principio femenino en religión. Por espacio de siglos la Diosa de la Misericordia, llamada Kwanon, ha sido venerada, por ese pueblo. Es interesante notar que los budistas, quienes conocían ya a esa Diosa de la Misericordia, al llegar a saber acerca de la Santísima Virgen han visto a la primera como preparación para la segunda. Una vez convertidos al Cristianismo, no precisan renegar de Kwanon como de un mal, más bien la aceptan como un lejano presagio o sombra de la mujer que, sin ser diosa, fue la Madre de la Misericordia, real y verdadera. Muy razonable fue que el artista japonés Takahira Toda, procedente de una familia de sacerdotes budistas, se convirtiera al Cuerpo Místico de Cristo después de comprobar la similitud entre Kwanon y la Virgen María. En su cuadro “La Visitación de María”, revela a la típica virgen japonesa, modesta y solitaria, que acaba de sentir dentro de Sí el pleno significado de las palabras que dijera al Angel: “Hágase en Mí según tu palabra”. Un cuadro de la Natividad, hecho por la artista japonesa Teresa Kimiko Koseki, nos hace ver la infancia de Nuestro Señor, apareciendo solamente una característica por la que se distingue a la Madonna Japonesa de todas las demás madres del Japón: el halo de luz sobre su cabeza. En un cuadro realmente extraordinario, obra de Luke Hasegawa, la Bienaventurada Madre aparece de pie, rodeada por un cerco de alambre que puede significar: ya un establecimiento misionero cercado, como de costumbre lo es toda propiedad o, quizá, un hogar, con lo cual se entiende mejor la maternidad. Sobre ese cercado recinto la Virgen se levanta, casi tan alta como las montañas que sirven de fondo en el paisaje, y mira con afecto a la ciudad, el puerto y el mundo del comercio, quizá no aún consciente de que es la verdadera Kwanon a la que han venerado y suplicado los japoneses por espacio de siglos.

Siempre que el pueblo es primitivo, en el justo sentido de esta expresión, existe la devoción a la maternidad. El llamado “Oscuro Continente de Africa” ha vivido en la proximidad de la naturaleza, y por lo tanto, próximo al nacimiento; cuando el Cristianismo comenzó a revelar la plenitud del misterio del nacimiento y la vida, Africa interpretó a la Madonna y al Niño de acuerdo a su propia cultura nativa. María, que predijera que todas las generaciones la llamarían Bienaventurada, debió haber tenido en mente que algún día habría un cumplimiento literal de las palabras que se emplean acerca de Ella en la Liturgia: *Nigra sum sed formosa* (Negra soy, pero hermosa). Hay una leyenda según la cual uno de los tres Reyes Magos era negro; si así fue en realidad, entonces él, que adoró a la Virgen y al Infante guiado por una fulgente estrella del Oriente, recupera ahora la gloria de su raza, viendo a la Madre y al Niño retratados igual que ellos. En realidad, bien pueden las madres africanas, que durante los años de la expansión colonial hubieron de soportar que sus hijitos les fueran arrancados de los brazos para ser llevados como esclavos a tierras lejanas, elevar su mirada a la Madonna que les dará la salvación como otrora salvara a su propio Hijo. Una poetisa ha puesto en labios de la Madonna Negra esta oración vespertina:

*Aun no respondida, pero nunca desoída
¡oh Dios!, se eleva mi oración hasta Ti.
El no es más que un joven negro, uno de los millares,
pobre, vulgar, carente de instrucción.
¿Qué puede afectar al mundo que nunca regrese?
Pero... ¡Oh Dios mío!, ¡es mi único hijo!*

*También conoció, igual que tu Hijo Divino,
un hogar como Belén en el que todo faltaba,
sin amparo, sin amigos, sin juguetes infantiles,
no era querido del mundo, ¡igual que el Dulce Jesús!
Fueron muchos los Herodes que arrebató la vida
pretendieron al negrito, hijo de mi dolor.*

*También conoció la huida, igual que Tú hacia Egipto,
la fuga del hambre, la sed, la enfermedad;
soportó explotaciones, pesares y temores.
Mas también igual que Tú conoció el amor intenso
de una Madonna sufriente y amante
igual que tu Hijito de Amor.*

¿Será preciso que las tinieblas pruebe

*de un Getsemaní, un Gólgota y un Calvario?
Si así ha de ser, entonces, que la Madonna María
le ayude a llevar su Cruz,
y me enseñe la plegaria elevada por su Hijo:
“¡No mi voluntad se haga, sino la Tuya, Señor!”*

Pero, nadie mejor que Gilbert K. Chesterton ha glorificado a la Virgen Negra, que tan Madre es de los africanos como de los demás pueblos y razas que viven bajo el sol, y hasta lo es más de los primeros que de aquéllos que consideran a las poblaciones del continente africano como menos nobles que las propias:

*Te saludamos Señora, en los miles y miles de imágenes,
te clamamos y aclamamos en todos tus regios tronos.
Imágenes y pedestales multicolores y varios
matices de gama inmensa, de la alborada al ocaso.
Mas, noto que sobresale entre todos los colores,
el intenso de las negras Catedrales de Castilla
que se eleva entre los riscos oscuros de Cataluña
y ante tu excelsa, negra imagen,
mi corazón y mi cuerpo se arrodillan (¹).*

Así pues, ya se estudie la historia del mundo antes o después de Cristo, siempre se descubre en todo pecho humano un anhelo, una tendencia hacia la maternidad ideal. Recorriendo desde los siglos pasados hasta María, a través de los varios miles de vagamente proféticas Judith y Rut, mirando hacia los tiempos pretéritos a través de las brumas de los siglos, todos los corazones llegan a reposar en Ella. ¡Es la Mujer Ideal!, ¡es La Madre! No ha de sorprender que una mujer ya anciana, viéndola pasar el umbral de su casa, exclamara: “¡Bendita Tú entre las mujeres!” Y esa joven Madre expectante, lejos de rechazar la elevada estima manifestada a su privilegio, va aún más allá anticipando el juicio de los tiempos futuros: “Me llamarán Bienaventurada todas las generaciones”. Avizorando los tiempos a venir esa Madre ideal no duda en proclamar que esas épocas resonarán con las alabanzas entonadas en su honor. Las mujeres viven solamente unos pocos años, y la inmensa mayoría de las fallecidas no es recordada. Pero María tiene absoluta confianza en que será una excepción a esa regla. Al atreverse a proclamar que la ley del olvido será suspendida en su favor, proclama también su eterno recuerdo, aun antes de que el Hijo

¹ Tomado de “La Virgen Negra” en “Canto a una Doncella”.

por el Cual será recordada, haya nacido. Nuestro Señor no ha realizado todavía ningún milagro, sus Manos no se han posado sobre miembros paráliticos; estaba apenas velado de la gloria celestial, y sólo desde pocos meses antes había establecido su tabernáculo dentro de Ella, y sin embargo, esa Mujer contempla segura y serenamente los largos recorridos del tiempo. Viendo ya los desconocidos pueblos de Africa, Asia., China, Japón, exclama con seguridad absoluta: “Desde ahora en adelante todas las generaciones me llamarán Bienaventurada”. Julia, la desencaminada hija de Augusto y esposa de Tiberio; Octavia, hermana de Augusto y de la que Antonio se divorciara para casarse con Cleopatra, nombres que en un tiempo fueron familiares para un pueblo y aun para el mundo, hoy día ya no reciben tributos de alabanza. Pero esa agraciada doncella que vivía en un villorrio perdido en las extremidades del Imperio Romano, lugar asociado con reproches de menosprecio, en esta hora es más honrada y más a menudo recordada y tenida presente por los seres civilizados, que ninguna otra persona de su sexo que jamás haya vivido. Y Ella conocía la razón de ello: “Porque el Todopoderoso ha hecho grandes cosas en Mí, y Santo es su Nombre”.

Cuando se buscan las razones de ese universal amor a María incluso entre pueblos que ni siquiera conocen a su Hijo, se hallan en cuatro instintos profundamente embebidos en el corazón humano: el afecto a lo hermoso, la admiración por la pureza, la reverencia debida a una Reina, el amor a una Madre. Todas estas tendencias se centran y enfocan en María.

Lo hermoso: el que haya perdido el amor a lo hermoso, ha perdido ya su alma. *La pureza:* incluso aquéllos que se apartan personalmente de ella, admiran a los que conservan y preservan ese ideal, hacia el que ellos mismos, aunque débilmente, aun aspiran. *La Reina:* el corazón anhela un amor tan por encima de sí, que llega a sentirse indigno en su presencia y reverentemente cae de rodillas ante él. “No soy digno”, es la expresión espontánea de todo amor. *La Madre:* el origen de la vida recupera la paz sólo mediante el regreso al abrazo de una madre. ¡Hermosa, Pura, Reina Madre! Otras mujeres han tenido uno o más de estos instintos, pero no todos combinados. Cuando el corazón humano contempla a María, ve la realización y concretización de todos sus anhelos, y exclama en el éxtasis del amor: “¡Esta es La Mujer!”

María, como Madonna del Mundo, tendrá hoy un papel muy importante en el alivio de los combinados males que afligen al Oriente y al Occidente. En el Oriente hay temor; en el Occidente hay recelo. Las gentes del mundo Oriental que no son cristianas tienen una religión basada en el

temor del demonio y de los espíritus malos. Hay allí poco conocimiento del buen espíritu. En el Tíbet, por ejemplo, los campesinos aran sus campos en zigzag para ahuyentar al demonio; hasta hace muy pocos años inmolaban un niño para aplacar al mal espíritu en las montañas. Cuando cruzan un paso de montaña aun ahora deben ofrendar un presente al demonio, pero como creen que el demonio es ciego, sólo arrojan una piedra. Todo árbol tiene poder, toda flor tiene influjos, y toda enfermedad que daña es causada por un mal espíritu. También la China tiene sus demonios que han de ser apaciguados. Hay en Shanghai una estatua de una diosa provista de cien brazos; ante ella se quema más incienso que ante ninguna otra. Los sacerdotes budistas de ese templo explican que esos brazos representan la venganza, y que la diosa debe ser halagada y propiciada a fin de que no descargue sus golpes.

Pero en el Occidente, durante los años recientes ha habido menos miedo que recelo. Este recelo interno se debe, en parte, a la pérdida de la fe sufrida por el hombre moderno, pero sobre todo se debe a su oculto sentimiento de culpabilidad. Aun cuando niegue el pecado no puede eludir los efectos del mismo que aparecen en lo exterior como guerras mundiales, y en el interior del ser humano como hastío y náusea. El hombre occidental se deshizo de Dios para hacerse Dios a sí mismo, y finalmente acabó por hastiarse de su propia autocreada divinidad. El Oriente no puede comprender aún al Encarnado Amor de Jesucristo, a causa de su excesivo énfasis en los malos espíritus. El Occidente no está preparado para aceptarlo a causa de su miedo a la penitencia, condición ética para su regreso a la realidad. Los que nunca conocieron a Cristo, tienen miedo; pero los que ya Le conocieron y Lo perdieron, recelan, sienten pánico ante el arrepentimiento.

Puesto que los hombres no están preparados para la revelación de la celestial imagen de Amor que es Cristo Nuestro Señor, Dios, en su Misericordia, ha preparado en la tierra una imagen del amor que no es Divina, pero puede conducir a lo Divino. Tal es la misión de su Madre. Ella puede levantar el temor y el recelo porque su pie aplastó a la serpiente del mal; Ella puede desalojar al miedo porque se mantuvo firme al pie de la Cruz cuando la culpabilidad humana fue lavada y nosotros renacimos en Cristo.

Así como el Salvador es el Mediador entre Dios y el hombre, así Ella es la Mediadora ante Cristo y nosotros. Es el principio de amor terrenal, que conduce al Principio de amor Celestial; la relación entre Ella y Dios es algo similar a la relación entre la lluvia y la tierra. La lluvia cae de lo alto,

de los cielos, pero es la tierra la productora; la Divinidad procede del Cielo, pero la Naturaleza Humana del Hijo de Dios procede de María. Solemos hablar de “la madre tierra”, puesto que es la tierra la que da vida mediante el don celestial del sol; entonces, ¿por qué no reconocer a la Madonna del Mundo, puesto que es Ella la que nos da la Vida Eterna de Dios?

Los que no tienen fe deben ser recomendados muy especialmente a María, como un medio para hallar a Cristo, el Hijo de Dios. María, Madonna del Mundo, se halla donde Cristo no ha llegado aún, donde su Cuerpo Místico aun no es visible. Para los pueblos Orientales que sufren del miedo a los malos espíritus, y para el hombre Occidental que vive en el temor y el recelo, la solución se halla en la frase común: *cherchez la femme*. Buscad a la Mujer que os llevará a Dios. Quizá el mundo todo habrá de pasar por la experiencia de la mujer Bantú: no conoció el Amor de Dios sino cuando lo vio traducido en Amor de Madre.

Podrá suceder que Jesús no reciba hospedaje en esas tierras, pero María se halla entre sus pueblos preparando los corazones para la Gracia. Ella es la Gracia donde no la hay; Ella es el Advenimiento donde no hay Navidad. En todas las tierras donde hay una mujer ideal, o donde las vírgenes son veneradas, o donde una mujer es elevada sobre las demás mujeres, hay campo fértil para aceptar a la Mujer como prelude para recibir a Cristo. Donde está la presencia de Jesús allí está también la de Su Madre, pero donde hay ausencia de Jesús, ya sea por la ignorancia o la maldad de los hombres, aun allí está presente María. Así como Ella llenó la ausencia del Salvador entre la Ascensión y Pentecostés, así ahora está saturando la laguna que media entre los sistemas éticos del Oriente y su incorporación al Cuerpo Místico de su Divino Hijo. Es Ella el fértil suelo en el que florecerá, al tiempo señalado por Dios, la fe en ese Oriente, con creciente lozanía. Aun cuando haya pocas lámparas de tabernáculos en la India, en el Japón y en Africa, sobre todo respecto de la población total, sin embargo, veo ya grabadas en los portales de todas esas naciones las palabras del Evangelio en el comienzo de la vida pública del Salvador: “Y María, Madre de Jesús, estaba allí.”

Capítulo decimoséptimo

MARÍA Y LOS MUSULMANES

El Islam es la única gran religión postcristiana en todo el mundo. A causa de que tuvo su origen en el siglo VII, bajo la guía de Mahoma, fue posible que aunara en sí algunos elementos tanto del Cristianismo como del Judaísmo, junto con particulares hábitos o costumbres de la Arabia. El Islam adopta la doctrina de la unidad de Dios, de su Majestad y Poder Creador, y la utiliza, en parte, como una base para rechazar a Cristo, el Hijo de Dios. Comprendiendo mal la noción de la Trinidad, Mahoma hizo a Cristo tan sólo un profeta que lo anunciaba a él, así como para los cristianos, Isaías y Juan el Bautista han sido profetas que anunciaron a Cristo.

La Europa Occidental Cristiana eludió muy escasamente su total destrucción a manos de los musulmanes. En cierto momento fueron éstos detenidos cerca de Tours, y andando el tiempo, más adelante, a las puertas de Viena. La Iglesia, floreciente entonces en todo el norte de Africa fue allí prácticamente destruida por el poderío musulmán, y en las horas actuales en que vivimos, los seguidores de Mahoma han comenzado a resurgir nuevamente.

Si el Islam es una herejía, como lo cree Hilaire Belloc, es entonces la única herejía que nunca ha declinado. Otras han tenido un momento de vigor para pasar luego al declive doctrinal tras la muerte del jefe o portaestandarte, evaporándose finalmente en un vago movimiento social. El Islam, por el contrario, tan sólo ha tenido su primera fase. Nunca hubo un momento en que declinara, ya sea en número, ya en la consagración y devoción de sus seguidores.

El esfuerzo misionero de la Iglesia por conquistar ese grupo de poblaciones, por lo menos en lo exterior, ha sido un fracaso, puesto que los musulmanes son, hasta ahora, casi inconvertibles. La razón consiste en que, para un seguidor de Mahoma, el hacerse cristiano es muy similar al hecho de que un cristiano se haga judío: los musulmanes creen que tienen la revelación final y definitiva de Dios al mundo, y que Cristo fue tan sólo un profeta que anunció a Mahoma, el último de los reales profetas de Dios.

En los tiempos presentes, el odio de los países musulmanes contra el Occidente se está convirtiendo en odio contra el Cristianismo. Aun cuando los hombres de Estado no lo hayan tomado en cuenta, hay todavía muy grave peligro de que el poder temporal del Islam vuelva la amenaza de sacudir a un Occidente que ha dejado de ser cristiano, afirmándose luego como una gran potencia mundial anticristiana. Los escritores musulmanes han consignado: “Cuando las nubes de langostas oscurecen, vastas extensiones y países, llevan escritas en sus alas estas palabras: Somos las huestes de Dios, cada una de nosotras tiene noventa y nueve huevos, si tuviéramos un centenar devastaríamos el mundo con todo lo que hay en él.”

El problema es el siguiente: ¿cómo hemos de prevenir la realización del centésimo huevo? Es firme creencia nuestra que los temores que abrigan muchos respecto de los musulmanes, no se realizarán, sino que, por el contrario, el Islam se convertirá a la final al Cristianismo, y de un modo que algunos de nuestros misioneros ni siquiera sospechan. Creemos que ello sucederá no mediante la enseñanza directa del Cristianismo, sino mediante el advenimiento de los musulmanes a la veneración de la Madre de Dios. Estos son nuestros argumentos: el Corán, o Biblia de los seguidores de Mahoma, contiene pasajes referentes a la Bienaventurada Virgen. Ante todo, cree en su Inmaculada Concepción y también en su Nacimiento Virginal. El tercer capítulo de ese libro ubica la historia de la familia de María en una genealogía que la retrotrae hasta Abraham, Noé y Adán. Si se compara la descripción del nacimiento de María, en el Corán, con el Evangelio apócrifo del mismo hecho, uno se siente inclinado a creer que Mahoma dependió mucho, para la redacción del Corán, de ese Evangelio apócrifo. Ambos libros describen la ancianidad y esterilidad definitiva de la madre de María. Sin embargo, cuando ésta concibe, manifiesta en las palabras del Corán: “¡Oh, Señor!, me consagro a Ti y doy en voto lo que late en mi interior. Acéptalo de Mí.”

Cuando María nace, dice su madre: “La consagro a Ella con toda su posteridad bajo tu protección, ¡oh, Señor! contra Satán.”

El Corán no alude a José en la vida de María, pero la tradición musulmana conoce su nombre y tiene bastante familiaridad con él. En dicha tradición José habla a María, que es una Virgen. Cuando le pregunta cómo concibió Ella a Jesús sin conocer padre, María responde: “¿No sabes que Dios, cuando creó el trigo no tuvo necesidad de simiente, y que el mismo Dios hizo con su poder que los árboles crecieran sin la ayuda de la lluvia? Todo lo que Dios precisó fue decir: «Sea», y fue hecho”.

Además, el Corán trata sobre la Anunciación, la Visitación y la Natividad. Se mencionan Angeles que acompañan a la Bendita Madre y exclaman: “¡Oh María!, Dios te ha seleccionado y purificado, y elegido de entre todas las mujeres de la tierra.” En el capítulo XIX se leen cuarenta y un versículos que tratan de Jesús y María. Se trata de una defensa tan vigorosa de La virginidad de María, que el libro mismo, el Corán, en su libro IV, atribuye la condenación de los judíos a su monstruosa calumnia contra la Virgen María.

Así pues, la Virgen es para los musulmanes la verdadera *Sayyida* o Señora. La única posible rival en su credo sería Fátima, la hija de Mahoma. Pero después de la muerte de su hija escribió el mismo Mahoma: “Serás la más bienaventurada de todas las mujeres en el Paraíso, después de María.” En una variante del texto se hace decir a Fátima: “Yo supero a todas las mujeres, excepto a María.”

Esto nos lleva al segundo punto, o sea: por qué la Bienaventurada Madre, en este siglo XX, se haya manifestado y revelado en el insignificante pueblecito de Fátima, de modo tal que todas las generaciones futuras la habrán de conocer como “Nuestra Señora de Fátima”. Como nada proveniente de lo Alto sucede sino con fineza de detalles, yo creo que la Bendita Señora eligió ser conocida como “Nuestra Señora de Fátima” como un alegato y una señal de esperanza para el pueblo musulmán, y como una señal de que ese pueblo, que tanto respeto y veneración le tributa, aceptará un día a su Divino Hijo.

Una prueba para sustentar este punto de vista se halla en el hecho histórico de que los musulmanes ocuparan a Portugal durante siglos. Pasando el tiempo fueron finalmente desalojados, y el último jefe musulmán tenía una hermosa hija llamada Fátima. Un joven católico se enamoró de ella, y por causa de él la hermosa Fátima no sólo se quedó en la península Ibérica cuando los árabes se retiraron, sino que incluso abrazó la fe católica. El joven esposo estaba tan enamorado de ella que cambió el nombre del pueblo donde vivía denominándolo Fátima. Y en esa forma, el

sitio donde Nuestra Señora quiso manifestarse en el año 1917, tiene una conexión histórica con Fátima, la Hija de Mahoma.

La prueba definitiva de la relación de Fátima para los musulmanes, es la entusiasta recepción que en Africa, en la India y en otras partes, han tributado a la estatua peregrina de Nuestra Señora de Fátima, como ya antes lo expusiéramos. Los musulmanes asisten a las funciones eclesiásticas hechas en las iglesias en honor de la Virgen; permiten que ante sus mezquitas se verifiquen procesiones y se eleven plegarias, y en Mozambique, donde no había musulmanes convertidos, muchos de ellos comenzaron a abrazar la fe cristiana tan pronto como la estatua de Nuestra Señora fue entronizada en ese lugar.

Los misioneros del futuro comprobarán más y más que su apostolado entre los seguidores del Islam tendrá éxito en la medida en que prediquen a Nuestra Señora de Fátima. María es el Advenimiento de Cristo, al llevar a su Divino Infante a las gentes aun antes de que hubiera nacido. En cualquier actividad o iniciativa apologética, siempre será lo mejor comenzar con aquello que el pueblo acepta ya. Como los musulmanes profesan ya devoción a María, nuestros misioneros se contentarán con expandir y desarrollar esa devoción, comprobando plenamente que Nuestra Bienaventurada Señora guiará a los musulmanes en el resto del camino que conduce a su Divino Hijo. Ella es siempre una “traidora” entregadora, en el sentido de que no aceptará devoción para Sí, antes por el contrario, a todo el que tenga devoción a Ella lo llevará a su Hijo Divino. Así como los que pierden también su fe en la Divinidad de Cristo, así los que intensifican la devoción a Ella adquirirán gradualmente esa fe.

Muchos de nuestros grandes misioneros en el Africa han quebrado ya el odio enconado y los prejuicios que los musulmanes alimentaban contra los cristianos, y esto mediante sus actos de caridad, por medio de sus escuelas y hospitales. Ahora corresponde emplear también otro medio: tomar el capítulo cuarenta y uno del Corán y hacer ver cómo fue tomado del Evangelio de Lucas, haciendo ver que María, ni siquiera a los ojos de ellos, podría ser la más bienaventurada entre todas las mujeres del cielo si no hubiera gestado en Sí a Quien fue el Salvador del mundo. Si Judit y Ester, fueron en el Antiguo Testamento prefiguraciones de María, entonces ¡bien puede ser que Fátima fuera una postfiguración de Ella! Los musulmanes estarán preparados para reconocer que, si Fátima debió ceder en honor a la Bendita Madre, ello fue debido a que Ésta es diversa y superior a todas las demás madres de la tierra, y que sin Cristo sería nada.

Capítulo decimoctavo

ROSAS Y ORACIONES

Ningún ser humano que haya enviado rosas a alguna de sus amistades en señal de afecto, o que a su vez las haya recibido con alegría, será ajeno a la historia de la oración. Y es un profundo instinto afincado en la humanidad lo que hace asociar a las rosas con la alegría. Los paganos coronaban sus estatuas con rosas, como símbolos de sus propios corazones. Los fieles de la Iglesia primitiva sustituían las oraciones con rosas. En los tiempos de los primeros mártires —de los “primeros”, porque la Iglesia tiene ahora más mártires de los que tuvo en los cuatro siglos—, cuando las jóvenes vírgenes marchaban en las arenas del Coliseo hacia las fauces de la muerte, se vestían con ropas de fiesta y llevaban en sus cabezas coronas de rosas, preparadas sí, muy apropiadamente, para encontrarse con el Rey de Reyes, por cuyo Nombre morían. En las horas de la noche los fieles reunían esas coronas de rosas y decían sus oraciones de acuerdo a las mismas: una oración por cada rosa. En lejanas regiones, en el desierto de Egipto, los anacoretas y ermitaños contaban también sus oraciones, pero mediante pequeños granos o piedrecitas ligados entre sí en forma de corona, práctica ésta que Mahoma adoptó para sus seguidores. De esa costumbre de ofrendar un ramo espiritual, procedió una serie de oraciones conocida con el nombre de Rosario, porque significa “corona de rosas”.

No siempre se recitaron las mismas oraciones en el Rosario. En la Iglesia Oriental hubo un Rosario llamado el Acatista (*Akathistos*), himno litúrgico recitado en cualquier posición menos sentado. Combina una larga serie de invocaciones a la Madre de Nuestro Señor, invocaciones unificadas por una escena de la Vida de Cristo en la que se meditaba mientras se decían las plegarias. En la Iglesia Occidental, Santa Brígida de

Irlanda empleaba un Rosario compuesto de “*Ave María*” y “*Padre Nuestro*”. Finalmente se formó el Rosario tal cual es conocido y rezado en nuestros tiempos.

Desde los primeros tiempos la Iglesia pidió a sus fieles que rezaran los ciento cincuenta Salmos de David. Esta costumbre prevalece aun entre los sacerdotes, que diariamente recitan algunos de esos Salmos. Pero no es cosa fácil para cualquiera memorizar los ciento cincuenta cantos del rey David. En aquel tiempo, además, antes de la invención de la imprenta, era difícil conseguir libros. Esta es la razón por la cual algunos libros importantes, como la Biblia, tenían que ser asegurados con cadenillas, como se hace hoy en día con las guías telefónicas en los lugares públicos, de lo contrario no habría faltado quien se los llevara. Incidentalmente diremos aquí que esa costumbre dio origen a la estúpida mentira de que la Iglesia no permitía leer la Biblia, porque se solía asegurarla con cadenillas. Lo contrario es la verdad; se la aseguraba a fin de que pudiera leerla mayor número de personas. También la guía telefónica es encadenada, y sin embargo, ¡es un libro más consultado que muchos otros en la civilización moderna!

Las personas que no podían leer los ciento cincuenta Salmos, deseaban rezar algo que compensara esa lectura, de modo que substituyeron a esa oración con ciento cincuenta avemarías. Distribuyeron esa suma de oraciones, al modo del Acatista, en quince decenas o series de diez. Cada parte debía ser recitada meditando un aspecto diverso de la Vida de Nuestro Señor. Para hacer la separación de cada decena se las comenzó con el rezo del Padre Nuestro y se las concluyó con la Doxología o Alabanza a la Trinidad: Gloria al Padre, etc.; Santo Domingo, fallecido en el año 1221, recibió de la Santísima Madre la orden de predicar y popularizar esa devoción para bien de las almas, para lograr el triunfo sobre el mal y por la prosperidad de la Santa Madre Iglesia, dándonos así el Rosario en su forma actual.

Prácticamente todas las oraciones del Rosario, así como también los detalles de la Vida del Salvador en los que se medita, se hallan en las Sagradas Escrituras. La primera parte del *Ave María* no es otra cosa que las palabras dichas por el Angel a María; la segunda, es el saludo de Isabel a María en ocasión de la Visitación; la tercera, o sea: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén”, fue introducida recién en las postrimerías de la Edad Media. Como toca a dos momentos decisivos de la vida: “Ahora y en la hora de nuestra muerte”, hace sugerir el clamor espontáneo del pueblo en

una gran calamidad. La Muerte Negra, epidemia que arrasó toda Europa y arrebató un tercio de su población, hizo elevar a los fieles la súplica a Nuestra Señora para obtener su protección, en un tiempo en que el momento que se vivía y el de la muerte eran casi uno mismo y solo.

La Muerte Negra ha concluido. Pero ahora la Muerte Roja del Comunismo se difunde sobre la tierra. Manteniendo el espíritu de añadir algo a esa oración cuando se intensifica el mal, hallo muy interesante que, cuando la Bienaventurada Madre se apareció en Fátima en el año 1917, a causa del gran declive en la moral y del advenimiento del ateísmo, pidió Ella que, después dei “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”, añadiéramos: “Ten misericordia de todas las almas; sálvalas del infierno y condúcenos al Cielo.”

Se hace la objeción de que en el Rosario hay mucha repetición porque la *Oración del Señor* y el *Ave María* se dicen repetidas veces, y por lo tanto, es una plegaria monótona. Esto me trae a la memoria una oportunidad en que una mujer vino a verme después de las instrucciones públicas, y me dijo: —“Yo nunca me haré católica. Ustedes dicen siempre las mismas palabras en el Rosario, una y otra vez, todo el que repite las mismas palabras jamás es sincero. Nunca creería a nadie que repitiera sus palabras, y tampoco le creería a Dios.” Yo le pregunté quién era el hombre que la acompañaba, y me dijo que su novio; le interrogué nuevamente: —“¿La ama su novio a usted?” —“Ciertamente, me ama” —“Pero, ¿cómo lo sabe usted?” —“El me lo dijo” —“¿Cómo se lo dijo?”, —“Te amo” —“¿Cuándo se lo dijo la vez última?” —“Hará aproximadamente una hora”, —“Y, ¿se lo había dicho antes?” —“Sí, anoche” —“¿Cómo se lo dijo?”, —“Te amo” —“Pero antes, ¿nunca se lo había dicho?” —“¡Oh!, sí... me lo dice todas las veces que nos encontramos”, y yo le dije entonces: —“¡No le crea!, está repitiendo las mismas palabras..., no es sincero.”

La hermosa verdad es que no hay repetición en decir: “Te amo”. Porque se dicen en momentos y lugares diferentes, las palabras entonces ya no significan lo mismo, pues situación ha cambiado. Una madre dice a su hijito: “Eres un buen niño”; se lo habrá dicho antes miles de veces, pero cada vez significa algo diferente; algún matiz nuevo se quiere expresar, puesto que las nuevas situaciones suscitan sentimientos nuevos. El amor jamás es monótono, aunque se exprese con las mismas palabras. La mente es infinitamente variable en su lenguaje, pero el corazón no lo es. El corazón de un hombre frente a la mujer que ama es demasiado pobre para poder expresar la exuberancia del amor cada vez de una forma diferente.

Así que el corazón adopta una forma: “Te amo”, y al decirla una y otra vez, nunca la repite. Son las únicas novedades reales en todo el universo. Pues eso es lo que hacemos cuando rezamos el Rosario: decimos a Dios, a la Trinidad, al Salvador Encarnado, a la Santísima Virgen: “Te amo, te amo, te amo” y cada vez significa algo diverso porque en cada decena nuestra mente pasa a una nueva demostración del amor del Salvador, por ejemplo: del misterio de su Amor, que quiso llegar a ser uno de nosotros mediante la Encarnación, pasamos al otro misterio del amor por el que sufrió su Pasión por nosotros, y al otro por el que intercede en favor nuestro ante el Padre Eterno. Y, ¿quién olvidará que el Divino Salvador mismo, en el momento de su máxima Agonía, en el decurso de una hora repitió tres veces la misma súplica?

La belleza del Rosario se manifiesta también en que no es meramente una oración vocal; es además una oración mental. Se oyen a veces representaciones dramáticas en las que, mientras se expande la voz humana, se oye también un fondo de música hermosa, dando dignidad y vigor a las palabras. El Rosario es algo similar: mientras se dice la oración, el corazón medita la Vida de Cristo, aplicada a la propia vida, a las propias necesidades. Así como la cadenilla mantiene unidas a las cuentas que se pasan entre los dedos, así la meditación une a las oraciones. Frecuentemente hablamos a otras personas mientras nuestra mente piensa en algo diverso. Pero en el Rosario, no sólo *decimos* oraciones, sino que las *pensamos*. Belén, Galilea, Nazaret, Jerusalén, el Gólgota, el Calvario, el Monte de los Olivos, el Cielo... todas estas remembranzas pasan por la retina de nuestra mente mientras oran nuestros labios. Los vitrales que embellecen las Catedrales invitan al ojo a detenerse en pensamientos referentes a Dios; el Rosario invita a nuestros dedos, nuestros labios y nuestro corazón a crear una gran sinfonía de súplica y oración, y por estos motivos es la plegaria más grandiosa que jamás haya compuesto el hombre. Y tiene un valor especial para cada uno de estas tres clases de hombres: 1) los afligidos y los hastiados; 2) los intelectuales y los no instruidos; 3) los enfermos.

1. — *Los afligidos y hastiados*. El hastío, la preocupación, es una ausencia de armonía entre la mente y el cuerpo; la gente preocupada invariablemente tiene su mente demasiado ocupada y las manos demasiado ociosas. Dios ha querido que las afirmaciones de nuestra mente se traduzcan en la acción. “El Verbo se hizo carne”, tal es el secreto de la vida feliz. Pero en la aflicción mental, los mil y un pensamientos no hallan orden ni sosiego en lo interior y tampoco hallan salida al exterior. A fin de

vencer esta indigestión mental los psiquiatras enseñan a los soldados que sufren “shocks” de guerra a tejer y hacer trabajos manuales, a fin de que la energía sobresaturada de sus mentes halle cauce de salida a través de las ocupadas extremidades de sus dedos.

En verdad, eso ayuda algo, pero es tan sólo parte de la cura. No se puede pretender la cura de las preocupaciones y aflicciones con sólo el remedio de tener ocupadas las manos. Debe contactarse de nuevo con la fuente de la Energía Divina, y desarrollar una nueva confianza, la que proviene del abandono en la Persona cuya Esencia es el Amor. Si se enseñara a las almas afligidas y preocupadas el amor del Buen Pastor que se preocupa por la oveja descarriada, de modo que se ubicaran en esa nueva área de amor, entonces todos sus temores y ansiedades se desvanecerían. Pero esto es difícil. Es imposible tener paz en el corazón cuando la mente está perturbada; los pensamientos se presentan y huyen sorpresivamente; mil y una imágenes afluyen a la mente; distraído y desorientado lo espiritual parece hallarse alejadísimo. El Rosario es la mejor terapia para estas almas errantes, infelices, temerosas y frustradas, y precisamente porque implica el uso simultáneo de estas tres potencias: la física, la vocal y la espiritual, y en ese orden. Los dedos, al tocar las cuentas, son obligados a recordar que esas pequeñas unidades son empleadas para la oración. Esa es la sugestión física de la oración. Los labios se mueven al unísono con los dedos; ésta es la segunda o vocal sugestión de la oración. La Iglesia, sabia y psicológica, insiste en que los labios se muevan mientras se reza el Rosario, porque sabe muy bien que el ritmo externo del cuerpo puede crear un ritmo del alma. Si los dedos y los labios cuidan el ritmo, pronto seguirá lo espiritual, y a la larga la oración concluirá en el corazón.

Las cuentas ayudan a la mente a concentrarse. Son casi lo que un autoarranque en el motor; después de unos pocos tanteos el alma se ve en camino, avanzando. Todo aeroplano debe efectuar un “carreteo” antes de volar. Lo que el carreteo es para el aeroplano, eso son las cuentas del Rosario para la oración: el arranque físico para lograr altura espiritual. El mismo ritmo y la suave monotonía generan una paz y tranquilidad físicas, y ayudan a fijar el afecto en Dios. Lo físico y lo mental trabajarán al unísono si les damos la oportunidad. Las mentalidades más vigorosas podrán trabajar de la mente hacia afuera, pero las afectadas y afligidas deben trabajar desde lo externo hacia lo interno. En los adiestrados y preparados espiritualmente, es el alma la que guía al cuerpo; en la mayoría de las personas, a medida que rezan el Rosario sienten poco a poco que todas

sus preocupaciones proceden de su egotismo. Ninguna mente ha sido hasta ahora vencida por las preocupaciones y temores, si ha sabido mantenerse fiel al Rosario. El lector se sorprenderá al comprobar cómo puede elevarse el alma dejando atrás sus preocupaciones, pasando una a una las cuentas del Rosario, hasta llegar al trono del Corazón de Amor.

2. — *Los intelectuales y los no instruidos.* Las ventajas espirituales que proceden del Rosario dependen de dos factores: primero, del discernimiento que se logra meditando los goces, sufrimientos y la gloria en la Vida de Cristo; segundo, del fervor y amor con que se ora. Como el Rosario es al mismo tiempo oración mental y vocal, es de tal suerte que en él pueden disfrutar los gigantes y también las pequeñasavecillas.

Suele suceder que las personas sencillas, frecuentemente, oran mejor que las muy inteligentes, no ya porque el intelecto sea un perjuicio para la oración, sino porque, cuando hay orgullo de por medio, se destruye el espíritu de oración. Siempre se ama de acuerdo al conocimiento, porque la Sabiduría y el Amor, en la Trinidad, son equivalentes. Pero, así como los esposos que *saben* que tienen una buena esposa, no siempre la aman de acuerdo a ese conocimiento, así también y en esa forma su conocimiento se vuelve estéril.

El Rosario es una gran prueba de fe. Lo que es la Eucaristía en el orden de los Sacramentos lo es el Rosario en el orden de los Sacramentales: el misterio y la prueba de fe, la clave por la que el alma es juzgada en su humildad. El distintivo o marca del Cristianismo es la voluntad y disposición para buscar la Divinidad en un Niño depositado en un pesebre, o en la continuación de Cristo bajo las apariencias de pan en el altar, y la oración y meditación en una cadenilla que une cinco decenas de cuentas.

Cuanto más se descende en la humildad tanto más profunda se hace la fe. La Bendita Madre dio gracias a su Divino Hijo porque había mirado su humildad. El mundo comienza con lo que es grande, el espíritu con lo que es pequeño, más aún: ¡con lo pequeñísimo! La fe del alma simple puede superar a la de los muy eruditos, porque el intelectual ignora frecuentemente los medios humildes para la devoción, tales como peregrinaciones, estatuas, medallas y Rosarios. Así como los ricos en su engreimiento y comodidades miran despectivamente a los pobres, así quizás los “sapiéntísimos”, en su vanidad, se burlan de los humildes. Una de las últimas acciones de Nuestro Señor fue lavar los pies de sus discípulos, después de lo cual les enseñó también con la palabra que de esos actos de humildad surge la verdadera grandeza.

En lo que respecta al amor, no hay diferencia entre el intelectual y el simple. Los dos recurren a las mismas pruebas de afecto y a las mismas delicadas estratagemas y matices, tales como conservar una flor ofrendada, atesorar un pañuelo o un papelito con un mensaje apresuradamente escrito. El amor es la única fuerza igualatoria en el mundo, todas las diferencias se disuelven en la gran democracia del afecto. Solamente cuando el hombre deja de amar, comienza a actuar de forma desigual. Es entonces cuando considera despectivamente las humildes manifestaciones de afecto que hacen acrecer y agigantarse al amor.

Pero si tanto los simples como los intelectuales aman, en el orden humano, del mismo modo, entonces también de un mismo modo deben amar a Dios en el orden divino. El instruido podrá expresar el amor mejor que el no instruido, pero eso no significa que tenga una más rica experiencia de él. El teólogo puede saber más acerca de la Divinidad de Cristo, pero no por ello dejar a Cristo que viva en su alma tan bien como el desconocedor de profundidades teológicas. Así como por un simple gesto o acto de amor el hombre sabio llega a comprender lo que es el amor, así mediante los simples actos de piedad también el no instruido llega al conocimiento de Dios.

El Rosario es un sitio de encuentro de los no instruidos y de los sabios, es la escuela donde el amor sencillo se acrecienta en conocimientos y donde los sabios acrecientan su amor. Como lo ha expuesto Maeterlinck: “El pensador progresa en el pensamiento justamente mientras no pierda contacto con aquellos que no piensan.”

3) *El Rosario tiene un valor especial también para los enfermos.* Cuando sube la fiebre y los dolores corporales se acrecientan, la mente no puede leer; escasamente quiere el enfermo que se le hable, pero en el corazón hay mucho que se anhela decir. Como el número de oraciones que se sabe de memoria es reducido, y su repetición llega a cansar cuando se sufre una enfermedad, es muy conveniente que los pacientes dispongan de una forma de oración en que las palabras se centren en una meditación. Así como el lente de aumento capta y une los diseminados rayos del sol, así el Rosario unifica los disipados pensamientos de la vida en el cuarto del enfermo, centrándolos en el luminoso y ardiente calor del Amor Divino.

Cuando una persona está sana, durante la mayor parte del tiempo sus ojos miran a la tierra; cuando está tendida de espaldas sus ojos miran al Cielo. Quizás sea más acertado decir que el Cielo mira hacia ella. En esos momentos en que la fiebre, el dolor y la agonía tornan difícil suplicar, es inmensa la sugerencia de oración que implica el mero acto de tener el

Rosario, o, mejor aún, apretar o acariciar el Crucifijo que está al extremo del Rosario. Puesto que nuestras oraciones son sabidas cordialmente, de memoria, el corazón puede verterlas y cumplir así la sugestión de las Escrituras: “Orad siempre.” Los prisioneros de la última Guerra Mundial me han manifestado personalmente que el Rosario capacitaba a los hombres a rezar, casi continuamente, durante días y días antes de morir. Entonces, los misterios preferidos eran los dolorosos, porque meditando acerca de Nuestro Salvador en la Cruz, se sentían inspirados e incitados a unir sus padecimientos con los de Él, para que participando en su Cruz participaran también en su Resurrección.

El Rosario es el libro de los ciegos, donde las almas ven y actúan el máximo drama de amor que el mundo haya jamás conocido; es el libro de los simples y sencillos, que los inicia en misterios y en conocimientos más satisfactorios que la instrucción de los seres humanos; es el libro de los ancianos, cuyos ojos se van cerrando a las sombras de este mundo, y se abren entonces a la sustancia del próximo. El poder del Rosario supera a toda posible descripción, y para decir esto me baso en casos concretos, conocidos por mí. Jóvenes en peligro de morir a causa de accidentes, han experimentado milagrosas recuperaciones; una madre, desesperanzada ya con motivo del nacimiento de su hijo, fue salvada junto con él; alcohólicos han logrado la temperancia: personas disolutas por completo se han espiritualizado; descreídos y errantes han retornado a la fe; padres sin hijos fueron bendecidos con familia; soldados se vieron salvados durante la batalla; ansiedades mentales fueron superadas y paganos se convirtieron a la fe. Conozco a un judío que, durante la primera Guerra Mundial, se halló con cuatro soldados, austríacos en una trinchera o cavidad improvisada en el frente occidental; comenzó a llover metralla y granadas desde diversos lados; en un momento dado una granada mató a sus cuatro compañeros. Tomó el Rosario de uno de ellos y comenzó a rezarlo: sabía las oraciones de memoria por haberlas oído frecuentemente. Al concluir la primera decena sintió una advertencia interna que le inducía a dejar la cavidad en que se hallaba, se arrastró por el barro y las piedras dejándose caer en otra fosa, y en aquel mismo instante otra granada explotó en la fosa anterior, donde estuviera un momento antes; cuatro veces más tuvo idéntica experiencia: otras cuatro advertencias internas y ¡cuatro veces más salvó su vida de idéntico peligro! Prometió entonces dedicar su vida a Nuestro Señor y a su Bendita Madre. Después de la guerra le sobrevinieron más padecimientos: su familia fue cremada por Hitler. La promesa fue languideciendo y el cumplimiento se postergó. Recientemente yo lo

bauticé, y el agradecido soldado se está preparando ahora para llegar a ser sacerdote.

Todos los momentos ociosos de la vida pueden ser santificados gracias al Rosario. Cuando caminamos por la calle oramos con el Rosario entre nuestros dedos o en nuestro bolsillo; al conducir un auto los puntos salientes o botones o prominencias que tienen la mayoría de los volantes para facilitar su tacto y seguridad, pueden servir como cuentas para las decenas. Mientras aguardamos que se nos sirva en el café o restaurante, o mientras esperamos el tren o que se nos atienda en una casa de comercio, o mientras jugamos ociosamente al “bridge”, o cuando la conversación o la lectura desfallecen, todos esos momentos pueden ser santificados para contribuir a la paz y tranquilidad íntimas, gracias a una plegaria que nos capacita para orar en todo tiempo y bajo cualquier circunstancia. Si se desea convertir a alguna persona a la plenitud del conocimiento de Nuestro Señor y de su Cuerpo Místico, enséñesele a rezar el Rosario; sucederá una de estas dos cosas: o dejará de rezar esa oración... o logrará el don de la fe.

Capítulo decimonoveno

LOS QUINCE MISTERIOS DEL ROSARIO

El Rosario relaciona la Vida de Cristo a la de María. Sus tres grandes series de misterios: Gozosos, Dolorosos, Gloriosos, son una breve descripción de la vida terrena contenida en el Credo: nacimiento, lucha y victoria. Gozosos: “Nació de Santa María Virgen”; dolorosos: “Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado”; Gloriosos: “Al tercer día resucitó de entre los muertos, está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso.” La vida cristiana es inseparable de los goces del nacimiento y la minoría de edad, de las luchas habidas en la madurez contra las pasiones y el mal, y, finalmente, la esperanza de la gloria en el Cielo.

LOS MISTERIOS GOZOSOS

Primer Misterio Gozoso: La Anunciación.

En el amor humano el hombre desea y la mujer da. En el Amor Divino, Dios procura, y el alma responde. Dios pide a María que le dé una naturaleza humana con la que pueda comenzar una nueva humanidad; María acepta. La misión de la mujer es ser el medio por el cual Dios llega al hombre. La mujer se frustra si no trae un nuevo hombre, ya sea físicamente por el nacimiento, o espiritualmente por la conversión. Y todo hombre se frustra si no conoce ni su madre terrena ni su madre celestial, María.

Segundo Misterio Gozoso: La Visitación.

El amor que se niega a entregarse aniquila su propio poder de amar. María no sólo desea que otros participen de su *amor*, sino también de su *Amado*. Lleva a Cristo hasta las almas aun antes de que haya nacido. El Evangelio nos dice que Isabel, al ver a María “fue llena del Espíritu Santo”. Cuando tenemos a Cristo en nosotros no podemos ser felices sino cuando hayamos compartido nuestro gozo. El alma que no se engrandece a sí misma solamente, puede en verdad engrandecer a Dios. De la humildad de María brotó la canción del *Magnificat*, en que de Sí misma no hizo ponderación alguna y reconoció todo de Dios. Reduciéndonos a cero, más prestamente hallaremos el Infinito.

Tercer Misterio Gozoso: La Natividad.

Así como la Virgen concibió a Nuestro Señor sin el sensualismo de la carne, así ahora lo da a luz gozosamente, sin los sufrimientos de la carne. Como las abejas toman la miel de la flor sin hacerles daño, como Eva fue formada del costado de Adán sin sufrimiento para él, así ahora al rehacer la raza humana el Nuevo Adán es tomado de la Nueva Eva sin padecimiento alguno de Ella. Serán exclusivamente sus otros hijos, los del espíritu, aquellos que dará a luz en el Calvario, los que le causarán padecimientos. Y la señal por la que los hombres conocerían que era Dios, sería que lo verían envuelto en pañales. El sol se eclipsaría, la Eternidad en el tiempo, la Omnipotencia dentro de límites, Dios en la mortaja de la carne humana. Únicamente haciéndonos pequeños de un modo similar, seremos capaces de llegar a ser grandes.

Cuarto Misterio Gozoso: La Presentación.

María se somete a la ley general de la Purificación, de la que en realidad estaba exenta, a fin de no causar asombro y tal vez escándalo con una prematura revelación del secreto confiado a Ella. Simeón le dice que su hijo ha de sufrir la contradicción —la señal de la contradicción será la Cruz— y que una espada traspasará su propio Corazón. Y, sin embargo, todo esto es considerado un Misterio Gozoso, porque, como el Padre envió a su Hijo a ser víctima por los pecados del mundo, así María lo conservará gozosamente hasta la hora del sacrificio. El empleo máximo que cada uno de nosotros puede hacer de los dones de Dios es volverlos nuevamente a Dios.

Quinto Misterio Gozoso: el Hallazgo del Niño Jesús en el Templo.

Es muy fácil perder a Cristo, hasta puede ser perdido por un pequeño descuido, un poco de dejadez en la guardia, y la Divina Presencia

desaparece. Pero, algunas veces una reconciliación es más dulce que una amistad nunca quebrantada. Hay dos modos para conocer cuán bueno es Dios: el primero, no perderlo jamás; el segundo, perderlo y hallarlo nuevamente. El pecado es perder a Jesús, y como María experimentó el aguijón de su ausencia, podrá comprender la angustia de corazón del pecador, y ser por ello, en el más verdadero sentido de la palabra: “Refugio de los pecadores”.

LOS MISTERIOS DOLOROSOS

La Agonía en el Huerto.

Nuestros prójimos nos pueden ayudar sólo cuando nuestras necesidades son humanas. Pero en la hora de nuestras máximas aflicciones algunos nos traicionan y otros se quedan dormidos. En las agonías realmente profundas debemos acudir a Dios. “Estando en agonía, oró”. Lo que hasta ese momento parecía una tragedia se convirtió en entrega total a la Voluntad del Padre.

La Flagelación de Cristo Atado a una Columna.

Más de setecientos años antes, Isaías había profetizado la laceración del Sagrado Cuerpo de Nuestro Señor. “No hay en Él aspecto ni decoro, y lo vimos y no lo reconocimos... el último de los hombres, Varón de dolores... como escondido su Rostro y despreciado, de modo que lo consideramos nada.” Las grandes almas son como las montañas gigantescas; siempre atraen las tormentas. Sobre sus cuerpos rompen los truenos y relámpagos de los hombres malvados para quienes la pureza y la bondad son un reproche. En reparación por todos los pecados de la carne y como anticipada infusión de ánimo para los mártires que serían azotados por los comunistas y sus antecesores, Cristo entrega su Sagrado Cuerpo a la flagelación, hasta que “Sus huesos pudieran ser contados” y su carne colgara como rasgaduras de púrpura.

La Coronación de Espinas.

El Salvador del mundo es hecho objeto de burlas por los que se comportan como imbéciles; el Rey de Reyes es mofado por los que “no tienen rey, sino al César”. Las espinas fueron un parlo de la maldición original caída sobre la tierra. Incluso la naturaleza, por medio de hombres pecadores, se rebela contra Dios. Si Cristo lleva una corona de espinas, ¿habremos de suspirar nosotros por una de laureles?

*Al Hijo de Dios he visto burlado
con una corona de espinas coronado.
“¿No bastaba ya lo sufrido, Señor,
lo inmenso de tu angustia y tu dolor?”
Volvió hacia mí, sus ojos doloridos;
diciéndome: “¿No has todavía comprendido?
Toda alma rebelde es un Calvario;
y una lanza hiriente, cada pecado” (2).*

Jesús lleva la Cruz.

Muchas de las cruces que soportamos son de nuestra propia manufactura, las hicimos nosotros con nuestros pecados. Pero la Cruz que llevó penosamente el Salvador, no fue Suya, sino nuestra. Uno de sus tramos en contradicción con el otro fue el símbolo de nuestra voluntad contradiciendo a la Suya. Dijo a las piadosas mujeres que lo compadecieron en el camino: “No lloréis por Mí.” Derramar lágrimas por la agonía del Salvador es lamentar el remedio; hubiera sido más prudente lamentar los pecados que causaba ese mal. Si la Inocencia Misma llevó a cuestas tan pesada Cruz, ¿cómo nosotros, verdaderos culpables, nos podremos quejar de tener nuestra Cruz?

La Crucifixión.

Una vez crucificado con clavos y “levantado para atraer a todos los hombres hacia Sí”, es objeto de burlas y sarcasmos: “A otros ha salvado y no puede salvarse a Sí Mismo...” ¡Por supuesto que no! Ya no se trata de debilidad o incapacidad, sino de obedecer la ley del sacrificio. Una madre no puede salvarse a sí misma si ha de salvar a su hijo; la lluvia no puede salvarse si ha de hacer fructificar a los campos; un soldado no puede salvarse si ha de salvar a la patria, y tampoco Cristo ahorrará para Sí los sufrimientos y muerte, puesto que ha venido a la tierra para salvarnos a nosotros. ¿Qué corazón podría concebir la miseria de la humanidad, si el Hijo de Dios hubiera eludido el sufrimiento dejando que el mundo caído quedara librado a la justa ira de Dios?

LOS MISTERIOS GLORIOSOS

² Rachel Annard Taylor: “La Pregunta” en *Antología de Jesús*, editado por sir James Marchant.

La Resurrección.

El Domingo de Pascuas no estuvo a tres días de la Transfiguración, pero sí a tres días del Viernes Santo. El amor no ha de ser medido por los goces y placeres que proporciona, sino por la capacidad para obtener alegría del dolor, una resurrección de una crucifixión, la vida de la muerte. A menos que en nuestra vida haya una Cruz, jamás habrá una tumba vacía; a menos que haya una corona de espinas nunca habrá un halo de luz: “¡Oh, muerte!, ¿dónde está tu victoria? ¡Oh, tumba!, ¿dónde está tu aguijón?”

La Ascensión.

Hay ahora en el Cielo una naturaleza humana como la nuestra; es la promesa de lo que será la de cada uno de nosotros, algún día, si seguimos su mismo camino. Gracias a esa naturaleza humana siempre tendrá Él una profunda compasión y simpatía por nosotros, incluso “intercediendo por nosotros”. Por ahora podemos ascender hacia Él tan sólo con nuestra mente y corazón; nuestros cuerpos lo seguirán después del Juicio Final. Hasta ese entonces nos llegamos a Su Trono con absoluta confianza, sabiendo que “Las Manos traspasadas distribuyen las más ricas bendiciones.”

La Venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Así como el Hijo de Dios, en la Encarnación, tomó para Sí un cuerpo humano del Seno de la Bienaventurada Madre, por obra del Espíritu Santo, así ahora en Pentecostés toma del seno de la humanidad un Cuerpo Místico, por obra del Espíritu Santo que hace sombra a los doce Apóstoles reunidos con “María en medio de ellos haciendo oración.” El Cuerpo Místico es la Iglesia; Él es su Cabeza Invisible; Pedro y sus sucesores la Cabeza Visible; nosotros somos los miembros y el Espíritu Santo es el Alma. Así como durante su vida terrena enseñó, gobernó y santificó por medio de su naturaleza humana, así ahora enseña, gobierna y santifica mediante otras naturalezas humanas unidas compactamente en su Cuerpo Místico, la Iglesia. Nunca podremos agradecer a Dios suficientemente el habernos hecho miembros de su Rebaño con un único Pastor.

La Asunción de la Virgen Santísima a los Cielos.

María no fue una rosa en la que Dios reposara durante un tiempo; fue el canal por el que Dios llegó a nosotros. No hubiera podido Ella vivir sin el Sueño que Ella misma cristalizara, ni tampoco ese Sueño podría vivir sin Ella, cuerpo y alma. Su amor de Dios la llevó a lo alto; su amor de Él por su Madre la hizo ascender a lo alto. Nuestro Señor no podría olvidar el

pesebre en el que vino al mundo. En la Anunciación el Angel dijo así a María: “El Señor es contigo”; en la Asunción: “María está con el Señor.” Su Asunción es la garantía de que las oraciones que le dirijamos han de ser correspondidas. El Hijo está a la diestra del Padre; Ella está a la diestra del Hijo.

La Coronación de la Santísima Virgen.

Nuestro Señor vuelve otra vez a nosotros por medio de María, siendo Ella Reina del Cielo; hace Él que su Vida y sus Bendiciones lleguen a nosotros por las manos benditas de su Madre, en cuanto es Mediadora de todas las gracias. En Belén llegó a la humanidad por medio de Ella; y por medio de Ella nosotros volvemos a Él y Él se da otra vez a nosotros.

*Fue Nuestra Señora a un país extraño
y allí la coronaron como Reina sin par;
no era necesario haber sus derechos discutido,
bastaba haberla visto,
para quedar anonadados ante su incomparable hermosura
superior a toda creatura.
Luce en sus sienes una corona deslumbrante,
en un país extraño,
la corona que Él le diera, pero no ha olvidado
a sus amigos de antaño, a quienes llama e invita.
Oyendo ese llamado que a los seres de vida inunda.
Se reabren las puertas de las tumbas (³).*

Capítulo vigésimo

LA MISERIA DEL ALMA Y LA REINA DE LA MISERICORDIA

Una pequeña parábola para ilustrar una gran verdad: todos los seres humanos nacidos en el seno de una familia, recordaremos algún día en que nuestra madre nos dijo que prepararía un pastel. Su plan era que lo disfrutáramos todos juntos, en familia. La vimos preparando la harina, los huevos, la leche, el azúcar, la manteca, el chocolate..., deseo no olvidar ninguno de los ingredientes. Finalmente, preparado todo, lo dejaba asentar durante un rato, diciéndonos que no lo tocáramos, no ya porque quisiera que no fuéramos felices, no porque alguno de los ingredientes fuera malo, sino porque, con su conocimiento superior al nuestro, sabía que no podríamos ser felices en esa fiesta si el horneado o alguno de los detalles de la preparación no era realizado del modo más perfecto.

Pero... algunos desobedecíamos y probábamos poco o mucho el pastel, aun antes de estar listo y asentado —confieso que yo lo hice alguna vez—, y entonces era cuando comenzaban las tribulaciones: la consecuencia de esa desobediencia eran fuertes afecciones gástricas que malograban nuestra infantil felicidad, y el pastel o los pastelillos que hubiéramos debido disfrutar juntos en familia, desaparecían de la mesa materna.

Eso fue, en miniatura, lo que sucedió al comienzo de la historia humana, y que desde entonces se ha repetido en graduaciones o intensidades diferentes en toda alma. No dijo Dios a nuestros primeros padres: “Algunos frutos son buenos y otros son malos. No debéis comer de los frutos malos.” No dijo eso porque todos los frutos eran buenos, así como todos los ingredientes de los pasteles eran buenos. Pero sí dijo Dios:

“No debéis comer del árbol del conocimiento del bien y del mal.” Con esto quiso decir: “No utilizéis las cosas en su estado aislado, imperfecto, porque entonces se hallan separadas de su objetivo final.”

Pero el hombre decidió utilizar esas cosas en su estado de semipreparación, y contrajo entonces el máximo malestar estomacal que haya sufrido la humanidad, y que se llama el pecado original. Es muy probable que más de un niño haya acusado a su madre de haberle causado un dolor de estómago, del mismo modo que muchos hombres, rebelados contra su objetivo final, se han referido a Dios diciendo: “Si Él sabía que yo habría de frustrarme en esa forma, ¿por qué me creó?” Los creadores y fabricantes de automóviles proporcionan las instrucciones necesarias acerca de la nafta, el aceite, los detalles del motor, etc., a fin de que los usuarios puedan hacer rendir al máximo sus vehículos, pero no restringen la libertad de los mismos usuarios. Del mismo modo: Dios nos pide que no tratemos los ingredientes que forman la masa del pastel como un pastel ya hecho, a la tierra como si fuera el Cielo, y a aquello que no es Dios como si fuera Dios. Procede así no porque quiera encadenarnos, sino porque anhela que seamos felices.

Toda persona tiene un destino, un destino *final*. Además, tiene objetivos menores, tales como ganarse la vida, crear una familia, pero antes y por encima de todo está el objetivo final, supremo, que es la consecución de la felicidad. Este puede realizarse si alcanza una vida sin fin, sin dolor o muerte, si llega a poseer la verdad sin error ni duda, y logra un éxtasis eterno de amor sin saciedad ni disminución. Ahora bien: la Vida Eterna, la Verdad Universal, el Amor Celestial, tal es la definición de Dios. Rehusar este objetivo final perfecto y substituirlo con otro pasajero, incompleto, incapaz de satisfacer plenamente, tal como la carne o el ego ambicioso, es crear una infelicidad interna que ningún psiquiatra podrá curar.

Lo que el malestar estomacal es para el cuerpo, lo es un complejo para el alma. Un complejo es básicamente un conflicto entre lo que debemos ser y lo que somos; entre nuestros ideales o impulsos determinados por lo alto y nuestro chato, vulgar ego real; un complejo es una exagerada tensión entre los llamados e incitaciones de Dios y la afirmación de nuestro ego. Si una navaja de afeitar estuviera dotada de conciencia y fuera utilizada para cortar piedras, gritaría de dolor, porque su objetivo vital sería frustrado. Nuestra conciencia interna estalla y grita con neurosis y crisis cuando no tendemos libremente hacia el objetivo final

supremo para el que fuimos hechos, a saber: la Vida, la Verdad y el Amor, que es Dios.

Es posible diseñar gráficamente un complejo. Tómese un lápiz trácese una línea desde la base de una página hasta el extremo superior. Esa línea vertical, que apunta hacia lo alto, es el símbolo de nuestro destino final. Ahora bien: trácese otra línea a lo ancho de la página, cortando la vertical, ¿qué es lo que se obtiene? ¡Una Cruz! Lo que un complejo es psicológicamente, eso es teológicamente una Cruz. La línea vertical representa la Voluntad de Dios; la horizontal representa nuestra voluntad, que la niega, la contradice y la cruza. No todas, pero sí la mayoría de las psicosis y neurosis curables de las mentes modernas, son efecto del pecado. Los pacientes se ven, se sienten “cruzados”, cortados, porque han negado sus naturalezas dadas por Dios. Procurando abrir latas de conserva con plumas de escribir, se logra tan sólo romper las plumas y no abrir las latas. Intentando hacer un dios del estómago, o del ego, o de la propia voluntad, de modelos inferiores de vida, se logra perturbar la mente sin alcanzar la felicidad.

Toda alma sin felicidad en este mundo tiene una cruz en lo interior. Esa cruz no estaba destinada para lo íntimo, sino para lo exterior. Cuando los israelitas fueron mordidos por las serpientes y el veneno se difundió en su interior, Moisés colocó una serpiente de bronce en una elevada pértiga, y todos los que la miraron fueron salvados. La serpiente de bronce era como la que los había mordido, pero carecía de veneno. Así, el Hijo del Hombre vino semejante a los hombres, pero sin pecado, y todos los que lo miren en su Cruz, son sanados y salvados. De una manera similar, la cruz interna o complejo desaparece cuando se alcanza la visión de la gran Cruz externa en el Calvario, con el Dios-Hombre, crucificado en ella, el que soluciona la contradicción haciendo que del mal proceda el bien, la vida de la muerte y la victoria de la derrota.

El niño, queriendo ser más listo que su madre descubrió su propia estupidez. El ser humano, al hacerse dios a sí mismo, descubre la dolorosa agonía de que no es dios. Cuando el primer hombre hizo este descubrimiento, la Escritura lo describe dándose cuenta de que estaba “desnudo”. Desnudo, porque el hombre que descuida o rechaza a Dios, *nada tiene*. Puede vestirse durante algún tiempo con las hojas de higuera del “éxito”, el “arte”, la “ciencia”, “el progreso”, o racionalizando su conducta, diciendo que no hay verdad. Pero bien sabe que esas cosas no son más que harapos inadecuados, y no puede cubrir todas sus necesidades y anhelos. Tal es la moderna desnudez: ¡estar sin Dios!

Lo que hemos denominado sucesivamente malestar estomacal, complejo, cruz y desnudez, es tan general que nuestra literatura moderna se va saturando rápidamente con lo que podría ser calificado como *Teología de Ausencia*. Un hombre sin Dios no es como un pastel sin pasas, sino como un pastel sin harina ni leche: carece de los ingredientes esenciales para la felicidad. No conocer a Dios no es como ignorar a Homero; es más similar a tener vida y despertarse en una tumba. La ausencia que experimenta el ateo es la negación de presencia, una sensación de absurdo, una conciencia y convicción de nada. La gracia blanca es la presencia de Dios en el alma, la gracia negra es la infelicidad por su ausencia.

La ausencia puede ser comparada a la viudez, en cuanto que la existencia parece echada a perder porque se vive en oscura sombra agonizante de lo que se ha ido. Toda esta miseria interna procede de dos clases de pecado: 1) el pecado que toma el Don y olvida al Donante; 2) el pecado que rechaza al Donante junto con el Don. El primero reduce a Dios a la infructuosidad respecto del pecador; el segundo aleja a Dios del Alma. Adán pecó del primer modo escogiendo algo, una cosa, antes que a Dios, como lo hace el hombre que se aferra al ego, a la carne o al poder como finalidad de su vida. La Crucifixión fue obra del pecado de la segunda especie, puesto que fue anti-Dios. El primero causa lo que podríamos llamar pecados “vivididos”, en cuanto que son inspirados e incitados por la pasión; el segundo a los que podríamos llamar pecados “fríos”, tales como la blasfemia, los intentos deliberados por destruir todo vestigio de Dios y de moralidad. Matar un cuerpo no es tan grave como matar la propia alma: “Temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno.” (Mat., X, 28). El profesor universitario y el editor periodístico que ridiculizan a Dios a fin de eliminarlo de los corazones, o el director radial que elimina de sus transmisiones toda clase de oraciones sustituyéndolas por poemas antirreligiosos, esos forman la quinta columna de Satán. Ahí hay, no ya rechazo a reconocer la Bondad, sino una pretensión a sostener que la Bondad es maldad, o, como lo expuso Nietzsche: “Mal, sé tú mi bien.” Cosas similares dijeron los malvados acerca de Nuestro Señor: “Este no lanza los demonios sino por obra de Belcebú, príncipe de los demonios.” (Mat., XII, 24). No es la Existencia de Dios lo que ellos niegan, sino su Esencia, o sea: que Él es Bondad. El antiguo ateísmo negaba la Existencia de Dios; el nuevo reniega de su Existencia, y por lo tanto se vuelve militante contra su Existencia. Es peor decir: “Dios es mal” que esto otro:

“No hay Dios”. Llamar al Amor demonio, es rechazar hasta la misma posibilidad del perdón del Amor.

El pecado es en todas sus formas la huida deliberada del Amor, de su asiento en el alma. El pecado es la esforzada ausencia de la Divinidad. El infierno es esa ausencia de Dios hecha permanente por un último acto de la voluntad. Dios no hace nada para castigar al alma; es ella la que produce el infierno de sí misma. Si excluyéramos el aire de los pulmones, así como excluimos al amor del alma, los pulmones no podrían reprochar a Dios porque nuestro rostro se enrojeciera y nos desmayáramos, o porque nuestros pulmones mismos sufrieran un colapso. Lo que es la carencia de aire para los pulmones, eso es para el alma la carencia de amor en la misma. En este mundo el deseo de amor hace que la gente se enrojezca; en la vida futura la ausencia de amor crea el rojo infierno.

El gran problema consiste ahora en cómo salvar a esos dos grupos: los que han tomado el Don y olvidado al Donante; los que han rechazado tanto al Don como al Donante.

La respuesta se hallará observando la atención que una madre tendría para con su hijito que sufriera la afección estomacal de que antes habláramos. No es propio de la naturaleza de una madre abandonar a esos niñitos que se hacen mal a sí mismos por su propia insensatez. Inmediatamente hace gala ella de lo que podría ser denominado “la relación mutua entre los contrarios”, por ejemplo: el rico ayudando al pobre, el sano atendiendo al enfermo, el instruido enseñando al ignorante, y el justo ayudando al pecador. Hay en la maternidad algo que es sinónimo con el máximo de clemencia, y que nos impide ser aferrados anticipadamente por la desesperación y el remordimiento, brindándonos esperanza aun en medio de los pecados. Es propio de la naturaleza de la madre humana servir como intercesora por el hijo ante la justicia del padre, abogando por el pequeño, pidiendo que sea perdonado, diciendo que no es comprendido o que se le ha de brindar otra oportunidad, o finalmente, que en el futuro se corregirá y mejorará su conducta. El corazón de una madre siempre está rebosando de compasión por el errante, el pecador y el caído. Ningún hijo ofendió jamás a un padre sin ofender a la madre, pero el padre se concentra más en la falta; la madre en la persona.

Pues bien, así como la madre física observa y hace vigilia sobre un hijo enfermo, así procede María Santísima sobre sus hijos descarriados. La única palabra que nunca se asocia con Ella es Justicia. Ella es solamente su espejo. Como Madre del Juez puede influenciar Su Justicia; como Madre

de Misericordia puede obtener piedad y magnanimidad. Dos veces en la historia reyes poderosos prometieron la mitad de su reino a una mujer: una vez, cuando una mujer conmovió a un rey mediante sus vicios; otra vez cuando una mujer inspiró a un rey mediante sus virtudes. El Rey Herodes, viendo danzar a su hijastra Salomé, y menos embriagado por el vino que por la lascivia de ella mientras bailaba voluptuosamente, dijo: Pídeme lo que quieras y te lo daré, aun cuando sea la mitad de mi reino. Salomé consultó con su madre, Herodías, la que recordando que Juan el Bautista había condenado su divorcio y nuevo casamiento de ella, dijo a su hija: “Pídele la cabeza de Juan el Bautista, en una bandeja”. Así, el Precursor fue decapitado. Pero, ¿siempre será preferible perder la cabeza al modo del Bautista que al modo de Herodes!

El otro rey fue Asuero, el que hiciera que el polvo de la tierra se tiñera de rojo con la sangre de los judíos. La hermosa doncella judía Ester, ayunó antes de suplicarle que tuviera misericordia con su pueblo; el ayuno la hizo aún más hermosa que antes. El tirano, tan cruel como Herodes, al contemplar la gracia de aquella mujer, dijo: “Pídeme lo que quieras y te lo daré, aun cuando sea la mitad de mi reino”. Pero, diversamente de Salomé, Ester no le pidió muerte sino vida, y su pueblo fue salvado. La mujer es por naturaleza la tentadora, pero puede tentar no sólo hacia el mal, como Salomé, sino hacia el bien, como Ester.

A través de los siglos han afirmado los Padres de la Iglesia que nuestro Señor reserva para Sí la mitad de su regencia, el Reinado de la Justicia, pero la otra mitad la entrega a Su Madre, el Reinado de la Misericordia. En las Bodas de Caná dijo Nuestro Señor que la hora de su Pasión no había llegado aún, la hora en que se cumpliría la Justicia; pero su Bendita Madre le suplicó que no aguardara, sino que tuviera misericordia y compasión de los que estaban necesitados, y proveyera sus carencias cambiando el agua en vino. Tres años más tarde, cuando no ya el agua se cambiaba en vino, sino el vino en sangre, cumplió Él toda Justicia, pero entregó la mitad de su Reino entregándonos lo que ningún otro podía entregar: su Madre, “He ahí a tu Madre”. Cualquier cosa que las madres hagan por sus hijos, su Madre lo haría, y aun más.

A través del decurso de la historia la Bendita Madre ha sido el lazo de unión entre dos contrarios: el castigo eterno del infierno para los pecadores y la universal e ilimitada Redención de su Divino Hijo. Estos extremos no pueden ser conciliados sino por la misericordia. No es que María perdone, pues no puede hacerlo, sino que intercede como lo hace una madre ante la justicia del padre. Sin justicia, la misericordia sería

indiferencia ante lo erróneo: sin misericordia, la justicia sería rencorosa. Las madres obtienen el perdón y la indulgencia para sus hijos sin causarles siquiera la sensación de que “se prescinde de ellos”. La justicia hace que el delincuente vea la injusticia en la violación de una ley; la misericordia le hace verla en los padecimientos y miseria que causó a los seres que le aman profundamente.

La delincuente que es dejado de lado, de quien se prescinde, probablemente cometerá otra vez el mismo delito, pero no habrá hijo salvado del castigo por las lágrimas de su madre, que no se resuelva a no faltar más. De este modo, la misericordia en una madre nunca está separada de un sentimiento o sensación de justicia. El brazo puede no caer, pero el efecto es el mismo como si hubiera caído.

¿Qué misterioso poder es el que una madre tiene sobre el hijo que, cuando éste confiesa su culpabilidad, ella se esfuerza por minimizarla, aun cuando esa culpabilidad hiera su corazón ante la perversidad de lo revelado? Los impuros raramente son tolerantes de los puros, pero sólo los puros pueden comprender a los impuros. Cuanto más santa es el alma de un confesor, tanto menos se demora en la gravedad de la culpa y más en el amor del culpable. La bondad siempre levanta y alivia el peso de la conciencia, y jamás arroja una piedra sobre ella para aumentar su peso. Hay en el campo muchos haces que los sacerdotes, las hermanas y los fieles son incapaces de recoger. Es misión de María seguir a esos cosechadores para levantar a los pecadores. Como lo dijo Nathaniel Hawthorne: “Siempre he envidiado a los católicos esa dulce y sagrada Virgen Madre que está entre ellos y la Deidad, interceptando algún temible esplendor, pero permitiendo que el amor de la misma Deidad fluya hacia sus fieles de un modo más inteligible para la comprensión humana mediante la ternura de una Mujer”.

María nos asistirá si la invocamos. No hay una sola alma desventurada y ningún pecador en el mundo que acuda a María y no sea acogido con misericordia o sea abandonado sin ella. Todo el que la invoque verá sanadas las heridas de su alma. El pecado es un crimen de *lèse-majesté*, pero la Bendita Madre es el refugio para el pecador. San Anselmo escribió que María: “Fue hecha Madre de Dios más para los pecadores que para los justos”, cosa de la que difícilmente, se podría dudar dado que el Señor mismo dijo que había venido no para salvar a los justos sino para llamar a los pecadores al arrepentimiento.

San Efrén denomina a la Bendita Madre: “Carta de garantía de la liberación del pecado”, e incluso la hace protectora de los que andan por el

camino de la condenación: *Patrocinatrix dannatorum*. Y San Agustín: “Lo que todos los demás santos pueden hacer con Vuestra ayuda, Vos podéis hacerlo sola sin ellos”.

Hay en la vida algunas angustias y contrariedades peculiares a la mujer y que un hombre no puede comprender. Esta es la razón por qué, así como hubo un Adán y una Eva en la caída, del ser humano, también hubo de haber un nuevo Adán y una nueva Eva en la redención del mismo ser humano. Por lo tanto, muy apropiadamente se halla una Mujer al pie de la Cruz donde Nuestro Señor nos redime de nuestros pecados. También la redimió a Ella. El Divino Salvador podía sentir mentalmente todas las agonías, pero las agonías y padecimientos que sólo la mujer puede sentir, María podía sufrirlas en unión con Él. Uno de esos padecimientos es la vergüenza de la mujer madre no casada. Por supuesto, no es el caso que María estuviera en tal situación, pues era esposa de José, pero hasta el momento en que el Ángel dijo a José que Ella había concebido por obra del Espíritu Santo, María experimentó en su corazón el dolor de todas sus hermanas que sienten en sí el latir de un hijo nacido fuera del matrimonio. Las madres cuyos hijos son llamados a la guerra, acuden a María, que también tuvo su Hijo llamado a una guerra... contra los principados y potestades del mal. Incluso Ella marchó al campo de batalla y recibió una herida en el Alma.

Las madres que tienen hijos nacidos con alguna afección: lisiados en el cuerpo, con inferioridad mental, mudos, o hijos sobre los que gravitan prolongadas sombras de muerte o desastre inminente, sobre ellas o sobre sus retoños, pueden presentar sus preocupaciones y padecimientos a María, Madre que vivió durante toda su vida bajo la amenaza de una inminente marea de dolor. Ella conoce muy bien qué es tener un hijo que será una cruz diaria. En su Nacimiento, los Magos le trajeron mirra para su inhumación, significando así que estaba destinado a la muerte; cuando el Hijo tenía cuarenta días de vida, el anciano Simeón le prefijó que sería un signo de contradicción, lo cual significaba que sería crucificado, y que una lanza traspasaría el Corazón de Él atravesando también el Alma de Ella. No hay ahora excusa. Algunos dicen que serían “hipócritas” si se allegaran a Dios. Serían hipócritas si dijeran que estaban preparados para ser purificados teniendo la intención de continuar con sus manchas e impurezas. Pero no serán hipócritas si admiten que son pecadores y anhelan realmente ser hijos de Dios.

Aquéllos cuya espiritualidad es áspera, cuyo cristianismo es frío, que conocen a Cristo, pero son severos en sus juicios, con un matiz de

mojigatería y odio para con sus prójimos, deberían darse cuenta de que su conducta procede de la carencia en ellos del sentimiento que inspira la Maternidad de María. Así como en el orden físico, el hombre que crece sin las tiernas atenciones de una madre, carece de algo que confiere suavidad y dulzura de carácter, así también en el orden espiritual, los que adelantan en cristianismo sin María, carecen de una alegría y felicidad que obtienen tan sólo aquéllos que tienen una Madre. ¡Huérfanos del espíritu!, ¡vive vuestra Madre!

En el decurso de los siglos cristianos los que se hallaban cargados de culpabilidad y temerosos de acercarse a Dios, o los que no habían llegado a la Divinidad de Cristo, o que, habiendo llegado, se sintieron tan abrumados de vergüenza que volvieron otra vez a las sombras, todos han tenido recurso a la Benditísima Madre para que los levantara del abismo. Ejemplo típico de este espíritu son dos modernos escritores. W. T. Titterton, poeta y ensayista, con motivo del fallecimiento de Shaw escribió lo siguiente: “Shaw era muy amigo de una Reverenda Madre que oraba diariamente por su conversión. En una oportunidad él le confesó su dificultad para hacerlo: no podía creer en la Divinidad de Cristo. “Pero — añadió tomando el brazo de la religiosa— yo creo que Su Madre me salvará”. Shaw había indicado acertadamente la sublime verdad de que aquéllos que no están aún preparados para aceptar a Cristo como Mediador entre Dios y el hombre, llegarán a esa verdad por medio de María, que actuará como Mediadora entre las almas sin luz y Cristo, llevándolos finalmente a la Visión del Salvador.

Marcel Proust narra que siendo aún joven acudió a su madre y recordó ante ella muchas de las faltas que había cometido en su pasión e ignorancia, y que su progenitora no podía comprender, pero que aun así escuchó atentamente, y de un modo u otro alivió su gravedad con una suavidad y compasión que aligeraron el peso de su conciencia. Pero, ¿cómo podrá María conocer lo que sufra el no-cristianizado, o tener compasión de las sangrantes heridas del alma de los pecadores? Así como el blanco lirio permanece inmaculado sobre el fango, así María llegó a comprender lo que es el pecado, en un momento en que estuvo a la par, por su capacidad de amor como creatura, con lo que Nuestro Señor experimentó en la Cruz.;

¿Qué es el pecado? Es la separación de Dios y la alienación del amor. Pero, ¡también María perdió a Dios!; lo perdió no moralmente, pero sí físicamente, durante aquellos interminables tres días en que su Hijo se extravió cuando contaba solamente doce años de edad: búsquedas,

preguntas ansiosas, llamados de puerta en puerta, súplicas y pedidos de que se le hallará; así llegó a comprender algo del vacío desesperante de los que aun no han hallado a Cristo. Ese fue el momento de su soledad de alma, en que llegó a experimentar lo que experimenta todo pecador, no porque Ella picara, sino porque sintió el efecto del pecado, o sea: la pérdida de Dios y la soledad del alma. A toda alma perdida puede decir con la máxima verdad: “Hijo, te hemos buscado con dolor”.

No es cosa consignada en los Evangelios, pero yo he creído siempre que Judas, tanto cuando iba a cometer la traición como después de cometerla, yendo ya con una cuerda al brazo para colgarse del árbol y ahorcarse, deliberadamente tomó un camino que le evitara encontrarse con la Madre de Jesús. Probablemente, a ningún otro ser de la historia del mundo hubiera perdonado con más voluntad Nuestra Bendita Madre que a Judas, aun cuando éste fuera el que envió a su Hijo a sus atormentadores. Cuando Nuestro Señor nos donó la mitad de su Reino en su Madre, hizo que para toda alma fuera casi imposible ir al infierno, si suplicaba a María que intercediera ante su Divino Hijo. Si Judas está en el infierno, se debe a que él, deliberadamente, volvió sus espaldas a María cuando marchó a suspenderse del árbol. Si no está en el infierno, se debe a que en aquel segundo culminante, cuando desde la colina en que se suicidó miró a la colina del Calvario, vio en ésta la Madre junto a su Divino Hijo y murió con esta oración en los labios: “Madre de los pecadores, ¡ruega por mí!”

Nuestra Santísima Madre tiene misericordia para con todas las almas porque está en su derecho al hacerlo. Aceptó la maternidad no ya como un título personal, sino como representante de toda la humanidad. Su consentimiento fue, para el nuevo orden de la gracia, lo que fue el consentimiento de Eva para la humanidad caída. Por lo tanto, tuvo Ella alegación de derecho a los méritos redentores de su Hijo. Lo que es aún más, el mismo Divino Hijo lo afirmó así, porque el último acto de Nuestro Señor en la tierra y al que demandó visiblemente nuestra adhesión, fue su encargo enfático de amar a su Madre como Madre nuestra: “He ahí a tu Madre”. Un hijo puede olvidar a una madre, pero una madre nunca olvida al hijo. No es Ella solamente Madre de Jesús, lo es también de todos aquéllos a los que Jesús redimió. “¿Olvidará una mujer al hijo de su seno?” Pero superando a todo dulce recuerdo está el consolador hecho humano de que una madre besa y cuida más al hijo que cae y se hiere más frecuentemente.

La Iglesia ha repetido con San Bernardo la oración a María en cuanto Reina de la Misericordia: “Acordaos, ¡oh Piadosísima Virgen María!, que

jamás se ha oído decir de ninguno que habiendo acudido a Vuestra Protección y reclamado Vuestro Auxilio, haya sido desamparado”. Del mismo modo que Cristo intercede por nosotros ante el Trono de su Padre, así María intercede por nosotros ante su Divino Hijo. Pero no podría desempeñar esta misión de misericordia si no estuvieran las personas necesitadas de la misma.

Santa Brígida cita en sus *Revelaciones* a la Santísima Virgen, diciendo: “Los seres de la tierra tienen necesidad de una triple misericordia: dolor por sus Pecados, penitencia para expiarlos y vigor para hacer el bien”. Y María prometió esas misericordias a todos los que acudan a Ella. Como el Hijo muestra al Padre las Heridas que recibió salvando al hombre en la Batalla del Calvario, así María muestra su corazón traspasado por siete espadas en la misma lucha contra el pecado. Ningún pecador del mundo está fuera de la esperanza de redención; nadie está tan maldito que no pueda obtener perdón con tal de acudir a María. Para salvarse es necesario estar en estado de gracia santificante, pero no lo es para acudir a María. Así como fue Ella la representante de la humanidad pecadora, al dar el consentimiento a la Redención, así es aún la representante de los que no están todavía en estado de amistad con Dios. Para los hermanos de Cristo es fácil acudir al Padre, pero no lo es para los extraños y los enemigos. Esta misión es desempeñada por María. No sólo es Madre de los que se hallan en estado de gracia, sino que también es Reina de los que no lo están. El verdadero nombre de Satán es “Sin misericordia” (Osías, I, 6, 8), el ser cuya naturaleza no puede pedir perdón. Primeramente, trata de convencer a las almas de que el mal no es mal; luego, una vez hecho el mal, procura convencerla de que no queda ya esperanza. De esa forma la presunción genera desesperación. Satán rehúsa la humillación del perdón tanto para sí mismo como para los demás, pero María pide el perdón incluso para aquéllos que, como agentes de Satán, volverían a crucificar a su Hijo. El nombre de Ella es la antítesis de Satán: “La que ha recibido Misericordia (Osías, II, 1), y por lo tanto: La que dispensa Misericordia.

Santa Gemma Galgani, ya en los tiempos modernos, imploraba un día ante Nuestro Señor en favor del alma de un pecador. Mientras oraba pidiendo misericordia, el Salvador repasó uno por uno los terribles y anormales pecados de ese pecador; después de negarse tres veces a lo demandado, Santa Gemma le dijo: “Entonces lo pediré a Vuestra Madre”, y le respondió Nuestro Señor: “En ese caso no podré rehusar”. Una hora

más tarde ese pecador acudió al confesor de la Santa e hizo su confesión general.

*Suave doncellez sin menoscabo alguno,
culmen de la energía creadora de Dios,
excelsitud de la personalidad humana,
máximo triunfo de la aspiración del mundo.
Azul radiante que compensó nuestra vergüenza,
piedra básica de nuestra salvación.
Señal que indica el recto camino
para no errar, errando en las tinieblas.
Gema Divina, que sana al simple tacto
del alma, merecedora de la honra universal
con gratitud y gracia inextinguible.
Conductora de los mortales al Trono Divino,
portaestandarte de la Salvación:
¡Ora pro me! (4)*

⁴ Conventry Palmore: “La adquisición del Niño”, tomado de “Canto a una Doncella”.

Capítulo vigesimoprimero

MARÍA Y LA ESPADA

Uno de los castigos del pecado original fue que la mujer daría a luz con dolor:

*Nada comienza y nada concluye
que no se pague con el dolor:
nacemos en medio del padecer de otros
y fenecemos en medio del propio dolor.*

Pero también el corazón tiene su agonía, pues, aun cuando la nueva vida se viva aparte de la madre, el corazón siempre conserva esa nueva vida como propia. Lo que se desapropia en la independencia del hijo es apropiado en el amor del corazón materno. Durante un tiempo su cuerpo sigue a su corazón, cuando a cada hijo que acerca a sus pechos habla ella con el lenguaje de una eucaristía natural: “Toma y come, éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre”. Finalmente llega el tiempo en que el alma del niño ha de ser alimentada con la Divina Eucaristía por el Señor que dijo: “Tomad y comed; Éste es mi Cuerpo; Ésta es mi Sangre”. Incluso entonces el corazón materno sigue a la nueva vida, no cesando nunca de amar a esa vida que la cambió a ella de mujer en madre.

El otro lado del cuadro es el siguiente: así como toda mujer engendra un hijo, así todo hijo engendra a una madre. La incapacidad del infante, con un lenguaje más vigoroso y elocuente que las palabras, solicita a la madre como diciendo: “Sé suave, sé dulce, sacrificate a ti misma, sé compasiva y misericordiosa”. Las mil tentaciones de la madre se desvanecen ante este radiante pensamiento. “¿Cómo está mi hijo?” El hijo cita y llama al deber aun antes de ser capaz de expresar esa palabra. Induce

a la madre a pensar dos veces antes de permitir al padre que vaya a formar un nuevo pseudohogar. El hijo es causa de la fatiga y el cansancio de la madre, así como también de su gozo con sus éxitos, y de sus agonías al perder él la gracia. El hijo trae el impacto de otra vida, y ninguna madre escapa a sus rayos vitales.

Aplicando esto a Nuestra Bendita Madre, no sólo engendró Ella un Hijo, sino que también el Hijo engendró a Ella. Tal es la conexión entre Belén y el Calvario. Ella le dio Filiación, pero El le proporcionó Maternidad. En el pesebre Ella se convirtió en la Madre de Él; en la Cruz Ella fue llamada La “Mujer”. Ningún hijo en el mundo, excepto Cristo, podía haber hecho a su madre la Madre de todos los seres humanos, porque la carne es posesiva y exclusiva. Hacerla a Ella la Mujer o Madre Universal era como un nuevo mundo creativo. Él la hizo dos veces: una vez para Sí, y otra vez, para nosotros en su Cuerpo Místico. Ella lo hizo como el Nuevo Adán, y ahora Él la instala como la Nueva Eva, la Madre de la humanidad.

Esa transferencia de su Madre a los seres humanos, fue realizada apropiadamente en el momento en que Él redimía a los mismos seres humanos. La palabra “Mujer”, pronunciada desde la Cruz, fue la segunda Anunciación, y Juan fue la segunda Natividad. ¡Qué gozo hubo cuando Ella fue Madre de Él!, ¡qué angustias cuando El la destinó Madre de los seres humanos! En el pesebre de Belén, la mente de María estaba llena del pensamiento de la Divinidad, pero en el Gólgota eran los pecadores los que saturaban su pensamiento, y en ese instante comenzaba a ser Madre de ellos, comenzaba su Maternidad Universal. La maldición dicha a Eva gravitaba pesadamente sobre María: “Darás a luz con dolor”. Si comparamos la gran diferencia entre su Divino Hijo y nosotros, desde nuestro punto de vista, su dolor debió haber sido no sólo: “¿Cómo puedo vivir sin Él?”, sino también: “¿Cómo podré vivir con ellos?” Este fue el milagro de la sustitución, pues, ¿cómo puede uno estar satisfecho con rayos errantes y escasos, cuando se ha vivido con el Sol? La humildad a la que cantara en el *Magnificat* fue no sólo la confesión del no merecimiento a ser Madre de Dios, sino también la admisión de su pronta disposición a ser Madre de los seres humanos. Fue un gran sufrimiento no morir con Él, y aun más intenso continuar viviendo con nosotros.

La Tradición indica que María fue atravesada siete veces con espadas de dolor, y que éstas forman sus Siete Dolores. Nosotros asumiremos la posición *no de que hubiera Siete Espadas, sino Siete Estocadas o golpes de una Espada, y esta Espada que atravesó su Alma fue Cristo mismo.*

Esta Espada tiene doble filo: uno se adentra en el Sagrado Corazón de Él, el otro en el Inmaculado Corazón de Ella. ¿Cómo es Cristo una espada? Ante todo, la Epístola a los Hebreos nos dice que la Palabra de Dios es una espada de dos filos: “La Palabra de Dios es algo vivo, eficaz y más penetrable que cualquier espada de dos filos y que llega hasta la misma división del alma y el espíritu, también de las médulas y las junturas, y discriminadora de los pensamientos e intenciones de los corazones. No hay ninguna creatura invisible a su mirada; todas las cosas están desnudas y abiertas para sus ojos, de ese Dios a Quien debemos rendir cuenta” (Heb. IV, 12-13). La palabra es sin duda alguna la Escritura y la voz viviente de la Iglesia. Pero la raíz y fuente es la Palabra Divina, que es Cristo mismo. Santo Tomás, en su comentario sobre este pasaje, hace esa identificación. Además, el mismo teólogo cita a San Ambrosio dando la misma interpretación: “Porque la Palabra de Dios es viva y efectiva y más penetrante que cualquier espada de dos filos”.

Un filo de esa palabra, hablando metafóricamente, Cristo, se adentró en su propio Sagrado Corazón, en el sentido de que Él quiso todos los padecimientos desde Belén al Calvario. Nos dice Santo Tomás que El fue la causa de su propia Muerte, de dos modos: *directamente*, por estar en tal antagonismo con el mundo, que el mundo no pudo soportar su Presencia. Simeón profetizó esto al decir que era: “un signo a ser contradicho”. La esencia del mal no es robar, hurtar, matar: es la crucifixión de la Bondad, la eliminación del Principio Moral de vida, de modo que sea posible pecar sin remordimientos y con impunidad; *indirectamente*, Cristo fue la causa de su propia Muerte, como lo dice el mismo Santo Tomás: “Por no prevenirla cuando pudo hacerlo; así como se dice que una persona moja a otra al no cerrar la ventana a través de la cual penetra la lluvia; y de este modo Cristo fue la causa de su Pasión y Muerte”. Pudo haber usado su Poder y lanzado rayos contra Pilatos y Herodes; pudo haber apelado a las masas con el magnetismo de su Palabra; pudo haber cambiado los clavos en rosas y la corona de espinas en una diadema de oro; pudo haber descendido de la Cruz cuando se le desafió a que lo hiciera. Pero, como concluye el mismo teólogo: “Puesto que el alma de Cristo no rechazó la injuria infligida a su Cuerpo, sino que quiso que su Naturaleza Corpórea sucumbiera a esa injuria, se dice de Él que entregó su Vida o murió voluntariamente”.

La Espada, por tanto, fue su Propia Voluntad por morir, a fin de que nosotros fuéramos salvados de la doble muerte. Pero también quiso que su Madre estuviera tan estrechamente asociada con Él como podía estarlo una

persona humana con una Persona Divina. Pío X declaró que la unión entre Ambos fue tan íntima, que se les podría aplicar las palabras del Profeta: *Defecit in dolore vita mea et anni mei in gentilibus* (Salmos, XXX, 11). Si, como lo dice León XIII: “Dios quiso que la gracia y la verdad logradas por Cristo para nosotros, no debieran sernos donadas por otro medio sino por María”, entonces también Ella tuvo que querer cooperar en la Redención, así como Cristo lo quiso siendo el Redentor. Algunos teólogos aseveran que Jesús quiso el sufrimiento de Ella junto con el suyo, *per modum unius*. Queriendo la Muerte de Él, quiso que Ella fuera “Madre de Dolores, Madre Dolorosa”. Pero no fue una voluntad impuesta; Ello lo aceptó en el *Fiat* original de la Anunciación. La Espada que Él adentrara en su propio Corazón, Él mismo, con la cooperación de Ella, la adentró en el Inmaculado Corazón de María. Difícilmente podría haber hecho esto si no fuera su Madre, y si los dos no fueran en un sentido espiritual “dos en una carne”, “dos en una mente”. Los sufrimientos de la Pasión eran de Él, pero su Madre los consideró como propios, también, porque tal es el significado de Compasión.

No hubo Siete Espadas, sino solamente una, y ésta se adentró en dos Corazones. Los Siete Dolores son como siete golpes de la Espada Cristo, un filo para Sí como Redentor, el otro para Ella, como Madre del Redentor. Cristo es la Espada de su propia Pasión; es la Espada de la Compasión de Ella. Pío XII ha declarado que, como verdadera Reina de los Mártires, Ella, más que ninguno de los fieles, ha sufrido por Su Cuerpo, la Iglesia, los sufrimientos que faltaban a la Pasión de Cristo.

Esta fue la razón primera por la que Dios permitió en Ella los dolores, para que pudiera ser la primera, inmediatamente después del Redentor, en continuar su Pasión y Muerte en su Cuerpo Místico. Nuestro Señor había advertido: “Así como a Mi me odiaron, así os odiarán a vosotros”. Si la ley de que el Viernes Santo es la condición para el Domingo de Pascua alcance a todos los fieles, entonces con mayor rigor debe alcanzarla a Ella, que es la Madre del Salvador. Un Cristo sin sufrimientos que ignorara el pecado, quedaría reducido al nivel de un reformador ético, tal como Buda o Confucio. Una Madonna sin sufrimientos ante un Cristo sufriente, sería una Madonna sin amor. ¿Quién hay que ame y no desee participar los padecimientos del ser amado? Puesto que Cristo amó tanto a la humanidad que quiso morir para expiar su culpabilidad, entonces también debió querer que su Madre, la que vivió solamente para hacer su Divina Voluntad, fuera alcanzada también por las intensas garras de sus sufrimientos.

Pero también hubo de sufrir María por causa nuestra así como sufrió por Él. Como Nuestro Señor aprendió la obediencia, por la que padeció, así María hubo de aprender la Maternidad, no por designaciones, sino por la experiencia con las cargas abrumadoras del corazón humano. El rico no puede consolar al pobre a menos que se haga menos rico por causa del pobre; María no podría secar las lágrimas de los seres humanos si Ella misma no hubiera conocido la fuente. El título de “Madre de los Afligidos” hubo de ser ganado en la escuela de la aflicción. No expía Ella por los pecados, no redime Ella misma, no es la Salvadora, pero por Voluntad de su Hijo y su propia Voluntad, está tan ligada con Él que su Pasión hubiera sido enteramente diversa si no hubiera estado presente la compasión de Ella.

Él hundió la espada en el Alma de María, en el sentido de que la llamo a ser Cooperadora con Él, como Nueva Eva en la regeneración de la humanidad. Cuando la madre de Santiago y Juan pidió preferencias políticas para sus hijos, se les preguntó a éstos si podían beber Su Cáliz. Tal era la condición para estar en Su Reino. ¡Cuál sería entonces el cáliz condición para ser la Madre del Crucificado! San Pablo nos dice que no podemos ser partícipes de su Gloria a menos que participemos también en su Crucifixión. Entonces, si los hijos de María no están exentos de la ley del sacrificio, ciertamente María misma, que es la Madre de Dios, estará menos exenta. De ahí que el *Stabat Mater* aboga porque la Compasión de María con Cristo sea participada por nosotros:

*Que las cinco llagas de Cristo
en mi corazón sean grabadas
profundamente, ¡oh Madre! Como en el Tuyo.
Tú, que llevaste la Cruz de mi Salvador,
que participaste los dolores de tu Hijo,
haz que yo participe en ellos contigo.*

Los siete golpes de la Espada son: la profecía de Simeón, la huida a Egipto, la pérdida de Cristo durante tres días, hallar a Cristo con su Cruz, la Crucifixión, el descendimiento de la Cruz, el entierro del Divino Hijo en el Sepulcro.

EL PRIMER GOLPE DE LA ESPADA

La estocada inicial fue la profecía de Simeón. El Divino Infante, contando tan solo cuarenta días de edad, es llevado al templo. Apenas la

Luz del Mundo es depositada en los brazos de Simeón, éste entona su Canto del Cisne: está listo para morir porque ha visto al Salvador. Después de predecir que Cristo es una Señal a ser contradicha, anuncia a María: “Y una espada atravesará tu Corazón”. Obsérvese que el anciano no dice que la espada atravesará su cuerpo. La lanza del centurión hará eso con el Corazón de Cristo, y su Cuerpo habrá sido tan castigado, que “hasta los huesos podrían ser contados”, pero el Cuerpo Virginal será ahorrado a esa impugnación externa. Del mismo modo que en la Anunciación, cuando concibió —diversamente del amor humano—, el éxtasis fue primero en el alma y después en el cuerpo, así ahora en su Compasión, los sufrimientos del martirio afectan primeramente al alma, y luego simpáticamente a la carne que es como un eco de cada golpe que cae sobre su Hijo o atraviesa sus Pies y Manos.

La Espada cuenta tan sólo cuarenta días, y, sin embargo, ya sabe Él cómo dirigirla. A partir de ese momento, cada vez que Ella levante los brazos del Niño, verá en las Manecitas las sombras de los clavos. Siendo el Corazón de Ella uno con el de su Hijo, cada atardecer vería una como imagen encarnada y sangrienta de la Pasión. En un sentido, la muerte de Ella no tendría entierro, así como la Espada en su alma no sería arrancada. Simeón arrojó a un lado la vaina cuando el propio Hijo de ella hizo brillar la Espada. Cada pulsación del pequeño bracito sonaría como el eco de un martillazo futuro e infalible. Pero el dolor de Ella no era lo que Ella sufría, sino lo que Él habría de sufrir. Tal era la tragedia. El amor nunca piensa de sí mismo. Si Él pertenecía a los pecadores, Ella también pertenecería.

El filo de la Espada, el Salvador, estaba diciendo a su Madre, por medio de Simeón, que Él sería una víctima por el pecado; el borde de Ella estaba conociendo que Ella sería la Curadora de la Vida de Él hasta la hora del sacrificio. Con una palabra Simeón predice la Crucifixión de Él y los padecimientos de Ella. Apenas es lanzada al mundo la incipiente Vida cuando un anciano predice el desastre. Una Madre lleva escasamente cuarenta días abrazando y besando a su Infante, cuando ya ve la sombra de la contradicción cerniéndose sobre la tierna Vida. No tenía ningún cáliz fruto del pecado para beber, ninguna copa de amargura alcanzada por el Padre como lo habría de beber su Hijo en el Huerto de los Olivos y, sin embargo, Él le alcanza la copa a sus Inmaculados Labios.

La enemistad del mundo es la suerte de todo el que se asocia de cerca a Jesús. ¡Cuán pocos son los convertidos a la fe que no han sentido la burla y la estupidez del mundo que protesta porque ellos abandonan la mediocridad de lo humano por un más elevado nivel en lo sobrenatural!

Hablando Nuestro Señor de la oposición que suscitarían, dijo así: “Yo vine a traer la espada, a poner al padre contra el hijo y a la madre contra la hija. Si un convertido experimenta esa contradicción, entonces, ¡cuánto peor sería para María, que fue Madre del que llevaría la Cruz! En verdad, El vino a traer la Espada, y su Madre fue la primera en experimentarla, no en el sentido de una víctima sin voluntad, sino más bien del ser cuyo libre *Fiat* la unió a Él en el acto de la Redención. Si el lector fuera la única persona que tuviera ojos en un mundo lleno de ciegos, ¿no sería el conductor de todos ellos? Si la consideración y bondad ante los heridos hace desaparecer las distancias y males, entonces, ¿la virtud frente al rostro del pecado procurará ser dispensada de la cooperación con Aquél que borra las culpas? Si María, sin pecado ninguno, aceptó con alegría la Espada procedente de la Divina Ausencia de pecado, nosotros, ¿nos quejaremos si el mismo Jesús permite que experimentemos algún dolor por la remisión de nuestros pecados?

*¡Oh María!, atravesada de dolor,
recuerda, alcanza y salva
al alma que andará muy pronto
ante Dios, Supremo Dador.
Intercede, Madonna Divina,
por todo ser nacido de mujer,
para todos los necesitados
sé Camarada, sé Luz de Esperanza.*

RUDYARD KIPLING: *Canto antes de la Acción*, tomado de “Canto a una Doncella”.

EL SEGUNDO GOLPE DE LA ESPADA

La segunda estocada de la Espada fue el aviso dado a la Madre disponiéndola a participar del dolor del destierro, con todas las personas exiladas y desplazadas que habría en el mundo, entre las cuales Él era el primogénito. El dictador Herodes, temeroso de que Aquél que venía a traer una corona de oro le arrebatara la suya de oropel, procuró intensamente asesinar al Infante que aun no contaba dos años de edad. Dos espadas brillan desenvainadas: una manejada por Herodes, que anhela matar al Príncipe de la Paz, a fin de conservar para sí la falsa paz del reinado del poder; la otra es manejada por la Espada Misma, que hace a su Madre

revertir el Éxodo, volviendo ahora a la tierra de la que en tiempos pasados sacara y condujera por desiertos a su pueblo. ¡Y José tiene aún el encargo de custodiar y conservar al Pan Viviente! Los corazones podrían soportar las aflicciones más dispuestamente, si pudieran tener la seguridad de que proceden directamente de Dios. Que el Divino Hijo de María utilizara a Simeón como instrumento para la primera estocada, era cosa comprensible, pues “el Espíritu Santo estaba en él” (en Simeón). Pero esta segunda estocada empleó como instrumento a hombres malvados. ¡Cuán frecuentemente juzgamos que Dios nos ha abandonado, cuando permite que la perversidad de los hombres nos acose y agravie, y, sin embargo, la Divina Omnipotencia se halla en los brazos de María, ¡y lo permite! La cruz parece ser doblemente gravosa cuando no procede de Él, pero en esos casos no es nuestra paciencia la que se somete a prueba, sino nuestra humildad y nuestra fe. Pero si el Hijo de Dios en su naturaleza humana y su Bendita Madre no hubieran sentido ambos la tragedia de millones de personas que en nuestra civilización fueron y son perseguidos por otros Herodes, si no hubieran participado la experiencia de violentos desenraizamientos de la patria y lanzamientos inhumanos a los bosques helados de la Siberia, si ambos: el Nuevo Adán y la Nueva Eva no hubieran sido las primeras personas desplazadas de la historia cristiana, entonces los refugiados elevarían sus puños hacia lo alto y clamarían: “¡Dios no sabe lo que yo sufro!”, o “¡Ninguna mujer ha soportado jamás tal aflicción!”

Por ser mujer y madre María hubo de sufrir, con Jesús, los padecimientos propios del destierro en un país inhóspito. El primer don de la Inmaculada Concepción y su Virginidad eran vallas de separación entre Ella y el mundo del mal. Pero ahora la Espada hendía la pared, derruía la valla, haciendo sentir a Ella lo que Él mismo sentía en el florecer de su Vida. ¡También Ella debía tener sus Pilatos y sus Herodes! Como un sacerdote que lleva el Santísimo Sacramento a los enfermos debiendo defenderlo hasta derramar su sangre, así María llevando a Emmanuel, aprendía que ser Madre de Él significaba sufrir con Él para reinar después a su lado. Las palabras de Simeón la hirieron internamente; la ira de Herodes y la huida a Egipto llevaron la batalla contra el mal hacia lo externo, del mismo modo que más adelante su Hijo pasaría de la Agonía en el Huerto, la Crucifixión sobre una Colina. Una sola palabra expresada por el Infante que custodiaba en su pecho, hubiera silenciado a todos los Herodes desde aquel día hasta Stalin o Mao-Tse-Tung, pero esa palabra no sería dicha. La Palabra era ahora una Espada. Sin embargo, ¡cuán

inexpresablemente más punzante debió haber sido la aflicción de su Pequeño Hijo, que con su Mente Infinita conocía y quería todo lo que estaba sucediendo y padeciendo! Una madre que observa la operación quirúrgica que se hace a su hijo, sufre por él. y, sin embargo, lo soporta a fin de conseguirlo un futuro mejor; aquí, el Hijo es el cirujano, que con una espada de dos filos atraviesa primeramente su Propio Corazón antes de hacerlo con el de su Madre, como para embotar el toque cuando la alcance a Ella. ¡La palabra es una espada de dos filos! Si fuera de un sólo filo, entonces Él tendría la empuñadura y solamente Ella sentiría el corte, lo que sería cruel. Pero en realidad nada penetra en el Alma de Ella que antes no haya penetrado en la de Él. Quiso el Salvador la tragedia que sufriría a manos de hombres malvados. También Ella la quiso, ante todo porque era Voluntad de Él que, así como desharía a Adán, Ella desharía a Eva.

Bien conocía María que el Infante al que llevaba en sus brazos maternos, aun no había levantado su Voz contra el mal, pero, sin embargo, ya veía a los pseudoescandalizados y a los tiranos, a los dictadores y a los comunistas, a los intolerantes y libertinos, a la rabia y la tormenta desencadenándose contra Él. En sus brazos era aún liviano como una pluma, pero en su corazón pesaba más que un planeta — “Puesto para caída y resurrección de muchos”—. ¡Un Infante y era odiado! Tal era la punta de la segunda estocada de la Espada. “Como a Mí me odiaron, así os odiarán a vosotros. Ese odio de los hombres contra Él, sería sentido por Ella como propio. Mas, como Él amaba a los que Le odiaban, también Ella los amaba. Iría a Egipto una y mil veces y en medio de miles de terrores, con tal de salvar a un solo hombre de cometer un pecado, por Su Causa y por la de Dios.

Ahora, estando María coronada en el Cielo, cuando mira hacia la tierra ve millones de hombres que en nuestro siglo destierran al Creador de sus patrias, lo destierran también de sus corazones. Muchos de ellos no emplean la mayor parte de su tiempo en ganarse la vida, sino ¡en huir y alejarse de Dios! Él, por su parte, no destruirá la libertad de ellos, y ellos, por la suya, no Lo elegirán. Pero así cómo María en su segundo dolor no tenía animosidad con los malvados, sino que se sentía apenada por la propia causa de ellos, así ahora en el Cielo su compasión y amor para con los pecadores se diría que aumenta con la creciente medida de su pecado. Cuanto más estrechamente está un alma a Jesús, más ama a los pecadores. Un paciente puede estar tan enfermo con fiebre, que en su delirio llegue a creer que está bien; un pecador puede haberse adentrado tanto en el pecado que llegue a creer de sí mismo que es bueno. Tan sólo el

que está realmente sano conoce la enfermedad del paciente, y sólo aquellos que están liberados del pecado conocen la gravedad del mismo y procuran curarlo y extirparlo. Tanto Jesús como María, en la huida a Egipto, experimentaron en su bondad —infinita en el Uno, finita en Ella— los dos efectos físicos del pecado: temor y fuga. A menos que el temor sea vencido en el perdón, concluye en la persecución de los demás; a menos que el “escapismo” sea vencido por un retorno a Dios, se ahoga a sí mismo en el alcohol, los narcóticos, ¡en el hastío de la excitación! ¡Ojalá supieran esto todos los psiquiatras del mundo, que esos dos efectos del pecado son superados y vencidos no ya por la condescendencia en lo material y carnal, sino por el amor, que domina al temor, y por la penitencia, que arresta a la huida! Nuestro Señor y su Madre Bendita sufrieron dispuestamente ambos efectos psicológicos, a fin de que las almas pecadoras fueran liberadas de los mismos. El verdadero tratamiento de “shocks” que los culpables no han experimentado aún, es el “shock” de invocar a una Mujer con un Infante que los conducirán a Egipto para comer el rigor de la penitencia y el pan amargo de la tribulación. Cuando el corazón del hombre no se halla en su casa en Nazaret, sino escapando de la Realidad, aun puede tener esperanzas, porque la Madonna y el Niño saldrán a su encuentro, aun en medio de su alocada fuga a los desiertos del Egipto de este mundo.

EL TERCER GOLPE DE LA ESPADA

La pérdida o extravío del Niño por espacio de tres días, fue la tercera estocada de la Espada. Uno de los filos se adentró en la propia Alina de Él cuando se ocultó de su Madre y de su Padre adoptivo a fin de recordarles, como lo manifestó a ambos, que Él debía ocuparse “en las cosas de su Padre”. Pero como también el Cielo juega al escondite y busca, el otro filo de la Espada fue el dolor de María en el extravío y búsqueda del Niño. Era de Ella, por eso Lo buscó; Él estaba ocupándose de los asuntos de la Redención, por eso La había abandonado marchando al Templo. Había allí no sólo un extravío físico, sino también una prueba espiritual: “Se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen” (Luc., II, 43). Cuando Lo hallaron, les observó: “¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que Yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?” (Luc., 11, 49). “Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta” (Luc., 11,50). Andando el tiempo habría otra pérdida por espacio de Tres Días, cuando el Cuerpo de Jesús estuviera tendido en un sepulcro. La de entonces fue una degustación y prelude de la siguiente, así

como también una sombra de la pérdida de tres años que duraría su ministerio público.

Entonces algo permanecía oculto a María, en el sentido de que no lo comprendía. No era ello una mera ignorancia negativa, sino una privación, un deliberado ocultamiento, por parte de su Hijo, de la plenitud de su objetivo. Tuvo Ella su Noche Oscura del Cuerpo en Egipto; ahora tendría su Noche Oscura del Alma en Jerusalén.

La oscuridad y desolación espirituales siempre han sido una de las pruebas para los místicos de Dios. Primeramente, se le oculta el Cuerpo y Sangre del Salvador, después el esplendor de su Verdad.

Si el segundo golpe de la Espada La puso a la par de las personas desplazadas de todo el mundo, este tercero La elevó a la compañía de los santos. ¡Ahora la Cruz arrojaba su sombra sobre el Alma de Ella! No sólo su Cuerpo Virginal debe pagar costosamente por el privilegio de su Inmaculada Concepción, sino que también su Alma debe pagar el costo de ser la Sede de la Sabiduría.

La Espada de dos filos afecta a ambas Almas en el suave latido de un ritmo. Un día, en el Golgota, Él sentirá el pesimismo de los ateos, la desesperación de los pecadores, la soledad de los egoístas, cuando eche sobre Sí los pecados de todos, y comprenderá todo su aislamiento en una gran exclamación: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” También Ella debe experimentar esa soledad y abandono, no tan sólo en la pérdida física de Cristo, sino también al ver cerrarse toda posibilidad de consuelos. Así como estando en la Cruz Él negaría a su naturaleza humana todos los goces de su Divinidad, así ahora negará a su Madre todas las alegrías de las cosas referentes a su Padre. Si el filo de la Espada, el correspondiente a Él, era abandono, el correspondiente a Ella sería, oscuridad. El Evangelio dice que cundió la oscuridad sobre la tierra cuando Él profirió aquel grito desde la Cruz; ahora la noche cae sobre la mente de María porque el Hijo Mismo quiso el eclipse del sol. Hasta parece Él cuestionar el derecho de Ella a buscarlo, cuando le pregunta: “¿Cómo es que me buscabais?” (Luc., II, 49). Estando pendiente en la Cruz, suspendido entre la tierra y el Cielo, se sentiría abandonado por Dios y rechazado por los hombres; así ahora Ella, con una palabra de la Espada, se ve completamente abandonada por Quien es ambas cosas: Dios y Hombre.

La oscuridad en los santos no es la misma que reina en los pecadores. En la primera no hay luz, pero sí amor; en la segunda hay noche sin amor.

Es muy razonable que esa oscuridad mística, adentrada por la Espada en el alma de María, diese origen a tan heroicos actos de amor como para ascenderla a un nuevo Tabor nunca experimentado hasta entonces. ¡A veces la luz puede ser tan brillante, que enceguezca! Que María no comprendiera la palabra que se le dirigía, era cosa debida menos al defecto de la luz que a su exceso. La razón humana alcanza un punto en que no puede describir o explicar lo que acontece al corazón. Todo amor humano, en sus momentos más extáticos, queda sin palabras. La razón puede comprender las palabras, pero no puede comprender las Palabras, el Verbo. El Evangelio nos advierte aquí que, lo que María no comprendió, fue la Palabra que era hablada. ¡Cuán difícil comprender al Verbo cuando es desmenuzado en palabras! No lo comprendió Ella porque el Verbo la elevó del abismo de la razón llevándola a otro inimaginable abismo de la Mente Divina. En tales extremos, la Divina Sabiduría en sus expresiones humanas determina una confesión de ignorancia. No puede decir su secreto, así como San Pablo no dijo su visión del tercer cielo. Las palabras mismas eran inadecuadas para expresar plenamente el significado de la Palabra, del Verbo.

Para probar que esa oscuridad era diversa de la ignorancia, añade el Evangelio: “Y su Madre conservaba todas estas cosas en su Corazón” (Luc., II, 51). Su Alma conservaría la Palabra, el Verbo; su Corazón conservaría las palabras. El que por sus palabras parecía desapropiarse de Ella, ahora se apropia a Ella, conservando la miel del mensaje en la colmena de su Corazón, sino también yendo a Nazaret para permanecer sujeto a Ella.

La Divina Espada no emplea más instrumentos que Simeón y Herodes para ser blandida. Doce años de edad, es suficientemente grande como para blandirla Él mismo. En este dolor, ambas naturalezas de Él se afincaban en Ella para hacerla Co-Redentora, bajo la causalidad de Él; la naturaleza humana con la pérdida física: la naturaleza Divina en la Noche Oscura del Alma. En la Anunciación María plantea una cuestión al Angel: “¿Cómo será así, pues no conozco varón?” Ahora dirige al Dios-Hombre en persona llamándolo “Hijo”, y le pide que se explique y se justifique por lo que ha hecho. He aquí una suprema conciencia y convicción de que era Madre de Dios. Siempre que hay una gran familiaridad, es aún mayor en el sufrimiento que en la alegría. Los Santos favorecidos por revelaciones de Nuestro Señor, lo describen diciendo que este dolor le costó tanto sufrimiento como los demás de su Vida; en éste, como en otros casos, adentró la Espada en su Sagrado Corazón antes de adentrarla en el

Inmaculado Corazón de Ella, a fin de conocer Él primeramente el dolor que causaría. La aflicción que experimentaría Nuestro Señor al dejar a su Madre después de estar por espacio de tres horas en la Cruz, fue sentido allí anticipadamente durante la separación de los tres días que estuvo extraviado. Los que pecan sin tener la fe, nunca sienten la ansiedad de los que pecan teniendo fe. Tener a Dios y luego perderlo, era para María el filo de la Espada; ser Dios y luego ocultarse de aquellos que jamás lo abandonarían, fue el filo de la Espada para Nuestro Señor. Ambos sintieron los efectos del pecado de modos diversos: Ella sintió la oscuridad de perder a Dios: Él sintió la oscuridad de ser perdido. Si la aflicción de Ella fue un infierno, la de Él fue la agonía de causarlo. ¡En el Corazón de Ella hubo amargura de muerte, en el Corazón de Él hubo la inmensa tristeza de causarla!

Como Ella llegó a ser Refugio de los Pecadores sabiendo qué es perder a Dios y luego hallarlo, así él llegó a ser Redentor de los Pecadores conociendo la deliberación, la voluntad, la resolución de los que hieren a los seres a quienes aman. Ella sintió en Sí a la creatura perdiendo al Creador; Él sintió también en Sí al Creador perdiendo a la creatura. María perdió a Jesús sólo en la oscuridad mística del alma, no en la negrura moral de un corazón malo. Su pérdida fue la velación del Rostro de Él, no una huida. Pero Ella misma nos enseña que, cuando perdamos a Dios, no debemos quedarnos aguardando a que regrese, sino que hemos de salir en su busca, y, para satisfacción de todo pecador, *¡Ella sabe dónde se le puede hallar!*

EL CUARTO GOLPE DE LA ESPADA

La Benditísima Madre había disfrutado ya dieciocho años de la compañía de Dios en forma humana. Si Él pudo causar tal transformación en un publicano llamado Mateo, en el término de tres años, ¡cuál debió ser la sabiduría atesorada en treinta años, por Aquella que era ya la Inmaculada Concepción! Ya habían pasado los tres años de enseñanza y predicación, años durante los cuales oímos acerca de Ella tan sólo una vez. Ahora, la Espada se aproxima más y más a la empuñadura, a medida que pasamos las cuatro pruebas a María, cuando ve a Jesús cargando la Cruz. El adentró la Espada en su propia Alma, y se mostró como una Cruz sobre los hombros; adentró la Espada en el Alma de Ella, y se convirtió en una Cruz sobre su Inmaculado Corazón.

La cuarta estación del Vía Crucis, dice así: “Jesús, con la Cruz a cuestas, encuentra a su Bendita Madre”. Simeón había predicho que sería un Signo de contradicción; ahora comprueba Ella que ese Signo de contradicción es la Cruz. Era el advenimiento de un mal largamente temido. Todo árbol con sus ramas formando ángulos rectos en el tronco había recordado a Ella, anticipadamente, el día en que otro árbol se volvería contra su Creador convirtiéndose en su lecho de muerte. Los clavos diseminados en el taller de un carpintero, las vigas colocadas en las paredes, los brazos de algún joven extendidos sobre el fondo del sol poniente después de la jornada de trabajo, arrojando la sombra de una cruz en la pared cercana, todo ello traía a su pensamiento, anticipadamente, la hora temida e ineluctable. Por más que haya preparación para la desgracia del inocente que sufre por el culpable, la realidad es siempre más triste de lo que es posible anticipar o imaginar. María había tenido práctica para ese golpe, pero parecía herir en un sitio sin defensa ni coraza. Jamás son iguales dos aflicciones, cada una tendrá un carácter y características propias. Aun cuando sea la misma espada, la diferencia se halla en la profundidad de su adentramiento; alguna nueva área del alma es tocada, que antes estaba virgen al pesar.

En cada dolor es el Hijo el ejecutor, pero siempre hace que su filo para Él sea el más agudo. Era su filo no sólo cargar los pecados del hombre en la Cruz, sino también permitir que Ella. Inocente de todo, participara del sufrimiento como propio de Ella. La Cruz debió parecerle aún más pesada, no más liviana, después que su Madre Lo vio llevándola penosamente sobre sus hombros. ¡Cuán frecuentemente había dicho Él: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, que renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga”! (Mat., XVI. 24). Si cargar la propia cruz es la condición necesaria para ser seguidor de Cristo, entonces la condición para ser la Madre del Salvador es llevar la Cruz del Salvador mismo. Los curiosos espectadores apostados en el camino al Calvario, podían ver que Él la llevaba, pero sólo Él conocía el peso que Ella soportaba.

Este mundo nuestro tiene no sólo el temor de un mal amenazante, como en la profecía de Simeón; la huida forzada de la ira de un tirano, como en la fuga a Egipto; la soledad y ansiedad de los pecadores, como en el extravío y separación de los tres días, sino que también tiene la moderna pesadilla del terror. El justo Abel asesinado por los Caínés soviéticos en la Europa Oriental; los fieles chinos viviendo en mortal temor de ser ejecutados, las incontables multitudes heridas de pánico ante las injusticias de los comunistas, todos ellos podrían haber elevado hacia lo alto ojos

encendidos e iracundos, si un Hombre y una Mujer no hubieran sentido la amargura de ese terror. Y, si solamente un Hombre Inocente hubiera sentido la intensidad quemante de ese terror, entonces, ¿qué dirían las mujeres? ¿no debía haber entre su sexo, también Una cuya alma hubiera estado tan inundada de ese espanto que pudiera proporcionar consuelo y esperanza? Si Dios hecho carne no hubiera soportado con paciencia juicios absurdos y de burla, los sacerdotes chinos no tendrían ahora el valor necesario para seguir sus huellas. Si una creatura, frente a una turba enardecida, que clamaba pidiendo sangre, no hubiera participado de aquel terror como propio, la humanidad podría decir que un Dios-Hombre podía soportar aquello porque es Dios, pero un ser humano, no. Esta es la razón por qué Nuestro Divino Salvador hubo de ser Espada de Ella, dando la cuarta y agonizante estocada.

En este cuarto dolor no se dice palabra alguna; solamente se ve la brillante hoja de la Espada, porque el terror no tiene palabras. La Espada que Él adentró en su Propio Corazón, le hizo derramar gotas de Sangre como cuentas en el Rosario de la Redención, sobre cada pulgada de aquella calle de Jerusalén; pero la Espada que adentró en el Alma de Ella hizo que la Madre se identificara con sus padecimientos redentores, forzándola a marchar por aquel camino sobre la Sangre de su propio Hijo. Las heridas de Él sangraron, las de Ella, no. Las madres, al ver sufrir a sus hijos, desearían que fuera su propia sangre la que fluyera en lugar de la que brota de las heridas de sus seres queridos. En este caso era la Sangre de Ella la que Él derramaba. Cada gota encarnada de aquella Sangre, cada célula de aquella Carne, le había sido dado por Ella. Jesús no tenía padre humano. Era siempre la Sangre de Ella la que vertía; era su propia Sangre la que Ella pisaba.

Mediante un dolor tan espantoso María logró conquistar la compasión para los aterrorizados. Los Santos que menos indulgentes han sido consigo mismos, son más indulgentes para con los otros prójimos; los que conducen una vida fácil, sin sacrificios, no pueden hablar el lenguaje de los apesadumbrados y doloridos. Estando alejados y por encima del terror, no les es posible inclinarse para consolar; si quieren hacerlo entonces se comportan con condescendencia, no con compasión. Pero aquí, María se encuentra ya en el polvo de la vida humana, vive en medio del terror, de los intentos de desconcierto mental, de falsas acusaciones, de difamaciones y calumnias, y de los demás instrumentos de terror. La Inmaculada está rodeada de lo maculado, el Ser sin pecado en medio de pecadores, pero no alimenta rencor ni amargura contra ellos, contra sus verdugos; sólo

compasión y misericordia porque no ven ni conocen cuán Amante es el Amor que están enviando a la muerte. En su Pureza, María se halla en la cumbre más elevada; en su compasión está en medio de maldiciones, de celdas de muerte, de verdugos y de sangre. Un hombre en su convicción de pecado, puede desesperar de clamar a Dios, pidiendo perdón, pero no de invocar la intercesión de la Madre de Dios —de la que vio a los pecadores haciendo aquellos crímenes contra su Hijo—, pidiendo para ellos mismos el perdón. Si la Madre Santísima, que mereció ser salvada de todo mal, de toda mancha, por especial providencia de su Hijo pudo soportar y llevar una pesadísima Cruz, ¿cómo entonces nosotros, que no merecemos ni lejanamente ser comparados con Ella, nos atreveremos a esperar eludir nuestro encuentro con una cruz? “¿Qué hice yo para merecer esto?”, es un grito de orgullo. ¿Qué hizo Jesús? ¿Qué hizo María? Que no haya queja ninguna contra Dios por enviarnos una cruz. ¡Que tan sólo haya sabiduría suficiente para comprender que María está a nuestro lado haciéndola más ligera, más dulce, haciéndola suya!

EL QUINTO GOLPE DE LA ESPADA

La Cruz une no sólo a los amigos de Nuestro Señor, sino también a sus enemigos. Tan sólo sobreviven los mediocres. Nuestro Señor fue demasiado bueno, perturbó conciencias, por lo tanto, debe morir. Los ladrones habían sido demasiado malvados, perturbaban la falsa seguridad de las posesiones, por lo tanto, debían morir. El mismo Cristo había manifestado que, como Moisés había levantado la serpiente de bronce en el desierto, así Él sería alzado sobre la tierra. El significado de tal comparación era éste: cuando los israelitas fueron mordidos por serpientes Dios ordenó que hicieran una de bronce y la colgaran en una cruz; todos los que la miraran serían curados del veneno de las mordeduras. La serpiente de bronce tenía el aspecto externo de las que mordían y, sin embargo, no tenía veneno. Cristo es la serpiente de bronce en cuanto tiene la semejanza y la forma de hombre, pero no tiene el veneno del pecado. Todos los que miren hacia ÉL, serán sanados del pecado que procedió de la serpiente, el Demonio.

Nadie miró más de cerca a la Cruz que la Benditísima Madre. Nuestro Señor adentró un filo de la Espada en el propio Corazón de Él, porque nadie le quitó la Vida: “La doy por Mí mismo”. Estaba erguido como un Sacerdote, postrado como una Víctima. Se entregó a la inicua voluntad del hombre que haría lo peor. Lo peor que el hombre puede hacer

es matar a Dios. Permitiendo que el hombre recurriera a sus más fuertes armas, y derrotándolo luego mediante la Resurrección de entre los muertos, Cristo Salvador demostró así que el mal jamás volvería a ser victorioso.

El otro filo de la Espada se adentró en el Alma de María, tanto cuanto Ella había estado preparando al Sacerdote para ser Víctima. La cooperación de Ella fue tan real y activa que *estuvo de pie* cabe la Cruz. En toda imagen o cuadro de la Crucifixión, Magdalena está postrada, casi siempre se la ve a los Pies del Salvador, pero María se mantiene de pie; Juan estaba allí, le asombró el hecho de que la Santa Madre permaneciera firme y erguida durante estas tres dolorosísimas horas, y lo consignó explícitamente en su Evangelio.

El Edén estaba siendo revertido. Tres cosas cooperaron a nuestra caída: un hombre desobediente: Adán; una mujer orgullosa: Eva, y un árbol. Dios retoma los tres elementos que condujeron al hombre a la derrota y los utiliza como instrumentos de victoria: el obediente Nuevo Adán, Cristo; la humilde Nueva Eva, María; y el árbol la Cruz.

La peculiaridad de este dolor es que las siete palabras proferidas por Nuestro Señor desde la Cruz, fueron como siete notas en una marcha fúnebre. Nuestra Bendita Madre ha sido consignada en la Escritura como hablando siete veces. No significa esto que hablara tan solo ese número de veces, sino que tan sólo éstas fueron registradas por escrito. Nuestro Señor también habló siete veces desde la Cruz. A medida que decía cada palabra o frase, el Corazón de Ella volvía a las palabras que Ella había hablado, haciendo la aflicción y el pesar más intensos al ver el misterio del “Signo de contradicción”.

La primera palabra de Nuestro Señor desde la Cruz, fue “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”. No es la sabiduría mundana lo que salva, es la ignorancia. Si los verdugos hubieran sabido lo terrible que estaban haciendo cuando rechazaban al Hijo del Hombre, si hubieran conocido que era el Hijo de Dios y un continuaran su obra, llevándolo deliberadamente a la muerte, entonces no hubiera habido esperanza de salvación. Fue sólo su ignorancia de la blasfemia que estaban cometiendo lo que los hizo entrar en el campo de percepción de la palabra de perdón y del manto de la indulgencia.

Esa primera palabra recordó a María la primera palabra de Ella. También versaba acerca de la ignorancia. Cuando el Angel le anunció que sería Madre del Hijo de Dios, preguntó: “¿Cómo será esto, pues no

conozco varón?” Ignorancia significaba aquí inocencia, virtud, virginidad. La ignorancia elevada no es ignorancia de la verdad, sino del mal. Nuestro Señor perdonó a los pecadores porque eran ignorantes, y no como los ángeles que en su rebelión *conocían*, sabían qué estaban haciendo, y por lo tanto salieron del campo de la redención. Nuestra Santísima Madre fue bendecida porque ignoraba al hombre mediante su voto consagradorio de virginidad.

Aquí las dos palabras se funden en una sola aflicción: dolor de parte de Jesús y dolor de parte de María, porque los hombres no fueron sabios con la sabiduría que es dada sólo a los niños y a los pequeños, a saber: conocer que solamente Cristo nos salva de nuestros pecados.

La segunda palabra de Cristo fue dicha al buen ladrón. Al principio éste blasfemaba contra Nuestro Señor, pero luego, al oír las palabras de perdón y viendo la bondad de su Madre, correspondió a la Gracia y consideró su propio castigo como “justa recompensa por nuestros crímenes”. La vista del Hombre pendiente de la Cruz central, obedeciendo la Voluntad del Padre, le inspiró a aceptar su propia cruz como Voluntad de Dios, y con ello vino el pedido de perdón. Nuestro Salvador le respondió: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso.”

Tan hermosa aceptación de sus sufrimientos como expiación por sus pecados, recordó a María sus palabras al Angel. Cuando le fue dicho que sería la Madre de Aquél a Quien el capítulo 53º de Isaías describió como “herido por Dios y afligido”, pronunció Ella su segunda palabra: *Fiat*, “Hágase en Mí según tu palabra”. Nada importa en todo el universo sino hacer la Voluntad de Dios, aun cuando ello traiga una cruz a un ladrón y cause a Ella un padecimiento inenarrable al pie de la Cruz Redentora. El *Fiat* de María fue uno de los grandes *Fiats* del universo: uno de éstos creó la luz, otro aceptó la Voluntad del Padre en el Huerto de los Olivos, el de Ella aceptó una vida de desinteresada secuencia con la Cruz.

El Corazón de Jesús y el Corazón de María fueron hechos uno solo en el Calvario, con motivo de esa obediencia a la Voluntad dei Padre. Todo ser humano tiene en este mundo una cruz, pero jamás dos cruces son idénticas. La de Nuestro Señor fue la Cruz de la Redención por los pecados del mundo; la de Nuestra Madre fue una unión tan duradera como su vida con aquella Cruz; la del buen ladrón fue la paciencia y arrepentimiento cuando pendía en el patíbulo, sirviendo ello de preludeo para recibir una corona. Nuestra voluntad es la única cosa que es absolutamente nuestra; de ahí que sea la única perfecta oblación que podamos hacer a Dios.

La primera palabra del Salvador fue para los verdugos, la segunda para los pecadores, y la tercera para su Madre y San Juan. Es una palabra de salutación, y sin embargo fue tal que alteró completamente todas las relaciones humanas. Llama a su propia Madre: “Mujer”, y a Juan: “Hijo” de Ella: “Mujer, he ahí a tu hijo”; “Hijo, he ahí a tu Madre”. Fue una orden para toda la humanidad, que Lo seguiría para ver a la Madre de Él como Madre propia de esa humanidad. Había entregado ya todas las cosas; ahora la daría también a Ella, pero, por supuesto, la hallaría otra vez siendo Madre de su Cuerpo Místico.

También la tercera palabra de María había sido una salutación. No sabemos exactamente qué dijo, sino que saludó y recibió a suprema Isabel. También en esta escena hubo otro Juan: Juan el Bautista, y también éste proclamó a María como su Madre. Saltando Juan de gozo en su cuerpo, Isabel habló por él y se dirigió a María como “Madre de Dios”. Dos infantes aún no nacidos establecen una relación antes de ver la luz. Cuando Jesús pendiente de la Cruz pronunciaba su palabra, María pensaba en la de Ella. En la Visitación traía la influencia de Jesús antes de ser nacido, porque estaba destinada a convertirse, al pie de la Cruz, en Madre de todos los que nacieran. El dar a luz a su Divino Hijo no le ocasionó padecimiento alguno, pero este nuevo dar a luz a Juan y a los millones de seres humanos, a nosotros todos, le causó tal agonía que mereció el título de “Reina de los Mártires”. Costó a Jesús hacer a su Madre Madre nuestra; costó a María que su Divino Hijo nos hiciera hijos de Ella. Fue un cambio bien pobre, nada ganancioso, pero Ella lo consideró digno de hacerse.

La cuarta palabra de María fue su *Magnificat*, y la de Jesús fue tomada del Salmo Vigésimoprimer, que comienza diciendo con tristeza: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”, pero concluye con la misma nota que tiene el Canto de María: “Los pobres comerán y serán saciados; todos los extremos de la tierra recordarán y adorarán su Visión”. Ambos cantos fueron proferidos antes de que hubiera seguridad de la victoria. Desde el punto de vista humano, ¡cuán desesperanzado es para una mujer avizorar los derroteros del tiempo y profetizar que: “Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada”! Desde el punto de vista humano, ¡cuán desesperanzada era la perspectiva de Nuestro Señor, clamando a su Padre en medio de las tinieblas, de ejercer alguna vez dominio sobre la tierra que en aquel momento lo rechazaba! Para ambos, para Jesús y para María, hay tesoros en la oscuridad: en la oscura humildad de una Mujer, en la oscuridad de una colina donde se alza un patíbulo. Solamente los que caminan en la oscuridad pueden ver las estrellas.

La quinta palabra de María fue pronunciada al cabo de una angustiada búsqueda: “Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? ¡Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando!” Palabra de la creatura que va en busca del Creador. La quinta palabra de Nuestro Señor fue la del Creador en busca del hombre: “Tengo sed”. No era sed de aguas terrenales, sino sed de almas. La palabra de María aúna la aspiración de toda alma hacia Cristo, y la de Éste aúna el afecto del Divino Hijo hacia todas y cada una de las almas. Tan sólo hay en el mundo una cosa que pueda prevenir el mutuo encuentro, y es la voluntad humana. Hemos de querer hallar a Dios; de lo contrario siempre parecerá ser el Dios Escondido.

La sexta palabra de María fue una simple oración: “No tienen vino”; palabras que indujeron a Nuestro Señor a realizar su primer milagro y a dar comienzo a su camino real hacia la Cruz. Una vez elevado en ésta, después de gustar el vino alcanzado a sus labios por el soldado, dijo: “Todo está consumado”. Aquella “hora” que María iniciara en Caná cuando El cambió el agua en vino, ahora es cumplida cuando el Vino de su Vida es cambiado en la Sangre del Sacrificio. En Caná, María envió a su Hijo a la Cruz; en el Calvario, su Hijo declara ahora que ha concluido su Obra de Redención. El Inmaculado Corazón de María fue la Viviente Piedra de Altar en la que se ofreció el Sagrado Corazón ¡María sabía que los hijos de los hombres nunca podrían ser salvados sin el ofrecimiento sacrificial del Hijo de Dios!

La última palabra de la Bendita Virgen registrada en las Escrituras es de abandono a la Voluntad de Dios: “Haced todo cuanto os diga” (Juan, II, 5). En la Transfiguración el Padre Celestial habló diciendo: “Este es mi Hijo muy amado, escuchadle”. Ahora pronuncia María su palabra final: “Haced su Voluntad”. La última palabra de Jesús en la Cruz fue una libre entrega de su Vida a la Voluntad de su Padre: “Padre, en tus Manos encomiendo mi Espíritu”. María se entrega a Jesús y Jesús a su Padre Celestial. Hacer la Voluntad de Dios hasta la muerte, tal es el meollo, el corazón íntimo de toda santidad. Y aquí Jesús nos enseña a morir, porque si tuviera a su Madre contigo en la hora de su gran entrega, entonces, ¿cómo nos atreveríamos a dirigirnos a Ella diciendo diariamente: “Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén”?

EL SEXTO GOLPE DE LA ESPADA

Nuestro Divino Salvador inclina la Cabeza, y muere. Algunos planetas, sólo al cabo de larguísimo tiempo completan su órbita, y entonces vuelven otra vez a su punto de partida, como para saludar a Aquél que los lanzó a su recorrido. El Salvador, que viniera del Padre, vuelve otra vez al Padre con sus últimas palabras: “Padre, en tus Manos encomiendo mi Espíritu”. Se ordena una doble investigación para probar que está muerto. Un oficial del ejército romano toma una lanza y la hunde en el Costado de Nuestro Señor. Habiendo retenido escasísimos testimonios de su Amor, ahora los vierte enteramente de su Costado como Sangre y Agua. Sangre: el precio de nuestra Redención; agua: el símbolo de nuestra Regeneración.

Cristo, que es la Espada de su propia muerte, continúa los golpes aun después de la muerte, haciendo de Longinos el instrumento para abrir los tesoros de su Sagrado Corazón, que se convierte en la Nueva Arca en la que las almas pueden ser salvadas de la anegación y diluvio del pecado, con tal que entren en ella. Pero, cuando uno de los filos abrió los tesoros de su Corazón, el otro filo se adentró en el Alma de María. Simeón habrá predicho que una espada atravesaría su propia Alma. Esta vez llegó por el atravesado Costado de su Hijo. Literalmente en el saco de El, metafóricamente en el de Ella, fue un atravesar de dos Corazones con una sola espada. Esta simultaneidad de golpes, esta transfixión del Corazón de Él y del Alma de Ella, es lo que nos uno en la adoración del Sagrado Corazón de Jesús y en la veneración del Inmaculado Corazón de María. Las personas nunca están tan unidas en el gozo como lo están en el sufrimiento.

Los placeres de la carne unen, pero siempre con un tinte de egotismo, porque el ego es ubicado en el “tú”, de la otra persona para hallar deleite en su placer. Pero estando en medio de lágrimas y sufrimientos, el ego es muerto antes de que vaya al “tú”, y nada se quiere sino el bien del otro. En estas sucesiones de golpes Jesús sufre por su Madre, quien debe sufrir tanto por Él; María sufre por su Hijo, sin cuidarse de lo que le sucede a Ella misma. Cuanto más consuelo se obtiene de las creaturas menos se tiene de Dios. Pocos son los seres humanos que pueden consolar. En realidad, nadie puede consolar sino el ya partido. Ningún ser humano puede aliviar la soledad de María, solamente su Hijo Divino puede hacerlo. A fin de que las madres que pierden sus hijos en los campos de batalla, y las esposas que pierden a sus maridos careciendo de las delicias del hogar, no permanezcan sin consuelo ni alivio, Nuestro Señor se convierte en el Ser desprovisto y carente de todo, haciendo a su Madre

consuelo y modelo para todos. Nadie podrá decir ahora: “Dios ignora la agonía de estar junto al lecho de muerte; Dios no sabe la amargura de mis lágrimas”. Este sexto dolor nos imparte la lección de que, en tales tribulaciones y tristezas, tan sólo Dios puede brindar consuelo.

Después de la rebelión contra Dios en el Paraíso, por el abuso de la libertad humana, Adán halló el cuerpo inerte de su hijo Abel. Levantándolo y llevándolo a Eva lo depositó en el regazo de la madre. Esta le habló, pero el hijo, Abel, no le respondió. Nunca hasta entonces se había comportado así. Entonces elevaron sus manos, ambos, pero cayeron postrados al lado del hijo recordando: “El día en que comiereis del fruto de aquel árbol, ese día moriréis de muerte”. Era la primera muerte que acaecía en el mundo.

Continúa el giro del tiempo, y el Nuevo Abel, muerto por la celosa raza de Caín, es descendido de la Cruz y depositado en el regazo de la Nueva Eva: María. Para una madre, un hijo nunca crece ni es mayor. En aquel momento María debió pensar que retornaba a Belén, que su Hijito estaba otra vez en su regazo. También allí estaba presente un José, el de Arimatea; estaban también las especias y la mirra para el entierro, recordando los dones traídos por los Magos en la oportunidad del Nacimiento. ¡Qué portento de presagio de muerte fue el tercer don de los Sabios! Apenas era nacido el Infante y el mundo aludía a su muerte, y sin embargo, con justicia, porque era el Único que jamás haya venido al mundo especialmente para morir. Todos los demás vienen para vivir. La muerte era el objetivo de su Vida, la finalidad que siempre habría de procurar.

Pero, María no es ahora Belén, es el Calvario. No está Él blanco como cuando vino del Padre, sino rojo por proceder de nosotros. En el pesebre era como un cáliz del ofertorio lleno del vino de la vida.

Ahora, al pie de la Cruz, su Cuerpo es como un Cáliz desecado de su Sangre para la Redención de la humanidad. En su Nacimiento no hubo lugar para él en los albergues, tampoco lo hay ahora para su Muerte: “El hijo del Hombre no tiene dónde reposar su Cabeza”, sino en los brazos de su Madre.

Cuando Nuestro Señor predica sus parábolas de Misericordia, y particularmente la del Hijo Pródigo, oímos hablar tan sólo del padre bondadoso y del arrepentido y penitente hijo. ¿Por qué calla el Evangelio acerca de la madre y el hijo pródigo? Yo creo que la respuesta se halla en el dolor de Nuestra Madre. Él es el verdadero Hijo Pródigo; que abandonó la Morada Celestial del Padre para marchar a tierras extrañas, a esta tierra

nuestra. Él “dilapidó su substancia”, agotó su Cuerpo y Sangre a fin de que nosotros recuperáramos nuestra herencia en el Cielo. Y ahora ha caído entre los habitantes de un país extraño a la Voluntad de su Padre, y se halla entre los rebaños de puercos de los pecadores. Se prepara para volver a la Casa del Padre. En el camino al Calvario la Madre del Pródigo encuentra a su Hijo. En aquel momento se convierte en Madre de todos los hijos pródigos del mundo, ungiéndolos con los aromas de la intercesión y preparándolos para el día, no muy lejano, en que la vida y la resurrección fluirán por sus venas cuando marchen en las alas del amanecer.

EL SÉPTIMO GOLPE DE LA ESPADA

No pueden subsistir los pesares después de la Resurrección, cuando la muerte sea ahogada por la victoria. Pero hasta el desasimiento de los lazos del polvo, permaneció todavía un gran sufrimiento que Jesús hubo de querer y María aceptó, a fin de que aquellos que sepultaran a sus seres queridos, nunca carecieran de esperanza y consuelo. Nuestro Señor adentró la espada de la sepultura en su propio Corazón, en cuanto quiso que el hombre nunca tuviera por el pecado un castigo que Él mismo no hubiera soportado. Como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo durante tres días, así quiso Él estar en el seno de la tierra por espacio de tres días. El Credo de los Apóstoles hizo tanto hincapié en el desasimiento total de Cristo, que menciona el hecho diciendo tan sólo: “Fue sepultado”.

Pero el Divino Salvador no atravesó su propia Alma con el castigo de la sepultura, sin afligir al mismo tiempo el mismo dolor en el Alma de María. Cuando eso sucedió la tierra estaba en tinieblas, porque el sol se avergonzaba de difundir sus rayos sobre el crimen del Deicidio. También la tierra tembló y los sepulcros hicieron salir a sus muertos. En aquel cataclismo de la naturaleza, María prepara el Cuerpo de su Divino Hijo para la sepultura. El Edén ha vuelto y María planta en la tierra el Árbol de Vida que florecerá dentro de tres días.

Todas las orfandades, carencias de hijos, viudeces y desamparos que jamás hayan gravitado sobre los corazones de los seres humanos, pesaban entonces sobre el Alma de María. El máximo despojo que cualquier ser humano puede sufrir es el de alguna creatura, pero María estaba sepultando al Hijo de Dios. Es duro perder un hijo o una hija, pero aun lo

es más, y muchísimo más, perder y sepultar a Cristo. El carecer de madre es una tragedia, pero carecer de Cristo es un infierno. En el amor verdadero, dos corazones no se encuentran en dulce esclavitud mutua, más bien se funden ambos corazones en uno solo. Cuando sobreviene la muerte no hay tan sólo una separación de dos corazones, sino más bien el rendimiento del único corazón. Esto fue particularmente real y verdadero en Jesús y María. Como Adán y Eva cayeron por el placer de comer un fruto prohibido, así Jesús y María estuvieron en el placer de comer el fruto de la Voluntad del Padre. En tales momentos no hay soledad, sino desolación, no ya la desolación externa tal cual sobrevino por la pérdida de los tres días, sino una desolación interna probablemente tan profunda que ni siquiera podía hallar expresión en las lágrimas. Algunas alegrías son tan intensas que ni siquiera provocan una sonrisa; hay también algunos sufrimientos que no pueden causar ni una lágrima. El dolor de María en el acto de sepultar a Jesús fue probablemente de esa especie. Si hubiera podido llorar hubiera tenido una salida para su tensión, pero allí las únicas lágrimas eran rojas, ¡se derramaban en el oculto huerto de su Corazón! No es posible pensar en dolor alguno más allá de éste, fue el último de los sacramentos del padecer, de la aflicción. La Divina Espada no pudo dar otros golpes después de éste, ni para sí Mismo ni para Ella. Se había adentrado en dos Corazones, hasta la empuñadura, y cuando esto sucede se está más allá de todo consuelo y de todo alivio humanos. En el dolor precedente estaba por lo menos el consuelo del Cuerpo, aunque inerte y sin vida; ahora, eso había desaparecido. El Calvario fue como el denso frío y silencio de una iglesia en el día del Viernes Santo, cuando el Santísimo Sacramento ha sido retirado. Tan sólo se puede hacer guardia junto a una tumba.

Dentro de breve tiempo la Espada será quitada, porque la Resurrección es la curación de las heridas. En el Día de Pascua, el Salvador tendrá las huellas de su Pasión para probar que el Amor es más fuerte que la muerte. Pero, ¿no tendrá también María la huella oculta de los Siete Golpes de la Espada, en su propia Alma? La Resurrección será el envainamiento de la espada, para los dos, puesto que la deuda del pecado está pagada y el hombre está redimido. Nadie puede exponer los padecimientos que ambos soportaron, nadie podrá decir la santidad que Ella alcanzó participando, lo máximo que podía hacerlo una criatura, en la obra de la Redención. Desde ese día Dios permitirá aflicciones, sufrimientos, pesares y dolores a sus cristianos, pero no pasarán de ser livianísimos toques de la Espada, comparados a lo que Él sufrió y María

soportó con firmeza. La Espada que Cristo hundió en su Corazón y en el Alma de María se ha embotado tanto por la presión de aquellos golpes, que no puede ya herir con igual intensidad. Cuando llegue hasta nosotros deberemos ver en Ella, a semejanza de María “La suavidad de su Mano tendida para acariciar.”

Capítulo vigesimosegundo

LA MUJER Y EL ÁTOMO

Hay ahora excusa para algunas ansiedades, pero nadie tiene derecho a estar sin esperanzas. Sin embargo, abundan los profetas de lo tenebroso y son pocos los discípulos de la esperanza grata. Pero antes de dar razones para la esperanza, estará bien inquirir por qué reina en nuestros tiempos tanta aprensión. El hombre vive en temor, pero en un temor diverso de cualquiera otro del pasado; en primer lugar, porque antes acostumbraba temer a *Dios*, con temor filial que le hacía apartarse de todo lo que hiriera o contrariara al Ser Único al que amaba. Más adelante, el hombre temió no a Dios, sino a sus *prójimos* humanos, cuando el mundo se estremeció ante dos guerras mundiales en el término de veintiún años. Ahora hemos llegado al último y más espantoso de todos los temores, aquel por el cual el hombre tiembla ante la partícula más ínfima del universo: ¡el átomo!

La bomba atómica, ha hecho que *toda la humanidad* tema aquello que anteriormente sólo temía el individuo, a saber: la muerte. Esta se ha convertido inesperadamente en un fenómeno que debe enfrentar, no sólo la persona, sino la sociedad o civilización misma. Los que negaban la inmortalidad personal acostumbraban a refugiarse en la inmortalidad colectiva, diciendo que, aun cuando pereciera el individuo, la sociedad sería preservada. La bomba atómica ha hecho de la inmortalidad colectiva tan sólo un mito, y ha restaurado a la inmortalidad personal como el gran problema de nuestra edad.

La segunda razón para el temor es que la religión ha llegado a ser nuevamente el factor primario de la vida humana, no ya por razones religiosas, sino por razones políticas. A través de toda la historia precristiana y cristiana, las guerras fueron religiosas. Los persas, los

griegos, los babilonios y los romanos, todos hicieron guerras religiosas. Las combatieron en nombre de sus dioses, y contra pueblos que creían en otras clases de dioses. En los tiempos cristianos las guerras también fueron religiosas. El Islám es una religión, y como tal combatió a la Cristiandad reduciéndola, de modo que ahora Africa tiene que ser reevangelizada. El Islám es una religión que cree en Dios Unico, combate contra los que creen que Dios se manifestó en su Divino Hijo, Nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Entre los combatientes de los tiempos pasados no había discusión acerca del fin del hombre, o sea: su unión con Dios; tan sólo había desavenencia respecto de *los medios* para dicho fin.

Pero hoy en día todo esto ha cambiado. No hay más luchas de dioses contra dioses, o de religiones inferiores contra la Cristiandad, sino que hay más bien el absolutamente nuevo fenómeno de una fuerza antirreligiosa que se opone a toda religión. El Comunismo no es un ateísmo que deniegue intelectualmente a Dios a la manera que puede hacerlo el presumido que acaba de leer las primeras quince páginas de un libro de texto sobre biología. Más bien el Comunismo es *la voluntad* por destruir a Dios. Ni siquiera niega la existencia de Dios, Lo desafía, cambia su esencia en mal, y sustituye al hombre en la forma de un dictador, como Señor y Dueño del mundo.

Querámoslo o no, estamos confrontados, no con una elección entre religiones, sino con la suprema alternativa de Dios o anti-Dios. Nunca como ahora estuvieron la democracia y la creencia en Dios tan estrechamente identificadas; nunca antes como ahora estuvieron el ateísmo y la tiranía tan juntos, tan unidos como si fueran gemelos. La preservación de la civilización y la cultura es ahora una misma cosa con la preservación de la religión. Si vencen las fuerzas anti-Dios, la cultura y la civilización desaparecerán, y tendremos que recomenzar todo desde un principio.

Esto nos trae a la tercera característica de nuestro temor moderno, o sea: la disolución del hombre en la naturaleza. Para ser feliz el ser humano debe mantener dos relaciones: una vertical con Dios, otra horizontal con sus semejantes. En los tiempos modernos el hombre atiende a su relación vertical con Dios mediante la indiferencia y la irreligión, luego su relación horizontal con el prójimo mediante las guerras y las luchas civiles. El ser humano ha tratado de compensar la pérdida de ambas relaciones mediante la nueva dimensión de profundidad, con lo que buscó perderse a sí mismo en la naturaleza. El, que estuvo justamente orgulloso de ser hecho a imagen y semejanza de Dios, ha comenzado a jactarse de ser su propio creador y de haber hecho a Dios a su imagen y semejanza. De esto falso

humanismo llegó el descenso de lo humano a lo animal, al admitir el hombre que procedía de las bestias, y procedió inmediatamente a probarlo actuando como las bestias en las guerras. Más recientemente se ha hecho a sí mismo una sola cosa con la naturaleza, diciendo que no es más que un complejo arreglo de elementos químicos. Ahora se autodenomina “El hombre atómico”, a medida que la Teología se convierte en Psicología, la Psicología en Biología, y la Biología en Física y Química.

Podemos comprender lo que entendía expresar Cournot al decir que, en el siglo XX, Dios dejaría al hombre librado al hado de las leyes mecánicas de las que Él Mismo es Autor. La bomba atómica actúa sobre la humanidad como el excesivo alcohol actúa sobre el ser humano. Si el hombre abusa de la naturaleza del alcohol y lo bebe con exceso, el alcohol da su propio juicio; dice al alcohólico: “Dios me creó. Quiso que fuera utilizado razonablemente, para curar y promover una sana convivencia. Pero tú has abusado de mí. Por lo tanto, me volveré contra ti porque tú te has puesto contra mí. Desde ahora en adelante sufrirás dolores de cabeza, vértigos, mareos, malestares estomacales; perderás tu razón, te convertirás en esclavo mío, y todo esto aun cuando no lo quiero para ti.”

Lo mismo con el átomo, que dice al hombre: “Dios me creó. Puso la fisión atómica en el universo. Es así como el sol alumbra al mundo. El gran poder que la Omnipotencia ha encerrado dentro de mi corazón, fue hecho para servirte para fines pacíficos: para iluminar tus ciudades, para hacer andar tus motores, para aliviar las cargas de los hombres. Pero tú, en cambio, como Prometeo, has robado este fuego al cielo y los empleas por vez primera para destruir a no combatientes. La primera vez que usaste la electricidad no fue para matar a un hombre, pero la fisión atómica la empleaste por primera vez para aniquilar ciudades. Por esa razón me volveré contra ti, te haré temer lo que deberías amar, haré que millones de corazones se aparten con terror de tus enemigos que hacen a ti lo que tú has hecho a ellos, y convirtiendo a la humanidad toda en una víctima de Frankenstein, que se refugia en subterráneos contra las bombas, ocultándose de los mismos monstruos que tú has creado.”

No es esto que Dios haya abandonado al mundo, sino que el mundo ha abandonado a Dios y elegido su suerte con la Naturaleza. A través de la historia, el hombre siempre se ha pervertido, cuando volviendo su espalda a Dios se ha identificado con la naturaleza. El nuevo nombre para la naturaleza es Ciencia. Rectamente entendida, Ciencia significa leer la Sabiduría de Dios en la Naturaleza, hecha por Dios. La Ciencia erróneamente entendida, significa leer las pruebas del Libro de la

Naturaleza, negando al mismo tiempo que el Libro haya tenido un Autor. Naturaleza o Ciencia es un servidor del hombre bajo Dios, pero divorciada de Dios, Naturaleza o Ciencia es un tirano, y la bomba atómica es el símbolo de esa tiranía.

Puesto que el hombre tiembla ante la Naturaleza sin Dios, la única esperanza para la humanidad debe ser hallada en la Naturaleza misma. Es como si Dios, en su Misericordia, cuando el hombre apartó su mirada del Cielo, aun entonces dejara para él una esperanza en la naturaleza misma hacia la que hacía descender su mirada. Hay esperanza, y una gran esperanza. Ultimamente está en Dios, pero la gente se halla tan alejada de Dios; que no puede dar inmediatamente el salto. Hemos de comenzar con el mundo tal cual es. Lo Divino parece estar lejano. Para comenzar a volver a Dios se ha de principiar con la naturaleza. Pero, ¿hay algo no manchado y no deshecho en toda la naturaleza, desde dónde podamos iniciar el camino de regreso? Hay una cosa, a la que denominó Wordsworth: “Nuestro solitario orgullo de la manchada naturaleza.” Esa esperanza se halla en *La Mujer*. No es Ella una diosa, no es divina, no tiene títulos para ser adorada. Pero salió de nuestra naturaleza física y cósmica tan santa y buena, que cuando Dios vino a esta tierra la eligió a ella para ser su Madre y la Mujer del mundo.

Es particularmente interesante que la teología de los rusos, antes de que fueran cubiertos por el frío corazón de los anti-Dios, enseñaba que cuando el mundo rechazó al Padre Celestial Este envió a su Divino Hijo, Jesucristo, para iluminar al mundo. Continuaba luego prediciendo que, cuando el mundo rechazara a Nuestro Señor, como lo ha hecho hoy en día, en esa Noche Oscura la luz de su Madre surgiría para iluminar las tinieblas y conducir al mundo a la paz. La hermosa revelación de Nuestra Bendita Madre de Fátima, en Portugal, desde abril de 1917, fue otra prueba de la tesis rusa según la cual, cuando el mundo luchara contra el Salvador, Este enviaría a su Madre para salvarnos, su máxima revelación se realizó en el mismo mes en que comenzó la revolución bolchevique.

Lo que se dijo en aquella oportunidad es demasiado bien conocido para necesitar ser repetido. Nuestra preocupación actual versa sobre la Danza del Sol que se verificó el 13 de octubre de 1917. Los que aman a la Madre de Nuestro Señor no necesitan pruebas ulteriores de este acontecimiento. Como aquellos que desafortunadamente no lo conocen, aceptarán pruebas tan sólo de los que rechazan tanto a Nuestro Señor como a su Madre, ofrezco aquí esta descripción del fenómeno, hecho por un escritor ateo, editor en el diario anarquista portugués *O Seculo*, escritor

que se hallaba entre las 70.000 personas que presenciaron el hecho: fue “un espectáculo único e increíble... Se podía ver a la inmensa multitud volverse hacia el sol, que se ostenta libre de nubes, en pleno mediodía. La gran estrella del día hace pensar a uno en una placa de plata, y es posible mirarlo sin la menor molestia... Los asombrados ojos de la gente llena de terror, descubiertas sus cabezas, miran hacia el azul del cielo. El sol ha temblado y ha hecho algunos movimientos bruscos, sin precedentes y fuera de todas las leyes cósmicas. De acuerdo a las típicas expresiones de los campesinos “el sol bailaba”. Giró sobre sí mismo una rueda de fuegos artificiales, y cayó casi hasta el punto de quemar a la tierra con sus rayos... Queda ahora para las personas competentes pronunciarse acerca de la *danza macabra* del sol, que hoy, en Fátima, ha hecho que los Hosannas brotaran de los pechos de los fieles, y naturalmente, ha impresionado incluso a los librepensadores y a otras personas en lo más mínimo interesadas en materias religiosas.”

Otra publicación periódica atea y antirreligiosa: *O Ordem*, escribió lo siguiente: “El sol está rodeado a veces de llamas carmesí, otras veces está aureolado de amarillo y otras de rojo; parecía girar con un movimiento de rotación muy rápido, separándose evidentemente del firmamento y aproximándose a la tierra al mismo tiempo que irradiaba intenso calor.”

¿Por qué elegirá Dios Omnipotente verificar el mensaje de Nuestra Señora del año 1917, hacia fines de la Guerra Mundial I, por el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, en 1939, si los hombres no se arrepentían, mediante la indispensable luz y calor de la naturaleza? Tan sólo podemos conjeturarlo.

Hay tres posibles modos de interpretar el Milagro del Sol. El primero es considerarlo como una advertencia de la bomba atómica que, como un sol cae, oscurecería al mundo. Concebiblemente podría ser un anticipo del día en que el hombre de Prometeo, arrancaría fuego del cielo haciéndola llover en forma de muerte sobre Nagasaki e Hiroshima.

Por otra parte, se podría considerar como un signo de esperanza, o sea: que la Mujer procedente de la naturaleza es más poderosa que las fuerzas de la naturaleza. La bomba atómica explota mediante la fisión, un átomo que vence y rompe a otro átomo. Pero la fisión atómica es el modo como el sol ilumina al mundo. Dios puso la fisión atómica en el universo, de lo contrario no hubiéramos podido descubrirla. En Fátima, el hecho de que María tomara ese grandioso centro y sede de poder atómico e hiciera de él su juguete, el hecho de que hiciera moverse a sol “como un brazalete en su muñeca”, es una prueba de que Dios le ha dado poder sobre el

mismo astro, no para ocasionar muerte, sino para brindar luz y esperanza. Como lo predijo la Escritura: “Y en los cielos apareció un gran portentoso: una mujer que llevaba el sol como manto” (Apoc., XII, 1).

Hay un tercer modo de considerar el Milagro del Sol, y es mirarlo como una miniatura, una figura de lo que aun puede suceder al mundo, es decir: algún súbito cataclismo o catástrofe que haría sacudirse al mundo en horror, así como los 70.000 espectadores de Fátima se estremecieron en aquella oportunidad. Esta catástrofe sería una precoz o “incontrolada” explosión de una bomba atómica, que sacudiría literalmente a la tierra. Esto se halla fuera del reino de lo posible. Einstein y Lindberg, en estudios científicos, lo han dejado consignado como un peligro. Pero mejor que cualquiera de esos testimonios es el mensaje enviado por el Santo Padre a la sesión de apertura de la Pontificia Academia de Ciencias el 21 de febrero de 1943: dos años antes de que se dejara caer la primera bomba atómica:

“Como los átomos son extremadamente pequeños, no se había pensado seriamente en que pudieran adquirir importancia práctica. Hoy en día, en cambio, tal cuestión ha tomado una forma inesperada como consecuencia de los resultados de la radioactividad artificial. En realidad, se estableció que, en la desintegración sufrida por el átomo de uranio al ser bombardeado por neutrones, cada uno de los electrones liberados es capaz de alcanzar y deshacer a otro átomo de uranio.

Con cálculos especiales se ha asegurado que de ese modo (causando el bombardeo del neutrón un deshacimiento en el átomo de uranio), en un metro cúbico de polvo de óxido de uranio, en menos de un centésimo de segundo se desarrolla energía suficiente para elevar a más de dieciséis millas un peso de un billón de toneladas, suma de energía que podría substituir por muchos años la acción de todas las grandes plantas productoras de energía del mundo.

Por lo tanto, por encima de todo debería ser de máxima importancia que la energía originada por tal máquina no fuera dejada libre para explotar, sino que se hallara un modo para “controlar” tal potencialidad con medios químicos apropiados. De lo contrario podría resultarse, no sólo en un determinado lugar, sino en todo nuestro planeta, una peligrosa catástrofe.”

El 13 de octubre de 1917 los creyentes y no creyentes se postraron en el suelo durante el Milagro del Sol, la mayoría de ellos pidiendo a Dios Misericordia y Perdón. Aquel sol girante, que se cernía como una gigantesca rueda y se lanzaba hacia la Tierra como para quemarla con sus rayos, pudo haber sido el precursor de un espectáculo mundial que hará que millones se pongan de rodillas *inaugurando* un renacimiento de la fe. Y, como María se reveló en aquel primer milagro del Sol, podemos ahora mirar hacia adelante, a la espera de otra revelación de su poder, cuando el mundo tenga su próximo ensayo para el *Dies Irae*.

La devoción a Nuestra Señora de Fátima es en verdad una petición elevada a una Mujer para que salve al ser humano de la naturaleza, convertida ahora en elemento destructor por el rebelde intelecto del hombre. En otros momentos de la historia fue Mediadora de su Divino Hijo para el hombre; pero aquí es Mediadora para la naturaleza. Toma el poder original, que es el sol, y prueba que es suyo para emplearlo para la paz. Y, sin embargo, no es sin la participación del hombre que lo salvará de la naturaleza, así como no fue sin la participación de su libre consentimiento que Dios salvó a la humanidad del pecado. El hombre debe cooperar mediante la penitencia. En La Salette, Nuestra Señora pidió penitencia. En Lourdes dijo tres veces: “Penitencia, penitencia, penitencia”. En Fátima la misma antífona penitencial es dicha una y otra vez. El átomo no destruirá al hombre si éste no se destruye a sí mismo. Un átomo en rebelión es solamente un símbolo del hombre en rebelión. Pero la humanidad arrepentida adquirirá una naturaleza completamente “controlada”. Como la amenazada destrucción de Nínive, la amenaza de otra Guerra Mundial es condicional. La Bendita Madre reveló en Fátima, en el año 1917, que la Primera Guerra Mundial concluiría al cabo de otro año. Si los hombres se arrepintieran —dijo— sobrevendría para el mundo una gran era de paz y prosperidad; pero *si no*, otra Guerra Mundial, peor que la primera, comenzaría durante el reinado del siguiente Pontífice, Pío XI. La Guerra Civil de España, del año 1936, era en esa forma mirada desde lo alto como el levantamiento de la cortina y prólogo de la Segunda Guerra Mundial. Esta sería el medio por el cual “Dios castigará al mundo por sus crímenes, mediante la guerra, el hambre, la persecución de la Iglesia y del Padre Santo.

“Para prevenir esto, yo vengo a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón, y la Comunión Reparadora de los primeros Sábados. Rusia será convertida y habrá paz. Si no, Rusia difundirá sus errores por todo el mundo, provocando guerras y persecuciones de la Iglesia. Los

buenos serán martirizados, el Padre Santo tendrá que sufrir mucho, y varias naciones serán aniquiladas.”

Luego sigue otro párrafo que la Iglesia no ha dado aún al mundo. Probablemente se refiere a estos tiempos. Luego, como para indicar que será un Tiempo de Turbación, viene este párrafo de conclusión: “Al fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El Padre Santo consagrará Rusia a Mí, y será convertida, y se dará al mundo un cierto período de paz.”

Arrepentimiento, oración, sacrificio, estas son las condiciones para la paz, porque son los medios mediante los cuales el hombre es rehecho. Fátima arroja una nueva luz sobre Rusia, pues hace una distinción entre Rusia y los Soviets. No es el pueblo ruso el que debe ser vencido en guerra, ya han sufrido mucho desde 1917. Es el Comunismo el que debe ser abatido. Esto puede hacerse mediante una revolución desde adentro. Estará bien recordar que Rusia tiene no una, sino dos bombas atómicas. La segunda es los crecientes sufrimientos de su pueblo bajo el yugo de la esclavitud, y cuando *ésa* explote, lo hará con una fuerza ¡mil veces mayor de la que procede de la fisión del átomo! También nosotros necesitamos una revolución, tanto como Rusia. Nuestra revolución debe proceder del interior de nuestros corazones, esto es: re-haciendo nuestras vidas. A medida que nosotros procedamos con la nuestra, la revolución en Rusia seguirá su paso similar.

¡Oh, María!, hemos exilado a tu Divino Hijo de nuestras vidas, de nuestras asambleas, de nuestra educación y de nuestras familias. ¡Ven con la luz del sol como símbolo de Su Poder! Sana nuestras guerras, nuestra negra intranquilidad; aplaca las bocas de los cañones enrojecidas de tanto vomitar en las batallas. Aleja nuestras mentes del átomo y nuestras almas de idolatrar la naturaleza. Alcánzanos un renacimiento en tu Divino Hijo, a nosotros, pobres hijos de esta Tierra envejecida por la edad. “¡Tú como Mujer lo puedes lograr, porque se ha fijado el Omnipotente en tu humildad!” ¡Alistanos a todos como tus guerreros de la paz y del amor!

FIN